AÑOS ANTES DE
STAR WARS. EL DESPERTAR DE LA FUERZA

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS®



Planeta

—Al recordar los sucesos de la guerra contra el Imperio y las millones de vidas perdidas, a veces pareciera que nada podría justificar el terrible precio que tuvimos que pagar. Pero al pensar en aquellas personas que cayeron durante el conflicto, recordemos que murieron en su lucha por la justicia. Por la libertad. Por la extraordinaria paz que gozamos en este momento. —El senador Tai-Lin Garr extendió los brazos, asimilando la grandiosa celebración que se llevaba a cabo en ese momento en Hosnian Prime: el brillante resplandor del sol, el cielo color aguamarina, los incontables ciudadanos conformados por miembros de miles de especies distintas, todos reunidos bajo las coloridas banderas de sus respectivos planetas. La belleza y la promesa de la Nueva República se extendía frente a todos.

—Por esto es por lo que peleamos. Todos aplaudieron. Muchos aclamaron.

La senadora Leia Organa aplaudió junto con los demás y pensó, «Qué lástima que todo se esté desmoronando».



Líneas de sangre

Claudia Gray



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Bloodline*

Autora: Claudia Gray

Arte de portada: Scott Biel

Traducción: Alejandro Romero Álvarez

Publicación del original: enero 2017

28 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Gale Rodrick

Revisión: YoSalcido, Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

05.12.17

Base LSW v2.21

Declaración

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Una generación entera ha prosperado durante una era de paz. La Nueva República, gobernada por el Senado Galáctico, ha ejercido su poderío por más de dos décadas. Las guerras que alguna vez dividieron la galaxia comenzaron a desvanecerse, hasta convertirse en leyendas.

Sin embargo, empiezan a surgir conflictos dentro del Senado. En ausencia de MON MOTHMA, antigua líder de la Rebelión y primera canciller de la Nueva República, se han formado dos facciones, extraoficiales pero poderosas: los POPULISTAS, quienes creen que los planetas deberían conservar casi toda su autonomía y autoridad, y los CENTRISTAS, quienes están a favor de un gobierno galáctico más fuerte y de una milicia más poderosa.

Sólo los más grandiosos héroes de guerra siguen siendo honrados por todos. Una ceremonia para venerar la memoria de BAIL ORGANA ha logrado reunir a todo el Senado en rara armonía. Es un día de celebración, pero, incluso en estos momentos, las divisiones ideológicas entre los distintos planetas que conforman la galaxia se vuelven cada vez más y más grandes…

CAPÍTULO **UNO**

—Al rememorar los sucesos de la guerra contra el Imperio y las millones de vidas perdidas, a veces pareciera que nada podría justificar el terrible precio que tuvimos que pagar. Pero, al recordar a aquellas personas que cayeron durante el conflicto, no olvidemos que fallecieron en su lucha por la justicia. Por la libertad. Por la extraordinaria paz que gozamos en este momento.

El senador Tai-Lin Garr extendió los brazos, asimilando la grandiosa celebración que se llevaba a cabo en ese momento en Hosnian Prime: el brillante resplandor del sol, el cielo color aguamarina, la multitud conformada por miembros de miles de especies distintas. Todos, reunidos bajo las coloridas banderas de sus respectivos planetas. La belleza y la promesa de la Nueva República se extendía frente a todos ellos.

—Por esto es por lo que peleamos.

La multitud aplaudió. Muchos lo aclamaron.

La Senadora Leia Organa aplaudió junto con los demás, mientras pensaba «Qué lástima que todo se esté desmoronando».

Para la mayoría de los presentes, ciudadanos que habían viajado a Hosnian Prime para la ceremonia y el concierto, los senadores agrupados en el estrado daban la impresión de ser un símbolo de solidaridad y fuerza. Ahí estaban representados todos los planetas, desde los del Núcleo Galáctico hasta los del Borde Exterior. Entre ellos había humanos que correspondían a una infinidad de culturas distintas, como lo dejaban claro los mantos, túnicas y prendas rituales que vestían. Todos observaban la ceremonia junto a especies que iban desde los aqualish hasta los ithorian, desde los mon calamari de ojos grandes hasta los pequeños y lanudos ashaftan. Aquella era una imagen de unidad perfecta. Sin embargo, la mirada aguda de Leia conseguía ubicar perfectamente la invisible línea que dividía aquella reunión en dos mitades: los senadores centristas de un lado y los senadores populistas (como ella) del otro. Era imposible medir la división física, pero la ideológica se extendía más cada día. Pronto, la división seguiría creciendo hasta transformarse en una grieta, una grieta lo suficientemente profunda para revelar la realidad: la paz que reinaba en la galaxia era muy frágil.

«Basta».

Leia hizo un esfuerzo por pensar de manera positiva. De manera racional.

«La política galáctica siempre ha tenido partidos, facciones, divisiones. Siempre existirán. No todos los conflictos ideológicos tienen que llevar a un colapso total del gobierno».

Pero la ansiedad que se ocultaba bajo la reluciente superficie de esta ceremonia le recordaba los últimos días del Senado Imperial. Palabras educadas que ocultaban

amenazas implícitas, una desconfianza casi total entre los planetas… El ambiente se sentía demasiado familiar.

«Aunque también es cierto que el Senado Imperial tomaba decisiones de vez en cuando. ¿Lo ves? Después de todo, la historia no se está repitiendo», pensó amargamente.

Había un aspecto de la reunión que sí le agradaba a Leia: la nueva estatua que sería develada y dedicada durante el evento. Era una estatua de setenta metros de alto, esculpida en piedra neblinosa de Jelucani que resplandecía como un diamante transparente en medio de la brillante luz, y en la oscuridad adoptaba un tono verde-grisáceo, opaco y pálido. En cuanto Tai-Lin terminó su discurso, acompañado por los aplausos de la multitud, una nube tapó el sol. Entonces, el brillo de la piedra neblinosa se atenuó para revelar los finos detalles de la estatua de Bail Organa, quien estaba representado con la toga tradicional del virrey de Alderaan y con una mano extendida hacia la gente, en el clásico estilo hagiográfico. Sin embargo, el escultor había formado el rostro con tremenda exactitud y cariño, como si se tratase de un retrato sumamente íntimo. Si bien era cierto que los senadores y los planetas ya casi no estaban de acuerdo en nada, al menos el legado de su padre había perdurado.

Tai-Lin hizo un gesto a Leia mientras su pod flotaba de vuelta a su lugar; se permitía el uso de dichos pods para este tipo de ceremonias, aunque actualmente dentro del Senado se consideraban «excesivamente jerárquicos». El gesto fue tanto para indicarle que era su turno como para expresarle su genuino y sincero apoyo. Ella le esbozó una sonrisa rápida, antes de oprimir el botón de los controles que hicieron avanzar su propio pod desde las gradas y enfocar a los droides amplificadores en su voz. Una cálida brisa hizo ondear los pliegues color azul oscuro de su capa y su vestido, mientras Leia tomaba su lugar frente a la multitud.

—Estoy aquí, frente a ustedes, no sólo como una senadora, sino también como la hija de Bail Organa. —La voz de Leia resonó, fuerte y clara, sin dar señal alguna de las dudas que acechaban su mente aquel día—. Sin embargo, todo lo que he hecho en mi carrera como senadora ha estado basado en las valiosas lecciones que él me enseñó. Sobre el valor. Sobre la fuerza. Sobre el liderazgo.

Liderazgo era algo que el Senado necesitaba desesperadamente en esos momentos. Mon Mothma siguió siendo una figura muy influyente incluso después de que su labor como canciller llegara a su fin…, mucho más influyente de lo que Leia se había percatado antes de la enfermedad de Mon Mothma. Sin la presencia de alguien capaz de encontrar un punto de unión entre los huecos ideológicos para lograr un consenso, el proceso político creado para la Nueva República comenzaba a mostrar sus debilidades.

Leia siguió hablando cálidamente, mientras las banderas ondeaban entre la fuerte brisa.

—Él ocupó el puesto de virrey de Alderaan al comienzo de uno de los tiempos más oscuros que ha vivido nuestra galaxia.

Un silencio invadió a la multitud cuando Leia aludió a la destrucción de su planeta. Ella fingió no darse cuenta. Su pod flotaba tan alto que no lograba distinguir entre los

cientos de miles de personas, pertenecientes a miles de especies distintas y provenientes de miles de planetas distintos, que conformaban la multitud vibrante, cada una con pieles, escamas o pelajes distintos. Para ella, sólo eran una masa de color y ruido. Era difícil conectarse con algo así. Pero Leia lo intentó.

—Él ayudó a Mon Mothma a crear la Alianza Rebelde, sin dejar jamás de luchar valientemente por preservar la poca integridad y autoridad que el Senado Imperial había dejado. No me cabe la menor duda de que, si no nos lo hubieran arrebatado cruelmente en la destrucción de mi planeta natal, habría seguido luchando al lado de nuestros soldados rebeldes. —Hizo una pausa, y luego continuó—: Tuve el privilegio de conocerlo como líder y como padre. Si bien me siento orgullosa al pensar en la forma valerosa en la que se opuso a la tiranía de Palpatine, también sonrío cada vez que recuerdo cómo solía sentarse en el suelo con su pequeña hija para jugar con bloques.

Una ola de risas afectuosas recorrió la audiencia. Bien. Consiguió despertar a la multitud. Ganársela. Era momento de que Leia dijera las palabras que los presentes *no* deseaban oír.

—Él me enseñó mucho de política, liderazgo y guerra, pero, sobre todas las cosas, me enseñó que ningún precio es demasiado alto como para sacrificar nuestros ideales. Bail Organa estaba dispuesto a morir si eso significaba derrotar al Imperio. Él creía en la Nueva República que logramos crear y en la promesa de un gobierno justo e igualitario para todos los regidos por la ley. —La multitud estalló en aplausos, y Leia hizo una pausa para dejar que el ruido se apagara antes de continuar—. Él creía en la unidad y sabía que esta unidad tiene un precio, el de hacer concesiones. Mon Mothma, una de sus primeras y más perdurables aliadas, compartía esas mismas convicciones y se guio por ellas mientras estuvo a la cabeza del Senado. Quería que los planetas que conforman la Nueva República encontraran un balance y que siempre trataran de alcanzar un punto de acuerdo, desde el cual pudiésemos trabajar juntos para lograr un mejor futuro.

Esto logró más aplausos, pero ya era un sonido sin relevancia. Ahora, sólo había un punto en el que los populistas y los centristas estaban de acuerdo: ceder es para los débiles.

Leia miró la estatua e imaginó que le hablaba directamente a Bail Organa, mientras concluía su discurso.

—Mi padre nos dio un legado mucho más valioso que cualquier otro: la paz galáctica. Todos los aquí presentes hemos heredado la responsabilidad de preservar esa paz de hoy en adelante. Sólo al hacer esto podremos honrar verdaderamente su memoria.

Los aplausos y ovaciones estallaron nuevamente de manera ensordecedora. Aquello era una demostración de entusiasmo más grande de lo que Leia había visto en mucho tiempo. ¿Acaso la multitud oyó su mensaje? ¿Había logrado que entendieran lo frágil que se había vuelto la paz que reinaba en esos momentos? ¿Persuadirían ahora a sus senadores para que hicieran a un lado sus interminables e insignificantes disputas y finalmente le proporcionaran a la galaxia el liderazgo que esta merecía?

De pronto, oyó el sonido agudo y silbante de los cazas X-Wing que volaban sobre ella. El espectáculo aéreo militar había comenzado. Por *eso* era que la multitud aclamaba. No oyeron sus últimas palabras en lo absoluto.

Era… decepcionante, pero no sorprendente.

Cuando los X-Wings se separaron para componer otra impresionante formación, Leia suspiró y oprimió el botón que controlaba su pod para regresar a las gradas del Senado. Si nadie la estaba escuchando, al menos podría disfrutar el espectáculo.

—Leia, eres muy pesimista —insistió la Senadora Varish Vicly después de la ceremonia, cuando varios de los líderes planetarios se reunían en torno a la base de la brillante estatua de Bail Organa. Como todos los lonerans, Varish tenía un pelaje largo y sedoso de color dorado y un cuarteto de extremidades delgadas y alargadas que le permitían caminar en dos o cuatro patas con la misma facilidad. Ahora caminaba sobre dos, lo cual era más práctico para seguir saludando a la multitud y estrechando manos.

—¡Por supuesto que la gente aclamó el espectáculo aéreo! Las maniobras de los X-Wing son más emocionantes que cualquier discurso que se haya hecho.

Leia recogió un cabello suelto que había escapado de su larga trenza.

—Sólo desearía que lográramos que la gente escuchara.

—Míralo de esta manera… —El pelaje dorado de Varish se agitaba por la brisa, mientras la mitad de su rostro esbozaba una gran sonrisa hacia alguien que la saludaba a lo lejos—. A la gente le gustan los pilotos de los X-Wing porque los recuerdan como los grandes guerreros de la Rebelión. ¿Lo ves? La gente aún no ha olvidado la guerra. Es sólo que ha pasado mucho tiempo.

—Supongo que sí.

Leia pensó en sí misma al tomar su lugar en el Senado como una legisladora novata de tan solo catorce años de edad. En ese momento estaba bastante segura de que era la persona más joven entre los miles de miembros del Senado. Ahora, a veces se sentía como la más vieja. La guerra había hecho mella en su generación. Muchas personas, que podrían haber llegado a ser grandes líderes, murieron. Entre la multitud y el mismo Senado, había muchos que ni siquiera habían nacido cuando la Batalla de Endor tuvo lugar.

Leia debió haber sentido que su obsolescencia era como una insignia de honor. La población no podría haberse vuelto tan complaciente sin décadas de relativa paz, las cuales les habían sido otorgadas por la Nueva República. Pero Leia no podía relajarse. No podía dejar de preocuparse. Es lo que ocurre cuando alguien crece huyendo, bajo asedio, siempre pendiente de que lo capturen o maten en cualquier momento. La paranoia se transforma en la única manera de ver el mundo, y jamás es posible hacerla a un lado del todo.

—Vamos. Si no te animas antes de la cena, te sentaré junto al Conde Jogurner, lo digo en serio… ¡Oh, Feleen, por aquí!

Varish apretó el brazo de Leia antes de dirigirse a la multitud para saludar a otro de sus amigos políticos.

Leia sacudió la cabeza con afectuosa resignación. Detrás de sus intereses, que llegaban a parecer frívolos, Varish Vicly era una persona íntegra, una populista tan convencida como la propia Leia y una de las pocas senadoras con las que uno podía pasarla bien. (A diferencia de, por ejemplo, el conde Jogurner, quien tenía buenas intenciones pero era incapaz de conducir una buena conversación, a menos que el tema de esa conversación fueran los whiskies de Cheedoan). Sin embargo, la senadora no era la mejor audiencia cuando se trataba de escuchar los temores más profundos de Leia.

«Ya nadie quiere saber de la guerra», se decía Leia a sí misma. «Nadie quiere temer al caos y a la confusión. ¿Acaso no peleé para esto? ¿Para que no tuvieran que temer?».

Escudriñó a la multitud en un intento de ubicar tanto a sus amigos como a sus enemigos. Tai-Lin Garr, quien sobresalía por su característica túnica roja, escuchaba con seriedad a un grupo de espectadores que, aparentemente, llegaron desde el planeta de Tai-Lin, Gatalenta. Su denso cabello negro estaba amarrado en un chongo; sus ojos oscuros se veían pensativos, incluso solemnes, pero sin contrastar con la amable sonrisa en su rostro. Cerca de él, había un grupo de senadores centristas que adulaban a una de sus estrellas del momento, un joven político de Riosa llamado Ransolm Casterfo. Había que admitir que Casterfo era una figura bastante galante. Era alto, apuesto, carismático y tenía sólo treinta y dos años, una edad que alguna vez le pareció madura a Leia, pero ahora le parecía imposiblemente joven. Demasiado joven como para haber peleado en la guerra, o como para tener sustancia alguna; aparentemente, los centristas elegían a sus representantes basándose en quién se vería mejor en la propaganda. El humor de Leia mejoró cuando vio, a la distancia, al almirante Ackbar. Había viajado hasta Hosnian Prime para la ceremonia. Aunque ya rondaba los ochenta años de edad, desde luego no dejaría que nada le impidiera honrar la memoria de Bail Organa. Leia empezó a abrirse paso entre la muchedumbre hacia él, con la esperanza de ponerse al día con alguien que recordara los viejos tiempos.

—¿Princesa Leia? —La melodiosa voz que llamaba a Leia por su nombre le habría parecido seductora a cualquiera, pero no a ella. Lo único que evitó que Leia hiciera un gesto de disgusto fue su entrenamiento diplomático—. Princesa Leia, ¿me permite una palabra?

Leia logró esbozar una sonrisa lo suficientemente convincente antes de darse la vuelta.

—Lady Carise. ¿Qué puedo hacer por usted?

Lady Carise Sindian, una senadora del planeta centrista Arkanis, era de la misma generación que Ransolm Casterfo, pero se veía incluso más joven. Tal vez esa impresión de inmadurez provenía de las prioridades de Lady Carise, no de su bonito rostro. Su larga

toga plateada estaba repleta de joyas, como muestra de la riqueza y el poderío de su planeta, en contraste con la toga azul de Leia, que era mucho más sencilla y elegante.

—Debemos hablar sobre el gobierno de Birren —empezó a decir Lady Carise—. Como sabe, Lord Mellowyn falleció…

—Desde luego. Me entristeció mucho enterarme.

Lord Mellowyn había sido un pariente lejano de Bail Organa. Al pasar los años, Leia había emprendido algunos viajes para visitarlo, ya que Mellowyn era una de las pocas personas que, no sólo recordaba a su padre, sino que también había tenido la fortuna de llamarlo amigo.

(Cuando Leia pensaba en su padre, pensaba sólo en Bail Organa. Él fue su padre en espíritu y, sin duda, eso era más importante que todo lo demás).

—Pues bien, su puesto en el gobierno pasa ahora a los miembros mayores de su linaje por línea de sangre directa —continuó Lady Carise. Sus ojos color café oscuro se iluminaban al hacer mención de cualquier cosa relacionada con títulos de realeza. En aquellos días, no había prácticamente nadie que tomara en serio los títulos de nobleza hereditarios, ni siquiera los miembros del Consejo de las Casas Reales. Sin embargo, para Lady Carise no parecía existir honor más grande que ese—. Pero, ya que Lord Mellowyn no tenía hijos, el título pasa a usted ahora.

Leia se cubrió la boca fingiendo que estaba sorprendida, cuando en realidad trataba de ocultar su decepción. Una de las pocas cosas que recordaba de Birren es que los rituales que celebraban siempre duraban semanas. Birren era un pequeño y somnífero planeta del Borde Interior, que podría considerarse como un lugar idóneo para vacacionar…, pero, para una senadora con trabajo muy urgente e importante, era un frustrante exilio.

—Pero el título es meramente ceremonial, ¿cierto? Me imagino que a la gente de Birren no le urge mucho reemplazar a un gobernante testaferro.

—¡Pero el *título*! —exclamó Lady Carise, abriendo ampliamente los ojos y, tal vez inconscientemente, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo podemos negarle a la gente la certidumbre, el consuelo de saber que esta antigua tradición se mantiene?

—Ordenaré a mi personal que se encargue del asunto inmediatamente.

Esta era la escapatoria habitual que Leia utilizaba cuando quería ponerle fin a una conversación oficial; sonaba como una respuesta oficial y diplomática, pero sin prometer nada. Lady Carise sonrió y asintió antes de darse la vuelta, satisfecha por el momento.

Los X-Wing pasaron volando otra vez. Aunque el espectáculo aéreo había terminado, los pilotos seguían luciéndose, cosa que disfrutaban enormemente. Por ahora no tenían ningún propósito significativo, ningún deber sagrado, sólo la euforia pura que se siente al volar en libertad.

«¿Cuánto tiempo ha pasado desde que fui así de despreocupada?», pensó Leia. «¿Alguna vez lo fui?».

Probablemente no.

El breve lapso entre la ceremonia y la cena de Varish para los senadores populistas no le dio a Leia oportunidad alguna de relajarse. En lugar de eso, tuvo que reunirse con su personal. Afortunadamente, al menos en esas reuniones podía contar con tener una conversación racional… casi siempre.

—¡Qué maravillosa celebración! —dijo C-3PO, mientras recorría la amplia y ovalada oficina estatal de Leia de un lado al otro. Los rayos del sol de la tarde entraban por la ventana y daban un tono dorado al mobiliario totalmente blanco; el enchapado dorado del droide brillaba como si fuera nuevo—. Una concurrencia muy distinguida. Me atrevo a decir que todos los presentes compartirán la anécdota de este acontecimiento con sus nietos algún día.

—Nunca imaginé algo así… —había murmurado Han una noche, sentado en su cama; la cabecita de Ben estaba recostada sobre el antebrazo de su padre—. Tener un hijo. Ni siquiera había pensado en tener hijos. Pero ahora aquí está, y…

—Y ya eres papá. —Leia se había acercado a él, sin resistir la oportunidad de molestar a su esposo—. Piénsalo, Sr. Contrabandista…, tal vez hasta llegues a ser abuelo algún día.

La risa de Han la llenaba de una cálida sensación.

—Habla por ti misma, dulzura. Yo nunca seré tan viejo.

—¿Princesa Leia?

Leia despertó de su ensueño, de vuelta al presente y al lugar donde se encontraba.

—Disculpa, Greer. Ha sido un largo día. ¿Qué me decías?

Greer Sonnel, la asistente de Leia, siguió como si nada, como si su jefa no acabara de quedarse perdida en sus pensamientos durante varios segundos.

—La han invitado a la recepción que se ofrecerá para el senador Bevicard en Coruscant. Les dije que lo pensaría. ¿Quiere que rechace la invitación de inmediato o espero hasta mañana?

—Espera hasta mañana.

No era conveniente volverse demasiado predecible.

Greer asintió, mientras con los dedos maniobraba hábilmente su datapad. Su espeso cabello negro azulado estaba recogido en un peinado sencillo, y el grueso chal de lana que usaba sobre su traje provenía de su escabroso planeta de origen: Pamarthe. Greer tenía preferencia por todo lo que fuera simple y práctico. Siempre. Leia sabía que le costó adaptarse a su trabajo en el Senado, probablemente porque siempre había muchas formalidades y, sobre todo, cosas sin sentido. Sin embargo, Greer siempre se comportaba a la altura de cualquier desafío y había logrado perfeccionar sus habilidades diplomáticas durante los últimos meses.

—¿Quiere que la rechace con educación ordinaria o con cortesía extra?

—Extra. La honestidad merece cortesía. Bevicard es una víbora, y al menos no miento respecto a lo que es. —Leia sacudió la cabeza con decepción—. Es lo más que uno puede esperar de un centrista actualmente.

—Pero… —empezó a decir Korr Sella, hija de Sonfiv y becaria de la oficina, que tenía sólo dieciséis años. Se detuvo antes de continuar y se encogió en su asiento—. Disculpe, Princesa Leia. Hablé sin pensar.

—Te darás cuenta de que no soy muy rigorista cuando se trata de protocolo, Korrie. —De reojo, Leia alcanzó a ver a C-3PO, que giraba el torso hacia ella, sin duda escandalizado de pensar que alguien, quien fuera, fuese capaz de ignorar el protocolo—. ¿Qué ibas a decir?

De momento, la chica se veía tan afligida que Leia temía que fuera a ponerla en una situación incómoda. Sin embargo, antes de que pudiera retirar la pregunta, Korrie encontró el valor para hablar.

—Lo que iba a decir era: ¿no debería aceptar la invitación? ¿Para tratar de forjar lazos de amistad y de consenso entre los centristas y los populistas?

—En una galaxia ideal, sí. Desafortunadamente, esa no es la galaxia en la que vivimos. —Leia sonaba tan insensible que incluso ella misma se sintió disgustada, así que, en un tono más amable, dijo—: La invitación era simbólica, no genuina. Si hubiese aceptado, Bevicard estaría sumamente mortificado.

Korrie asintió, aunque su expresión denotaba inquietud.

—¿En verdad están tan separados los partidos?

Leia se recargó en el respaldo de su silla, frotándose el cuello adolorido. Si Varish no hubiese organizado un banquete para esa noche, podría relajarse un poco.

—Me temo que sí, así es.

—Oh —dijo Korrie, agachando la cabeza, pero no sin que antes Leia alcanzara a ver de reojo la confusión y la mortificación reflejadas en el rostro de la chica.

«Alguna vez, yo fui tan joven como ella. Creía firmemente que el poder del gobierno lograría lo que se propusiera». Leia se había unido al Senado Imperial a los catorce años; no fue sino hasta que Alderaan fue destruido frente a sus propios ojos cuando perdió toda la fe en el peso de la ley sobre el Imperio. «Cómo extraño ese sentimiento, la noción de que la justicia siempre ganará al final».

—Ya he preparado una declaración sobre el homenaje, para que la enviemos al servicio de noticias planetarias. Puede revisarla y decirme si quiere editar algo, o si la enviamos así.

Greer oprimió la pantalla de su datapad para enviarle el documento a Leia. No hacía falta; Leia sabía exactamente qué decía el documento, así como conocía la palabrería de giros sutiles y concisos que los senadores centristas pondrían en sus propias declaraciones.

—Básicamente, con esto terminamos por esta tarde, Princesa Leia. Le queda una hora antes del banquete de la Senadora Vicly. ¿Qué le gustaría hacer ahora?

Leia se percató de la respuesta sólo unos momentos antes de que saliera de su boca.

—Quiero renunciar.

Korrie frunció el ceño. Greer hizo una pausa antes de hablar.

—¿Disculpe? Quiere renunciar… a tener esta reunión, o…

—Quiero dejar el Senado. Quiero dejar de manera definitiva el gobierno.

Una sensación excitante y desconocida surgió dentro de Leia. Tal vez así se sentía la libertad.

«Quiero renunciar».

CAPÍTULO
DOS

—Esto sí lo tengo que oír —dijo Han.

Esa noche, la conexión entre Hosnian Prime y el sistema Theron era muy clara: sin estática, sin desfases. Leia podía ver con toda claridad la cara de su esposo y, detrás de él, el amplio ventanal de su cuartel temporal en Theron. Su chaqueta gris estaba colgada en una silla cercana, y el líquido color ámbar que se encontraba en un vaso delgado sobre su escritorio era sin duda *brandy* corelliano. Las luces fugaces que atravesaban el cielo nocturno detrás de Han seguramente eran pods de carreras, practicando cómo entrar y salir de las rocas con forma de espiral que eran famosas en el planeta.

Nada de eso importaba en comparación con la sonrisa de Han. A pesar del tono escéptico que percibía en su voz, Leia reconocía esa luz en su mirada.

—El Senado se ha convertido en una maraña política —dijo Leia, mientras se sentaba en el sofá con las piernas dobladas y procedía a deshacer su trenza, un pasatiempo muy tardado pero que la relajaba—. Y es nuestra culpa. Desde lo que sucedió con Palpatine, nadie quiere volver a delegar tanto poder a una persona, así que no tenemos un poder ejecutivo, sólo un canciller sin autoridad real. Mon Mothma era capaz de hacer lo que fuera únicamente con su carisma, pero casi todos los cancilleres que hemos tenido desde ella han sido…

—… inútiles —dijo Han, completando la oración que ella había empezado.

—Correcto.

En su momento, Leia había estado muy agradecida con el liderazgo de Mon Mothma, pero ahora se daba cuenta de que las habilidades de una persona habían ocultado las fallas fundamentales que aquejaban el sistema de la Nueva República. Si Mon Mothma se hubiese marchado antes, ¿se habrían dado cuenta de sus errores? ¿Habrían podido modificar su constitución política a tiempo? A estas alturas, era imposible determinarlo.

—El conflicto entre los partidos empeora días tras día. En su mayoría, los centristas y los populistas siguen siendo cordiales entre ellos, pero apenas. Cada debate en el Senado acaba siendo una discusión eterna sobre «el tono y la forma»; nunca se discuten asuntos importantes ni trascendentales…

Han seguía asintiendo, pero su mirada empezaba a vagar. A estas alturas de su matrimonio, Leia podía predecir el nanosegundo exacto en el que la paciencia de Han para la política comenzaba a agotarse.

Y ahora, finalmente, ella estaba tan harta de todo eso como él.

—Entonces, ¿por qué no habría de renunciar? —Leia terminó de desbaratar su peinado, dejando que su largo cabello le colgara libremente hasta la cintura—. Nada me impide renunciar a la mitad de mi cargo. Podría anunciar mi renuncia durante las próximas semanas; eso me daría tiempo suficiente para resolver algunos asuntos

pendientes, antes de que convoquen a una elección interna. Greer ya aceptó escribir el anuncio. Bueno, en realidad lo llamó «anuncio hipotético». No cree que vaya a hacerlo.

—Tampoco yo —dijo Han, sin sonar antipático—. Escucha, Leia, nunca entendí exactamente cuál era tu interés en la política, pero debes tener algún interés: has estado en esto toda tu vida.

—Desde que tenía catorce años.

De joven, Leia se sentía orgullosa de representar a Alderaan. Estaba impaciente por tener la oportunidad de hacer algo significativo. ¿Por qué no se había tomado más tiempo para ser una niña? Incluso las princesas necesitan divertirse de vez en cuando. Su madre intentaba decírselo ocasionalmente, pero Leia nunca la escuchó…

—Ya te has hartado del Senado antes —continuó Han—. Te oí quejarte de las facciones y las discusiones sin sentido miles de veces. Pero tú nunca te rindes. Eso no va contigo.

—No me estaría rindiendo. Estaría… aceptando la situación. —Leia suspiró mientras tomaba su cepillo para deshacer algunos nudos en las puntas de su larga cabellera, que solía ser completamente castaña, pero ahora empezaban a nacerle algunos cabellos grises, como el acero—. No puedo hacer esto para siempre, Han. Mi tiempo en el Senado tenía que acabar en algún momento. ¿Por qué no ahora?

La cara de Han cubrió casi toda la pantalla al inclinarse hacia delante, tal vez para analizar la expresión en el rostro de su esposa. Aunque aún se veía escéptico, ella podía notar que la idea comenzaba a agradarle.

—No lo tomes a mal, pero… ¿a qué te dedicarías si renunciaras?

Era una pregunta justa. Leia le había entregado ya tanto de su vida a la Rebelión y a la Nueva República que a veces ella misma se preguntaba si aún le quedaba algo.

Pero claro que sí.

—Pues lo he estado pensando. —Fingió reflexionar por un momento—. ¿Qué tal si decidiera recorrer la galaxia con cierto canalla que conozco?

Han alzó ambas cejas y se señaló a sí mismo con el dedo.

—A menos que tengas a algún otro canalla en mente —dijo Leia, entre risas.

—Oye, oye…, soy el único canalla disponible para ese trabajo.

Han sacudió la cabeza. ¿De sorpresa? ¿De incredulidad? Leia no estaba segura. Lo que más le importaba era la calidez de su sonrisa. Incluso si Han no estaba convencido de que Leia hablara en serio, se notaba que le gustaba la idea. Y, muy en lo profundo de su ser, enterrado en un lugar donde casi podía ignorar el miedo, Leia no estaba muy segura de que así fuera.

Habían estado separados constantemente durante su matrimonio por largos periodos. En gran parte, eso se debía al espíritu indomable de Han, pero no se le podía culpar a él del todo. Leia había elegido quedarse aquí, en medio del desastre político. Ahora, finalmente tenía la oportunidad de poner de su parte para remediar la situación entre ellos.

—¿En verdad crees que puedas llegar a disfrutar la vida de un piloto de naves? —le preguntó Han—. ¿Volando de un sistema a otro, reparando naves, sin saber cuál será tu próximo destino?

—No suena tan diferente a ser un miembro de la Alianza Rebelde.

—Supongo que no —admitió Han, mientras inclinaba la cabeza—. De cualquier modo, es un viaje bastante alocado. ¿Segura que estás lista?

Su preocupación era un tanto exagerada. Con frecuencia, Han corría por caridad y, en ocasiones, ni siquiera competía en las carreras, sólo las patrocinaba. Había viajado a Theron para supervisar la prestigiosa competencia de pilotos conocida como Five Sabers, en la cual los corredores medían sus habilidades en desafíos que iban desde carreras atmosféricas hasta conducción hiperespacial. Han estaba a cargo de hacer cumplir las reglas, y también se encargaba de su compañía de fletes mientras viajaba; era un propietario mucho más controlador y responsable de lo que le gustaba admitir. La vida que tenía entonces lo llevaba a recorrer toda la galaxia, pero era mucho menos peligrosa que la vida de un contrabandista.

Y, comparado con estar estancada en el Senado, el mundo de Han sonaba como un verdadero paraíso.

—Libertad y aventura —dijo Leia, y suspiró—. Sí, estoy lista.

Han la observó por un instante, luego empezó a sonreír.

—Te darás cuenta… de que, después de pasar tres meses en la misma nave, probablemente nos mataremos.

Leia se acercó a la pantalla para que Han pudiera ver de cerca su sonrisa traviesa.

—Pero serán tres meses muy divertidos, ¿o no?

Tenía en mente una carrera sublumínica que habían hecho juntos al principio de su matrimonio, la cual había empezado con muchas discusiones. Sin embargo, al pasar tanto tiempo juntos, a solas, sin que nadie los interrumpiera…, las discusiones acababan transformándose en actividades mucho más agradables. Haciendo cuentas, Leia estaba bastante segura de que esas «actividades» habían tenido como resultado, algunos meses después, el nacimiento de Ben.

—Oh, vaya que nos divertiremos —dijo Han, frotando sus dedos cerca de la holocámara, casi como si pudiera tocar la cara de su esposa—. Más vale que lo creas.

Al día siguiente, en el Senado, Leia no podía dejar de recordar la manera en la que Han dijo eso, dándole vueltas y vueltas en su mente como una jovencita soñadora. Claro que su comportamiento era un tanto ridículo, y era raro para ella distraerse con tanta facilidad mientras el Senado estaba en sesión.

Por otro lado, de un tiempo para acá, las discusiones del Senado no requerían mucho de su concentración.

Una ola de aplausos de las bancas centristas la regresó de golpe a la realidad. Por la consola que se encontraba frente a su lugar en la cámara del Senado (un edificio ancho, plano y absolutamente enloquecedor), podía ver imágenes en las pantallas y hologramas de Ransolm Casterfo, mientras este se inclinaba para agradecer los vítores de sus colegas (e ignoraba el silencio estoico de los populistas). Leia reprodujo mentalmente las últimas palabras que Ransolm había dicho… Sí, se había estado quejando del número de oradores populistas presentes en la ceremonia donde se develó la estatua. En otras palabras, dijo exactamente lo mismo que todos los senadores centristas habían dicho hasta ahora, aunque con un poco más de elocuencia. Sin embargo, a pesar de todos sus aplausos, los centristas no estaban más interesados que los populistas; respondían de modo automático.

Mientras observaba la amplia sala y a todos los presentes, que representaban a una variedad de planetas, Leia pensó que parecían espectadores en un teatro, esforzándose enormemente por soportar el último acto de una obra aburridísima.

—¿Cuántos oradores centristas han hablado ahora? —murmuró en voz baja a C-3PO, quien ocasionalmente la acompañaba a las reuniones para tomar nota del proceso. (Claro que no había mucho que valiera la pena registrar).

—Diecisiete, y todos trataron el mismo tema: protocolo irregular durante la ceremonia de homenaje —respondió C-3PO, con el clásico ánimo que tenía cuando era capaz de proporcionar una respuesta exacta. Luego, giró su cabeza dorada hacia Leia y añadió con un volumen de voz más bajo—: Debo admitir que la atención que le otorgan a este tipo de etiqueta me parece un poco… excesiva.

Leia casi gruñó. ¿C-3PO opinaba que exageraban con el protocolo? Eso era una muy mala señal.

Tocó la pequeña pantalla en su pod, que le mostraba los asuntos pendientes del día y de pronto se enderezó; por una vez en su vida, los senadores tendrían que dejar de hablar y empezar a escuchar.

—Tiene la palabra Yendor de Ryloth, emisario en el Senado —entonaron en ese momento los droides altoparlantes.

Leia se enderezó más en cuanto Yendor entró. Era bastante alto para ser un twi’lek, y su figura resultaba muy imponente, con el lekku largo y azul que le colgaba desde la cabeza hasta la parte trasera de su túnica color café oscuro. Aunque el suelo del Senado estaba a más de cien metros de ella, Leia podía verlo con claridad gracias a las múltiples pantallas y hologramas que mostraban su imagen en la consola. Algunas de estas imágenes tenían una magnitud de onda distinta, para aquellas especies con ojos diferentes a los humanos.

Leia había llegado a conocer un poco a Yendor durante la guerra, cuando trabajó como piloto de un X-Wing. Aunque dudaba haber cruzado palabra con él más de dos docenas de veces, el simple hecho de ver a alguien perteneciente a los días de batalla la animaba.

—Extiendo mis saludos a los estimados representantes del Senado Galáctico —dijo Yendor, alto y erguido a pesar de su edad avanzada y del largo bastón que utilizaba para

mantener el equilibrio—. La historia de mi planeta y de mi gente es bien conocida por todos. Durante siglos, sufrimos bajo la opresión de los hutts y sus organizaciones criminales. Cuando el Imperio llegó al poder, nuestras dificultades se duplicaron. Solamente en las últimas décadas, en la era de la Nueva República, hemos podido reivindicar nuestra independencia y nuestro propio gobierno. Aunque estemos separados de ustedes, los saludamos, pues apreciamos la paz que la Nueva República ha traído a nuestra galaxia.

Leia aplaudió, al igual que muchas otras personas, tanto populistas como centristas. Ryloth era un planeta independiente, separado de la Nueva República; por lo tanto, no se podía decir que perteneciera a ninguno de los dos partidos. Además, los hutts se habían ganado un repudio bipartidista.

Yendor inclinó su cabeza brevemente, en reconocimiento a la respuesta de los presentes, antes de continuar.

—Sin embargo, ahora nuestra independencia vuelve a peligrar. Los hutts han perdido mucho de su antiguo poder, pero eso significa que hay otros que se apresuran a ocupar su lugar. De todos estos, los más peligrosos son los cárteles liderados por los niktos.

—Los niktos han servido a los hutts durante siglos —le dijo a Leia C-3PO. Ella sabía esto perfectamente bien y, aunque no quería interrumpir al droide para decírselo, sabía que él continuaría hablando de cualquier modo—. Nunca han tenido un gobierno independiente. A duras penas tienen un planeta propio, de hecho.

El tono de voz del Emisario Yendor se volvió más serio.

—De las muchas promesas que hizo la Nueva República después de que cayó Palpatine, una fue que el crimen organizado nunca volvería a ser una fuerza tan poderosa como durante la era del Imperio. Se supone que las normas financieras y las patrullas deben proteger a Ryloth, y a todos los demás planetas de la galaxia, de la corrupción criminal a gran escala. Pero dichas normas sólo se aplican de manera esporádica, y las patrullas siguen sin materializarse aun cuando han pasado ya más de veinte años. Durante ese tiempo, los cárteles han vuelto a acumular poder.

Leia se sintió avergonzada por ser parte de esa pasividad y esperaba que los otros miembros del Senado sintieran lo mismo. Mientras se dedicaba a discutir minucias, el Senado se había olvidado, una vez más, de tomar en cuenta los grandes problemas. Ahora, había llegado el momento de pagar por su inactividad, y serían los planetas pequeños como Ryloth los que pagarían el precio más alto.

—Sobre todo un cártel en particular se ha convertido en un riesgo para el comercio de nuestro sector —continuó Yendor—. Aunque no contamos con toda la información, tenemos motivos para pensar que esta organización criminal ya es tan poderosa como cualquiera de los hutts en el cénit de su influencia. Lo único que sabemos es que nuestros pilotos están siendo atacados y que nuestros comerciantes están siendo amenazados si no entregan un pago para su protección. También tenemos conocimiento de que el líder del cártel es Kajain'sa'Nikto, conocido como Rinnrivin Di, y que opera parcialmente desde el planeta Bastatha.

Murmullos bajos recorrieron algunas partes de la sala, entre ambos partidos.

«Más de nosotros debimos haber oído hablar de este hombre», pensó Leia, mientras se enderezaba aún más. «Debimos estar alerta sobre la formación de un cártel de ese tamaño hace mucho tiempo». Pero, claro, nadie prestó atención a asuntos verdaderamente importantes. Leia apretó la mandíbula con frustración.

Yendor levantó la mano para tratar de recuperar la atención de los presentes y para indicar que casi terminaba de dirigirse al Senado.

—En este momento, el cártel de Rinnrivin representa un peligro para el futuro de Ryloth y para el libre comercio en esa parte de la galaxia. Sin embargo, mañana podría llegar a ser una amenaza para el gobierno de la Nueva República, como lo fueron los hutts para la Antigua República y para el Imperio. Por lo tanto, quisiera solicitar al Senado que investigue el alcance y la influencia del cártel de Rinnrivin Di y que lleve a cabo las acciones necesarias para restaurar el orden, a nombre de los twi'leks de Ryloth, pero por el beneficio de todos nosotros.

El silencio que siguió duró sólo unos cuantos segundos…, y entonces el Senado se disolvió en una gran cantidad de respuestas, pero sin que nadie escuchara. Los senadores dictaban órdenes en sus terminales, y los droides se programaban para mostrar los puntos de vista de ambos partidos, que parpadeaban en las pantallas principales.

—¿Cómo podemos estar seguros de que la información del emisario es correcta? —dijo un ottegano a través de un vocoder que traducía sus palabras a idioma humano.

—¡También hubo rumores de organizaciones criminales conformadas por los twi'lek! ¡Tal vez todo esto es sólo un intento de los twi'lek para que les ayudemos a eliminar a sus rivales! —dijo el Senador Giller, un centrista de edad avanzada y bigote, que seguía usando sus medallas de guerra todos los días.

—Los senadores no somos agentes planetarios de bajo rango como para que nos envíen a vigilar que se cumpla la ley en cada pequeño rincón de la galaxia. Debemos pensar en la dignidad de nuestro puesto. ¿Acaso pretenden reducirnos al papel de simples investigadores? —dijo Lady Carise, quien traía puesta una diadema de brillantes.

—Este es un asunto de los sistemas internos. Incluso si los planetas pertenecieran a la Nueva República, que no es el caso de Ryloth y Bastatha, el Senado estaría extralimitándose en su autoridad si decidiera intervenir —dijo Varish Vicly, echando hacia atrás su pelaje dorado.

En ese momento, Leia recordó la peste que había dentro del palacio de Jabba. Cada aliento emanaba un olor a grasa y al humo de media docena de sustancias ilegales. Por su mente destelló también el angustiante recuerdo de Han congelado en carbón, con una mueca de dolor tan rígida como una roca, así como el estridente sonido de las risas de aquellos que observaban a Luke pelear por su vida. Enseguida, sintió la pesadez de un collar metálico que le apretaba el cuello.

Terminó odiando a Jabba el Hutt tanto como odiaba al Emperador Palpatine. Claro que su odio por Jabba tuvo un final mucho más satisfactorio.

Leia vio cómo Yendor de Ryloth se apoyaba en su bastón y, de golpe, se dio cuenta de que el emisario estaba mucho más agotado de lo que mostraba. Había hecho un largo viaje a través de la galaxia para hablar con el supremo órgano de gobierno (del cual la mayoría de los twi’leks desconfiaba), con la esperanza de lograr un cambio para su gente. ¿Y la mejor respuesta que podía otorgarle el Senado eran más discusiones?

Leia sintió un electrizante sentido de propósito que recorrió su cuerpo, mientras en su mente se formaba una idea. Tal vez podría hacer una última buena acción antes de renunciar y dejar el gobierno para siempre.

Se paró. Y esto era una señal para los droides moderadores de que había un senador que deseaba tomar urgentemente la palabra. A los senadores no se les permitía abusar de este privilegio, pero Leia no se había molestado en hacer uso de él por meses. Casi de inmediato, los holodroides que flotaban sobre la sala se acercaron a ella. De reojo, podía verse a sí misma en las pantallas, con su largo vestido blanco y su cabello canoso, amarrado en una trenza que le colgaba sobre la espalda. Se veía tan augusta y oficial. Tan solemne. Nadie habría tenido motivo alguno para pensar que podría decir algo que se saliera de la norma. Así que para ella, proclamar lo siguiente fue una gran satisfacción:

—Honorables miembros del Senado, es mi humilde opinión que el emisario de Ryloth ha venido a presentarnos un asunto de gran importancia, el cual requiere mayor investigación. Por lo tanto, me ofrezco a dirigir dicha investigación personalmente… Conforme a ello, partiré de Hosnian Prime con rumbo a Bastatha inmediatamente.

Siguió un silencio absoluto; Leia esperaba sobre todo mucha sorpresa. ¿Hacía cuánto que nadie en el Senado había alzado la voz para ofrecer trabajar en algo útil?

«Hace ya mucho tiempo», pensó Leia. «Demasiado. Pero vaya que se siente bien».

CAPÍTULO
TRES

Leia sabía que su propuesta de dirigir la misión en Bastatha era sensata, útil y concreta.

Pero, desde luego, el Senado no sabía cómo reaccionar.

—No podríamos asegurar su protección, Princesa Leia —dijo Lady Carise Sindian, la única senadora que se refería a Leia con su título de realeza, en vez de tratarla como a cualquier otro senador electo que tomara la palabra—. No podríamos ponerla en riesgo de ese modo.

—¿Acaso no confía en los soldados de la Nueva República, Senadora Sindian? —La objeción no vino por parte de Leia, sino de otro centrista, el Senador Arbo, uno de los halcones de Coruscant—. La Senadora Organa sería escoltada por un escuadrón entero de guardias que la protegería en todo momento. ¡No dude de sus habilidades ni de su valor!

—No podemos esperar que la investigación de la Senadora Organa rinda frutos si va acompañada de una presencia militar de esa magnitud. La gente de Bastatha podría considerarlo una intrusión o una invasión —dijo Tai-Lin Garr, sacudiendo la cabeza.

Era el primer comentario útil que alguien había hecho desde que Leia se ofreció para la misión. Dado que el tono general de la conversación parecía estar orientado a salvaguardar su viaje a Bastatha, y no a rechazar su propuesta, Leia no pudo evitar empezar a sentirse alentada.

De haber sabido la emoción que sentiría por la sola idea de hacer una investigación de campo: la oportunidad de trabajar con personas normales en vez de políticos y de evaluar la situación por sí misma sin que varios comités se interpusieran, habría ideado otra misión hace mucho tiempo. El viaje a Bastatha sería la manera ideal de terminar su carrera en el Senado: por fin una oportunidad de hacer algo interesante e importante otra vez. Sólo así podría retirarse con un sentimiento de satisfacción, con la sensación de haber logrado al menos algún bienestar real y tangible antes de marcharse.

«Y quién sabe qué más implique esto», pensó. «Es decir, encarar a uno de los cárteles de especias que hay en la galaxia… Hasta podría terminar con algunas historias que rivalizaran incluso con las de Han». No podía esperar para contarle todo esto a Solo.

Sin embargo, Lady Carise no había terminado de hablar.

—Aún queda por ver si la misión realmente merece la pena. Como otros ya señalaron, lo único que tenemos como base es el testimonio del emisario de Ryloth. Lo que ha sido descrito como actividad criminal podría no serlo. Tal vez los niktos sólo tratan de reconstruir su economía después de haber escapado de la influencia de los hutts. Es más, y disculpe mi atrevimiento, pero hay que decirlo: no podríamos encargar una investigación de tal magnitud a una senadora populista solamente. Aunque está claro que la Princesa Leia no es una conspiracionista, algunos de los miembros del Partido

Populista están decididos a ver lo peor en cualquier organización de gran escala, ya sea gubernamental, militar o económica.

—Yo puedo ser objetiva —empezó a decir Leia, pero su voz se vio ahogada casi de inmediato. Las propuestas estallaron del lado de los senadores populistas, y Leia no pudo seguir reprimiendo el deseo de gruñir. Ahora su propio partido impediría que la escucharan.

La cabeza dorada de C-3PO giraba de un lado a otro, en un intento de registrar todo el debate.

—Hubiese esperado que el Senado recibiera con gratitud su generosa oferta —dijo el droide—. Oh, cielos.

—«Oh, cielos» es correcto —dijo Leia con la barbilla en alto, determinada a esperar lo que fuera necesario. Ya que había saboreado la esperanza de volver a la acción, no pensaba rendirse tan fácilmente.

—El Senado cede la palabra al Senador Casterfo de Riosa —dijo uno de los droides moderadores.

Ni siquiera habían terminado de pronunciar su nombre y Ransolm Casterfo ya estaba parado, en parte para verse más imponente ante los holodroides. La capa verde oscuro que usaba era un testimonio de su riqueza y crianza privilegiada. Leia se preguntó si había elegido esa ropa para hacer notar que provenía de un planeta más poderoso y prestigioso que el de Riosa o si era porque los colores combinaban con su tono de piel. Tenía cierta cualidad de celebridad… Ese era el caso de muchos senadores jóvenes, para los cuales el gobierno era algo más de fama e influencia que de deber.

—Colegas senadores —dijo Casterfo. Su angosto y aristocrático rostro se asomó por las pantallas y hologramas; ya tenía dominado el viejo truco político de aparentar hacer contacto visual con todos al mismo tiempo—, la Senadora Sindian ha planteado un punto importante. Esta debería ser una misión bipartita. De hecho, debo decir, en nombre de mi partido, que me siento avergonzado de que uno de los nuestros no se haya ofrecido antes, ya que, como centristas, valoramos la ley y el orden antes que nada, ¿no es así? —Murmullos de acuerdo salieron de entre los senadores centristas, y Casterfo continuó—: No sólo hace falta tomar en cuenta ambas perspectivas, la populista y la centrista, en un asunto tan crítico como el de los cárteles de niktos, sino que también sería una ingratitud recompensar el valor de nuestra estimada Senadora Organa dejándola hacer sola un viaje tan potencialmente peligroso.

«Hábil», pensó Leia, con forzada admiración.

—Por lo tanto, yo me ofrezco a acompañar a la Senadora Organa en su misión a Bastatha —continuó Casterfo—. Trabajaremos juntos para presentar nuestros resultados al Senado de manera completa y objetiva a nuestro regreso.

La sensación que tuvo Leia en el pecho en ese momento podría describirse como ir navegando en medio de una tormenta y detenerse de golpe porque alguien lanzó el ancla. Su última gran aventura acababa de convertirse en… un trabajo de niñera.

—Sabía que era demasiado bueno para ser verdad —murmuró.

—¿Disculpe, Princesa Leia? —dijo C-3PO, señalando la imagen de Casterfo en los hologramas—. No pude registrar su último comentario. Si desea que lo incluya en el registro, podría…

—No importa, 3PO. Olvídalo.

Leia oyó un gran número de voces que se alzaban para seguir debatiendo diversos puntos de protocolo, pero estaba bastante familiarizada con el funcionamiento del Senado como para saber cómo terminaría todo: iría a Bastatha, pero con Ransolm Casterfo a su lado.

—Podría habernos avisado que planeaba hacer esto —le dijo Greer a Leia en la oficina, más tarde.

—Les habría avisado que pensaba ofrecerme para la misión si yo misma lo hubiese sabido.

—Entonces, ¿irá en el *Brillo de Espejo*? —dijo Greer con un tono distendido mientras seguía trabajando con su datapad, pero no podía disfrazar la pequeña sonrisa en sus labios gruesos.

—Te daré la respuesta a la pregunta que realmente quieres hacer: sí, Greer, puedes pilotear la nave. —Leia hizo una pausa. La misión a Bastatha tenía un elemento de peligro pequeño pero genuino. Este podría no ser un simple viaje de placer—. Si estás segura…

—Estoy segura —dijo alegremente Greer. Si bien había llegado a ser muy buena en su trabajo de oficina, no había perdido del todo su amor por pilotear naves.

«Es una lástima que Greer tuviera que dejar las carreras», pensó Leia, no por primera vez.

Ahora, la Senadora Organa tenía que verificar la exactitud de toda la información visual, auditiva y sensorial que había quedado registrada en cada uno de los datapad durante la sesión del día en el Senado. Una capa más de burocracia en la Nueva República por la que tenía que pasar día tras día.

—Terminemos con esto lo más pronto posible. Quiero dirigirme a la oficina de Casterfo de inmediato.

—Pero… —Korrie miró a Leia, luego a Greer y luego a Leia otra vez, con una pila de datapads en sus brazos—. ¿No debería venir él a usted?

—¡Claro que debería! —exclamó C-3PO, quien sonaba encantado de tener algo relevante que aportar a la conversación—. El protocolo del Senado claramente dicta que un senador júnior siempre debe ser el que visite a un senador sénior. Sin duda el Senador Casterfo estará aquí mañana a primera hora.

—Sin duda —dijo Leia—. Es precisamente por eso que voy a su oficina antes de que se vaya a descansar, en vez de que él venga aquí hasta mañana. Quiero que entienda que

no nos guiaremos por el *protocolo* durante nuestra misión en Bastatha, y quiero tomarlo por sorpresa.

Greer entendió de inmediato, como de costumbre.

—Estará sorprendido. Halagado. Y usted tendrá la oportunidad de ver lo que dice y cómo actúa cuando no tiene un guion centrista al cual apegarse.

—Exactamente —respondió Leia, mientras empezaba a revisar los datapads, uno tras otro: una huella digital por aquí, un escaneo retiniano por acá. Korrie superó su sorpresa y siguió circulando los datapads rápidamente—. Además, de este modo podremos empezar a planear el viaje de inmediato. Entre más pronto me marche de Hosnian Prime, mejor.

Leia fingió no percatarse de las miradas que Greer y Korrie intercambiaron.

Pronto, estuvo lista para dirigirse a la oficina de Casterfo y, a pesar de las objeciones de C-3PO, fue sola. Si Leia no llegaba con su equipo de trabajo, sería razonable pedirle a Casterfo que despachara al suyo. Y sería mucho más fácil para ella darse una idea de cómo era el hombre si este se veía forzado a responder todas las preguntas él mismo, al encontrarse separado de sus apoyos habituales.

El complejo senatorial de Hosnian Prime era una estructura de gran tamaño que se encontraba en un edificio largo y plano, de un solo piso. Se decidió construirlo de este modo para evitar que la población pensara que las oficinas se encontraban en torres altas para volver a los senadores más importantes que el resto de la población, lo cual parecía tener sentido en su momento, pero ahora sólo significaba que Leia tenía que recorrer casi un kilómetro y medio para llegar a la oficina de Casterfo. Se subió a una de las aceras automáticas y se cubrió la cabeza con su capucha blanca. Estaba consciente de que esto no evitaría que la identificaran, pero al menos podría retrasar su reconocimiento lo suficiente para que no la arrastraran hacia conversaciones nada productivas que sólo la harían perder tiempo.

Sobre su cabeza había paneles transparentes a través de los cuales se podían observar pedazos del cielo crepuscular. Leia miró la estatua de Bail Organa, tan clara que resaltaba entre el paisaje cuando pasó junto a ella. Parecía como si su padre la observara. El lugar estaba repleto de varios ciudadanos de distintos planetas, tanto en las aceras automáticas como alrededor de ellas: un grupo de bothans se gruñían mutuamente frente a la puerta de una oficina; un gungan, quien sostenía un comunicador, conversaba animadamente; dos wookies avanzaban en la acera delante de Leia, entre la multitud de políticos, trabajadores, activistas y electores visitantes, que llenaban el complejo de manera perpetua. Los wookiees fueron los únicos que lograron sacarle una sonrisa.

«Me pregunto cómo estará Chewbacca». El antiguo compañero de su esposo se había retirado para llevar una tranquila vida doméstica en Kashyyyk. Si bien a Leia le resultaba difícil imaginar a Chewie satisfecho con una vida casera, él se había quedado ahí lo suficiente como para hacerla concluir que era feliz. «Han nunca me pasa los hologramas de Chewie; tengo que buscar tiempo para ponerme al corriente, y pronto».

El planeta Riosa era un centro de manufactura olvidado en el Borde Interior que aún luchaba por reconstruirse. Por consiguiente, se le habían asignado las oficinas senatoriales que se encontraban en unas de las últimas alas del edificio. Hasta ahí había llegado la supuesta igualdad que se había tenido en mente al diseñar las oficinas; el estatus puede extraerse de cualquier cosa si la gente así lo desea. Y, en la experiencia de Leia, la gente siempre lo deseaba. Debido a esta ubicación, nadie la vio llegar a las oficinas de Casterfo. Después de entrar, por un momento el personal del senador sólo se quedó ahí parado, ansioso.

—Me imagino que el Senador Casterfo sigue aquí, ¿cierto? —preguntó Leia cordialmente, apretando las manos frente a ella, bajo las amplias mangas blancas de su toga—. ¿Podrían preguntarle si tiene tiempo de recibir a la Senadora Organa?

Hay que decir, a favor de Casterfo, que se apresuró a salir de su oficina privada casi de inmediato.

—¿Senadora Organa? —dijo, y sonrió mientras terminaba de ponerse su capa verde nuevamente; parecía que ya había comenzado a relajarse después de un día de trabajo—. Tenía pensado ir a verla en la mañana.

—Si hay tanto trabajo que hacer, ¿para qué posponerlo? —dijo Leia, tratando de regresarle la sonrisa lo más amablemente posible.

—Opino exactamente lo mismo —respondió Casterfo. Tenía el mismo tipo de acento aristocrático de Gran Moff Tarkin al hablar, el mismo que muchos oficiales imperiales sénior adoptaban, el mismo del cual Leia se había burlado la última vez que ella y Tarkin estuvieron frente a frente. Trató de no dejar que eso la pusiera nerviosa—. Por favor, pase y tome asiento. ¿Puedo ofrecerle una taza de té? ¿Agua? ¿Algo más?

Leia rechazó una bandeja de refrigerios mientras seguía a Casterfo a su oficina privada y, de pronto, se detuvo como si estuviera congelada.

La oficina de Casterfo estaba decorada con artefactos pertenecientes al Imperio.

El casco de un stormtrooper. La caja de control negra y el traje atmosférico de un piloto de caza TIE. Banderas y pancartas del Imperio; algunas, de las legiones individuales de stormtroopers; otra en particular (desteñida, un poco rota, pero aún abrasadora ante los ojos de Leia), dedicada al mismísimo Palpatine.

Habría sido muy distinto ver estos objetos en un museo…, claro que Leia jamás habría asistido a una exhibición así, pero al menos podría entender el propósito histórico. Sin embargo, este tipo de adulación le resultaba grotesco.

—¿Senadora Organa? —le dijo Casterfo a Leia, observándola completamente inconsciente del motivo de su incomodidad—. ¿Se encuentra bien? Está pálida. Tal vez debería sentarse un momento.

—¿Aquí? —Leia estiró los brazos, apuntando a la colección de artefactos que la rodeaban—. ¿En medio de su altar a la grandeza del Imperio?

Casterfo sonrió. ¿Cómo se atrevía a sonreír?

—Vamos, senadora, no exagere. Se trata de reliquias históricas, nada más.

Lo hacía sonar como si la guerra contra el Imperio hubiese ocurrido milenios atrás, y no una generación antes. Leia se preguntó si Casterfo también la consideraba una reliquia histórica.

—Ya veo, entonces se considera usted un coleccionista.

El tono de su voz seguía siendo calmado, pero sintió la necesidad de sentarse en una de las sillas que había en la oficina. Como lo había anticipado, Casterfo no se sentó detrás de su escritorio, lo cual habría sido considerado como una aseveración de su autoridad. No quería insultarla de ese modo, pero no estaba seguro de qué hacer, así que se quedó parado frente a ella, ligeramente desorientado. Sin embargo, seguía interesado en hablar sobre su pasatiempo.

—Sí, exactamente. Yo era sólo un niño pequeño cuando la guerra terminó. ¡Me imagino las aventuras que deben haber tenido! Cuando veo estos objetos, puedo imaginarlas vívidamente, casi como si hubiera estado ahí.

Si Casterfo pudiera imaginarse verdaderamente en medio de las grandes batallas que se llevaron a cabo durante la guerra, no disfrutaría la experiencia. Leia había tenido que lidiar con bastantes tropas traumatizadas de la Rebelión, y lo sabía bien. Sin embargo, el entusiasmo inocente del joven senador la calmaba en cierto modo. «De acuerdo, no es un belicista, sólo un chico atrapado en el cuerpo de un adulto que lamenta haberse perdido toda la “emoción”».

Nunca antes había estado tan cerca de Casterfo. Se percató de que su apariencia refinada no era del todo perfecta. Su cabello claro era largo, tal vez se lo había dejado así para ocultar las orejas puntiagudas que sobresalían de su cara angosta. Pero también parecía que se había laqueado el cabello para que se viera liso y brillante, y seguramente para evitar que se rizara. Incluso la larga capa debía ser un truco para ocultar lo delgado que era, como un palo. Antes, Leia consideraba que Casterfo se ocupaba tanto en su apariencia por pura vanidad; ahora se daba cuenta de que, al menos en parte, también era por vulnerabilidad. Esto demostraba que quería lucir mayor de lo que en realidad era, y buscaba que su planeta tuviera una apariencia más próspera. No sólo le placía formar parte del Senado, también quería enfatizar que pertenecía ahí.

Su opinión acerca de él se suavizó un poco…, pero esto duró aproximadamente un segundo, hasta que agregó algo más.

—Además, aun si no podemos respetar el método de estos soldados, al menos podemos honrar su sueño.

—¿Sueño?

—El sueño de formar un imperio, desde luego —dijo Casterfo, sonriendo como un hombre que recuerda los mejores días de su infancia—. Si en verdad hubieran logrado unir la galaxia bajo el mando de un líder sabio y autoritario, el imperio habría podido perdurar durante años, quizá más que la Antigua República.

De pronto, Leia se dio cuenta de que tenía la boca abierta y lo observaba fijamente.

—¿Le gustaría que el Imperio siguiera rigiendo?

—No el Imperio que teníamos, bajo el mandato de un hombre tan corrupto como Palpatine. Pero, si se hubiera podido reformar al Imperio, tal vez ceder el poder a un líder mejor y más responsable…

—Quiere decir, si la Rebelión hubiera sido derrotada… —dijo Leia de inmediato. Su temperamento se había encendido a tal grado que no podía resistir más—. Lamento que lo hayamos decepcionado tanto, Senador Casterfo, luchando y muriendo para liberar la galaxia.

La cara de Casterfo se puso totalmente roja.

—Oh, no me malinterprete, por favor. Jamás desearía que la Rebelión hubiera perdido la guerra. Sólo desearía que la guerra no hubiera sido necesaria.

—¿En verdad cree que Palpatine era el único problema que tenía el Imperio? Piénselo otra vez. Esa clase de estructura de poder estaba basada en la corrupción, desde los niveles más altos en Coruscant hasta los puestos más pequeños en los planetas del borde. Cuando las personas con autoridad no tienen qué responder a los ciudadanos de la galaxia, el resultado es la tiranía.

La consternación juvenil de Casterfo empezó a desaparecer para dar lugar al enojo, tan mal disimulado como el de Leia.

—¿Así que la solución es que nadie tenga poder? ¿Para asegurarnos de que aquellos que tienen la autoridad no hagan nada malo, evitamos que puedan hacer algo bueno o beneficioso también?

—¿Qué clase de «beneficio» cree que podía ofrecer el Imperio?

—Muy poco, aparentemente. Pero, si la Antigua República no hubiese tenido sus fallas, Palpatine no habría llegado al poder, para empezar.

Esto tenía sentido hasta cierto punto, y Leia estaba incómodamente al tanto. Había oído las historias de su padre sobre los últimos días de la Antigua República demasiadas veces, así que le resultó inevitable absorber sus advertencias sobre cómo la libertad puede llegar a su fin. Pero Casterfo no conocía esas lecciones; él sólo quería buscar excusas para el empoderamiento del Imperio.

—Una república puede ajustarse conforme sea necesario, y esto es porque mantiene su responsabilidad ante la gente.

—Un emperador sabio y justo también podría escuchar a la gente —insistió Casterfo—. El único problema fue que eligieron al emperador equivocado.

«¿El único problema?». El nivel de estupidez que Leia podía soportar en un mismo día tenía un límite, y acababa de sobrepasarlo. Se puso de pie.

—No tengo tiempo para entablar una conversación sobre política galáctica con alguien que es tan profundamente ignorante de las consecuencias a gran escala que pueden tener sus acciones.

Casterfo se puso de pie, revelando su considerable estatura.

—Y yo tampoco tengo tiempo para discutir estos asuntos con alguien que es tan intolerante al punto de vista de los demás.

A estas alturas, la sien de Leia palpitaba en señal del dolor de cabeza que el enojo estaba escarbando en su cráneo.

—Enviaré a mi droide de protocolo mañana para intercambiar detalles sobre nuestro viaje —dijo Leia. De ninguna manera pensaba forzar a Greer o a Korrie a lidiar con este hombre más tiempo del que fuera absolutamente indispensable. Además, C-3PO estaría encantado de tener algo que hacer. Leia nunca se había sentido tan agradecida de contar con un droide de protocolo—. Mi asistente puede encargarse de todos los demás detalles del viaje. No hay necesidad alguna de que volvamos a vernos hasta que llegue el momento de partir, claro, si le parece bien.

—Créame, eso me aliviaría enormemente —dijo Casterfo cruzando los brazos.

—El sentimiento es mutuo —respondió Leia al salir de su oficina, pasando entre el matorral de empleados (que fingieron no estar escuchando tras la puerta) de vuelta a los pasillos.

Mientras subía de nuevo a la acera móvil, se cubrió la cara con una mano. No era la primera vez en su vida que su temperamento se salía de sus casillas, pero pocas personas habían logrado enfurecerla tan rápidamente como Ransolm Casterfo con su colección de «artefactos históricos», que insultaba todo por lo que ella había peleado. Y pronto tendría que convivir con él durante días, o tal vez semanas, según cuánto tiempo tomara llegar al fondo de la situación de los cárteles niktos en Bastatha.

Adiós a su emocionante misión final. Parecía que sus últimos días como senadora de la Nueva República serían un verdadero dolor de muelas.

CAPÍTULO
CUATRO

Joph Seastriker nació y creció en el planeta Gatalenta, un mundo tan cálido como tranquilo, famoso por su té, sus retiros de meditación y su extensa y erudita poesía. La gente dormía arrullada por el sonido de las campanillas de viento y, al despertar, agradecían la salida del sol día tras día. Gatalenta ofrecía serenidad, silencio y calma.

Joph no podía esperar para largarse de Gatalenta, porque estaba más aburrido que una ostra.

Desde que tenía memoria, Joph siempre había deseado emociones y aventuras. En sus clases siempre era el más ruidoso, el más inquieto y el menos satisfecho. Así que sus madres aceptaron de buena gana su solicitud para unirse a la milicia de la Nueva República. Tal vez no sería como en los viejos tiempos, cuando tenías la oportunidad de convertirte en un héroe, pero al menos el chico podría pilotear los mejores cazas estelares y recorrer la galaxia.

Aunque se había marchado de Gatalenta para ingresar a la Academia hacía ya cuatro años, en ocasiones Joph sentía como si hubiera vivido una existencia completamente diferente a las demás en su planeta natal. Así que nunca miró atrás.

(Bueno, a veces extrañaba las campanillas de viento, pero nada más).

Después de su graduación, hace unas cuantas semanas, lo habían asignado al equipo de precisión aérea; hace menos de una semana, había estado dando volteretas en el cielo, sobre la ceremonia de homenaje, sonriendo triunfantemente mientras se elevaba entre las nubes. En ese momento, parecía que esa sería la mejor parte de su deber.

Pero, ahora, lo habían seleccionado como escolta para una misión senatorial, una misión que tenía como destino nada más y nada menos que el bajo mundo criminal. Y esa era precisamente la clase de emoción que deseaba desde un principio.

Joph llegó en su X-Wing al hangar del Senado y dio una vuelta pronunciada para aterrizar junto a la nave que estaban cargando con suministros en ese mismo momento. Como imaginaba, la pantalla de información en su consola decía que se trataba del *Brillo de Espejo*, la nave personal de la mismísima Senadora Leia Organa. Se sintió satisfecho al llegar a la conclusión de que él era el único piloto con un X-Wing alrededor.

Durante los últimos días, las notificaciones que recibió habían cambiado en varias ocasiones: desde que formaría parte de un escuadrón entero que acompañaría a los senadores en su misión, hasta que no habría escolta militar. Aparentemente, los senadores discutieron mucho al respecto. Joph no sabía los detalles ni le interesaban.

El aire en el hangar olía a gmoa, grasa y soldadura. En la distancia, alcanzó a ver droides de mantenimiento que se movían de una nave a otra, y chispas que salían volando de sus sopletes. El *Brillo de Espejo* destacaba entre las otras naves del mismo modo en

que la luna destaca entre las estrellas. Su superficie era blanca y con una textura brillante, y sus orillas, curveadas, indicaban su estatus de nave civil.

Joph saltó de la cabina de mando con una sonrisa en los labios. En cuanto sus botas pisaron el asfalto, alcanzó a ver momentáneamente a quien, asumió, era la piloto a cargo del *Brillo de Espejo*. Se encontraba sentada de espaldas a Joph, en un cajón de almacenamiento, revisando el material que estaban llevando a bordo. Su vestimenta gris era de uso civil, así como el chal de lana que cubría sus hombros. Su grueso cabello negro colgaba libremente sobre su espalda, otra señal de que nunca había sido militar.

«Independientemente de eso, será tu copiloto durante toda la misión. Así que tranquilo, hay que lograr una buena primera impresión. Y, por una vez en tu vida, relájate», pensó Joph.

Mientras él se acercaba, ella oyó sus pasos y se dio la vuelta.

Poseía esa clase de belleza que no sólo se ve, sino que te golpea como una gran ola. Lustroso cabello negro, labios gruesos y hermosa piel cobriza…

Pero la fiebre del enamoramiento desapareció de su cuerpo con la misma velocidad con la que lo había invadido. Esta mujer estaba tan lejos de sus posibilidades que incluso un simple enamoramiento parecía algo imposible. Sería algo así como enamorarse de un atardecer.

Intentó tranquilizarse y continuar caminando con una sonrisa.

—Soy el Teniente Joph Seastriker, y seré su escolta durante la misión.

Ella frunció el ceño.

—¿Tú eres Seastriker?

No era la primera vez que Joph se enfrentaba a esa clase de incredulidad; siempre se prometía a sí mismo que no se pondría a la defensiva cuando ocurriera, pero era difícil resistir.

—Puedes revisar mi identificación si quieres. Y si crees que soy demasiado bajo, te aseguro que estoy un milímetro y medio por arriba de la estatura mínima requerida.

—Uno y medio —repitió ella, y él sintió ganas de hacer un gesto de dolor. Joph nunca podía evitar agregar el «y medio». Es sólo que odiaba que la gente lo confundiera con un mecánico. Sin embargo, la sonrisa en el rostro de ella era cálida, no burlona—. Soy Greer Sonnel, asistente de la senadora y piloto del *Brillo de Espejo*. Qué gusto tenerlo a bordo.

¿Una empleada política y un piloto? Parecía una combinación extraña. Antes de que Joph pudiera preguntar algo, Greer siguió hablando.

—Aunque, si me preguntas, no estaría mal traer un par más de cazas estelares adicionales. Bastatha no es el lugar ideal para las personas que siguen las reglas.

—¿Has estado ahí?

—No, pero he trabajado con pilotos que han ido. Además, todos los puertos espaciales clandestinos son potencialmente peligrosos. Bastatha no es uno de los peores, pero tendremos que ser cuidadosos de todos modos —respondió Greer, mientras tocaba

la proa del *Brillo de Espejo*—. Al menos le hicimos unas cuantas modificaciones que le permitirán resistir en caso de que nos topemos con problemas.

Joph se percató de que el diseño poco convencional en forma de «W» del *Brillo de Espejo* le permitía almacenar compartimentos de armas en las esquinas, desapercibidos y casi invisibles. Aunque los transportes promedio no solían tener armamento, fuera de escudos defensivos tal vez, se veía que esta nave en particular podía defenderse de un ataque.

—Así que la senadora cree en las negociaciones pacíficas, ¿verdad?

Los labios grandes de Greer esbozaron una sonrisa.

—Sólo digamos que cree en estar preparada. Su esposo y yo instalamos estas armas hace algunos años, cuando empecé a trabajar para él.

—¿Su esposo? —«Mantén la calma. No escandalices. No digas el nombre Han Solo, a menos que estés absolutamente seguro de que tu voz no sonará chillona»—. Así que, eh, ¿conoces al Capitán Solo?

—Gané la competencia Júnior Sabers hace unos años —dijo Greer, balanceándose de un lado a otro—. Historia antigua.

Cualquiera que sea lo bastante bueno como para ganar la carrera Sabers, incluso en el nivel júnior, definitivamente sabe lo que hace. Joph quería estar impresionado, pero en lugar de eso se sintió extremadamente celoso. Mientras él presentaba exámenes en la Academia, ella había estado ganando carreras, volando con el *único e increíble* Han Solo y experimentando todas las emociones que a él le habían sido negadas. Claro, no es que la emoción sea un recurso limitado y que, después de que unos la usan, no quede suficiente para los demás, pero aun así…

«Mi oportunidad llegará», se recordó a sí mismo. Por lo que acababa de escuchar, Bastatha podría ser justo el lugar que le proporcionara toda la acción que buscaba.

—Buenos días. —Del otro lado del hangar, llegó caminando la Senadora Organa, aunque Joph tardó un momento en reconocerla; en vez de su vestimenta formal de senadora, traía una túnica sencilla color crema y mallas, y su cabello estaba recogido en una larga trenza que colgaba sobre su espalda—. ¿Cómo la ves, Greer?

—Está lista para volar en cuanto usted lo ordene —prometió Greer—. Y el piloto que nos escoltará en su X-Wing acaba de llegar. Senadora, le presento al Teniente Joph Seastriker. Joph, la Senadora Leia Organa.

—Es un placer conocerla, señora. Espere…, «¿señora?». Quise decir: senadora. Digo, eh, princesa, no, no…, ¡su alteza!

Un droide dorado de protocolo se les acercó.

—«Senadora» o «su alteza» sólo si acaban de ser presentados. «Señora» o «Princesa Leia» está bien después.

—Este es C-3PO —dijo la Princesa Leia, mirando el cielo y sacudiendo la cabeza. Para ser una heroína de guerra legendaria, era bastante sencilla—. No te preocupes; él te contará más sobre etiqueta de lo que jamás quisiste saber. 3PO se ocupa de eso para que yo no tenga que hacerlo. Y esta es nuestra becaria residente, Korr Sella.

Korr no se veía de más de dieciséis, lo cual significaba que Joph ya no era la persona más joven de la misión. Comparado con Korr, él era experimentado, hasta cosmopolita. Ya se sentía mucho más seguro; además, la misión se veía muy prometedora…, hasta que se escuchó la voz de un hombre.

—¿Estamos listos para partir?

Todos se pusieron tensos. Joph se dio la vuelta y vio a un sujeto alto, pálido y delgado que caminaba hacia ellos. Vestía una capa de terciopelo azul que habría resultado muy apropiada para una reunión del Senado o… para una boda, pero que lucía absurdamente esnob para un hangar.

—¡Casi listos, Senador Casterfo! —dijo alegremente C-3PO—. Llega justo a tiempo, señor.

Casterfo se detuvo en seco, aparentemente sorprendido de ver a todos los demás usando la vestimenta de un piloto estándar. Aunque la Princesa Leia le esbozó una sonrisa a Casterfo, era más bien la clase de sonrisa que duele más que un golpe. Korr se mordió el labio inferior, y el suspiro de Greer parecía significar algo como «Oh, no, aquí vamos». Joph casi podría haber sentido lástima por el tipo, de no ser porque Casterfo estaba obviamente enamorado de sí mismo.

—Bien. —Parecía que el Senador Casterfo no sabía qué más decir a las harapientas personas a su alrededor—. Ordenaré a mis droides que suban mi equipaje a la nave.

—Por favor, adelante. —Habiendo dicho esto, la Princesa Leia se dirigió al *Brillo de Espejo*, tal vez para hacer una última revisión antes del despegue o para evitar a Casterfo lo más que fuera posible. Probablemente por ambas razones.

—¿Es mi imaginación o de pronto el ambiente se puso helado aquí? —murmuró Joph, una vez que todos sus superiores se habían alejado.

Greer lo miró de reojo.

—Pongámoslo así. Tú estarás mucho más cómodo en tu X-Wing de lo que yo estaré en la *Brillo de Espejo*. Créeme, de aquí en adelante el ambiente seguirá enfriándose.

Leia permaneció en su cabina el mayor tiempo posible durante el viaje a Bastatha. Durante ese tiempo, tomó pequeñas siestas y envió otro comunicado a Luke y Ben. (Sólo la Fuerza sabía cuándo lo escucharían. El último mensaje que Luke le mandó fue de un tiempo lejano, y había llegado muy alterado por la interferencia de la radiación; siempre que estaban viajando por la galaxia quedaban temporalmente incomunicados). Fue hasta el final del viaje que Leia empezó a prepararse para su visita diplomática. Las orillas de su vestido bermellón oscuro estaban finamente bordadas de azul y plateado. Había decorado su larga trenza usando prendedores con incrustaciones de pequeñas piedras brillantes. Eran más llamativas que valiosas, pero, en un lugar como Bastatha, donde el estilo sustituía lo verdaderamente esencial, un poco de teatralidad no estaba de más.

Cuando ya no pudo seguir posponiéndolo más tiempo, Leia salió de su cabina decidida a encarar a Casterfo lo más calmada posible, pero no lo veía por ningún lado.

—Se rindió hace unos cuantos minutos —exclamó Greer, desde la cabina.

—¿Ah, sí? —dijo Leia entrando. Greer estaba sentada frente a los controles principales, pero había un asiento disponible para el copiloto o el artillero auxiliar. Cuando Leia se sentó, vio frente a ella las extrañas y retorcidas ondas azules del hiperespacio, tan llamativas como intimidantes—. ¿Qué fue lo que dijo?

Greer se encogió de hombros.

—Trató de hacerle conversación a Korrie, hasta que ella inventó la excusa de ir a revisar su trabajo. Luego trató de hablar conmigo un rato sobre carreras. Debo admitir que sabe de lo que habla; le doy puntos por eso.

Leia no pudo evitar reír.

—Perdonarías a cualquiera que tuviera una nave rápida, ¿cierto, Greer?

—O a alguien que apoye a buenos equipos. —La sonrisa de Greer la hizo ver aún más joven de lo que era, como el reflejo de aquella niña que Leia había visto por primera vez. Durante los últimos años, Han había acogido a muchos pilotos jóvenes, y estos permanecieron cerca de ambos, incluso en la actualidad.

Su disposición para asumir el papel de mentor era una de las primeras cosas que Leia había notado en Han Solo, hacía tiempo. Bueno, mejor dicho, una de las primeras cosas que le habían *gustado* de él. A pesar de todas sus bromas sobre «el chico granjero», Han se había dedicado a Luke desde la destrucción de la primera Estrella de la Muerte. Leia había observado cómo Luke empezó a superar su dolor por la muerte de Obi-Wan Kenobi y de sus tíos, mientras aprendía sobre armería, reparación de naves y muchas cosas más que Han le enseñaba. El sarcasmo y el ingenio que él utilizaba eran un mecanismo para ocultar su preocupación por Luke. Leia incluso tardó en darse cuenta de que Han también trataba de cuidarla a ella.

Ahora su esposo mostraba el mismo compromiso con su nueva camada de pilotos jóvenes. Leia quería pensar que lo hacía por el mismo impulso que lo había llevado a hacerse amigo de Luke; probablemente, hasta cierto punto, así era. Pero Han también lo hacía porque estas eran las mismas lecciones que habría querido enseñarle a su hijo.

Unos pasos atrás de ella hicieron que Leia se diera la vuelta, justo a tiempo para ver a Casterfo entrando al área principal de la nave. Su capa de terciopelo se había arrugado un poco durante el viaje, pero él se mantenía firme, con toda la dignidad que conseguía exhibir.

—Supongo que ya estaremos llegando al sistema Bastatha, ¿cierto?

—Aún no —respondió Greer, sin quitar la mirada de los controles—. Pero sólo faltan unos cuantos minutos.

Leia se puso de pie y pasó junto a Casterfo para tomar un poco de té de Gatalenta, que tenía en las reservas de la nave.

—¿Su habitación le ha resultado cómoda, Senador Casterfo? —preguntó Leia, mientras preparaba el té.

Esperaba que él respondiera de manera amable, formal, seca y dentro de los límites de la cortesía. En vez de eso, Casterfo se puso a su lado, donde resultaba imposible no mirarlo.

—Senadora Organa, admito que nuestra primera reunión no resultó muy bien, en gran parte debido a mi propia falta de tacto. Mi conversación era más bien de naturaleza teórica, filosófica…

«¿Qué clase de filosofía puede orillarte a venerar al Imperio?». Leia lo pensó, pero no lo dijo. El hombre estaba haciendo un esfuerzo por ser amable; lo menos que podía hacer era respetar su esfuerzo. Había trabajo que hacer en Bastatha, uno potencialmente importante; no tenía caso dejar que las desagradables tendencias políticas de Casterfo interfirieran con la misión.

—… y, al dejarme llevar por el entusiasmo que siento al hablar del concepto de una monarquía, no me detuve a reflexionar sobre sus experiencias personales ni las tomé en cuenta —continuó él—. Ambos hicimos comentarios desacertados, pero sus motivos para expresarse de manera tan apasionada son más excusables que los míos. Sólo espero que pueda perdonarme.

Después de todos sus años fungiendo como diplomática, Leia sabía reconocer una buena disculpa cuando la oía.

—Entiendo, Senador Casterfo. Por favor, no se preocupe más por eso. El pasado es el pasado. Ahora tenemos trabajo por hacer.

—Opino igual —dijo Casterfo, mientras enderezaba el cuello de su capa. Todo signo de humildad que había logrado aparentar se desvaneció en ese momento—. A Bastatha.

CAPÍTULO **CINCO**

La superficie planetaria de Bastatha estaba sobrecalentada debido al gigantesco sol rojo que orbitaba cerca del planeta, por lo cual la superficie era inhabitable casi para cualquier ser, con excepción de algunas bacterias imposibles de erradicar y droides mineros muy resistentes. A medida que el *Brillo de Espejo* pasaba por el brumoso cielo dorado, rasgaba las nubes de sulfuro y metano, gases que hervían en los valles del planeta.

En Bastatha, referirse a los bajos mundos no era sólo una forma de nombrar los lugares clandestinos, pues había lugares que se encontraban *literalmente* bajo tierra.

Leia observó cómo el *Brillo de Espejo* se sumergía en la superficie del planeta, girando ágilmente justo a tiempo para entrar por una pequeña abertura que se convertía en una cueva al avanzar. El X-Wing de Joph Seastriker los seguía de cerca, a pesar de las numerosas estalagmitas y estalactitas que dificultaban el paso por los ya de por sí angostos espacios que tenían para avanzar. Los finos rayos de sol pronto desaparecieron y el aire, más limpio, se volvió poco respirable para los humanos. Greer bajó la velocidad; ahora sólo podían usar los sensores y las luces de navegación para seguir avanzando.

Finalmente, llegaron a la plataforma donde las «autoridades locales» los esperaban. Aquello era un oasis de luz en la oscuridad de la cueva. Mientras Greer preparaba el *Brillo de Espejo* para el aterrizaje, Leia se acomodó el cabello.

—Déjame hablar a mí.

A Casterfo no le agradó la petición, como ella había previsto.

—Sin duda las autoridades locales querrán escuchar lo que ambos tenemos que decir.

—Las «autoridades locales» son sólo marionetas que hacen todo lo que los líderes de los cárteles ordenan. Nuestro trabajo es revelar muy poco y no prometer nada. —Leia alzó una ceja—. ¿Entendido?

—A la perfección —respondió Casterfo, con un resoplido—. Si en algún momento nos topamos con cualquier cosa de la galaxia que usted no conozca, por favor avíseme. Me gustaría registrar el evento para la posteridad.

«Acaba de decir lo que creo que…».

Antes de que Leia pudiera perder la compostura, C-3PO intervino.

—Oh, señor, no hace falta que se preocupe por eso. Estoy programado para registrar todas las conversaciones que resulten indispensables, además, como sabrá, domino siete millones de formas de comunicación con fluidez…

—Sí, lo sabemos. —Leia hizo un gesto para indicarle al droide que guardara silencio, luego se concentró en volver a su modo diplomático. De acuerdo: a Casterfo no le agradaba ella, así como a Leia no le agradaba él. Sin embargo, mientras él pudiera tener bastante sentido común como para callarse y dejar que ella se encargara de todo, estarían bien.

Los magistrados, ambos niktos, prácticamente se pusieron a sus pies al recibirlos, como los enviados diplomáticos de la Nueva República que eran.

—Qué gran honor —dijo el Magistrado Tosta, con una mano en el pecho—. ¡Poder conocer a la famosísima Princesa Leia Organa en persona!

—Pero claro que estamos igualmente encantados de conocer al Senador Casterfo —siseó el Magistrado Xun—. Con tan poco tiempo en el Senado, ya es una figura muy respetable.

Repartieron halagos a todos, e insistieron en invitar al personal y a los pilotos a cenar también. Todos aceptaron, excepto Greer. Ella pidió quedarse en la nave, y lo hizo de manera tan convincente que nadie sospechó que no se trataba de una preferencia personal, sino de las órdenes precautorias de Leia. Así que emprendieron el camino, con Leia y Casterfo a la cabeza, y Korrie y Joph justo detrás de ellos, acompañados de un coro de alabanzas por parte de Tosta y Xun. Alabanzas para la Nueva República, para el historial bélico de Leia, para la vestimenta de todos, etcétera. Hasta C-3PO fue cubierto de halagos.

—Qué droide tan inusual y sofisticado. ¿En verdad lleva con usted tanto tiempo? Extraordinario.

Afortunadamente, C-3PO era el único miembro del equipo que se dejaba seducir con ese tipo de adulaciones. El grupo avanzó mientras sus guías se adentraban más y más en las cavernas de Bastatha. Todos los negocios y los asuntos personales se trataban en esos enormes túneles de piedra, la mayoría de los cuales se habían convertido en majestuosos arcos y bóvedas a manos de algún escultor. Los colores naturales de las rocas fueron pulidos hasta que los túneles brillaron como nubes moteadas de negro, rojo y varios tonos de gris. El aire viajaba por los túneles en forma de ráfagas y vendavales erráticos, los cuales a veces hacían volar las orillas de la vestimenta de Leia.

«El sonido se queda atrapado arriba», pensó ella. De otro modo, cada palabra haría eco en los muros. ¿Sería posible que las extrañas corrientes de aire de Bastatha fueran indomables, aun con la tecnología climática moderna? Leia no lo creía. No, ese lugar estaba diseñado para encerrar todos los secretos.

—Les hemos preparado una mesa en nuestro mejor establecimiento —dijo Tosta, con un tono de voz adulador. Su llamativa vestimenta opacaba hasta las galas de Casterfo—. En medio de los esplendores de la vida nocturna, que se han vuelto tan famosos recientemente aquí en Bastatha.

«Lo cual significa que Rinnrivin Di no quiere oír que alguno de ustedes ha tenido la oportunidad de hablar con la delegación senatorial», pensó Leia.

—Sí, tengo entendido que están tratando de posicionar este planeta como una especie de centro turístico, ¿cierto?

—Por demasiado tiempo, el mercado de las apuestas ha estado monopolizado por gente incivilizada —intervino Xun—. Nosotros podemos ofrecer una experiencia mucho más sofisticada.

Claro que podían. Leia y su grupo fueron escoltados a través de una puerta gigante que dividía el túnel; una división arbitraria pero efectiva para separar el mundo exterior del interior. Varias columnas ricamente talladas parecían sostener el techo a una altura de cincuenta metros por encima de ellos. Estaban decoradas con tejas de un metal brillante que formaba espirales ascendentes a lo largo de las mismas. Parecía haber aproximadamente mil visitantes apoltronados en las largas mesas ovaladas. Algunos sólo comían o bebían, pero la mayoría apostaba y jugaba. Los droides repartidores de cartas habían sido uniformemente cubiertos con cobre brillante para que lucieran más como ornamentos que como herramientas mientras repartían las cartas, giraban las ruedas y anunciaban a los ganadores y perdedores.

—Y aquí estamos. —Tosta los dirigió a su mesa con un gesto de su mano escamosa. La mesa estaba ubicada prácticamente en medio del salón de juegos—. Incluso tenemos hidromiel de Riosa, para honrar al Senador Casterfo.

Leia aceptó la copa sin decir gran cosa. Le gustaba la hidromiel, pero no podía disfrutar el dulce sabor mientras Casterfo se esponjaba con las adulaciones de los niktos.

—¿Y sólo estamos aquí para comer? —preguntó ella—. ¿O podremos disfrutar de lo mejor que Bastatha tiene para ofrecer?

Los niktos se quedaron pasmados, obviamente confundidos.

—Senadora Organa —comenzó a decir Xun—, permítame ofrecerle una disculpa si es que los preparativos no son de su total agrado…

—Sus preparativos son espléndidos —dijo Leia, sonriendo cálidamente antes de señalar los juegos de azar que se encontraban cerca de ellos—. Pero, después de nuestra hidromiel, ¿se nos permitirá jugar también?

Los rostros de los dos niktos se iluminaron de inmediato.

—¡Desde luego que sí! —dijo Tosta—. ¿Qué juego le agradaría más a la noble senadora?

—Sabacc si no les molesta.

La sonrisa en sus rostros creció aún más, lo que era una clara señal de que esperaban ganar mucho dinero en poco tiempo. El sabacc era bastante complicado, y las probabilidades estaban siempre a favor de la casa.

Pero pocos jugadores de sabacc aprendieron a jugar con Han Solo y Lando Clarissian.

—¿En serio? —murmuró Casterfo, acercándose a Leia—. ¿Queremos dar esta clase de ejemplo como representantes del senado?

—Estas personas no tienen respeto por el decoro, sino por la astucia —respondió Leia, mirándolo de reojo—. Además, si está muy preocupado por poner un buen ejemplo, tal vez no debería pasar tanto tiempo observando la galería superior.

Sobre ellos, en un gran balcón, paseaban personas de al menos una docena de especies y cuatro géneros distintos (según lo que Leia había logrado distinguir hasta el momento).

—No estaba… No fue mi intención… —La pálida piel de Casterfo se puso roja mientras él intentaba encontrar las palabras adecuadas—. Los invitados de ahí parecen estar determinados a llamar nuestra atención.

—Claro, es porque no son invitados. Intuyo que, en realidad, son lo que el casino denomina «trabajadores independientes».

Leia disfrutó la expresión en la cara de Casterfo cuando este se dio cuenta de que había estado comiéndose con los ojos a los acompañantes, sin intención alguna de alquilarlos, lo cual era grosero en cualquier planeta. Se hundió en su asiento, claramente contrariado por la vergüenza y el remordimiento.

El banquete en sí fue suficientemente agradable, incluía comida que era popular en distintos planetas, toda muy bien preparada. Leia entabló pequeñas conversaciones sobre «desarrollo económico» con sus anfitriones niktos por cortesía, aunque en realidad prestaba más atención a lo que omitían que a lo que decían. Por ejemplo, Tosta y Xun hablaban mucho de sus «inversionistas» sin declarar nunca quiénes eran estos o cuáles eran sus intereses financieros principales. Alababan a la Nueva República en términos que, si bien podrían resultar muy halagadores para un populista (pues hablaban del respeto por la independencia de los planetas, de un gobierno menos controlador, etc.), eran prácticamente insultos ante los ojos de Casterfo, quien, por su parte, claramente no estaba seguro de la forma adecuada en que un centrista debía responder a todo eso. Desde luego, los niktos no estaban declarándose aliados del partido; simplemente no querían que nadie interfiriera en sus asuntos.

Los ojos de Leia captaban aún más información que sus oídos, mucha de la cual era simplemente divertida. Por ejemplo, la imagen de Joph Seastriker con su cabellera rubia. El chico trataba de aparentar madurez y experiencia, cuando en realidad se veía tan joven e inocente como un campo de flores. Mientras tanto, Korrie navegaba en las conversaciones habituales de cortesía con destreza, poniendo especial esfuerzo en recordar cada palabra. Si Greer hubiera estado ahí, su ágil mente habría sido capaz de reproducir todas las conversaciones con casi la misma precisión que C-3PO. Sin embargo, Greer le había estado enseñando a Korrie sus mejores trucos, y parecía que Korrie aprendía rápido. Casterfo hizo un comentario que elogiaba la comida, los preparativos, etcétera, y Leia se percató de que llamaba la atención de la gente sin siquiera intentarlo. No era la misma clase de fascinación que ella causaba en las personas cuando murmuraban: «La Princesa Leia, la Rebelión, la senadora, la princesa». Ransolm Casterfo no era tan famoso, al menos no aún, pero su atractivo físico y su juventud, en combinación con su evidente poder y prosperidad, le daban un encanto al que pocos podían resistirse. En general, la expectación que causaba era principalmente por franca curiosidad, aunque muchos también sentían cierta atracción.

Leia sonrió al imaginar a Casterfo como una chuchería brillante que podía agitar frente a la multitud… Era la distracción perfecta.

Una mesa de humanos que estaba cerca de ellos llamó su atención. Ninguno de ellos estaba jugando cartas; sostenían bebidas, pero parecían tardar mucho en tomarlas. Este no

era un grupo de apostadores experimentados, ni siquiera de gente que buscaba divertirse. Eran callados. Observadores. Curiosos. De todos ellos, la que más llamaba la atención de Leia era una mujer mayor, posiblemente con unos diez o quince años más que ella, cuyo largo y rizado cabello oscuro tenía llamativas mechas plateadas. Su rostro dejaba al descubierto el impacto de pequeñas cicatrices que no se había molestado en curar; tal vez había participado en la guerra. Aunque hablaba poco, su lenguaje corporal decía mucho; esta mujer mandaba. Sus ojos oscuros escudriñaban la estancia sin parar, de un lado al otro, tan implacablemente como un sensor de seguridad.

Su mirada no se posó ni en Leia ni en Casterfo una sola vez. Bien podrían haber sido objetos inanimados para ella. Pero fue justamente esta falta de atención, o el esfuerzo por aparentarla, lo que puso a Leia sobre aviso. Cualquier otra persona al menos habría notado la llegada repentina de una misión senatorial, que encima se encontraba en medio de la habitación. La impasibilidad de esta mujer era una pista: ella tampoco quería llamar la atención.

¿Quién era? ¿Y por qué era tan importante para ella pasar desapercibida?

Después de la cena, cuando el droide repartidor de cartas les ofreció empezar con el juego de sabacc en su mesa, Leia sacudió la cabeza.

—No hay suficiente riesgo para que el juego sea verdaderamente emocionante. Si fueran tan amables de dirigirme a una de las mesas más grandes…

—Senadora Organa… —dijo Casterfo, horrorizado, mientras se acercaba a ella—. ¿Qué cree que está haciendo?

—Creo que estoy a punto de jugar a las cartas.

—Estos son profesionales. ¿Se da cuenta de que, si pierde, podrían tratar de utilizar su deuda para pedirle favores especiales o hacerle extorsiones políticas?

—Relájese —dijo Leia, tocando el brazo de Casterfo.

No se relajó, aunque, un par de horas después, sus quejas habían dado un giro radical de dirección. Casterfo se inclinó sobre el hombro de Leia en la mesa de juego, aplastado por la multitud que se había acercado a observar.

—Piensan que usted está haciendo trampa.

—Lo dudo —respondió Leia, al mismo tiempo que lanzaba una carta al campo de intercambio, una octagonal e iridiscente columna de energía que se encontraba en medio del tablero de juego. A su alrededor sólo quedaban algunos jugadores: un humano de piel oscura y ceño fruncido; un lonerano que se la pasaba quitándose el pelaje que le cubría los ojos, como si mejorar su visibilidad fuera a mejorar también su mano; una mujer toydariana de piel azul oscura y largo hocico, que se cernía de manera irregular al final de la mesa. Frente a Leia se amontonaba una buena cantidad de las fichas que representaban sus ganancias hasta el momento. Sin embargo, ya había puesto gran parte de ellas al centro de la mesa, apostando por la mano que tenía. Y estaba tentada a apostar el resto de sus fichas—. ¿Por qué pensarían que estoy haciendo trampa, Casterfo? Usted mismo lo dijo: son profesionales. Saben que llevo las de ganar.

—Su racha de buena fortuna parece ser más que buena suerte —dijo Casterfo remilgosamente.

—No se trata de suerte, sino de probabilidades.

Han y Lando le habían enseñado cómo calcular las probabilidades de que saliera cada carta. El truco era seguir esas probabilidades y nunca, jamás, dejarse llevar por la emoción del momento. Y, a pesar de toda la emoción que la rodeaba, con los oficiales niktos complacidos por ver que la senadora se divertía y Joph y Korrie riendo con deleite, Leia mantuvo la calma.

El distribuidor aleatorio parpadeó al cambiar nuevamente las cartas en sus manos. La senadora abrió muy bien los ojos cuando reconoció la última carta que necesitaba.

—Juego —dijo, mientras oprimía el control.

Instantáneamente, las manos de todos los jugadores quedaron expuestas. La del lonerano sólo tenía dieciséis puntos, casi ni valía la pena tomarla en cuenta. Tanto la toydariana como el otro humano tenían diecinueve puntos. Por su parte, la mano de Leia tenía el as de monedas y el as de sables, que combinados valían treinta puntos; claramente se pasaban del límite. Sin embargo, destellando en medio el campo de intercambio, estaba la estrella, una carta que tenía un valor negativo de diez.

—¡Veinte puntos! —gritó Joph, aplaudiendo. Y otros lo siguieron—. ¡Gana otra vez!

El repartidor empujó más fichas hacia Leia, mientras la multitud murmuraba y aplaudía. Pero en vez de tomarlas…

—Estas no son para mí, son para todos —exclamó Leia—. ¡Me gustaría invitar un trago a todos los presentes!

La sala se llenó de ovaciones, y de inmediato los droides empezaron a rodar entre la concurrencia cargando charolas con vasos altos que contenían un líquido verde y humeante.

—Debí haberlo previsto —dijo Casterfo, cruzando los brazos—. Un truco barato para ganarse a la multitud.

—No tan barato —dijo Leia, al observar cómo su pila de ganancias empezaba a disminuir; las bebidas en Bastatha eran de la mejor calidad y, por lo tanto, muy costosas. Pero exactamente para esto es que había ganado el dinero.

—Muy bien jugado, senadora —dijo Korrie, con un vaso de la cosa verde en la mano—. ¿Le gustaría un conteo de sus ganancias y pérdidas? Claro que no hay muchas pérdidas que contar…

—No es necesario, Korrie. Diviértete un poco, pero ten cuidado. Esa cosa es mucho más fuerte que la hidromiel de Riosa. —Leia miró a uno de los droides meseros, uno que se veía lo bastante sofisticado en cuanto a tecnología como para responder preguntas—. ¿Todos disfrutan de sus bebidas?

—Los intoxicantes gratis son de los regalos más apreciados por las formas de vida biológicas dotadas de sentidos.

—¿Y qué hay de aquellos? —preguntó Leia como si nada—. ¿Las personas de allá que acaban de recibir su bebida, justo enfrente de nosotros?

La mesa de la que hablaba era la de la mujer de ojos oscuros que había visto antes. Aunque no reaccionó a la victoria de Leia, ella y sus compañeros aceptaron sus bebidas rápida y silenciosamente, tratando de evitar la atención que acababan de obtener.

—El grupo Daxam IV no ha archivado ninguna queja durante esta visita a Bastatha, señora.

«Daxam IV». Leia catalogó el nombre mentalmente para después. Tal vez su curiosidad sólo se había fijado en un grupo cualquiera de personas, apostadores frecuentes que naturalmente visitaban un planeta como este a menudo, ya que resulta más calmado que la mayoría. Sus sospechas sólo eran corazonadas, pero sus corazonadas habían resultado ser ciertas en múltiples ocasiones.

Luke decía que esos instintos eran una prueba de que la Fuerza residía en Leia, una evidencia de que trabajaba a través de su hermana todo el tiempo. Tal vez Luke estaba en lo correcto, pero Leia también creía que se debían en gran parte a su experiencia y a su sentido común. Y ambas le decían la misma cosa: «Esa mujer de Daxam IV traerá problemas».

¿Qué tantos problemas? Sólo el tiempo lo diría.

CAPÍTULO **SEIS**

Leia tenía toda la intención de hablar sobre el grupo de Daxam IV con Ransolm Casterfo mientras ambos caminaban de regreso al *Brillo de Espejo*. Si bien era cierto que él no le agradaba mucho que digamos, tampoco le parecía el tipo de persona que tendría conexiones con el bajo mundo. Sin duda se había colado en esta misión con la intención de mejorar su imagen; por muy vanas que fueran sus motivaciones, eso significaba que en verdad tenía interés por encontrar algo relevante qué reportar al Senado. Además, Leia sabía que las fuertes sospechas que ella tenía emanaban de un lugar en su interior, llamémoslo intuición. Discutir ideas con alguien más podría resultar valioso, incluso si se trataba de las ideas de Casterfo.

Pero nunca logró decir ni una sola palabra. Él nunca le dio la oportunidad.

—Supongo que ya estará satisfecha —le dijo al salir del casino y caminar por los ventosos túneles que llevaban de vuelta a la nave. Las cavernas formaban altos arcos sobre ellos, oscuros y amenazantes—. El espectáculo que dio allá fue completamente impropio para la dignidad del Senado…

—¿Acaso oye lo que dice? —respondió Leia—. ¿Qué tiene de impropio jugar a las cartas en un casino?

—Lo es si insiste en comprar bebidas intoxicantes para cientos de personas.

—¿Hubiera preferido que me fuera con mi fortuna intacta? Me habrían detestado. Invitarle bebidas a la gente es la mejor forma de agradarles. Si le agradamos a la gente, será mucho más fácil que cooperen y nos digan lo que necesitamos saber. Trabajar con las personas para lograr que cooperen es lo que llamamos «política».

—Ese es su estilo de política, tal vez. Yo prefiero apelar al razonamiento de mis electores —dijo Casterfo, lanzándole una mirada fulminante.

¿Acaso este tipo había nacido a los ochenta años de edad? Leia resistió decirlo en voz alta.

—Imagino que le gusta mantenerse limpio. No entiende lo que significa ensuciarse las manos para hacer lo necesario. Aprendimos eso en la Rebelión.

—Mientras estuvo en la Rebelión, ¿pasó todo su tiempo en compañía de contrabandistas y escorias?

Probablemente Casterfo lo dijo como un insulto, pero Leia sólo pudo recordar la primera vez que vio la cara de Han, en un compactador de basura a bordo de la Estrella de la Muerte, momentos antes de que él disparara su bláster a las puertas magnéticamente selladas y casi los matara a todos. Así que no pudo evitar sonreír.

—Casi, Senador Casterfo. De hecho, terminé casada con uno de ellos.

De reojo, Leia alcanzó a ver a Joph Seastriker y a Korr Sella intercambiando miradas. Este sí que era un espectáculo indigno del Senado: ella y Casterfo discutiendo frente a su

becaria y su escolta militar. Pero la mojigatería de Casterfo la irritaba. Y, a pesar de toda su experiencia diplomática, todos sus años y su sabiduría, Leia nunca había aprendido a controlar su temperamento.

Obviamente, el senador tampoco sabía qué hacer con la referencia a Han. ¿Insultar a su esposo, un héroe de guerra y leyenda de carreras? ¿O retractarse?

Ninguna de las dos. En vez de eso, enfocó todos sus insultos a la Rebelión.

—Ensuciarse las manos —dijo— es un eufemismo interesante. Aprecio su franqueza, Senadora Organa. Muy pocos exrebeldes están dispuestos a aceptar que su movimiento no fue tan moralista y noble como la gente afirma.

Acomodó ostentosamente el cuello de su capa aterciopelada, y sus labios delgados esbozaron una sonrisa que claramente suponía haber dado en el punto exacto.

Leia sintió su sien palpitar, como si su furia hacia Casterfo hubiese atravesado una espina en su cráneo.

—¿Disculpe?

Él se encogió de hombros, sin desacelerar el paso. A esas alturas de la noche y habiendo caminado mucho tiempo, Leia estaba perfectamente consciente de que las piernas jóvenes del senador tenían mucha menos dificultad para emprender el camino que las suyas.

—No me malinterprete —continuó Casterfo—. Obviamente la Rebelión estaba en lo correcto al oponerse a Palpatine. Había que hacer algo. Pero, si me lo pregunta, creo que eso no justifica las tácticas terroristas que empleaba la Alianza Rebelde.

—«¿Tácticas terroristas?».

Casterfo se detuvo a medio camino; estaban parados en el centro de uno de los largos y oscuros túneles. El viento ondeaba entre sus vestimentas y le helaba los huesos a Leia.

—¿Le parece poco haber destruido las estrellas de la muerte, lo cual equivalió al deceso de casi un millón y medio de personas, cuya mayoría eran oficiales de bajo rango del Imperio y trabajadores civiles? ¿Y la matanza en Noult, después de que los rebeldes se marcharon y se descubrió que el planeta había albergado una base secreta? ¿Qué me dice del ataque rebelde en Vivonah? ¿Y las campañas de los partidarios de Saw Gerrera? ¿Puede justificar eso?

—¡Hicimos lo necesario! —exclamó Leia con voz temblorosa—. Nos enfrentábamos a un poder muy superior al nuestro; sus tácticas eran mucho más sanguinarias. ¿Se imagina lo que habría pasado si las estrellas de la muerte hubieran seguido funcionando? ¿Qué acto terrorista podría ser más horrible que lo que le sucedió a Alderaan? ¿Se ha olvidado de eso? Yo estuve ahí. Yo vi cuando sucedió. Estuve presente y observé cómo destruían mi planeta, mi hogar, a todos mis seres amados…

La cara de Casterfo palideció por completo; se había excedido, y lo sabía.

Pero Leia no se sintió complacida al ver la consternación del senador. La imagen de la destrucción de Alderaan jamás había abandonado su mente, pero hacía mucho tiempo que no hablaba de ello. Muchísimo tiempo. Con unas cuantas palabras, de pronto se encontró de vuelta ahí. El enfermizo olor a ozono del aire recirculado en la Estrella de la

Muerte aún pesaba sobre sus fosas nasales; la escalofriante sonrisa de Tarkin, tan delgada como el filo de un cuchillo y, sujetando uno de sus hombros, el brazo blindado de Darth Vader… Su *padre*.

—Usted no entiende nada —dijo Leia, forzando las palabras en su boca—. Menos que nada.

—No fue mi intención… Desde luego que la destrucción de Alderaan fue terrible. Quise decir… —Casterfo extendió las manos como si quisiera consolarla. Si se atrevía a tocarla, Leia no respondería por sus acciones.

Pero no lo hizo, así que ella decidió atacarlo con palabras.

—Usted puede soñar todo el día con el glorioso Imperio porque creció con la libertad y seguridad que nosotros le proporcionamos. El precio fue alto, Casterfo. Se pagó con muchas vidas y años de sufrimiento y terror. No espero que un mocoso mimado pueda comprender esto; usted nunca tuvo que pelear por defender sus ideales.

Ahora Casterfo extendió los brazos, tan incrédulo por lo que acababa de escuchar como furioso.

—¿Me acaba de llamar «mocoso mimado» una *princesa*?

—Una princesa que lo perdió todo sin tener más edad que ellos dos. —Leia hizo un gesto hacia Korrie y Joph, quienes se veían espantados; sin duda esperaban que nadie recordara que seguían ahí. Más atrás, incluso C-3PO se había quedado mudo. Leia terminó la discusión—. Si me disculpan, quisiera volver a la nave yo sola, antes de que me sigan.

Nadie se atrevió a contradecirla. Leia volvió al *Brillo de Espejo*. Aunque ya podía ver la nave, le parecía que estaba muy lejos. Siguió enfocada en ella, a pesar de la opresión en su garganta y la revoltura en su vientre.

Cuando por fin llegó a la plataforma, Greer apareció frente a ella, con una mano en la pistolera. La expresión fiera de su rostro desapareció tan pronto como vio el de Leia. Esta no imaginaba cómo se veía en ese momento, pero seguramente no muy bien.

—Princesa Leia… —empezó a decir Greer, y sus palabras se detuvieron en cuanto Leia alzó una mano.

—Ahora no, Greer. —Las palabras salieron con mayor suavidad de lo que Leia esperaba. Qué bueno. Greer no merecía soportar la ira que Ransolm Casterfo había provocado—. Los demás llegarán en un momento.

Greer asintió y se recargó en uno de los arcos mientras observaba los oscuros túneles. Fingió esperar a que regresara el resto de la delegación para darle a Leia la oportunidad de retirarse a sus aposentos sin que la vieran y proteger su orgullo. La princesa sintió un repentino, profundo y fuerte golpe de afecto hacia la chica, pero el sentimiento se desvaneció rápidamente. Desapareció entre la tempestad de recuerdos sobre Alderaan que inundaban la mente de Leia.

Las Cataratas Cloudshape, con su gran y ondulante rociado, parecían una nube que descansaba sobre el río. La risa resonante de Bail Organa. Las aves de alas blancas que formaban una «X» al volar, siempre hacia el oeste, circunnavegaban el planeta una vez al

año, de modo que las distintas regiones del mismo marcaban el inicio de cada estación según la aparición de los pájaros. Una habitación que se encontraba en lo alto de la torre de un castillo, la cual era sorprendentemente sobria para ser de una residencia real. Ahí, Leia había soñado, dormitado y ocultado sus más preciadas posesiones en un baúl de recuerdos, creyendo que de este modo podría conservarlas para siempre.

Al cerrarse las puertas de su habitación tras ella, Leia se recargó apesadumbrada sobre la pared. Cerró los ojos y contuvo las lágrimas. Desde hacía mucho tiempo, no se permitía llorar por Alderaan y por las personas que había perdido ahí. Se había dicho a sí misma que no volvería a llorar por eso. Y esta promesa la ayudó a seguir adelante al pasar los años. Pero nunca fue fácil mantenerla.

Greer Sonnel no extrañaba las carreras.

No las extrañaba. De verdad. Su trabajo diplomático desafiaba su intelecto y la ayudaba a cumplir su deseo de hacer algo significativo por el mundo. La Princesa Leia era la mejor jefa que Greer había tenido jamás; si bien tenía un carácter fuerte en ocasiones, también era directa y recta, además de poseer un astuto sentido del humor. Y, por muy frustrante que fuera el Senado Galáctico, trabajar ahí proporcionaba a Greer la satisfacción única de saber que se encontraba en el centro político de todo el universo (conocido).

De cualquier modo, no habría podido ser piloto de carreras toda su vida. No tenía los medios como para armar su propio equipo, ¿así que en qué otra parte podría haber terminado? Si hubiera decidido ahorrar para comprar su propia nave y viajar por la galaxia buscando trabajo, no habría podido elegir a sus empleadores. ¿Jefes de palo y paga incierta? No, gracias. Tampoco se veía a sí misma trabajando para una clásica compañía de transporte. ¿La misma docena de recorridos una y otra vez? Incluso si creía en lo que hacía, la rutina habría terminado quitándole toda la alegría de volar. Y una vez que perdiera la alegría de volar, bien podría meterse a una turbera y morir, dejar que la tierra y los gusanos la reciclaran.

Pero aún le quedaban muchos años por delante, muchos años buenos que le habían sido arrebatados…

No. No se obsesionaría con eso. Cuando la Princesa Leia le ofreció empleo, algunos años atrás, Greer lo necesitaba más que nunca. Consiguió adaptarse al Senado y, de hecho, se había vuelto extremadamente buena en su trabajo. Además aún tenía la oportunidad de volar de vez en cuando; las misiones diplomáticas en el *Brillo de Espejo* le proporcionaban cierta variedad a su rutina.

Y parecía que esa misión sería mucho más interesante que la mayoría.

—¿En verdad dijo las palabras «mocoso mimado»? —Greer tomó un trago de su caf mientras revisaba los motores a la mañana siguiente.

—Y él le devolvió el insulto —dijo Joph, asintiendo, lo cual provocó que su gruesa cabellera rubia cayera como un trapo sobre sus ojos por el movimiento.

—Así que la ley del hielo continúa —dijo Greer, mientras simulaba temblar.

En las profundas cavernas de Bastatha, el amanecer era más un concepto que una realidad. Ella y Joph trabajaban en medio de la misma oscuridad que los cubrió la noche anterior. Cada uno llevaba a cabo el mantenimiento rutinario de los motores, aunque, en un lugar sin ley como Bastatha, no estaba de más revisarlos también para prevenir algún sabotaje.

El *Brillo de Espejo* estaba en perfectas condiciones. Pero Greer permaneció en el lugar, principalmente para poder echar un ojo a la X-Wing de Joph. Cuando ella tenía su propio caza estelar, lo pulía hasta que brillaba, aun en el rincón más recóndito del motor…

—¿Greer? —escuchó desde su comunicador.

—Princesa Leia. ¿En qué podemos ayudarla? —Greer volteó a ver a Joph, quien ya estaba inclinado junto a ella.

—Sesión informativa en cinco.

—Sí, señora —dijo Greer con una sonrisa. Oh, pero esa no era una sesión de rutina. Momentos después, Greer estaba sentada en el área principal del *Brillo de Espejo*. Y, justo cuando parecía que la sesión estaba a punto de terminar, Ransolm Casterfo entró. Como era de esperarse, ya traía puesta su capa fina, aunque esta empezaba a verse un poco arrugada. «¿Acaso duerme con ella?», se preguntó Greer distraídamente.

El senador miró a todos los presentes, uno a la vez.

—¿Esto es… una reunión?

—Senador Casterfo, precisamente estábamos discutiendo una invitación que acaba de recibir la princesa —dijo C-3PO, siempre encantado de ser útil, mientras se acercaba a Casterfo—. Varios empresarios importantes de Bastatha la han invitado a una conferencia privada.

—A mí también me invitaron —interpuso Casterfo, claramente alarmado—. Pero la idea de aceptar nunca cruzó mi mente. Seguramente, la Senadora Organa…

—Acepté —dijo la Princesa Leia, sirviéndose más caf con trabajosa indiferencia. Greer pensó que cualquiera que no conociera bien a la princesa hubiera pensado que en verdad no le interesaba la situación—. No se preocupe, no hace falta que me acompañe.

—¿Cómo puede siquiera considerarlo? —Casterfo se colocó en medio de la pequeña reunión. Tal vez trataba de compensar el hecho de haber sido excluido asegurándose de que fuera imposible ignorarlo—. Una invitación así me parece sumamente irregular. ¿«Empresarios»? ¿Tengo que recordarle la clase de «negocios» que se llevan a cabo en Bastatha? La mayor parte de ellos son de mal gusto, en el mejor de los casos, y criminales, en el peor. Incluso nos han pedido que llevemos sólo una escolta. Bastante sospechoso, ¿no le parece? Si es que las alegaciones del Emisario Yendor tienen algo de verdad y el tal Rinnrivin Di tiene un cártel en este planeta, podría tratarse de una reunión potencialmente violenta.

—No creo que se atrevan a atacar a una delegación senatorial —respondió la Princesa Leia, sin mirar a Casterfo a los ojos. Bien podría haber sido un mueble más en la habitación. «Auch», pensó Greer. No le agradaba el tipo más de lo que le agradaba a la princesa, pero no podía evitar sentirse mal por alguien que acababa de ser enterrado en hielo hasta el cuello.

—No cree. Y con base en algo que cree, piensa salir a ponerse en peligro mortal. —Casterfo hizo un gesto hacia el cielo, y luego suspiró—. Imagino que nada de lo que diga hará alguna diferencia. ¿Por qué empezaría a escucharme justo ahora?

—Como dije, puede quedarse aquí, sano y salvo —insistió la princesa, encogiéndose de hombros.

—No pienso hacerme responsable de su seguridad —dijo Casterfo, irguiéndose con un resoplido.

—Me parece perfecto. ¿Algo más? —La Princesa Leia tomó otro sorbo. La tensión había aumentado a tal grado que Greer prácticamente sentía cómo su caf se le revolvía en el estómago. Korr sólo observaba sus pies. Y el torso de C-3PO rotaba de un senador a otro, en aparente confusión.

—Buena suerte —dijo Casterfo—. La necesitará.

Y habiendo dicho eso, se dirigió a sus aposentos.

En seguida, el silencio reinó en la habitación, hasta que Korrie se atrevió a hablar.

—Pues no podemos decir que esté equivocado.

Greer y Joph intercambiaron una mirada. ¿Explotaría Leia después de este comentario? ¿O aceptaría que Korrie tenía razón, y por lo tanto Casterfo también?

Ninguna de las dos. La princesa se quedó observando el pasillo por el cual Casterfo había desaparecido.

—Es justo el tipo de persona que le gustaba reclutar —dijo—. Al Imperio, quiero decir. Casterfo es el tipo de persona que promovía en sus filas. Privilegiado, educado y vanidoso.

Nadie habló.

Greer supuso que los demás, al igual que ella, no tenían idea de qué decir.

—Puedo imaginarlo perfectamente con un uniforme imperial —continuó la Princesa Leia—. Y creo que a él también le gusta imaginarse de ese modo.

—¡Seguramente no! —exclamó C-3PO. Sonaba tan infatigablemente animado como de costumbre—. ¿Por qué alguien querría imaginarse a sí mismo como parte del Imperio?

Los ojos oscuros de Leia observaban más allá que los de ellos y aún más allá de esas paredes; había un horizonte invisible para todos, menos para ella.

—Muchos querrían. Demasiados.

A la llegada de los «empresarios» (niktos de color verde amarillento, con la cabeza agachada y los ojos vidriosos, cada uno a un costado del Magistrado Tosta), Leia salió

del *Brillo de Espejo* para recibirlos. La princesa llevaba un pesado collar de plata, apenas una pequeña parte de la indumentaria elegante que se había puesto para la ocasión. El traje color plateado pálido que vestía, con cuello alto y mangas muy acampanadas, era lo suficientemente formal como para usarlo en el Senado. Incluso se había puesto su capa más fina; era un toque que no pasaría desapercibido y que, además, agradaría.

—¿La honorable senadora será nuestra única invitada el día de hoy? —dijo uno de los niktos, señalando la nave—. Recibimos la disculpa del Senador Casterfo, pero seguramente su guardia nos acompañará, ¿cierto?

—Nada de seguridades —dijo Leia, esbozando la sonrisa más cálida que pudo—. Esta es una misión diplomática de gran importancia para ambas partes. Si no confiara en la gente de Bastatha, no habría venido aquí, para empezar.

Las amplias sonrisas de los niktos le indicaron lo mucho que les complacía su respuesta.

—Por favor, acompáñenos, Senadora Organa. Tenemos mucho que mostrarle.

La escoltaron hasta una especie de speeder, un hovercraft, que contaba con una amplia base de energía variable, la cual le permitía planear sobre superficies irregulares. La carcasa semitransparente le proporcionaba a Leia una gran vista de las cavernas, particularmente mientras comenzaron a adentrarse más en el planeta, más allá de los brillantes casinos. Ahí, pudo ver pequeños roqueríos que habían sido transformados en edificios residenciales, posiblemente para los niktos y sus empleados. A diferencia de las estructuras elegantes que habían visto antes, estas residencias parecían estar casi ocultas en la oscuridad, bien resguardadas.

Cualquiera que trabajara ahí debía sentir que la galaxia estaba muy lejos. Y quienquiera que tuviera el poder en Bastatha parecía ser la única figura de autoridad en todo el planeta.

Leia se estremeció y juntó las manos, de modo que estas quedaron cubiertas y resguardadas por sus anchas mangas. Aunque estaba de acuerdo con la mayoría de los aspectos de la ideología populista, no podía negar que ciertas estrategias adoptadas por su partido tenían consecuencias lamentables. Una de ellas era que los planetas como Bastatha, que no tenían mucho poder independiente o una economía fuerte, generalmente quedaban rezagados. «Nosotros manejamos nuestros propios asuntos solos», dirían los planetas populistas, pero la consecuencia de esta política de «nuestros propios asuntos» era que cada planeta también se enfocaba sólo en sus propios intereses, ignorando los problemas de otros planetas.

No poder ayudar a aquellos que lo necesitan era bastante malo para un gobierno que aseguraba representar y proteger a todos. Pero aun aquellos con poca visión deberían darse cuenta de que las dificultades de un planeta frecuentemente terminan por extenderse a otros y por crecer exponencialmente. La epidemia de un planeta puede convertirse en una pandemia para todo un sistema, incluso para la galaxia. Las facciones disidentes de un planeta pueden convertirse en terrorismo interplanetario.

«Verdadero terrorismo», pensó Leia amargamente. Apenas logró contener su desdén al recordar las ideas ignorantes de Ransolm Casterfo.

Y la suprema mente criminal de un planeta puede convertirse en líder de un cártel capaz de deformar el poder económico y político de decenas de sistemas, justo como había ocurrido con los hutts no hace tanto tiempo.

Un destello de movimiento junto a Leia la sobresaltó. Se dio la vuelta y vio un hoversled aproximándose a ellos. Iba piloteado por un solo nikto, quien apuntaba su bláster directamente al conductor del hovercraft.

El Magistrado Tosta murmuró algo en su propio idioma, sibilante y bajo. Leia miró hacia donde se encontraba el magistrado y vio otros dos hoversleds frenando junto a ellos. Uno de los pilotos le hizo una seña a alguien que venía atrás, cubriéndoles la retaguardia. La potencia de fuego que tenían estos niktos en sus manos y pistoleras era suficiente como para hacer estallar el perímetro diez veces.

—Le ofrezco una disculpa, Princesa Leia —dijo Tosta, que hacía un gran esfuerzo por sonar genuinamente apenado. No había necesidad; ambos sabían que él le había tendido una trampa—. Parece que estamos rodeados.

CAPÍTULO
SIETE

Mientras sus captores abordaban el hovercraft, Leia permaneció en su asiento, con una postura regia.

—¿Me están secuestrando para pedir un rescate o se trata de un magnicidio?

—Ninguna de las dos, Senadora Organa —dijo el atacante nikto que portaba el bláster más grande, enseñándole los dientes al sonreír—. Simplemente la llevaremos a una reunión importante. No hace falta resistirse.

«Lo cual significa que me lastimarán si lo hago». Leia no planeaba resistirse. Simplemente cruzó los brazos.

—Entonces parece que iré a una reunión.

Sus supuestos anfitriones, el Magistrado Tosta y los «empresarios», quienes la habían guiado hasta la redada, abordaron uno de los transportes más cercanos, poniéndose a salvo. Esto sorprendió a Leia sólo porque no podía creer que siguieran con la farsa, fingiendo que no le habían tendido una trampa desde el principio.

Aunque no podía culparlos, ¿cierto? Ella también estaba fingiendo, como si en verdad estuviese asustada o al menos preocupada. Leia sospechaba que esa trampa podría haberse estado tramando desde el momento en que leyó la «invitación de los empresarios».

De hecho, *contaba* con ello.

El speeder se adentró en las profundidades de las cavernas de Bastatha tanto que ahora el *Brillo de Espejo* debía estar sólo a unos cuantos kilómetros sobre ellos. Los amplios túneles se fueron convirtiendo en pasajes cada vez más angostos, apenas lo suficientemente amplios como para que la nave pudiera pasar. Aunque Leia no solía ser claustrofóbica, estaba muy consciente del peso de las rocas que se encontraban sobre ellos. Pronto estuvieron casi completamente sumergidos en la oscuridad, excepto por el tenue brillo de unas luces provenientes de las ventanas situadas en una pequeña estructura con forma de cúpula, que se encontraba sobre una meseta, en las profundidades de la caverna. Al llegar el hovercraft a la orilla de la meseta, Leia se llevó una mano a la garganta, fingiendo angustia, y oprimió fuertemente el colgante central de su collar.

El colgante, grande y cubierto de joyas, era perfecto para ocultar un pequeño sensor radiotransmisor que Greer había instalado esa mañana. Este enviaba una señal al *Brillo de Espejo* y no sólo transmitía su posición exacta, sino que también escaneaba a quienes se encontraban cerca de ella, en este caso, sus captores. El personal de Leia contactaría inmediatamente a las autoridades. Si bien los magistrados niktos no querrían arrestar a un jefe criminal tan poderoso, y con una senadora secuestrada de por medio… Bueno, digamos que no tenían forma de seguir encubriendo al líder, sin importar lo elocuentes que fueran.

Lo único que Leia tenía que hacer era resistir y permanecer con vida.

Por un instante, el transporte simplemente se quedó ahí, en medio de la oscuridad; un pozo infinito parecía estar por abajo de ellos. Por encima, Leia alcanzó a distinguir chirridos y aleteos: mynocks, tal vez. La única señal de civilización o luz era la estructura en forma de domo sobre la meseta; cuando su puerta se abrió, un gran resplandor llenó la penumbra y Leia pudo ver la silueta de su captor.

Caminó hacia ellos. Sus rasgos fueron tomando forma a medida que los ojos de Leia se acostumbraban a la luz. Era más bajo que la mayoría de los otros, y su piel curtida era más roja. Los pantalones y la chaqueta blanca que portaba parecían brillar en medio de la oscuridad. Su ropa se veía tan elegante y tan hecha a la medida que Ransolm Casterfo habría estado orgulloso de que fuera suya. Rinnrivin se comportaba con gran dignidad, como lo haría cualquier miembro de una casa real, aunque había algo en su postura que hacía creer a Leia que trataba de imitar a los humanos, pero no podía adivinar con qué propósito. En cuanto llegó a la orilla de la meseta, la princesa puso la cabeza muy en alto.

—¿Rinnrivin Di, me imagino?

—Princesa Leia Organa… —La voz de Rinnrivin era cálida, como si le estuviera dando la bienvenida a una vieja amiga. Extendió una mano para ayudarla a bajar del hovercraft—. Me disculpo por el viaje… poco ortodoxo hasta aquí. Sin embargo, pensé que sería improbable que aceptara una invitación directa.

—Hubiera apreciado la oportunidad de decir sí o no. —Leia tomó la mano de Rinnrivin y subió a la plataforma sin problema mientras su capa ondeaba en la brisa. Si él podía fingir que esto era igual que cualquier otra visita formal, ella también podía.

Rinnrivin la escoltó hasta el domo con la misma dignidad y cortesía que tendría un ministro de la corte.

—Permítame tratar de compensarla por eso. Tenemos mucho que discutir usted y yo, lo cual incluye asuntos que, en mi humilde opinión, serán de gran interés y beneficio para ambos.

—En tal caso, desde luego que debemos hablar.

El propósito de Leia al aceptar la sospechosa invitación que la había llevado hasta ahí era doble. Primero, quería conocer mejor a Rinnrivin Di para determinar por su propia cuenta su *modus operandi*. Si quería entender a la perfección la extensión del riesgo al que se enfrentaban, tenía que entender primero al hombre responsable. Y ella sabía cómo determinar el verdadero valor de un individuo: observando cómo trata a alguien que cree que está a su merced.

En segundo lugar, quería poner a Rinnrivin tras las rejas. Tratar de secuestrar a una senadora era sólo el más reciente y menos grave de sus crímenes, pero sería bastante para empezar. Incluso un breve periodo de encarcelamiento le daría a la Nueva República el tiempo suficiente para ir tras su cártel. Así que Leia necesitaba hablar mucho con su captor, tanto para descubrir su verdadera naturaleza, como para entretenerlo lo suficiente y dar tiempo de llegar a las fuerzas de seguridad bastathanas.

El cuartel de Rinnrivin hacía que los casinos de Bastatha se vieran deslucidos. La mesa estaba recubierta con mosaicos blancos y dorados, el techo abovedado tenía incrustaciones de concha opalescente, en la pared había un hermoso paisaje marino holográfico que se movía suavemente. Esta no era una ordinaria y vulgar imitación de elegancia, era verdadera sofisticación. Leia se sentó ante la mesa, en una silla muy acojinada y exquisitamente tallada, frente al lugar que, de acuerdo con su instinto, le pertenecía a Rinnrivin; era el único lugar en la habitación donde nadie podría acercarse a él desde atrás.

—Permítame ofrecerle una bebida. —Rinnrivin le hizo un gesto a un droide que llegó rodando con una botella de vino, aparentemente fría. Leia estaba a punto de rechazarlo, pero Rinnrivin continuó—: Toniray, un añejo de excelente cosecha. Desgraciadamente, es la última botella que queda.

Toniray solía ser un vino producido en Alderaan. Los ojos de Leia se abrieron mientras contemplaba el color verde azulado y la forma característica de la botella. No podía ser real, ¿o sí? Todas las botellas que salieron del planeta debieron haberse consumido hacía mucho.

Pero en cuanto el droide lo sirvió en la copa adecuada de champán, Leia reconoció el aroma. De pronto, se sintió transportada a un banquete real, sentada a la derecha de su padre, bebiendo lenta y cuidadosamente la única copa que le habían permitido. Ignorando el ávido interés que mostraba Rinnrivin por su reacción, tomó un poco. Sí. Era Toniray. Toniray verdadero. En el momento en que el vino frío tocó su lengua, cerró los ojos para apreciar mejor la sensación.

Leia podía imaginar el valle donde la fruta había sido cosechada, podía ver el color verde intenso de la vid. Por un instante, pudo probar incluso la tierra de Alderaan. Su *hogar*.

La intensa onda de emoción que sintió atravesar su cuerpo no logró alterar la expresión de Leia en ningún momento. Dejó que pasara, y siguió con su misión.

Cuando volvió a abrir los ojos, se percató de que Rinnrivin la estudiaba, aunque no parecía estar buscando algún signo de debilidad. Más bien se veía como cualquier anfitrión que espera haber complacido a su invitado.

—Gracias —dijo Leia, al menos podía decirle esto a Rinnrivin con toda sinceridad—. Hace mucho tiempo que no me daban un regalo así.

—Me tomó bastante encontrar el añejo. Los coleccionistas valoran mucho los pocos barriles que quedan, como podrá imaginar. Pero, en cuanto me enteré de que visitaría Bastatha, decidí que debía encontrar la manera adecuada de darle la bienvenida. En verdad quiero que nuestra relación empiece con el pie derecho. —Rinnrivin se recargó en el respaldo de su lujosa silla; parecía permanecer más ahí que en la clase de lugares que los niktos suelen frecuentar—. De hecho, permítame hacerla sentir más cómoda de inmediato —dijo, antes de dirigirse a los guardias que había en la puerta—. No requerimos más de sus servicios. La Senadora Organa y yo tendremos una conversación

civilizada. Sigan con sus ocupaciones normales, sólo necesitamos un conductor que la regrese a su nave cuando hayamos terminado.

Sin duda los guardias niktos no habían anticipado esto. Se quedaron ahí parados y debatieron entre dientes antes de que todos, excepto uno, se marcharan y abordaran los hoversleds. El único guardia que quedaba salió y se sentó en uno de los transportes restantes, con los brazos cruzados hoscamente sobre el pecho. Cuando Rinnrivin Di volvió a dirigir su atención hacia Leia, esta inclinó la cabeza y sonrió.

—Aprecio enormemente su cortesía, Rinnrivin.

«Y es obvio que considera que una mujer sola de casi cincuenta años no representa una gran amenaza».

—Lo que dije va muy en serio —dijo Rinnrivin, acomodándose nuevamente en su silla. No bebió nada del Toniray, lo dejó todo para ella—. Puede que mi invitación poco ortodoxa haya causado alguna confusión, pero en verdad quisiera que pudiéramos tener una relación que nos beneficie a ambos. Verá… la admiro desde hace mucho tiempo. Y no solamente yo. Muchos de los niktos la veneran, aunque no por los mismos motivos que el resto de la galaxia. Desde luego que su trabajo durante la época de la Rebelión fue muy importante, senadora, así como su labor política actualmente, pero, en lo personal, otros de sus logros siempre me han resultado mucho más impresionantes.

—No estoy segura de entenderlo —dijo Leia, tomando otro sorbo del preciado Toniray.

—Estoy a punto de darle otro obsequio. Uno mucho más valioso para mí que ese vino. De hecho, esta ha sido una de mis posesiones más valiosas a lo largo de los años, siempre la llevo conmigo. Le aseguro que, en cuanto la vea y sepa lo que significa para mí y para muchos de los niktos, entenderá todo. —Rinnrivin sacó un pequeño holocubo de su bolsillo; sus esquinas brillaban débilmente. Mi gente tenía sus motivos para odiar a los hutts. Jabba el Hutt era el más odiado de todos. Así que cuando los hutts buscaban evidencias de su muerte en los restos de su barcaza, en Tatooine, para resolver uno de sus debates sobre el testamento… ya sabe cómo son, en fin… encontraron algo que se mueve solamente entre los círculos más exclusivos.

El holocubo parpadeó y proyectó una imagen en la que se podía apreciar a Jabba reclinado sobre su plataforma y a Leia con su atuendo de esclava, encadenada a su lado. Estaban en la barcaza, y aquellos eran los últimos momentos de la vida de Jabba el Hutt. Leia recordó el calor, la pestilencia, la sensación de la arena sobre su piel y el terrible y nauseabundo miedo que sentía tanto por Han como por Luke. Todos los riesgos que habían tomado… ¿Acaso estaban dementes? No. Sólo eran jóvenes y valerosos. Convencidos de su propia invencibilidad.

Hacía mucho tiempo que Leia no se sentía totalmente intocable.

Jabba ordenó que arrojaran a Luke al Gran Pozo de Carkoon. Momentos después, estalló el caos. Con cierto grado de asombro, Leia se observó a sí misma colocando las pesadas cadenas alrededor del cuello de Jabba. El nivel de fuerza que se requería para apretar el cuello de un hutt hasta asfixiarlo… debió haber sacado esa fuerza de algún

lugar en su interior. Recordaba haberlo hecho, pero le parecía casi increíble presenciarlo. Había sido impulsada por odio puro. Los brazos parecían dolerle al recordar el gran esfuerzo realizado.

Desde luego que no pudo ver la cara de Jabba al morir. Pero Leia podía verlo ahora, absorber cada detalle: cómo se abultaban sus ojos de párpados pesados, cómo se asomaba su lengua viscosa. No sintió ni repulsión ni triunfo, sólo el eco de su propia desesperación. La muerte de Jabba había sido satisfactoria en aquel momento. Ahora, le resultaba irrelevante. Sólo algo desagradable pero necesario. Cuando Jabba gruñó por última vez, el holograma desapareció.

—Extermina-hutts —expresó Rinnrivin, con genuina reverencia—. Así se le conoce entre nuestra gente, es un título mucho más importante de lo que «senadora» o «princesa» podrían llegar a ser. Los niktos la reconocen por la guerrera que es, Extermina-hutts. Por eso, siempre encontrará amigos entre nosotros.

Leia tomó el holocubo y lo guardó en un bolsillo de su capa. Era la grabación de ella misma cometiendo un asesinato… No estaba segura de si era el obsequio diplomático más extraño que había recibido, pero definitivamente se acercaba mucho.

—¿Hay otros registros de esto por ahí?

—Sólo unos cuantos. Los hutts rastrearon la mayoría de las copias y persiguieron a los comerciantes que las poseían. No querían que circulara; lo veían como una prueba de su propia vulnerabilidad. Sin embargo, como verá, tengo métodos para obtener lo que quiero.

—Sin duda —dijo Leia con ironía. Sin embargo, tenía que admitir que Rinnrivin no era un jefe criminal común, de los que suelen estar interesados en un poder rápido, fácil y descuidado, sino un individuo que se consideraba culto. Intelectual. No sólo buscaba riquezas, también deseaba obtener respeto.

De haber nacido humano en la época del Imperio, habría llegado a ser un personaje muy similar a Gran Moff Tarkin. Y si Tarkin hubiese sido un nikto, habría sido exactamente igual a Rinnrivin.

«No es un simple mafioso», dedujo Leia. «Es mucho más peligroso que eso. Por lo tanto, sus metas deben ser mucho más ambiciosas que dirigir un simple cártel de especias».

Rinnrivin se inclinó hacia delante, colocando los codos sobre la mesa y con las manos juntas, como si le estuviera suplicando algo a Leia.

—Nosotros la respetamos, Extermina-hutts. Siempre la respetaremos por haber liberado a la galaxia de Jabba el Hutt. Sólo pedimos que usted también nos muestre el mismo respeto.

Al fin estaba llegando al grano.

—¿En qué forma espera que los respete?

—Sólo queremos tener las mismas oportunidades que tienen otros. Poder comerciar libremente y llegar a ser prósperos e influyentes en toda la galaxia.

Leia alzó una ceja. Si se refería a *toda* la galaxia, había dos posibilidades: Rinnrivin Di era muy ambicioso… o su cártel ya era más grande de lo que temían.

—La Nueva República no permite el libre comercio de la mayoría de las especias que existen —dijo ella. A nadie le interesaban las especias débiles que podían ser explotadas o cultivadas en diversos planetas, pues, desde luego, no había mucho dinero de por medio. Los cárteles solían interesarse en otras cosas—. Y forzar a los deudores a pagar haciendo uso de la violencia o exigir un pago por protección… no está permitido, sin importar lo que venda.

Leia esperaba que Rinnrivin Di negara todos estos alegatos, pero la sorprendió de nuevo.

—Las reglas que se aplican en Hosnian Prime muchas veces no tienen alcance en otros planetas de la Nueva República. Además, Extermina-hutts, como usted obviamente sabrá, a veces la violencia es necesaria. Usted no llamó a las fuerzas de seguridad de Mos Eisley para que se encargaran de Jabba, ¿cierto? No. —Rinnrivin Di esbozó una sonrisa que claramente mostraba su deleite—. Usted confió en sus propias manos. Al igual que yo.

—Es verdad, alguna vez combatí la anarquía con más anarquía —dijo ella—. Pero creo en la ley y he pasado la mayor parte de mi vida tratando de restaurarla en la galaxia. En otras palabras, Rinnrivin, he llegado hasta donde estoy sin aceptar sobornos. Y no tengo intención de empezar a hacerlo ahora.

—Un excelente discurso para una reunión del Senado. Pero no puede ser tan rigurosa como aparenta. De otro modo, no habría podido casarse con un contrabandista. ¿Tráfico de especias, colaboración con los hutts, apuestas de alto nivel? El historial de Han Solo rivaliza incluso con el mío.

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Leia. La había tomado desprevenida. Nunca nadie se había atrevido a echarle en cara el pasado de Han de manera tan franca—. Antes de que Han se uniera a la Rebelión.

—¿Cree que haber sido miembro de la Alianza Rebelde lo exime a uno automáticamente de todos sus pecados? —Rinnrivin sacudió la cabeza, lamentándose en tono de burla—. Créame, Extermina-hutts: «una vez pirata, siempre pirata».

En algún punto de su vida, Leia habría estado de acuerdo con Rinnrivin. Y esto era lo que más la enojaba de su comentario.

—No sabe de qué esta hablando.

—¿Ah, no?

Lo que fuera que Rinnrivin estuviera a punto de decir fue interrumpido por el disparo de un bláster.

Leia se dio la vuelta, alarmada. Sin duda la policía de Bastatha no sería tan tonta como para empezar a disparar a lo loco cuando había una rehén. Escuchó a Rinnrivin sisear un insulto nikto, mientras ambos se percataban de lo que ocurría afuera: Ransolm Casterfo se enfrentaba al guardia.

Leia ahogó un grito al ver que un guardia blandía una espada de varias cuchillas hacia Casterfo; estaban demasiado cerca como para usar blásters. Casterfo esquivó el ataque con agilidad y ligereza, y luego giró para golpear al guardia en la barbilla con la base de la mano. La cabeza del guardia se dobló hacia atrás. Mientras se tambaleaba y caía al suelo aturdido, Casterfo le dio un rodillazo en el estómago, derribándolo sobre el hovercraft.

Luego, el senador corrió hacia la puerta. Leia apenas tuvo tiempo de hacerse a un lado antes de que él entrara a toda velocidad.

—¡Princesa Leia! —gritó, apuntando su bláster directamente hacia Rinnrivin—. ¡Venga conmigo ahora!

«¿Qué está haciendo? ¡¿Qué está haciendo?!», pensó Leia, pero no podía discutir con él, al menos no sin exponer la trampa que tenía planeada desde un principio. Sólo podía quedarse ahí parada, pasmada y furiosa, mientras Casterfo la tomaba de la mano.

Rinnrivin se veía completamente desconcertado. Había planeado una reunión bajo sus propios términos corteses, aunque probablemente tenía un plan de respaldo que pudiera poner en acción rápidamente en caso de un ataque a gran escala, pero no sabía qué hacer frente a un senador de ojos desorbitados con un arma.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, Extermina-hutts —fue lo único que dijo, sin levantarse de su elegante y alta silla.

Casterfo no le dio oportunidad a Leia de responder. Simplemente se limitó a arrastrarla fuera del domo hacia un hoversled.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —gritó ella, corriendo hacia el transporte.

—Puse un rastreador en su capa, sólo por si se desviaran de la trayectoria prevista de vuelo. —Casterfo, con aire triunfador, se subió al hoversled de dos metros de largo y tomó el manubrio de la consola de dirección—. Cuando me percaté de que se habían desviado, supe lo que había pasado. Le dije que habría problemas.

—¡Yo ya sabía que habría problemas! Traía puesto mi propio rastreador desde un principio. ¡Las fuerzas de seguridad de Bastatha habrían llegado en un par de minutos! —Leia se subió al hoversled; ya que su plan estaba arruinado, sólo le quedaba escapar con Casterfo—. ¿En verdad creyó que sería tan tonta como para dirigirme a una trampa tan evidente sin guardias o sin un plan?

—¿Un plan? ¿Esto era parte de un plan? —La sonrisa engreída de Casterfo se desvaneció, y fue reemplazada por una expresión de desconcierto—. ¿Por qué no me dijo que había un plan?

—¡Porque no confío en usted!

—Acabo de arriesgar mi vida para salvarla de una situación peligrosa que resultó ser una mentira armada por usted misma, ¿y *usted* no confía en *mí*?

Ese… no era un mal punto. Leia maldijo en voz baja.

—Podemos discutirlo en la nave. Por ahora tenemos que salir de aquí. —Ya alcanzaba a escuchar a los guardias niktos acercarse en sus hovercrafts.

Casterfo colocó las manos sobre los controles y deslizó el pulgar para encender el motor a su máxima potencia. Sin embargo, en ese momento Leia escuchó el zumbido de otros motores. El ruido casi se perdía por los vendavales de las cavernas de Bastatha, pero el eco era más fuerte cada vez.

—Estamos a punto de tener compañía —le dijo, mientras una docena o más de los hombres de Rinnrivin salían disparados entre las sombras y se acercaban como aves de carroña, listas para abalanzarse sobre ellos—. Arranque.

CAPÍTULO
OCHO

En cuanto Ransolm Casterfo se percató de que Leia Organa estaba en peligro, no dudó en acudir a su rescate. Sí, es verdad que ella lo había insultado, había sido difícil en varias ocasiones, había sido susceptible y había estado a la defensiva, pero era su compañera en la delegación y un miembro del Senado. Y necesitaba ayuda. Eso era todo lo que había que saber.

Estaba analizando algunas de las nuevas construcciones sobre un hoversled, cuando su monitor le informó que la señal rastreada se había desviado pronunciadamente del itinerario planeado por los «empresarios». Casterfo se detuvo sólo el tiempo suficiente como para enviar un mensaje al *Brillo de Espejo*, informando a la delegación que las cosas habían salido terriblemente mal. No solicitó refuerzos, ya que las cavernas que se encontraban ahí abajo eran demasiado pequeñas como para que cualquiera de sus naves pudiera pasar sin riesgo. Sólo tenía la intención de notificar el peligro en el que se encontraban él y Leia para que los demás pudieran contactar a las autoridades y supieran lo que les había ocurrido si no sobrevivían. Luego, condujo su hoversled directamente hacia el peligro.

Ransolm consideraba que había sido valiente. Decidido. Posiblemente heroico, incluso.

¿Su recompensa? Enterarse de que acababa de arruinar una operación. Una trampa de la cual nadie se había molestado en informarle. Genial.

Cuando los mafiosos se acercaban más, Ransolm forzó los motores del hoversled y aceleró. El repentino cambio de velocidad hizo que la Princesa Leia soltara un grito ahogado.

—¡Agárrese de mí!

Uno de sus brazos rodeo la cintura de Casterfo. Y con la mano que tenía libre, sacó el bláster de su cinturón.

—¡Aquí vienen! —gritó ella. Su voz competía contra el viento mientras se aferraba fuertemente a él.

Ransolm no podía darse el lujo de mirar a sus atacantes. Tenía que perderlos de vista. Y, para hacer esto, debía volar rápidamente entre cavernas por las cuales los otros no querrían entrar. Esto significaba que mantendría sus ojos fijos al frente.

Disparos verdes de bláster pasaban volando justo frente a ellos. Ransolm se preparó para recibir un golpe en el hoversled, pero la Princesa Leia disparó hacia arriba; entonces, las cavernas se iluminaron con el brillante destello de una explosión. Con su segundo disparo, uno de los hoversleds que los perseguían se estrelló contra una pared; Ransolm alcanzó a ver el resplandor de reojo.

«Debo admitir algo…», pensó él, «nunca pierde el valor».

Enfrente de ellos apareció un pasaje estrecho cubierto de estalactitas. Ransolm dirigió el hoversled directo hacia él y aceleró a máxima velocidad. Una parte de Casterfo esperaba que la princesa gritara alarmada. En vez de eso, simplemente abrazó su cintura con más fuerza y siguió disparando a los atacantes que venían detrás de ellos.

Las estalactitas formaban un laberinto sinuoso dentro de la caverna. Un solo error significaría una muerte segura. Sería como ser devorados por unas fauces de piedra. Sin embargo, Ransolm se olvidó de los riesgos, los dejó ir por completo: si pensaba en algo más allá de los controles de su hoversled, se estrellaría en instantes.

«Izquierda, arriba, izquierda otra vez, inclínate a la derecha, arriba, abajo, ¡cuidado!».

Sólo pensaba en su próximo movimiento, un segundo a la vez. Para pilotear un hoversled había que inclinar el cuerpo junto con la máquina. Ambos debían ser uno mismo. Las estalactitas pasaban zumbando frente a su campo visual a un instante de chocar con ellas, una y otra vez. Pero siempre las esquivaba justo a tiempo. Ransolm sintió una descarga de adrenalina que lo llevó más allá de cualquier temor.

—¡Se están acercando demasiado! —gritó Leia, mientras les seguía lanzando una serie de disparos cortos intermitentes. De pronto, las piedras retumbaron. ¿Acaso había provocado un derrumbe? El temor momentáneo de Ransolm se transformó en satisfacción cuando se percató de que Leia había dado en algunas de las estalactitas, asegurándose de que se derrumbaran frente a sus perseguidores. Las explosiones que estallaron atrás de ellos iluminaron los peñascos que estaban en frente; las fauces oscuras prometían una salida de la caverna.

—Vamos a subir —dijo él, agarrando los controles con más fuerza—. ¡Prepárese!

Salieron de la grieta y llegaron a una cantera más grande. Ransolm giró verticalmente. El impulso apenas les permitió mantener su posición.

—Aún tenemos dos pisándonos los talones. —Leia maldijo otra vez—. ¿Ve algún otro lugar donde podamos perderlos?

—Aún no.

¿En verdad lograrían eliminarlos, después de todo lo que habían hecho?

Ransolm oyó los motores antes de ver el disparo que pasaba por arriba. Y quedó boquiabierto al percatarse de lo que volaba sobre ellos: un caza X-Wing a toda velocidad entre las cavernas apenas más anchas que la misma nave. El caza se abrió paso por una pequeña abertura de la piedra y bajó en espiral hasta donde estaban, lanzando ráfagas a los perseguidores niktos. Justo antes de estrellarse, el X-Wing se volvió a elevar, inclinándose raudamente para pasar entre las estalactitas.

—¿Qué rayos está haciendo Seastriker aquí? —preguntó Leia.

—No tengo idea. ¿Cómo logró volar hasta aquí sin estrellarse?

—No lo sé, pero parece que acaba de salvarnos el pellejo.

Y así era. Los perseguidores que quedaban se habían convertido en nada más que escombros brillantes esparcidos entre las rocas. Seastriker inclinó sus alas en dirección al hoversled para indicar a Ransolm y Leia que regresaran al *Brillo de Espejo* mientras él los cubría.

Ransolm hizo descender el hoversled y lo estabilizó. El brazo de Leia soltó la cintura de Casterfo cuando este bajaba la velocidad a un nivel más tolerable. La respiración del senador se desaceleró al percatarse de que la persecución en verdad había terminado. Su misión de rescate había sido todo un éxito.

Innecesaria, pero todo un éxito.

—¿Sabes? No eres malo para pilotear —dijo Leia.

Él la miró y, para su sorpresa, vio que estaba sonriendo.

Ransolm empezó a sonreír también.

—Y usted no es mala para disparar.

El Magistrado Xun se disculpó profusamente con Leia por el secuestro, y porque las autoridades de Bastatha no habían podido capturar a Rinnrivin Di. Ella aceptó sus disculpas mientras se preguntaba si en verdad tenían alguna intención de perseguirlo. De alguna manera se las arregló para sonar arrepentida al explicarles que ahora Bastatha se encontraba bajo libertad condicional de asesoramiento por parte de la Nueva República; era un castigo relativamente insignificante, considerando las circunstancias. Ya que Bastatha no era un planeta miembro de la Nueva República no podían hacer más, pero el castigo les daba el derecho de observar y rastrear las actividades que se llevaran a cabo en el planeta por un tiempo. Tal vez ella y Casterfo aún no tenían al líder del cártel en sus manos, pero sí la oportunidad de rastrear al resto de la asociación.

Claro, si es que el cártel decidía no ocultarse en Bastatha por un tiempo, lo cual era lo más probable…

—Listos para el despegue —gritó Greer desde la cabina, cuando Leia terminaba de hablar con las autoridades de Bastatha—. ¿Listos?

—Sólo una cosa más. —Leia entró a la cabina y encendió el comunicador—. Teniente Seastriker, se da cuenta de que actuó fuera de los protocolos estándar de seguridad el día de hoy, ¿cierto? —Le había ordenado buscar ayuda, no volar con su X-Wing por un espacio que habría llevado a la mayoría de los pilotos a una muerte segura.

—Sí, señora. —La voz de Joph se entrecortó ligeramente en el altavoz—. ¿Estoy reportado?

—No, no lo estás. Sólo ten cuidado la próxima vez. Los protocolos tienen la función de protegerlos, además yo sabía los riesgos que estaba tomando. ¿De acuerdo?

—Desde luego, señora. —Seastriker no sonaba arrepentido, pero Leia sacudió la cabeza y dejó el asunto por la paz.

Greer dudó un poco antes de hablar.

—¿En serio Joph entró a la caverna?

—Así es. —Leia reconoció la mirada de Greer; le recordaba la mirada de Han cada vez que veía una nave de carreras nueva. Era anhelo puro. Y con mayor suavidad en su voz, dijo—: ¿Lo extrañas? ¿Volar así?

La sonrisa de Greer se desvaneció al poner las manos en los controles y prepararse para el despegue.

—Sólo me gustaría haberlo visto. Es todo.

Leia no insistió, pero le dio una palmada en la espalda mientras volvía a la sala principal de la nave. Korrie ya se había ido a su cabina; estaba muy ocupada con los informes que Leia tendría que llenar a su regreso, lo cual significaba que Ransolm Casterfo estaba sentado solo en la habitación, tomando un té de Gatalenta. Su elegante capa azul estaba manchada y rota, era una parodia de lo que solía ser, pero, a juzgar por la sonrisa en su rostro, no le importaba. Su expresión le recordaba un poco a la de Ben cuando era pequeño y corría a la casa después de una tarde de juego rudo con sus amigos, con el cabello alborotado, completamente sucio y orgulloso de sí mismo.

—Ahora ve por qué siempre vengo preparada —dijo ella, señalando su propia túnica y sus pantalones.

—Muy prudente —dijo Casterfo, asintiendo—. La próxima vez sabré qué empacar.

Leia se sentó en una banca junto a él.

—Fue muy valiente el día de hoy. También fue muy imprudente, pero me agrada eso en las personas.

—La subestimé —admitió él—. Es un error que no volveré a cometer.

—¿Se refiere a que subestimó mi inteligencia o mi artería? —dijo ella, levantando una ceja.

—Usted subestima *mi* inteligencia si espera que responda eso —dijo él, con una gran sonrisa.

Leia tuvo que reírse. A este tipo le iba a ir muy bien en la política.

—Si Rinnrivin no quería amenazarla, ¿qué pretendía? —preguntó él, más animado.

—Esperaba que aceptara un soborno para encubrir las operaciones de su cártel.

Casterfo se enderezó de inmediato, como si lo hubieran insultado.

—No puedo creer que supusiera que usted aceptaría algo así. Con su historial de servicio en la Nueva República…

—Mi historial es un poco más complicado de lo que cree. —Cuando Casterfo frunció el ceño, confundido, Leia tomó su capa de la banca donde la había dejado al llegar y sacó el holocubo de su bolsillo—. Los niktos odian a los hutts, y… digamos que tuve un encuentro algo desagradable con uno de los hutts hace unas décadas. No terminó bien para él.

Puso el cubo en la pequeña mesa frente a ellos y Casterfo lo tomó.

—¿Quiere que vea esto?

—No precisamente, no es muy agradable.

—¿Cree que no podré soportarlo?

Leia se daba cuenta de que aquella mañana habría pensado justamente eso. Pero Ransolm Casterfo había demostrado ser mucho más que el traje vacío que ella veía.

—Depende de usted.

Oprimió el control y observó cómo aparecía la pequeña imagen parpadeante de Leia y Jabba. Casterfo no dijo ni una palabra mientras observaba cómo se desarrollaba nuevamente la escena del asesinato. Leia analizaba cuidadosamente la expresión en su rostro, en busca de signos de desagrado o, aún peor, regocijo. En vez de eso, la cara de Casterfo sólo reveló que entendía el peligro en el que Leia se encontraba, y que también entendía por qué Jabba el Hutt debía morir.

Cuando terminó la escena, Casterfo inhaló profundamente.

—Nunca hubiera creído que fuera posible escapar con vida de las cadenas de un hutt, mucho menos matar al hutt con esas mismas cadenas.

—Yo tampoco lo creía, hasta que lo hicimos.

—Usted y su hermano, ¿cierto? ¿El famoso Luke Skywalker? —Ahora la expresión de Casterfo era como de niño ansioso por escuchar su historia favorita una vez más—. ¿Cómo idearon el plan de ataque?

Ahora que lo pensaba, Leia nunca había contado la historia a detalle, pero se dio cuenta de que le agradaba hacerlo: los droides que Luke llevaba como «obsequio», la disposición de Chewbacca para fingir su propia captura, su disfraz de cazadora de recompensas. Casterfo escuchó toda la historia, cautivado.

Leia nunca había sido como esos soldados que disfrutan contar sus viejas historias de guerra. Pero de pronto entendió por qué ahora le complacía tanto.

—Espectacular —dijo él cuando Leia terminó—. Tan intrépida como todas las misiones rebeldes de las que he oído hablar.

—¿Así que admite que los rebeldes eran intrépidos? ¿No sólo terroristas?

—No. No sólo son terroristas.

Leia pensó que podía darle una oportunidad al tipo, aunque eso no le parecía exactamente retractarse.

—No es del todo malo, Casterfo.

—Vaya, qué gran elogio —dijo él, arqueando las cejas.

—Lo digo en serio. Es valiente e inteligente, y vuela tan bien que deberé impedir que mi esposo lo reclute para uno de sus equipos de carreras. Tiene muchos puntos a favor, para ser centrista.

Él frunció levemente el ceño.

—¿En verdad cree que todos somos tan terribles?

—Aparentemente no —admitió ella—. Pero la forma en que habla del Imperio, con tantos halagos, con tanta admiración… no logro entenderlo.

—No es que halague el Imperio. El gobierno de Palpatine estuvo plagado de corrupción y crueldad, eso sí lo recuerdo bien. —Los ojos azules de Casterfo se cruzaron con los de ella por un instante—. Acababa de cumplir seis años cuando la Batalla de Endor se llevó a cabo, pero puedo asegurarle, Princesa, que era lo suficientemente mayor como para experimentar la maldad del Imperio en persona.

Sonaba como que había algo más oculto ahí, pero Leia sabía que no era el momento idóneo para entrometerse en la vida personal del hombre. Sólo se recostó en su banca mientras estudiaba cualquier movimiento o sombra sutil en el rostro de Casterfo.

—¿Entonces cómo puede exhibir cascos de stormtrooper orgullosamente en su oficina? ¿Y cómo puede aceptar una filosofía política tan similar a la del Emperador?

—Oh, bueno, los artefactos sólo están ahí por su valor histórico, ¿cierto? —Casterfo hizo un gesto indefinido con la mano, como si le indicara a un droide mesero que se retirara. La irritación de Leia duró sólo un instante, antes de que Casterfo continuara—. En cuanto a filosofía política, lo único que nosotros los centristas queremos es analizar de manera imparcial qué aspectos del Imperio podrían haber funcionado. Centralizar el poder, maximizar la eficiencia del gobierno, unir a todos los planetas de la galaxia… ¿En verdad puede decir que nada de eso fue bueno en absoluto?

—Cualquier bien que haya podido salir del Imperio tuvo un precio demasiado alto.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Pero qué si pudiéramos obtener algunos de esos mismos beneficios sin repetir los errores de Palpatine? —Casterfo se inclinó hacia delante—. No puede negar que la Nueva República está cometiendo sus propios errores.

—No tan malos como la tiranía y el control total.

—No, pero sí hay omisiones y descuido.

Leia no discutió eso. No podía. Las palabras de Casterfo reproducían exactamente las mismas dudas que ella tenía sobre el rumbo que había tomado la Nueva República, un rumbo que parecía conducir a la decadencia.

Su silencio animó a Casterfo para seguir hablando.

—El enfoque populista no es ideal sino idealista. Requiere un líder que ejerza el poder con carisma y consenso, en vez de una autoridad legal. Con Mon Mothma teníamos eso. Pero ella se fue, quizá para siempre. Y la galaxia no podrá soportar la desorganización que ha reinado desde su partida. Debemos encontrar otro camino.

Él detectaba exactamente las mismas fallas en el gobierno que Leia había estado discutiendo con Han por años. Sin embargo, lo que más la impresionó del discurso de Casterfo no fue lo mucho que coincidía con sus propias ideas, sino la pasión con la que hablaba. A esas alturas, ella ya se había rendido en su misión de hacer una diferencia mediante su labor en el Senado. Pero Casterfo aún creía poder.

¿Debería sentirse mal por la ingenuidad del senador o admirar su convicción? Pronto se dio cuenta de que podía conciliar ambas opciones.

—Creo que los centristas pretenden desviarse demasiado de nosotros… pero no se equivocan sobre las debilidades de nuestra constitución —dijo ella, sacando de su capa el pequeño rastreador que había ocultado en el broche metálico del cuello de manera ingeniosa—. Vemos el mismo problema, pero con distintas soluciones.

Al menos ella y Casterfo veían el mismo problema. Leia mantenía sus dudas sobre la mayoría de los senadores centristas.

Casterfo tomó un trago de té. Su expresión era analítica.

—Es una lástima que nunca haya decidido lanzarse como canciller. Es usted una líder poderosa, alguien con incansable autoridad moral. Y más allá de eso, sabe cuándo es tiempo de dejar de debatir y empezar a actuar. Si más populistas fueran como usted, el Senado y la Nueva República estarían mejor.

—No soy elegible para votar en Riosa, ¿sabe? No hace falta halagarme para conseguir mi apoyo. —Leia no resistió sonreír al decir esto.

Él sonrió también, tomando su broma en el sentido con que ella había previsto.

—Lo digo con toda sinceridad.

Después de varias décadas en la política que le habían enseñado que no debía confiar casi en nadie, Leia se dio cuenta de que le creía. Si aún existía esperanza de que los populistas llegaran a acuerdos y concesiones con los centristas, sería gracias a políticos como Casterfo. Tal vez podría presentarlo con Tai-Lin Garr y Varish Vicly antes de renunciar, para construir algunos puentes entre ambas partes e iniciar el proceso.

Claro, antes de pensar en el futuro, aún tenía que lidiar con el presente.

—Se da cuenta de que la misión no ha terminado, ¿cierto?

—No hemos capturado a Rinnrivin Di, pero seguro será cuestión de tiempo —dijo él, frunciendo el ceño.

—La galaxia es mucho más grande y oscura de lo que piensa. El dinero de Rinnrivin puede comprar el silencio de los demás, y su reputación puede infundir miedo. No creo que salga de su cueva pronto. —Leia suspiró—. Pero no me preocupo tanto por capturarlo como por entender a fondo su *modus operandi*.

—Es el de un mafioso como cualquiera…

—Pero a gran escala. Ryloth ni siquiera está cerca de Bastatha, y su economía ya sufre las consecuencias. Es más, ni siquiera es un lugar que valga mucho la pena saquear por sí solo. El único motivo que tiene el cártel de Rinnrivin para fijar su atención en Ryloth es tratar de llegar por medio de él hasta los escasos conglomerados donde los hutts aún tienen poder. Y cualquiera que vaya tras la fortuna de los hutt está jugando en las ligas mayores.

La mirada de Casterfo era reflexiva mientras procesaba toda la información.

—Dijo que los niktos odiaban a los hutts. ¿Podría ser que tengan tanto interés en la venganza como lo tienen en las ganancias?

—Quizá. O también podría haber otros factores involucrados.

—¿Otros factores?

—Logramos descargar algo de información de los droides que Rinnrivin abandanó al escapar —dijo Leia. No todos eran únicamente meseros que servían bebidas; algunos contenían información financiera importante—. Korrie ya hizo un análisis preliminar. Aunque posiblemente no abarquen todas las operaciones de Rinnrivin, los datos hacen pensar en una red criminal más grande que todas las que he visto en mi vida, incluyendo la de los hutts.

Leia tecleó su código de seguridad en la terminal más cercana; aparecieron múltiples hologramas que exhibían sus descubrimientos en forma de gráficas. La tenue luz verde se reflejaba en el rostro de Casterfo mientras estudiaba todo.

—Rinnrivin ni siquiera está conservando la mayor parte de su dinero —dijo él, con incredulidad—. Lo está canalizando a corporaciones fantasma en varios planetas del Borde Exterior. Claro, deben ser corporaciones controladas por él.

—Esa fue mi primera impresión también. Sin duda tendremos que investigar mucho más antes de estar seguros, pero ahora me parece que Rinnrivin simplemente está… regalando el dinero. Estoy hablando de cantidades estratosféricas. Y me imagino que no lo estará donando a la caridad.

Casterfo se levantó de inmediato, como si un bláster le hubiera disparado en la cabeza una nueva idea.

—El cártel de Rinnrivin es nuevo. Demasiado nuevo como para haber llegado a ser tan poderoso desde cero, a menos que alguien le haya ayudado. Un patrocinador.

Bien, iba entendiendo rápido.

—Sí, alguien más ayudó a Rinnrivin a formar su cártel —dijo ella—. Y para devolver el favor, Rinnrivin se encarga de hacer el trabajo sucio de esa persona. De lo que sobra, consigue suficiente ganancia para que él y sus subalternos estén contentos.

—¿Pero quién podría hacer algo así, a esta escala? —Casterfo sacudió la cabeza—. Los jefes criminales no suelen confiar en otros jefes criminales para que manejen sus operaciones. Sean quien sean estas personas, deben tener razones extraordinarias para permanecer ocultos.

Leia dudó. No tenía pruebas, sólo sospechas. Sus observaciones le daban una pista, pero no era suficiente para actuar. Sin embargo, sintió que si le contaba a Casterfo lo que había visto, al menos la escucharía.

—Estuve observando a un grupo de humanos en el casino, anoche. —¿Cómo podía describirlos? Nadie le había llamado particularmente la atención, excepto su líder—. A una mujer en específico: mayor, bronceada, con mechas plateadas en el cabello y algunas cicatrices en el rostro. Se esforzaba tremendamente por no mirarnos. Como si quisiera hacer creer a los demás que nuestra presencia no le interesaba. Pero sus esfuerzos eran demasiado obvios. Sin duda esa mujer no quería que nadie se fijara en ella.

—La recuerdo —respondió Casterfo, sorprendiendo a Leia—. No me percaté de la actitud evasiva que comenta, pero sí recuerdo haberla observado un largo tiempo. Tenía cierto aire de autoridad. Me hizo pensar que podría haber estado en la milicia. La gente la trataba como si hubiera sido su oficial al mando alguna vez.

—¿Oyó hablar del planeta Daxam IV?

—No. Espere… Es una especie de planeta desierto, ¿verdad? Uno de los más fríos del Borde Exterior. —De repente, Casterfo entendió—. El lugar perfecto para acoger estas corporaciones fantasma.

—No es el tipo de planeta que muchas personas quisieran visitar. Es el lugar ideal para ocultarse. —Leia buscó en su memoria el rostro de aquella mujer, forzándose a

recordar cada pequeño detalle—. Descubrí que aquellos incógnitos del casino vienen de Daxam IV. Incluso parecían intimidar a los niktos que estaban a cargo del lugar.

—¿Cree que estén ligados al cártel? ¿Podrían tener el mando sobre las operaciones de Rinnrivin? —El rostro de Casterfo se iluminó. Leia volvía a ver su juventud, su ímpetu, pero esto ya no provocaba que sintiera desdén. En vez de eso, veía a alguien que buscaba desde hacía tiempo una labor a la altura de sus ambiciones.

Y tal vez ella podría proporcionársela.

—No tengo idea de si están conectados en absoluto —dijo Leia—. Daxam IV no apareció en ningún momento en el primer grupo de planetas cuyos fondos rastreamos, pero podríamos haber encontrado sólo la primera capa de una cubierta. Quizá esto sea sólo una corazonada, pero es una que compartimos. ¿Está dispuesto a seguir esa corazonada?

La sonrisa de Casterfo creció.

—A dondequiera que nos lleve.

Parecía como si esto se tratase de una aventura en vez de una misión muy peligrosa; como fuera, Leia al fin había podido tener nuevamente esa sensación de riesgo. Tenía algo importante y significativo que hacer. Había recuperado su sentido de propósito, después de muchísimo tiempo. Demasiado.

Un poco de peligro era el pequeño precio que pagar.

CAPÍTULO
NUEVE

—Una misión no es suficiente.

La voz de Ransolm resonó en el Senado mientras hablaba desde su consola. Y no estaba solo para dar su discurso. La Princesa Leia aparecía a su lado. Los hologramas y las cámaras estaban sincronizados para mostrarlos como si estuvieran juntos, de pie, aunque permanecían separados, casi por toda la amplitud de la enorme cámara del Senado. Se mostraban espalda con espalda, hacia direcciones opuestas, así que cada uno daba la apariencia de dirigirse a una mitad del recinto. La elegante camisa negra y la capa de Casterfo contrastaban con la vestimenta azul hielo de la princesa, cual si fueran espejos y opuestos.

—Hemos comprobado que Rinnrivin Di es un hombre peligroso —continuó él—. Hemos visto los alcances de su cártel, y son tan grandes como los que tenían los hutts. Ya comprobamos que los alegatos del Emisario Yendor son legítimos, pero nuestra investigación debe continuar.

Sólo se había dirigido a todo el Senado unas cuantas veces. La experiencia le seguía pareciendo vertiginosa: miles de rostros y especies lo observaban al mismo tiempo, escuchaban cada palabra que salía de su boca, evaluaban sus argumentos por medio de razonamientos que él no podía predecir ni controlar. Sentía que nunca se acostumbraría a eso.

Por eso mismo le resultaba aún más impresionante escuchar la calmada y confiada voz de la Princesa Leia.

—Durante el reinado del Imperio, la corrupción permitió que diversas organizaciones criminales extendieran su influencia más allá de lo que la galaxia podría haber previsto. La cooperación de diversos planetas nos permitió dar un giro radical a la situación y reestablecer el cumplimiento de la ley, hasta cierto punto. Pero no podemos darnos el lujo de conformarnos. En mi opinión y en la del Senador Casterfo, la organización de Rinnrivin Di representa un resurgimiento del crimen organizado que debemos detener de inmediato.

Ransolm había propuesto que él y la Princesa Leia expusieran ante el Senado la posibilidad de que existiera alguien muy poderoso oculto detrás del empoderamiento de Rinnrivin. Los dos senadores debatieron el punto en el *Brillo de Espejo* todo el camino de vuelta a casa, hasta el amanacer. Después volvieron a revisar el discurso que presentarían juntos al Senado. Sin duda, si Rinnrivin estaba aliado con alguien más, alguien más poderoso y mejor oculto, el Senado debería estar al tanto de ese gran peligro. Pero la Princesa Leia fue firme respecto a este punto.

—Tenemos que limitarnos a presentar la información más concreta que tenemos. Si empezamos a especular, perderemos enseguida la atención de los centristas —había dicho

ella, antes de sonreír—. Además, si usted presenta al Senado una teoría de conspiración, creerán que lo he convencido de pasarse al lado populista.

Ransolm sabía que su plan era el más prudente, pero se sentía deshonesto al mostrarse ante el Senado y guardarse información que podía resultar crucial. Se había jurado a sí mismo que no se convertiría en uno de esos políticos aduladores y traicioneros, que sería firme en sus convicciones. Y ahora, aquí estaba, mintiendo…

«Sólo estamos siendo precavidos», se recordaba a sí mismo. Su meta era lograr que el senado aprobara una investigación más a fondo. Después de eso, podría presentar hechos, no sólo sospechas.

Él y la Princesa Leia no estaban ocultando la verdad; estaban luchando para revelarla.

Ella había empezado el discurso y le había cedido a él la oportunidad de terminarlo. Juntó las manos atrás de la espalda y alzó la barbilla.

—Honorables miembros del Senado, presentamos ante ustedes esta propuesta conjunta: una investigación exhaustiva del cártel de Rinnrivin Di debe llevarse a cabo de inmediato y debe contar con todo el apoyo y los recursos del Senado. La Senadora Organa y yo estamos dispuestos a dirigir dicha investigación, juntos. Los instamos a actuar sin demora.

Listo. Fue cordial pero firme, claro y conciso. Aunque en un par de ocasiones se sintió nervioso, Ransolm supuso que su voz no lo había traicionado.

Se sintió satisfecho con su discurso, hasta el momento en que uno de los droides moderadores dijo lo siguiente:

—El foro está abierto para sus preguntas.

Varias luces que indicaban cuando un senador pedía la palabra, parpadearon por toda la sala, provocando que los holodroides salieran volando en una docena de direcciones a la vez. El Senador Anib Ney de Sullust fue el primero en pararse. Un vocoder hacía la traducción simultánea:

—La vida de la Senadora Organa fue puesta en riesgo por los actos justicieros de un político centrista, ¿y esperan que simplemente ignoremos esto? ¿Acaso podemos confiarle una investigación de tal magnitud a un renegado?

Atónito, Ransolm apenas pudo disimular su asombro al oír las palabras del senador. ¿Renegado? Eso podría haber sonado halagador en otras circunstancias. Pero *¿renegado justiciero*?

Después habló un centrista con un traje de mal gusto, el Senador Mortan de Comra, quien exclamó:

—¡La Senadora Organa le ocultó información de gran importancia al Senador Casterfo! Irresponsablemente puso su vida en peligro, ¡y tal vez la vida de la delegación entera!

La Princesa Leia intentó responder.

—Admito enteramente que cometí ciertos errores de juicio…

—Al igual que yo. —Casterfo no dejaría que ella aceptara toda la culpa, aunque él estaba convencido de que así era. Tenían que olvidar sus diferencias y concentrarse en lo que era verdaderamente importante.

Pero el Senado no podía concentrarse en nada. Los droides seguían catalogando un debate tras otro, y los senadores no dejaban de gritar por medio de sus amplificadores de voz, sin escuchar una sola palabra de lo que decían los demás.

Ransolm observó la pantalla de su consola y vio a la Princesa Leia de pie, con ambas manos frente a ella, guardando perfectamente la compostura. En medio de su calma y su quietud, bajo el color azul pálido de su túnica, casi podía imaginársela en un palacio de escarcha, pero ya la conocía lo suficiente como para percatarse de la irritación acumulada en sus ojos cafés. Y sospechaba que ella podía verse también reflejada en la expresión de él. Enseguida se dio cuenta de lo que parecía decirle, como si estuvieran uno al lado del otro y ella se lo murmurara al oído: «¿Puedes creer que sean tan idiotas?».

«Esto es sólo temporal», se dijo a sí mismo. «Sólo es una pose. Cuando los senadores tengan tiempo de revisar nuestra evidencia, entrarán en acción».

Se rehusaba a perder la fe en el proceso político, como sospechaba que le había sucedido a la Princesa Leia. Aunque Ransolm había aprendido a respetarla, no podía cometer el mismo error. Perder la fe en el gobierno no era una opción.

Pero en verdad deseaba fervientemente que escucharan sus palabras, poder hacer algo bueno por alguien y dejar su marca.

Lady Carise Sindian tenía la reputación de ser vanidosa, superflua y frívola, al menos entre aquellos que la conocían. Y ella aprovechaba cada oportunidad que tenía para incrementar esa reputación.

Aquellos que subestimaban su ambición se sobrestimaban a sí mismos. Eso los hacía vulnerables. Aunque ella nunca había tenido la necesidad de aprovechar esa vulnerabilidad, siempre sabía dónde se encontraba el punto débil, la herida sin cicatrizar, el lugar justo donde atacar. Y al conocer las debilidades de una persona, se puede averiguar cualquier cosa que se necesite saber sobre ella.

Sin embargo, los demás nunca podrían entender su manera de actuar. (Bueno, lo vanidoso que dictaba su reputación era correcto. Lady Carise tenía suficiente conocimiento de sí misma como para aceptarlo. Pero sentía que había peores defectos que hacer gala de la belleza y el rango que se posee).

Ahí estaba, sentada en su lugar, escuchando cómo el Senado exclamaba a gritos su indignación por la misión de Bastatha. Probablemente la mayoría de los presentes en la sala pensaba que este sería el punto de controversia principal aquel día para el Senado. Pero estaban equivocados.

«Fueron hasta Bastatha y descubrieron tan poco», pensó mientras observaba a la Princesa Leia y a Ransolm Casterfo. A Lady Carise le agradaba Casterfo, al menos lo

poco que conocía de él. En cuanto a la princesa… tal vez ella misma no apreciaba la importancia de su rango, pero Lady Carise trataba de honrar y dar su lugar a Leia Organa como a otra hija de una casa real. Los títulos y los linajes tenían que respetarse. Sin eso, pertenecer a la realeza no tendría sentido alguno.

Finalmente, el representante ithoriano decidió etiquetar el tema de la investigación a fondo de Rinnrivin Di como: «a discusión posterior». En realidad, esto significaba que nadie tomaría medidas en el asunto de nuevo. Los hombros de Casterfo se hundieron en un gesto de obvia decepción y la Princesa Leia simplemente se sumió de nuevo en su asiento, sin siquiera fruncir el ceño. De pronto, Lady Carise supo que la princesa nunca había contemplado la posibilidad de obtener resultados satisfactorios de su discurso.

Tal vez el siguiente orador conseguiría mejores resultados.

—El Senado cede la palabra a la honorable senadora de Arkanis, Lady Carise Sindian.

Se puso de pie, lista para su momento. Su brillante vestimenta roja reflejaba la luz de las pequeñas cámaras de los holodroides, y su largo cabello negro estaba recogido por peinetas con incrustaciones de joyas provenientes de su planeta natal. Incluso aquellos que no tenían intención de prestarle atención se sentían forzados a mirar. Consiguió llamar su atención, y ahora pretendía aprovecharla.

—Honorables miembros del Senado —empezó a decir Lady Carise, mirando a todos los presentes en la enorme cámara—. Sólo han pasado tres semanas desde que se llevó a cabo la hermosa ceremonia en la que se honró la memoria de Bail Organa mediante la develación de una estatua.

Estas palabras fueron recibidas con algunos aplausos, chasquidos y silbidos, que representaban la aprobación de toda la audiencia, independientemente de su especie. Lady Carise sonrió.

—El exvirrey de Alderaan, que en paz descanse, ayudó a forjar una alianza que logró la unión de cientos de planetas. La unidad que inspiró en los demás nos recuerda el gran potencial que existe para una cooperación aún mayor dentro de la galaxia. Cuando miramos su cara esculpida en piedra, recordamos lo mucho que se puede lograr cuando una sola persona inspira a otros. A pesar de que me duele mucho decirlo, debo señalar que el Senado no ha sido muy eficiente en ausencia de Mon Mothma, y que sus sucesores en el cargo de canciller no han logrado ejercerlo con la misma capacidad que ella poseía para crear un consenso. Ahora, la Nueva República está empezando a sufrir por ello. El creciente desorden al que nos enfrentamos es sólo uno de los síntomas de este malestar. Existen otros, y más seguirán desarrollándose si permitimos que esta situación continúe.

Una de las pocas cosas que el Senado siempre evitaba discutir a toda costa era su propia ineptitud. Así que un silencio incómodo inundó la sala alrededor de Lady Carise, pero era un silencio que ella pensaba utilizar.

—No podemos esperar el regreso de Mon Mothma para tomar medidas. Ella alguna vez salvó a esta galaxia de los peligros de la opresión; ahora, tenemos que salvarnos a nosotros mismos de los peligros de la debilidad. Por ello, quiero hacer una proposición

que algunos de los presentes tal vez consideren radical. —Centró su mirada en la agitadora populista Varish Vicly, pero sólo por un momento—. Otros tal vez crean que mi propuesta no va lo suficientemente lejos. Pero después de la debida consideración y réplica de varias personas, me mantengo en mi convicción de que mis colegas senadores estarán de acuerdo en que esta es, por mucho, la mejor manera de restaurar la vitalidad de nuestro gobierno. Damas y caballeros del Senado, debemos encontrar el modo de volver a liderar. Y para hacer esto, necesitamos un líder.

Lady Carise había luchado para que le tocara a ella hacer esta declaración. Sus aliados en el Senado también anhelaban tener esta gloria. Pero ella había ganado, y este era su momento.

—Por lo tanto, propongo la abolición del título de canciller. En su lugar, elegiremos a un primer senador. Y ese primer senador gozará de autoridad real sobre cuestiones económicas y militares. Nuestras tropas y políticos tendrán que volver a responder a alguien. El Senado tendrá que cooperar. —Lady Carise alzó un puño en el aire—. ¡Y finalmente lograremos que la Nueva República avance!

Hubo un momento de silencio, y luego… caos.

—¡Esto es una traición! ¡Alta traición contra los valores esenciales de la Nueva República!

—¿Cómo sabemos que el título de primer senador no será tan ineficiente como el de canciller?

—¡Tendríamos que reescribir toda una sección de la constitución de la Nueva República!

—¿Y qué pasará si el primer senador se convierte en otro Emperador?

Lady Carise respondió a sus preguntas de inmediato.

—Cuando reescribamos la constitución, podremos definir el alcance de la autoridad del primer senador y protegernos contra una posible tiranía.

—¿Podremos? —Esta vez la pregunta vino de la Princesa Leia, cuyas mejillas estaban totalmente enrojecidas—. ¿Necesito recordarles a los honorables miembros del Senado que Palpatine mantuvo la ilusión del Senado Imperial durante veinte años, tras la caída de la Antigua República? Un tirano puede hacer parecer que todas sus acciones son «la voluntad del pueblo».

Lady Carise levantó las manos. Los droides mediadores obedecieron su señal y silenciaron a todos los demás senadores, les gustara o no. Casi sentía como si pudiese beber el remolino de energía que había en la habitación, una mezcla intoxicante de furia y fervor.

—Honorables miembros, sé que esta transición no será una tarea fácil. Tampoco espero que la votación se lleve a cabo hoy mismo. Todo lo que pido es que el Senado analice seriamente mi propuesta y que creemos un plan que nos permita elegir a un primer senador en algún momento de esta legislatura.

Listo, lo había logrado. Desde luego, ella estaba consciente de que los alegatos sobre este tema podrían durar una eternidad. El Senado no era conocido por su rapidez, y

menos aún tratándose de una medida para su propia mejora. Pero la idea de elegir a un líder poderoso ya había sido planteada. Y ella, Lady Carise Sindian, había sido la primera en pronunciarla. Algún día, todos la recordarían por esto. Los niños aprenderían su nombre en los libros de historia.

—El Senado cede la palabra al honorable senador de Riosa, Ransolm Casterfo.

Lady Carise esperaba que, después de su fracaso con la investigación de Rinnrivin Di, Casterfo estuviera decaído, pero, en lugar de eso, se paró con orgullo y con las manos cruzadas atrás de la espalda.

—Señoras y señores del Senado, no es el momento de debatir esto. Son precisamente este tipo de debates los que están destruyendo al Senado.

Su comentario fue recibido con muchos aplausos y chirridos. Aparentemente, la frustración era el sentimiento más común dentro del Senado Galáctico. Casterfo continuó:

—Si seguimos agendando toda discusión importante y posponiendo toda acción que pudiera significar una diferencia, sólo nos hundiremos más y más en el lodazal burocrático que actualmente es la Nueva República. Les estamos fallando a nuestros ciudadanos, no sabemos guiarlos. Nos estamos convirtiendo en un hazmerreír.

Este comentario fue recibido con silencio, pero era un silencio de asentimiento. Las mejillas de Lady Carise se pusieron al rojo vivo al recordar los vulgares chistes a expensas del Senado que había escuchado en los puertos espaciales y otros lugares así. Al menos ella tenía un título de nobleza que seguía siendo digno de honor, y ningún gobierno podría quitarle eso.

—Es verdad que lo que Lady Carise propone es radical —continuó Casterfo. Se sentía cómodo con ese tema, y la potencia de su voz había comenzado a impulsar a la multitud—. Pero eso no significa que sea malo. Por mi parte, estoy de acuerdo en que este Senado necesita un liderazgo más autoritario. Otros pueden no estar de acuerdo, pero a muchos de nosotros ningún debate nos hará cambiar de parecer. Así que propongo que votemos ahora. Aquí mismo, el día de hoy. ¡Veamos de qué lado está la mayoría! Levantémonos y digamos exactamente lo que creemos, y actuemos con base en esa creencia. Si el voto es en contra, entonces no perdamos más tiempo y acritud con este tema. Pero si el voto es a favor, si hay más personas entre los presentes deseosas de tener un liderazgo decisivo de nuevo, entonces pongamos nuestra energía donde realmente es necesaria: en determinar la mejor manera de definir y elegir a nuestro primer senador.

Los aplausos volvieron, esta vez más fuertes. Lady Carise sentía que el centro de atención se había desplazado a Casterfo por completo. Los celos la invadieron, pero los controló. Si los centristas pudieran ganar una votación sobre el tema el día, eso en sí mismo contaría como una victoria. Además, la sola idea de un primer senador daría pie al debate entre los pueblos de la galaxia; los prepararía para un futuro de unidad y grandeza. Por su parte, Casterfo estaba demostrando ser un aliado digno, un talento que valía la pena cultivar.

—Sugiero que votemos ahora. —Los ojos azules de Casterfo se veían brillantes. Su figura parecía delineada por las luces de la cámara. Se veía como una figura heroica en

un cartel o en una holopropaganda. Sin duda, esas imágenes serían transmitidas más tarde—. Aquí y ahora. Dejemos de debatir. Dejemos de cuestionarnos. No se preocupen por los detalles del procedimiento, estos podrán ser determinados más adelante. Sólo digan si están o no están preparados para que al fin el Senado avance otra vez.

—¿Alguien se opone a la votación? —dijo con voz monótona el droide moderador. Lady Carise sabía que la mayor parte de los populistas se opondrían de inmediato, pero era muy difícil evitar una votación en el Senado; el gobierno estaba estructurado para que todo el mundo pudiera expresar su opinión siempre, y eso finalmente estaba resultando útil para los centristas.

Conseguir una votación era apenas la primera parte. Ganarla era un asunto totalmente distinto.

«No hemos tenido tiempo suficiente para que la gente vea los beneficios de un liderazgo fuerte», pensó Lady Carise. «Las personas siguen temiendo a la sombra de Palpatine».

Sin embargo, al percatarse de que las objeciones a una votación no lograban alcanzar el estatus de veto y de que comenzaban los preparativos, Lady Carise se dio cuenta de la verdadera genialidad de Casterfo. Él no había preparado sus argumentos para convencerlos de aceptar la figura de un primer senador. En realidad, había hecho hincapié en la frustración que cada uno sentía por la inercia del Senado. Casterfo no les había pedido que votaran por nada en particular, sólo que votaran para hacer frente a una burocracia despreciada y obsoleta.

Los votos empezaron a contabilizarse en la pantalla que flotaba sobre la sala. Cada individuo había votado de forma anónima, pero era fácil adivinar quiénes lo hicieron por qué. Los números a favor de los populistas se iluminaban en color verde, y los que eran para los centristas aparecían en amarillo. Normalmente, los planetas que no pertenecían a ninguna de las dos facciones se dividían como mitad y mitad o se abstenían de votar por completo.

Sin embargo, esta vez las marcas amarillas en el tablero se multiplicaron hasta emitir un brillo dorado. Lady Carise miraba la luz, con la mano sobre el corazón. Ella y Casterfo podrían compartir los méritos por esto, y vaya que habría más que suficientes méritos por compartir. Cuando lo miró a través de los hologramas, Casterfo estaba sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa. En ese momento, ambos lo supieron.

El resultado se escuchó por las múltiples bocinas y traductores de la sala:

—Se aprueba la moción.

Leia solía rechazar las bebidas alcohólicas cuando tenía eventos con sus colegas senadores, incluso en los puramente sociales. Esa noche, sin embargo, cuando el droide le preguntó lo que quería, ordenó un *brandy* corelliano.

—Y que sea doble.

—Una mísera votación, ¿y todo nuestro sistema de gobierno se arruina? —Con el ceño fruncido, Varish Vicly usó sus garras para retirarse la melena dorada de la cara—. ¿Cómo pudo suceder?

—Sucedió porque nuestro gobierno está diseñado para ser flexible —señaló Leia, mientras ocupaba su lugar ante la larga y esmaltada mesa de Varish—. No queríamos ser rígidos. Queríamos ser flexibles y ceder. Bueno, cedimos tanto que terminamos por rompernos.

Ella y varios populistas más fueron invitados a esta cena días antes; Leia esperaba con ansias la reunión, no sólo por el rico banquete que les ofrecerían, sino también porque pensaba aprovechar la oportunidad para informar a sus colegas que tenía planes de abandonar el Senado al final de la legislatura. Ahora, en lugar de eso, ella y los otros senadores tendrían que pasar la velada tratando de asimilar el desastre político que acababa de ocurrir.

—Pero, ¿cómo es posible que prácticamente todos los planetas neutrales se hayan puesto en nuestra contra así como así? —Varish chasqueó los dedos; los lonerans podían chasquear ocho dedos a la vez—. Nunca habría pensado que fuera posible.

Tai-Lin Garr se sentó en uno de los largos cojines que estaban alineados frente a la mesa de Varish, justo al lado de Leia. Como nativo de Gatalenta, siempre daba la impresión de ser más calmado y estable que cualquier otra persona en el Senado. Pero la votación de este día claramente lo había afectado gravemente.

—Lady Carise no logró convencer a nadie. Casterfo los convenció a casi todos.

—Sólo fingió cooperar con Leia, e instantes después vendió a toda la galaxia. ¡Esa maldita serpiente hambrienta de poder! ¡Sin ofender! —añadió Varish, mientras saludaba a un fillithar en el otro extremo de la mesa. El fillithar siseó que no lo ofendía.

Leia negó con la cabeza.

—Casterfo es sincero. Está equivocado, pero es sincero. También es convincente y tiene encanto de sobra. Si los centristas pueden encontrar más oradores como él, o incluso un candidato, podríamos tener muchos problemas.

Gruñidos e insultos llenaron la habitación mientras los droides se apresuraban a llevar la segunda ronda de bebidas.

La mayoría de los senadores tenían hogares relativamente modestos en Hosnian Prime; incluso Leia, quien no tenía otra residencia importante, vivía en un apartamento sencillo pero cómodo, cerca de los principales edificios gubernamentales. Sin embargo, los lonerans creían que la opulencia era una virtud, lo que significaba que la casa de Varish Vicly era por lo menos cuatro veces más grande que las de la mayoría de los presentes. A pesar del nivel casi escandaloso de lujo que ostentaba, obras de arte abstractas con colores vibrantes en las paredes y cristalería fina que colgaba de los candelabros, la casa de Varish proporcionaba una sensación de intimidad y comodidad que por lo general lograba relajar a sus invitados, cosa que todos necesitaban esta noche.

Sin embargo, Leia no lograba relajarse. No podía dejar de pensar en su madre, su madre biológica, a quien nunca había conocido: Padmé Amidala. Después de averiguar la

identidad de su madre años atrás, Leia investigó todo lo que pudo sobre la antigua reina y senadora. Y descubrió que su madre estuvo presente en la votación que le otorgó a Palpatine poder absoluto sobre el Senado Galáctico. Leia podía imaginar perfectamente la desesperanza que debió pesar en el corazón de su madre en aquellos momentos.

«¿Se está repitiendo la historia? Mi madre presenció la caída de la Antigua República. ¿Acaso es mi turno de ver a la Nueva República desmoronarse ante mis ojos?».

Leia tomó otro trago de *brandy*.

—Ya no podemos evitar la elección de un primer senador —dijo Tai-Lin, acomodando su vestimenta de color escarlata—. Todo lo que podemos hacer es asegurarnos de que el primer senador sea uno de los populistas, al menos así podremos estar seguros de que no hará mal uso de ese poder.

Murmullos de asentimiento recorrieron toda la mesa. Incluso Leia asintió con la cabeza. No existía otra solución.

—¿Te estás nominando a ti mismo, Tai-Lin? No sería mala idea —dijo Varish asintiendo con la cabeza y haciendo que su pelaje dorado cayera sobre uno de sus hombros.

—Estoy pensando en alguien mejor —dijo Tai-Lin, sonriendo—. Nuestro candidato debe ser más que un senador confiable y experimentado. También debe ser alguien conocido en toda la galaxia. Alguien cuyos familiares y amigos sean famosos por sus contribuciones a la Nueva República. Una heroína de guerra que ni siquiera los centristas podrían acusar de ser débil.

Los ojos de Leia se abrieron demasiado.

«Oh, no».

Varish empezó a aplaudir con sus manos peludas.

—¡Por supuesto! ¡La Primera Senadora de la Nueva República debe ser la Princesa Leia!

«Rayos».

CAPÍTULO
DIEZ

—Pero eso es increíble. —Greer sonrió, sorprendida por la postulación de la Princesa Leia, y olvidó por unos segundos su habitual calma profesional dejando su datapad sobre la mesa—. Usted sería una maravillosa primera senadora.

—Ganaría sin duda, su alteza —dijo Korrie, mientras apretaba su datapad contra el pecho. Eran noticias muy emocionantes para una chica de dieciséis años descubrir que podría trabajar para la persona que estaba a punto de convertirse en el ser más poderoso de la galaxia. Y Greer no podía ser condescendiente con la alegría de Korrie si ambas estaban igualmente emocionadas.

La política no solía ofrecer suficientes emociones, pero ¿esto? Una carrera por el puesto de primera senadora sería casi tan bueno como una carrera en un caza estelar. No exactamente. Pero casi. Al menos implicaba el mayor entusiasmo que Greer podía soportar.

—Qué maravilla —dijo C-3PO—. ¿Cuándo se celebrará la elección?

La Princesa Leia sólo sacudió la cabeza antes de descansar en la silla de su oficina.

—Ya lo dije: cuando mi cargo acabe, quiero renunciar.

Greer quería protestar, pero no se atrevió. Afortunadamente, lo que a C-3PO le faltaba en tacto, le sobraba en entusiasmo.

—Pero, su alteza, ¡no puede renunciar! ¡No ahora, cuando la galaxia más la necesita!

—3PO tiene razón —dijo Greer. Y de inmediato se preguntó si esas palabras habían pasado alguna vez por sus labios—. Es improbable que los populistas puedan encontrar una candidata tan fuerte como usted. Es su mejor oportunidad de ganar. Si un centrista llegara a ganar la elección… podrían ocurrir cosas muy malas.

Y esto era una forma agradable de decirlo; Greer lo sabía. Pero enunciarlo de manera clara en voz alta significaba mencionar palabras como guerra y tiranía. No quería que la conversación tuviera que llegar a eso si no era absolutamente necesario. Sin duda, no lo sería. La Princesa Leia tendría que entrar en razón, ¿cierto?

Leia suspiró, se puso de pie y se acercó a la ventana de su oficina. La vista no ofrecía mucho más que unos cuantos arbustos y los senderos rojizos en los alrededores del complejo senatorial, pero al menos entraba luz. De lo contrario, la oficina le habría parecido insoportablemente claustrofóbica a Greer, quien a veces extrañaba el cielo.

—Nuestra misión en Bastatha me recordó lo que se sentía entrar en acción durante la Rebelión —dijo Leia, sin apartarse de la ventana—. Saber que mi vida dependía de mi velocidad, mi valor y el bláster en mi mano.

—¡Qué horror! —dijo C-3PO—. Fueron días verdaderamente aterradores, su alteza.

—Pero también maravillosos. —Leia miró por encima de su hombro, no a C-3PO, sino a Greer y a Korrie. Esperaba que ellas entendieran—. Extraño ensuciarme las manos.

Extraño lidiar con los problemas yo misma. Extraño hablar con pilotos y soldados en vez estar tratando todo el tiempo con políticos. Extraño sentir… no… extraño saber que lo que hago es realmente importante.

Greer se había imaginado a sí misma en la Alianza Rebelde. Cuando era niña, jugaba a ser la piloto de un X-Wing o fingía hacer estallar las estrellas de la muerte. A veces, ambas cosas a la vez. Pero, por supuesto, esa era la forma en que un niño concibe la guerra: como una gran aventura donde el bien siempre gana y el mal muere sin derramar sangre de verdad.

Oír a la Princesa Leia, quien había sufrido tragedias y peligros incalificables durante la guerra, hablar nostálgicamente de esos días era quizás el testimonio más fehaciente de lo mal que estaba el Senado Galáctico.

Sin embargo, si el Senado estaba a punto de colapsarse, Greer sabía exactamente quién debía ser la última persona de pie.

—Al menos podría continuar con la investigación de Rinnrivin Di —se aventuró a decir Greer—. Probablemente el Senado le daría aún más libertad: los populistas, porque quieren verla brillar; los centristas, porque quieren que cometa un error.

—Sin duda —dijo Leia entre gruñidos y risas al volver a su escritorio.

Animada por su reacción, Greer continuó.

—Así que realmente no tendría que renunciar a entrar en acción para siempre. Y, si fuera primera senadora, podría darle la vuelta a la burocracia que lleva tanto tiempo odiando. No sería lo mismo que quedarse sin hacer nada. Todo cambiaría.

—Todo cambiará con o sin mí —señaló Leia.

Greer asintió, pero dijo:

—Pero con usted tenemos oportunidad de que ese cambio sea para mejorar.

La Princesa Leia tenía una manera de mirar a la gente como si pudiera ver a través de ella; su mirada era tan penetrante que parecía llegar hasta los huesos. No resultaba fácil mentirle, mucho menos convencerla de algo. Sin embargo, Greer mantenía un único secreto que la princesa también conocía y se guardaba. Cuando la Princesa Leia clavó su mirada en la de Greer, no era porque quisiera saber qué pensaba, sino para pedirle total y absoluta honestidad.

—¿Qué harías tú, si fueras yo?

Emoción y libertad contra deber y propósito: Greer ya había tomado esa decisión antes. Lo que la Princesa Leia le estaba preguntando en realidad era si se arrepentía.

—Me quedaría —dijo Greer, levantando la barbilla—. Me postularía. Y ganaría.

La princesa se reclinó en su silla, sumida en sus pensamientos. Habían trabajado juntas el tiempo suficiente como para que Greer supiera qué significaba eso: aún no había decidido quedarse, pero ya había tomado la decisión de irse.

—Un comité exploratorio —dijo finalmente la Princesa Leia—, sólo para medir las posibilidades, es lo máximo que puedo aceptar.

—¡Espléndido! —exclamó C-3PO. Korrie sonrió y puso manos a la obra, especulando nombres para el comité. Ambos pensaban que se había acabado el debate y

que estaban a punto de emprender la campaña política más emocionante que habría habido en treinta años.

Greer sólo sabía que, por primera vez en treinta años, le había mentido a Leia Organa.

Hay arrepentimientos de los que no se puede hablar en voz alta.

—Te lo dije, nunca te irás. —Han sacudió la cabeza y sonrió como diciendo «¿Ves? Yo siempre tengo razón». Su sonrisa arrogante podía haber engañado a cualquiera.

Sin embargo, Leia percibía la decepción de Han, y era más dura de soportar que su propia decepción.

—Yo no quiero esto —dijo ella—. Sabes que no.

—Claro que no. Por eso estás armando el… ¿qué cosa era?, ¿comité exploratorio?

Ella sacudió su cabeza.

—Han, la única cosa peor que convertirme en primera senadora sería que un centrista se convirtiera en primer senador. Si me voy ahora, podría estarle entregando la galaxia al siguiente emperador. Sabes que no puedo hacer eso.

Después de un momento, Han suspiró.

—Lo sé —dijo.

Las noticias políticas viajaron rápidamente. Tan pronto como Leia le encargó a su equipo la formación del comité exploratorio, envió una solicitud de comunicación a Theron. Habría sido terrible que su esposo se enterara de una noticia tan importante en una emisión de cualquier tipo, en vez de oírla de sus propios labios.

Aunque decírselo ella misma tampoco fue muy agradable.

Han se encontraba a bordo de alguna de las naves que usaba para volar sobre Theron, literalmente enterrado hasta la cintura en cables, con sus herramientas en el suelo. Había levantado sus gafas de seguridad hasta su frente para despejarse, y sus cabellos entre blancos y grisáceos se veían erizados. Más al fondo, los droides y los mecánicos seguían trabajando duro, haciendo algo complicado en los motores traseros de la nave.

—¿Reparaciones? —preguntó Leia, con la esperanza de aligerar la conversación—. No creí que ya estuvieras volando durante estas rondas. —Las primeras rondas de la competencia Sabers podían ser supervisadas desde plataformas terrestres; la supervisión aérea no comenzaba sino hasta la carrera lunar de relevos.

—¿Por esto? —Han se encogió de hombros como si no fuera nada, pero ya había empezado a sonreír de nuevo—. En realidad, pensé que podría hacerle algunos ajustes a este bebé antes de sacarla otra vez. Darle un poco de energía de combate y ver qué tanta potencia tienen los motores. Es una buena nave, rápida, fácil de manejar…, pero necesita algo extra.

Han decía casi lo mismo de todas las naves que había volado desde el *Halcón Milenario*. Mantenía la esperanza de recrear esa magia. Pero Leia sabía que nunca lo

haría, sin importar la velocidad o capacidad de maniobra que cualquier otra nave espacial pudiera tener. Algunos amores llegan sólo una vez en la vida.

—Avanzaríamos más rápido si no tuviera que lidiar con un equipo de novatos —siguió diciendo—. Si aún tuviera a Greer en mi equipo, ya habríamos terminado.

—Se lo diré.

—¿Cómo está ella? —Han frunció el ceño, genuinamente preocupado.

—Creo que está bien. Está más emocionada que yo por la campaña política. —Leia sonrió con remordimiento—. No es mucho decir. Pero al menos está emocionada.

—Bueno, salúdala de mi parte.

Era la oportunidad perfecta para que Leia le preguntara a Han si había tenido noticias de Ben o Luke (aunque ella sabía que lo más probable era que no), o cómo estaba Chewbacca. De este modo, su conversación se desviaría a temas más simples y ambos podrían fingir que todo estaba bien.

Pero era importante ser honesta en momentos como este, aun si era difícil.

—¿Han? En verdad lamento lo de la campaña. Realmente quería algo diferente para nosotros. —Leia pensó en sus sueños, donde los dos volaban juntos a través de la galaxia, sin preocupaciones al fin. Pero esos sueños se desvanecían cada vez más, hasta irse transformando en sombras lejanas—. Pero nada cambia…

—Oye… —Han alzó la mirada interrumpiendo su trabajo, más solemne de lo que había sido durante toda la conversación—. No te disculpes conmigo por tomar tu trabajo en serio, ¿de acuerdo? Siempre pusiste tu deber primero. Admito que eso me enloquece a veces, pero es parte de quien eres. Y probablemente también es la razón de que la Nueva República todavía no se haya desmoronado

Leia no podía sonreír del todo.

—Algún día.

—Algún día.

Esas palabras sonaban como una promesa. Pero Leia no lograba convencerse a sí misma de que ese día llegaría. Y sabía que Han tampoco se convencía. «Algún día» significaba el sol desapareciendo tras una nube, una mañana que se perdía en la oscuridad mucho antes de que la noche llegara.

Lady Carise Sindian caminaba por los pasillos del edificio senatorial. Su capa rosa ondeaba atrás de ella como bajo una brisa. Siempre caminaba velozmente; despreciaba las aceras móviles que transportaban a tantos otros senadores. La pasividad era un hábito que Lady Carise no tenía intención de adquirir.

El día anterior había sido uno de sus mayores triunfos hasta el momento, según pensaba. Sin embargo, la victoria exige más de una persona que la derrota. En lugar de regocijarse por la exitosa votación, Lady Carise había pasado hora tras hora tomando innumerables llamadas de varios senadores centristas, organizándose de tal manera que

les diera prioridad a los más importantes, sin desagradar a los demás. Para su alivio, el Senador Casterfo había obedecido el protocolo al dirigirse sin demora a la oficina de ella.

De haber estado en el lugar de Casterfo, ¿habría cedido el crédito de la votación tan rápidamente como lo había hecho él? Definitivamente no. Pero Casterfo entendía la importancia de la autoridad, lo que significaba la necesidad de que existiera una jerarquía. Eso lo convertía en una ventaja, en vez de una amenaza. Lady Carise lo había llamado para que viniera a su oficina tan sólo una hora antes. Su intención era sugerir que asistieran juntos a las reuniones de los posibles candidatos centristas, para evitar así hasta el más mínimo indicio de faccionalismo. Casterfo había estado de acuerdo en todo, incluso había sido bastante encantador, hasta el momento en que ella decidió poner fin a su junta explicando el porqué.

—¿Irá a ver a la Senadora Organa? —Casterfo sonreía como si estuvieran hablando de una amiga en común—. Me imagino que ella no estará muy contenta conmigo en estos momentos, pero por favor dele mis saludos.

«Ransolm Casterfo no debe ser tan tonto como para pensar que puede hacerse amigo de una senadora populista», pensó Lady Carise al pasar bajo la sombra de Bail Organa en estatua, ahuyentando a una bandada de toydarianos que caminaban, lentamente, frente a ella. «Y tampoco debí asumir que la princesa era tan ingenua como para tomarse sus cumplidos en serio. Entonces, ¿a qué estaba jugando?».

El asunto requería mayor observación. Sin embargo, Lady Carise lo dejó a un lado por el momento. Visitaría a la Princesa Leia no como una senadora frente a otra senadora, sino como hermana frente hermana; ambas, pertenecientes a las casas reales, lo cual tenía su propio peso e importancia.

Después de que el renqueante droide de protocolo la hizo pasar, Lady Carise se sentó frente al escritorio de Leia y cruzó las manos sobre el regazo.

—Debe saber por qué estoy aquí.

La Princesa Leia negó con la cabeza. Llevaba un sencillo vestido gris que parecía pertenecer a una plebeya, no a una senadora.

—Me temo que no, Lady Carise. A menos que esto se trate de la votación de ayer…

—Desde luego que no. Nada de política hoy. —De pronto, el rostro de Lady Carise se iluminó—. Usted y yo tenemos el lujo de considerar asuntos de mayor relevancia para la mente, ¿no es así?

En vez de responder, la princesa se quedó observando a Lady Carise con una expresión de aparente incomprensión total. ¿Se encontraba bien? Posiblemente empezaba a estar senil. Claro que la Princesa Leia era demasiado joven para este tipo de problemas, pero uno nunca sabe. Por lo que consideraba buenos modales y cortesía, Lady Carise no obligó a la princesa a adivinar.

—Me gustaría discutir sobre el gobierno de Birren. Su personal debe de haber estado investigando el asunto desde hace semanas. ¿Cuándo estará lista para viajar allá y presidir su inauguración?

—Oh. Sí. Claro. —La Princesa Leia actuó como si no hubiera pensado en el asunto desde que lo trataron por última vez, lo cual era falso—. ¿Sabe, Lady Carise?… realmente no pertenezco al linaje de ninguna de las casas reales. Bail y Breha Organa me adoptaron…

—Usted fue huérfana de guerra. —Esta historia siempre le había parecido extraordinariamente conmovedora a Lady Carise—. Y aun así la criaron como a su propia hija. A través de sus acciones, los Organa demostraron que la nobleza no es una mera cuestión de sangre.

La Princesa Leia sonrió al oírla hablar de sus padres de manera tan amable.

—Lo que quiero decir es que yo no debería ser la persona que herede el gobierno de Birren en primer lugar.

—¡Pero por supuesto que sí! Ninguna de las casas reales adjudica la sucesión estrictamente por herencia de sangre. —Secretamente, Lady Carise tenía sus reservas respecto a esto. Las líneas de sangre y los linajes tenían que importar para algo; de lo contrario, todo el concepto de realeza sería inválido. Sin embargo, también creía que la nobleza interior podía demostrarse mediante las acciones de un individuo. Y a pesar de sus diferencias políticas con la princesa, Lady Carise sentía que nadie podía negar que el valor de Leia era equiparable al de cualquier monarca—. Debe ser la sucesora de Lord Mellowyn, al igual que su hijo algún día deberá sucederla a usted.

Por un momento, la Princesa Leia pareció tener una apariencia cansada, como si hubiese envejecido entre una frase y la siguiente.

—Tampoco imagino que Ben tenga mucho interés en el gobierno. La verdad es que sería mejor para todos los involucrados si me retirara de la sucesión. Además, en ese caso, ¿no le correspondería a usted el gobierno? Después de todo, Birren fue colonizado por exploradores de Alderaan y Arkanis.

Lady Carise logró disimular y no revelar ninguna reacción más allá de la sorpresa. Sin embargo, por dentro, sentía como si todos los fuegos artificiales que hubo en la ceremonia donde se develó la estatua estallaran de nuevo en el cielo, más brillantes que antes. «Me lo está dando a mí. ¡A mí! ¡Mi propio título planetario! Mi posición en el consejo de las casas reales aumentaría enormemente de la noche a la mañana».

Sin embargo, su dedicación a la nobleza era incluso más fuerte que su ambición.

—Princesa Leia, el simple hecho de que lo sugiera me llena de un gran honor. No obstante, yo no podría usurpar su trono.

—Pero no lo estaría usurpando si yo se lo otorgo. —La Princesa Leia agitó la mano como si ahuyentara algo—. Honestamente, no le veo sentido a pasar semanas lejos del Senado sólo para reclamar un trono honorario por el que nadie más se preocupa, ni siquiera la gente de Birren. Si usted no toma el cargo, enviaré a un emisario allá para que se encargue de abolirlo oficialmente. Pero si usted está dispuesta a tomarlo y los ciudadanos no se oponen, por favor, Lady Carise, adelante.

—Gracias. —Lady Carise ya no podía disimular su sonrisa. De hecho, esta parecía iluminar toda la habitación—. Le prometo que estará orgullosa de mi servicio como gobernadora suprema.

La Princesa Leia le devolvió la sonrisa, aunque un poco torcida.

—¿Lo ve? Ahora todo el mundo está feliz.

—Por supuesto, viajaré inmediatamente a Birren. Es esencial, para que alguien se encargue de estos asuntos.

La frase pareció sacar de su estupor a la Princesa Leia. Se enderezó mientras su mirada se ponía intensa nuevamente, como si acabara de despertar.

—Estoy completamente de acuerdo.

Durante la siguiente media hora, Lady Carise sintió como si estuviera flotando en una nube de deleite. Pero, a medida que caminaba de vuelta a su propia oficina, con la cabeza llena de imágenes en las que se veía a sí misma con un vestido de oro que combinaba con su trono, se percató de algo: «Semanas alejada del Senado. Pasar tanto tiempo en Birren ahora, en un punto tan crítico… Es posible que los candidatos a primer senador anuncien sus postulaciones en algún momento de este mes». ¿Podría darse el lujo de no estar presente? ¿Estaba sacrificando su verdadero trabajo como senadora por la gobernación suprema de Birren?

Sólo tendría que encontrar una manera de equilibrarlo todo. El deber le exigía cumplir con ambos papeles en la medida de sus capacidades, aunque los vientos de la política cambiasen cada día y la nobleza fuera para siempre.

Joph pensaba tomar una pequeña siesta, pero acabó durmiendo casi todo su turno. Maldijo cuando vio la hora y salió corriendo hacia el hangar, donde una docena de pilotos de X-Wing se habían reunido en torno a un holotransmisor.

—¿Empezaron? —gritó mientras corría hacia ellos.

—¡Casi! ¡Mueve tus botas, Seastriker! —le dijo Temmin Wexley, también conocido como Snap, haciéndole un gesto para que se uniera al grupo.

La segunda competencia de la carrera Sabers estaba a punto de comenzar; era una prueba orbital. Si bien era cierto que resultaba mejor ver las últimas tres etapas de la Five Sabers a través de imágenes editadas, ya que duraban horas, días o hasta semanas, las dos primeras competencias eran las mejores que se podían presenciar. Joph había gritado toda clase de vítores roncos a los pilotos en la primera vuelta atmosférica y esperaba que las pruebas de velocidad orbital fueran igual de emocionantes. O más, porque sólo después de la segunda carrera se podía empezar a identificar a los posibles ganadores.

Joph corrió hacia el grupo, pero se detuvo en seco cuando vio a una piloto trabajando en su nave, sin mirar siquiera las carreras.

—¿Greer?

Ella lo miró bajo el *Brillo de Espejo*. Las mangas de su overol manchado de grasa estaban enrolladas hasta los codos.

—Hola, Joph.

—¿No vas a ver las carreras?

—No. —Greer se encogió de hombros y siguió trabajando. El brillo de su escáner de mano trazaba el perfil de su rostro en las sombras del hangar.

—¡Pero si tú ganaste la Sabers una vez!

—Exacto. Ya lo he visto todo. —Greer no apartó la mirada del *Brillo de Espejo* ni una sola vez—. Además, sólo gané la categoría júnior de la Sabers.

Eso seguía siendo increíble, así que Joph abrió la boca para protestar, pero, por un escaso destello de tacto, se dio cuenta de que era más sensato no decir nada.

La cosa era que Greer tenía un trabajo diferente en las oficinas del Senado. Sin embargo, teniendo en cuenta el mantenimiento que le había dado al *Brillo de Espejo* justo después de su misión en Bastatha, la nave no debía necesitar nada más por el momento. Así que Greer había venido aquí sin ninguna necesidad real, porque sabía que los otros pilotos estarían viendo la Sabers. Ella quería verla; simplemente no se permitía a sí misma hacerlo.

Joph caminó hacia donde estaban los demás y aceptó una taza de jugo jet, el cual quemaba al bajar por la garganta pero también te despertaba bastante rápido. A pesar de que se sentó a observar la carrera, no pudo apartar la mirada de Greer. «¿Está haciendo esto para castigarse a sí misma?», se preguntó Joph. «Si es así, ¿por qué lo hace? ¿O siente que no cuenta que sólo escuche la carrera?».

—Parece que la carrera de hoy será buena —dijo la Senadora Organa. Todos los pilotos se enderezaron de inmediato. Joph se dio la vuelta y la vio de pie, detrás de ellos, con una chaqueta y unos pantalones color azul oscuro, y una sonrisa en el rostro. Aunque no podía ignorar la consternación del grupo, la senadora actuó como si estuviera en el hangar todo el tiempo—. ¿Qué hay en la taza?

—Oh, ¿esto? —El ancho rostro barbudo de Wexley se puso rojo, y tragó saliva antes de hablar—. Oh, es… caf. Definitivamente. Para que podamos estar alerta en nuestra labor, Senadora.

—¡Qué mal! —dijo la senadora, doblando los brazos y recargándose en el X-Wing más cercano—. En mis tiempo, los pilotos de cazas estelares sabían elaborar licor de calidad.

En la pausa que siguió, varios pilotos empezaron a sonreír.

—¿Me creería si le digo que este caf sabe muy parecido? ¿Y que tiene… eh… efectos similares? —se animó a decir Snap.

Ella sonrió y estiró una mano.

—Yo juzgaré eso.

Alguien tuvo la brillante idea de ofrecerle una silla a la senadora. Y en poco tiempo Leia se encontraba en el centro de la reunión, hablando con ellos sobre la Sabers como si fuera sólo otro más de los pilotos.

—No descarten al equipo de Sullust —les dijo, mientras todos se acomodaban para seguir viendo la carrera—. Tal vez no hayan logrado mucho en la ronda de cazas, pero destacarán en las carreras de distancias largas. Confíen en mí: tengo un contacto.

Los pilotos se rieron por la referencia al Capitán Solo. De reojo, Joph vio que Greer se acercaba. Y cuando la senadora le hizo un gesto, Greer acabó juntándose al grupo. Seguía desviando la mirada del holo, pero aceptó una taza de jugo jet y al menos empezó a sonreír.

«¿La senadora hizo todo esto para conseguir que Greer viera la carrera?», se preguntó Joph. Percibió que no era así, pero también que la Princesa Leia estaba haciendo algo más que simplemente pasar un rato viendo las carreras; eso lo sabía a ciencia cierta.

—He oído que el equipo de Pamarthe también es un fuerte competidor —dijo Leia.

—Por supuesto que lo es —dijo Joph—. Siempre está a la cabeza. Todo el mundo sabe que si alguien es de Pamarthe, es bueno para volar, correr o… —El chico se dio cuenta de que no necesitaba terminar esa frase. De cualquier forma, todo el mundo le había entendido sin que concluyera. Durante generaciones, la gente de Pamarthe había gozado de la reputación de ser valiente, hábil y entusiasta.

La Senadora Organa no dio señales de haber notado la cuidadosa omisión de Joph.

—¿Estás apoyando al equipo local, Greer?

—No hace falta —dijo Greer, quien por fin sonreía—. Ganarán con o sin mí.

¿Greer era de Pamarthe? ¿Y trabajaba en una oficina? Joph siempre se había imaginado a los nativos de Pamarthe trabajando en sus campos, reparando sus naves o bebiendo jarras enteras de cerveza, lo cual era ridículo, porque obviamente no hacían eso todo el tiempo, aunque la mayoría de ellos parecía muy dedicada a intentarlo. Era difícil imaginarse a una nativa de Pamarthe haciendo labores burocráticas en el Senado con tanta facilidad.

La carrera comenzó, al igual que los aplausos de los pilotos, pero Joph permaneció en silencio, escuchando a la Senadora y a Greer.

—Hay mucha gente que recluta pilotos de Pamarthe —dijo la Princesa Leia en voz baja. Sus palabras casi se perdían en el estruendo—. Particularmente en esa zona del Borde Exterior, tan cerca de Daxam IV. Los planetas vecinos reclutan pilotos de Pamarthe para las carreras, para la milicia, para todo tipo de cosas.

«Daxam IV». Joph sabía lo suficiente de la misión como para entender que Daxam IV estaba conectado de algún modo a Rinnrivin Di.

Greer captó el mensaje y asintió lentamente.

—En verdad debería ir de visita próximamente. Ha pasado bastante tiempo.

—¿Segura de que podrás manejarlo?

—Claro que puedo, es mi hogar. Sé exactamente a dónde ir.

«Una misión. ¡Esto es una misión! Greer irá a averiguar si Rinnrivin Di está contratando pilotos de Pamarthe». La envidia y la emoción hicieron que Joph hablara sin pensar.

—Saben, siempre he querido conocer Pamarthe.

Tanto la senadora como Greer lo miraron. Fue hasta entonces cuando Joph se percató de que estaba de chismoso, escuchando su conversación, una conversación sobre una misión secreta, lo cual probablemente estaría mal. ¡Claro que estaba mal! ¿Cuándo aprendería a cerrar la bocota?

Pero la Senadora Organa asintió.

—Creo que si hablamos con sus superiores, nos dirán que merece unos días de descanso, Teniente Seastriker. Greer, no te molestaría tener un poco de compañía, ¿cierto?

Joph tomó un gran sorbo de su bebida para ocultar su entusiasmada sonrisa. ¿Una misión secreta? ¡Eso sí que estaba mejor!

CAPÍTULO **ONCE**

Las escarpadas islas de Pamarthe estaban casi pegadas la una a la otra, en el vasto océano que cubría gran parte de la superficie del planeta. A pesar de los puertos espaciales modernos que fueron construidos en los acantilados de basalto y a pesar de las pequeñas y resistentes naves que volaban alrededor de las islas diariamente, los habitantes de Pamarthe conservaban muchos de los antiguos puentes de madera, piedra y cuerda que restauraban cuando era necesario para no tener que reemplazarlos. Ellos decían que era para asegurarse de que su gente todavía tenía valor. Greer pensaba que sólo querían asustar a los forasteros.

Al menos habían logrado asustar a Joph Seastriker.

—¿Esto sigue así por otro kilómetro? —dijo Joph, sujetándose con las manos de los barandales de cuerda a cada lado. Y dirigió su mirada hacia el remolino de agua que estaba abajo de ellos, en lo profundo—. ¿Qué clase de sádico querría construir un puente así en primer lugar?

—Un verdadero pamartheno. —Greer dijo esto con el marcado acento de sus abuelos, haciendo énfasis en las «r». Enseguida, se colocó y aseguró el cobertor de lana sobre la cabeza y alrededor del cuello, entre el montón de túnicas y capas que la gente de su planeta natal solía vestir—. ¿Qué estás fingiendo ser, lo recuerdas? Si llegas a la cantina pálido y mareado, nos delatarás enseguida.

—No creo poder hacer nada respecto al mareo —dijo Joph, después de tragar saliva.

—Entonces sólo sigue moviéndote, para que al menos tengas algo de color en las mejillas. —La piel del chico era casi tan pálida como la de la Princesa Leia, lo cual identificaría a su familia como más o menos recién llegada al planeta, aunque podría tener varias generaciones ahí. Y la parte de la isla hacia la que estaban caminando se encontraba en el extremo norte del archipiélago, donde la mayoría de los recién llegados se había asentado—. Además, entre más rápido llegues a la siguiente terminal, más rápido podrás tomar un descanso.

—De acuerdo, de acuerdo. —Joph inhaló profundamente, aflojó un poco la sujeción que tenía a las cuerdas y comenzó a avanzar. Aunque el puente se balanceaba bajo sus pies, él siguió su camino con resolución. Las pesadas prendas de lana, como las que Greer portaba con tanta facilidad, lo hacían parecer más ancho y alto—. ¿Por qué aterrizamos en esta isla en lugar de la otra?

—En este planeta los aterrizajes están restringidos para mantener alejados a los invasores, aunque no han aparecido en unos trescientos años. —Greer sacudió la cabeza. A veces pensaba que los clanes locales todavía esperaban que los villanos llegaran corriendo desde atrás de las colinas, preparados para un duelo de espadas a la antigua.

—Supongo que les funciona —dijo Joph—. Nadie se atrevería a invadir este lugar si supiera que tendría que cruzar estos puentes todo el tiempo.

—Eres piloto de un caza estelar. ¿Cómo puedes temer a las alturas?

—Cuando estoy en una nave, tengo el control: vuelo en una a la que yo mismo he dado mantenimiento, así que sé que está en perfectas condiciones para volar. Pero… ¿aquí? Parece que nadie ha reparado uno de estos puentes en años. Las cuerdas podrían romperse… en cualquier momento. —Su cara palideció porque el viento volvió a mecer el puente.

—Pensé que querías emoción, Seastriker —dijo Greer, quien no podía evitar divertirse con la situación.

—Así es. Pero mi idea de emoción no incluye vomitar. Al menos no hasta el día siguiente.

—Resiste —dijo Greer, sacudiendo la cabeza.

Para ella, el bamboleo de los puentes de cuerdas era casi reconfortante, como estar a bordo de un barco en medio del mar. Como la mayoría de pamarthenos, Greer había tenido que aprender cómo manejar una embarcación marítima antes de que alguien le enseñara a volar. «Si no puedes conquistar el mar, nunca podrás conquistar el aire»; eso era lo que todos decían. Algunos de los momentos más felices de su infancia y juventud los había pasado en un barco, izando una vela o buscando un buen lugar para soltar el ancla.

En ese momento, con el viento y el rocío de la brisa marina sobre la cara, se sentía bien. Realmente bien. Pensó que tal vez había sido demasiado precavida últimamente.

Greer volvió su mirada hacia delante, hacia su destino. La isla, medio oculta en la niebla, sobresalía del mar como si desafiara a las olas. Cuando vio el suave resplandor de las luces de los edificios en la costa, la nostalgia que sintió fue demasiado poderosa como para negarla. Tan sólo en un par de horas más, los amigos de sus abuelos estarían haciendo guisos de pescado en enormes ollas para comerlos en su compañía. Si ella estuviera allí, le darían la bienvenida de inmediato, con amplias sonrisas y brazos abiertos.

«No estás aquí para reuniones felices», se recordó a sí misma. «Y esto sólo funcionará si nadie te reconoce».

Afortunadamente, a los pilotos se les reconocía más fácilmente por su nave que por su cara. Cuando entraron a la vieja cantina, nadie se fijó en Greer, ni siquiera mostraban un destello de reconocimiento… aunque el pelo rubio claro de Joph atrajo un par de miradas. Se sentaron en un espacio vacío, al final de uno de los bancos que se encontraban frente a las mesas largas. Fue entonces cuando el tabernero se acercó.

—No los había visto por aquí antes —dijo.

—Llevamos tiempo fuera —pretextó Joph.

Su tono sonó bastante distendido para el gusto de Greer, pero aparentemente al tabernero no le gustó lo que escuchaba. De su delantal, sacó un frasco que contenía un líquido entre rojo y amarillento, lo cual provocó las risas de los clientes cercanos.

Era Puerto en Tormenta. Greer lo habría reconocido a veinte pasos de distancia.

El tabernero colocó un vasito frente a Joph.

—Si estuviste fuera tanto tiempo, ya no eres un verdadero pamartheno. ¿Te has vuelto blandengue como un forastero?

—No, yo… —intentó responder Joph.

—¿No? Entonces demuestra que todavía tienes agallas. —El tabernero lleno el vaso de Puerto en Tormenta, y luego lo deslizó hacia Joph—. Vamos a ver qué tal aguantas esto.

—No es más que un chico, déjame esto a mí. —Greer tomó el vaso de las manos de Joph, lo inclinó hacia ella y bebió un gran trago. El fuego que sintió parecía correr hasta la parte superior de su cabeza y hasta el centro de sus intestinos al mismo tiempo, pero ella sabía cómo soportarlo. Tres tragos, y se lo había terminado. Greer sonrió al tabernero, giró el vaso boca abajo y lo golpeó contra la mesa—. ¿Qué tal estas agallas?

—¡Y esta es una mujer de Pamarthe! —gritó el tabernero, mientras todos los presentes aclamaban.

De pronto, así como así, los aceptaron. Después de unas cuantas felicitaciones y apretones de manos, el alboroto se disipó. Entonces Greer y Joph pasaron a ser sólo dos más entre las decenas de pilotos y luchadores habituales que se sentaban a esperar su próxima jarra de cerveza. Las conversaciones siguieron su rumbo habitual, sin sospecha alguna.

—Hay demasiadas patrullas en Kessel últimamente. Bien podrían poner una red sobre todo el planeta y acabar más pronto.

—… recuerden mis palabras: la flota imperial entera sigue allá afuera, esperando su momento; recuerden mis palabras: no hemos visto lo último de ellos…

—Y entonces me dijo «no me importa si te caen bien mis amigos», y yo le dije «bueno, cuéntame más de tus opiniones sobre mis amigos», y él me dice…

—¿Puedes creer que el equipo de Sullust haya ganado las orbitales?

—Por ahí se dice que Sullust será el equipo a vencer este año —interpuso Greer, volteando apenas por encima del hombro.

—¿Sullust? ¡Claro que no! El equipo de Coruscant los mandará a casa llorando.

—¿Y nuestro equipo? ¿Ya dan por perdidos a los de Pamarthen?

—¿Después de lo mal que les fue en las orbitales? No tienen oportunidad. Volaron como un montón de extraplanetarios.

Así siguió la conversación, arremolinándose en torno a Greer. Ella habló lo suficiente como para verse relajada, no más. Y, fuera de sus breves intervenciones, siguió escuchando atentamente, pero sin que pareciera que lo estaba haciendo. Esto lo aprendió con los senadores, así que podía practicarlo con pilotos, quienes tenían un vocabulario mucho peor que los políticos, aunque mejores modales. Joph se involucró mucho en una conversación sobre tartas, un tema que aparentemente era de extrema relevancia para él y que resultaba inofensivo para los demás. En realidad, servía como otra distracción.

Greer observó todo sin encontrar nada relevante, pero unas pocas horas después oyó justamente el tipo de conversación que esperaba:

—… ya no quedan bastantes pilotos que entiendan qué es la discreción.

—¿Discreción? —preguntó ella, dirigiéndose a la piloto que estaba hablando, una mujer de edad avanzada y pelo canoso que llevaba pequeñas herramientas amarradas en cuerdas de cuero alrededor del cuello. Tenía demasiado tiempo haciendo esto como para no ser precavida.

—¿Y a ti qué te importa?

—Estamos en un receso entre trabajos. —Greer señaló con la cabeza a Joph, que resultó ser muy bueno en aparentar ser inocente—. Buscamos trabajo en la zona; necesitamos dinero rápido. Así que no estamos haciendo demasiadas preguntas. Si alguien nos hiciera preguntas…

—… no responderíamos. —Joph terminó la oración por ella.

—De que hay trabajo, lo hay —dijo la piloto. Sus ojos azules extremadamente claros los analizaron a ambos en busca de señales de problemas y, aparentemente, no encontraron ninguna—. Claro, si es que tienen una buena nave y suficiente valor.

—¿Valor? Escucha, nosotros… —La indignación de Joph fue fácilmente silenciada por la palmada en el hombro que le dio Greer. Su actuación fue tan convincente que ni siquiera ella se dio cuenta de que estaba fingiendo, sino hasta que volvió a calmarse con sorprendente facilidad.

Greer se inclinó más hacia la piloto.

—Escucha, nos vendría bien un trabajito… o dos. Si sabes de algo, apreciaríamos que nos dijeras. El riesgo no es problema.

La piloto se encogió de hombros. Tal vez determinó que si no eran lo que decían ser, sería el problema de alguien más.

—Hay muchos viajes desde y hacia Daxam IV estos días. Pagan bien por la velocidad y el silencio. Dinero rápido, si no les da miedo. Pónganse en órbita y diríjanse a los hangares centrales, parece que los Amaxines tienen fuentes allá que les informan de las naves de carga que pasan. Lo más probable es que reciban una llamada para hacer un trabajo antes de que tengan tiempo para quitarse los trajes de vuelo.

—Daxam IV —repitió Joph con una sonrisa. Lotería—. Gracias, señora. No tiene idea de lo mucho que nos ha ayudado.

Aunque la piloto pareció apreciar el agradecimiento, hizo un sonido burlón.

—Agradézcanme después de que hayan tratado con los Amaxines. No antes.

Greer y Joph intercambiaron miradas. «¿Los Amaxines?».

—Oh, ya verán —se burló la piloto al levantar su cerveza.

Greer se las había arreglado para desviar con éxito la conversación hacia otros temas, y se aseguró de permanecer en su papel por un buen tiempo después de que la piloto se

marchó. Esto significaba haber bebido más cerveza. Aunque ella y Joph tuvieron cuidado de moderar su ritmo, para cuando salieron de la cantina el amanecer había empezado a aparecer en el horizonte del este. No era más que una tenue línea sobre el mar.

Joph caminaba por el puente con decisión. El «valor líquido» parecía haberlo ayudado. Greer lo siguió, mirando hacia abajo sin miedo, observando las olas blancas que se rompían en las piedras que bordeaban la costa. A pesar de que nunca se dio la vuelta, su oído era lo suficientemente agudo como para saber que no los estaban siguiendo. Otra ventaja de estos puentes de cuerda era que no habría registro de su paso por ahí, ya que no usaban tecnología. Podrían salir volando desapercibidos y con una pista prometedora.

—Pude haber bebido esa cosa —insistió Joph.

—Te llevaré una botella alguna vez para que la pruebes. Pero, créeme, no queremos que nuestra primera misión dependa de tu primera degustación de Puerto en Tormenta.

—Está bien —dijo él, suspirando—. Oye, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. Pero no te garantizo que responderé —dijo Greer, jovialmente, asumiendo que el chico sólo quería una distracción para no pensar en el constante bamboleo del puente de cuerda.

—¿Por qué la Senadora Organa te planteó esta misión en el hangar? Eres su asistente; pudo haberlo mencionado en su oficina.

Greer había entendido el propósito de la Princesa Leia desde el primer momento en que habló.

—El juramento que hacen los senadores exige que no usen las oficinas del Senado para propósitos de espionaje. Probablemente al decir «oficinas» se refieren más bien a la posición de los senadores en general, no tanto a la habitación en sí donde se llevan a cabo los asuntos políticos. Pero el juramento no especifica. Así que si alguna vez llegaran a preguntarle a la Princesa Leia si ha faltado a su juramento, podría decir con toda honestidad que no… técnicamente no.

Joph la miró, sonriendo con una expresión de sorpresa.

—Estamos involucrados en *espionaje*.

—Sólo si dejas de decirlo en voz alta.

Él articuló la palabra «espionaje» una vez más, antes de añadir:

—Espera… ¿Y por qué lo mismo no aplicó en la misión a Bastatha?

—El Senado autorizó esa misión. Esto no lo autorizaron.

—No *autorizado*. Me gusta cómo suena. Ahora esto sí que está mejor. —Joph siguió avanzando, pero luego cometió el error de mirar hacia abajo—. Oh, no. ¿Crees que… el puente se haya elevado mientras comíamos?

—No. Pero bajó la marea, así que hay más espacio para caer. —De pronto, Joph palideció, y Greer se rio y lo tomó del brazo—. Vamos, camina más rápido. Te tengo.

Cuando una ola de mareo se apoderó de ella también, la ignoró y siguió avanzando. Probablemente era sólo el Puerto en Tormenta.

«Si ser la candidata populista es la mitad de irritante de lo que es ser la supuesta candidata populista, esta campaña va a ser insoportable», reflexionó Leia.

Dudaba que Tai-Lin Garr o cualquier otro de los senadores presentes en la casa de Varish esa noche, le hubieran dirigido una sola palabra a otra alma que no fuese uno de sus colaboradores más cercanos. No tenían por qué hacerlo. Tai-Lin tenía razón cuando dijo que Leia era la candidata obvia; todo el mundo lo había visto venir, excepto ella.

—¿Su alteza? —dijo C-3PO mientras entraba a su oficina—. Más visitantes. ¡Los líderes de la Asociación de Pequeños Productores de Artesanías están ansiosos por verla!

Leia alzó la mirada de su lista de comunicados, que era al menos tres veces más larga que lo habitual.

—¿Dieron alguna razón en particular?

—Pues no, su alteza, me imagino que se trata de actividad protocolaria normal. Todo dentro de las regulaciones pertinentes. —El droide nunca era más feliz que cuando tenía la oportunidad de citar alguna regla—. Me parece muy adecuado que le hagan una visita, aunque considero que es un poco anómalo que no hayan pedido una cita. Puedo sugerirles que agenden…

—No te molestes, 3PO. —Leia hizo a un lado sus comunicados de momento—. Hazlos pasar.

—¡De inmediato, Su Alteza! —3PO salió felizmente de la oficina.

«Al menos el droide está disfrutando todo esto», pensó ella. «Alguien debería».

Leia hizo plática de cortesía primero con los pequeños fabricantes de artesanías, después con los comerciantes de minerales de Gad, a continuación con un grupo de senadores jóvenes pertenecientes a planetas populistas del Borde Exterior. Ninguno de ellos podía decir abiertamente que esperaba contar con su favor si fuese elegida primera senadora; sin embargo, de manera sutil podían hacer alusión a la clase de promesas de campaña que la favorecerían en la elección. Como era de esperarse, todas estas promesas deberían ser dirigidas a beneficiar los bolsillos de sus visitantes.

Se obligó a pensar en Tai-Lin, cuyas intenciones al nominarla eran puras y sinceras, de eso estaba segura. Si Leia se veía obligada a postularse como primera senadora, tenía la intención de ganar, y si ganaba, tenía la intención de hacer un buen trabajo. Era esencial sentar el precedente correcto. Unos cuantos años de liderazgo fuerte, desinteresado y justo podrían acabar mostrándole a la gente cómo debía funcionar un buen gobierno.

Pero… ¿cuántos años serían?

La duración y límites del puesto aún estaban siendo debatidas por los comités, pero todo apuntaba a un término de siete años. Siete años… casi dos veces más de lo que duraron las principales campañas en la guerra contra el Imperio. Esos años fueron los más terribles, desgarradores, significativos y estimulantes de la vida de Leia. ¿Ahora tendría que pasar el doble de tiempo atrapada detrás de un escritorio?

Una vez que los últimos visitantes del día se marcharon, Leia inclinó su silla hacia atrás, hasta que prácticamente quedo reclinada. Cuando Korrie entró y la vio, la chica sonrió.

—¿Quiere que le traiga un cojín para que suba los pies?

—Me temo que me quedaría dormida. Y si me quedo dormida, significará que he pasado un día entero sin salir de este lugar. No, gracias.

—Fue un día largo, me imagino.

—El primero de muchos por venir. ¿Segura que estás lista?

—Estoy lista si usted lo está —respondió Korrie. Obviamente, su intención era ser solidaria, pero Leia empezó a preguntarse nuevamente si en verdad estaba lista para esto, o si alguna vez lo estaría.

Sin embargo, sabía en su corazón que la guerra sólo parecía maravillosamente emocionante en retrospectiva. Así que muchas de las hazañas que ahora recordaba como «aventuras», en su momento fueron horrores: el descubrimiento de la base de Hoth, la emboscada en la luna de Endor, el ataque a la primera Estrella de la Muerte. Leia no renunciaría a ninguno de estos recuerdos, pero no estaba segura de querer revivir un solo segundo de ellos. (Bueno, tal vez sólo aquel en el que Han recorrió los túneles helados de Hoth para rescatarla).

Se dijo a sí misma que lo que hizo entonces sería muy similar a su papel como primera senadora en caso de ser elegida, porque estaría cumpliendo con su deber. Si sólo cumplía con su deber cuando le convenía, entonces no le estaba dando prioridad en absoluto. Leia lo sabía, lo creía y lo aceptaba.

Aunque esto no hacía que su deber fuera más agradable.

—¿Su alteza? —dijo C-3PO, asomándose por la puerta. Leia estaba a punto de decirle que si había más visitantes, les pidiera que regresaran mañana, pero el droide añadió—: Lady Carise Sindian solicita audiencia con usted.

—Claro. Los documentos sobre el puesto en Birren. Hazla pasar. —Leia se enderezó justo a tiempo. Lady Carise entró a la oficina luciendo su nuevo vestido cubierto de adornos—. Lady Carise. ¿Se marcha tan pronto?

—Como usted dijo, Princesa Leia, la inauguración tomará algo de tiempo. Así que es mejor empezar cuanto antes. —Lady Carise le extendió los holos que debían ser certificados con la huella digital de Leia. Su satisfacción era tan obvia que le provocó escozor a Leia.

«Bien podría divertirme un poco con esto», pensó.

—Probablemente sea un buen momento para alejarse algunos días del Senado —dijo Leia distraídamente, mientras revisaba las verificaciones—. Parece que los centristas no han llegado a ninguna determinación respecto a quién será su candidato, y parece que será así por un tiempo.

La piel dorada de Lady Carise no se sonrojaba con facilidad, pero el tenue enrojecimiento de sus mejillas fue suficiente para indicarle a Leia que había dado en el blanco.

—Confío en que nuestros senadores pronto llegarán a un consenso.

—Comparto su confianza. Veo por lo menos a cinco, seis o incluso diez centristas que se están peleando por obtener la candidatura. —Leia sabía que el número de senadores contendientes era al menos tan grande como había mencionado, y era probable que siguiera aumentando. Los centristas tenían tanta hambre de poder que ninguno de sus líderes podía dejar pasar la oportunidad de ejercer el mayor poder en la galaxia personalmente—. Después de todo, su partido valora el control ante todo. ¿Qué mejor prueba de eso que el autocontrol?

Esta vez, Lady Carise ni siquiera pudo responder, ya fuera por vergüenza o por exasperación. Sin duda aun ella veía la ironía de todo el asunto. Los pendencieros populistas habían elegido un candidato de inmediato y sin discusión alguna, en tanto que los centristas no podían encontrar *su propio centro*.

—Cuanto más lo pienso, más creo que la idea de un primer senador podría no ser tan mala —concluyó Leia, mientras verificaba el documento final, lo deslizaba por el escritorio hacia Lady Carise y sonreía—. De lo contrario, nuestros colegas senadores seguirían corriendo en círculos inútiles para siempre, ¿no lo cree?

—Sin duda es momento de un cambio. —Fue todo lo que pudo articular Lady Carise—. Gracias, alteza.

—Es un placer. —Leia se despidió con una leve señal de la mano cuando su colega salió por la puerta.

—¿Su destino, su señoría? —preguntó el piloto. Esto era más bien una cortesía, no una necesidad; el curso seguramente había sido trazado días atrás. Pero Lady Carise aprobaba este tipo de formalidad y trámites.

—Birren, el puerto espacial de la ciudad capital.

—Enseguida, su señoría.

Normalmente, Lady Carise habría ido directamente a su camarote, pero en ese momento decidió seguir al piloto a la sala de control. Si bien su presencia le causó sorpresa, él era demasiado educado como para mostrarla. Piloteaba un buque de lujo, lo más adecuado para un viaje real. Por lo tanto, todas las áreas de la nave derrochaban especial elegancia. Incluso en la sala de control, los dispositivos de pilotaje estaban cubiertos por delgados y brillantes paneles. La burbuja transparente a su alrededor revelaba un hemisferio completo del cielo estrellado. Lady Carise podía imaginarse a sí misma caminando en el aire, en el espacio mismo, flotando libremente.

«De no haber sido una senadora de la realeza, creo que me habría gustado ser piloto», empezó a pensar Lady Carise, pero se detuvo. Qué deseo más ridículo. Cualquiera preferiría ser miembro de la realeza.

Claro, cualquiera a excepción de la Princesa Leia Organa.

¿Cómo era posible que la princesa menospreciara tanto su título y posición? Teniendo en cuenta que había sido adoptada por la nobleza, ¿no debería estar más agradecida? ¿Honrada al menos? No cabía duda de que su comportamiento se había vuelto ordinario… ¿Burlarse del proceso político común y corriente de elegir a un candidato? Los centristas no estaban actuando mal, estaban actuando normalmente.

Pero ¿cómo habían logrado los populistas organizarse tan bien?

Desde luego, al no tener otros líderes que estuvieran a la altura del nombramiento, los populistas se habían dado cuenta de que sus bancas estaban llenas de gente insignificante y necia, y se habían dado cuenta también de que Leia Organa era su única opción viable. Los centristas, sin embargo, tenían una gran cantidad de candidatos potenciales. Pronto, el más fuerte saldría a la luz y la carrera electoral podría empezar en serio.

Su transporte se adentró más en el espacio, liberándose así de la fuerza gravitacional de Hosnian Prime. Cuando la luna más cercana fue quedando fuera de vista, el piloto dijo:

—Prepárense para dar el salto al hiperespacio a mi señal. Tres, dos, uno…

La nave se estremeció. Las estrellas se alargaron. Y Lady Carise contuvo la respiración mientras se deslizaban hacia el hiperespacio y dejaban atrás todo lo demás. Sin importar cuántas veces viajara a través del espacio, nunca dejaba de ser emocionante.

Animada, le hizo un gesto al piloto y se dirigió a su habitación de lujo, donde su droide ya estaría preparándole el té. Ni siquiera la actitud de la Princesa Leia conseguiría arruinarle este viaje glorioso, o su amor por el proceso político. Decidió dejar que los populistas hicieran burlas y señalamientos. Llegaría otro día, uno más brillante y mejor. Un día en el que la galaxia volvería a estar bien gobernada y la fuerza de los planetas centristas se revelara como una espada que por fin se desenvaina.

Y Lady Carise sería una de las principales responsables de que ese día llegara.

CAPÍTULO **DOCE**

Nada de espionaje en las oficinas del Senado, de acuerdo.

Así que Joph actuó ligeramente sorprendido cuando su superior le dijo que la Senadora Organa lo había solicitado para un vuelo de rutina en el *Brillo de Espejo*, tal vez para entrenarlo como piloto de reserva. Y fingió aún más sorpresa cuando a él y a Greer se les ordenó llevar la nave fuera de órbita. Pero por supuesto que su actuación tenía sentido. Su historia tenía que parecer creíble.

Sin embargo, tan pronto como el *Brillo de Espejo* se encontraba en la atmósfera superior, la princesa dijo:

—De acuerdo, cuéntenme. —Joph pensaba que irían a la sala principal, pero en cambio la Senadora Organa tomó una silla en la sala de controles y se sentó con ellos—. ¿Qué encontraron?

Las palabras salieron sin control de la boca de Joph antes de que el chico pudiera pensar en lo que decía.

—Daxam IV es el lugar que buscamos, sin duda. En el Borde Exterior. Hay un grupo ahí llamado los Amaxines, que de algún modo está involucrado en todo eso… —Empezó a guardar silencio cuando se dio cuenta de que acababa de pasar por encima de todo el informe de Greer. Ella alzó una de sus cejas angulares y él pensó «Tienes que relajarte»—. Eh… ¿por qué no explicas el resto, Greer?

—No queda mucho más que explicar —dijo Greer, secamente—. Excepto que sean quienes sean estos tales Amaxines, son problemáticos. Los pilotos que llevan toda su carrera transportando especias prefieren no tratar con ellos. El grupo supervisa cargamentos que entran y salen de Daxam IV; no conseguí confirmar el contenido de la carga, pero seguro que es algo ilegal. Además, operan a tal escala que me hace pensar que Rinnrivin Di podría estar involucrado. ¿Cuántas personas podrían estar manejando un cargamento de tal magnitud en lugar tan pequeño y perdido como Daxam IV?

—Amaxines —dijo pensativamente la princesa. Las luces del panel de control la iluminaban desde abajo en tonos dorados y verdes—. Qué extraño.

—Espere. ¿Los conoce? —dijo Joph, de nuevo sin pensar.

—Oí hablar de la leyenda de los Amaxines. Es una vieja historia, una que me contó mi madre. Se remonta a los albores de la Antigua República. —Los ojos de la Princesa Leia miraban un horizonte invisible—. Se supone que era un pueblo guerrero; toda su cultura estaba basada en la batalla. En lugar de monedas, usaban armas para intercambiarlas por bienes y servicios. La historia cuenta que se negaron a firmar la paz con la Antigua República, pero sabían que nunca podrían derrotar a un enemigo tan grande. Así que apuntaron sus naves a otra galaxia más allá de la nuestra y se marcharon para siempre, en busca de una nueva guerra que luchar.

—Lo cual significa que han pasado una eternidad vagando en el vacío del espacio —dijo Joph—. ¿Quién querría llamarse igual que esos tipos?

—No muchas personas, es por eso que no tardé nada en rastrear la información.

Greer tecleó un par de botones en su monitor principal, y el arco verde que mostraba la órbita sobre Hosnian Prime desapareció para dar lugar a un gráfico que parecía una enorme telaraña, con numerosas conexiones que conducían hacia un punto central. La piloto se inclinó sobre su hombro derecho, mientras la princesa se inclinaba sobre el izquierdo, y empezó a trazar los caminos con el dedo.

—No hay ningún registro de tal grupo, al menos no en alguna red pública de información. Sin embargo, pude rastrear todas las menciones de la palabra «Amaxine» más allá de los registros oficiales.

Tan fascinado estaba Joph por todo esto que no pudo dejar de preguntar:

—¿Cómo encontraste registros «no oficiales» para una palabra tan desconocida?

—Le pregunté a 3PO —dijo Greer, suspirando.

Joph sólo había trabajado con el droide una vez, pero sabía que C-3PO habría buscado exhaustivamente durante meses en su red de comunicación galáctica sólo para poder responder la pregunta de Greer.

—De acuerdo. Entonces, el registro es exacto.

—Los Amaxines, o guerreros Amaxine, sólo aparecen mencionados en algunas áreas específicas. Ciertos planetas, la mayoría agrupados en una sola sección de la galaxia, tuvieron un gran índice de resultados, por encima del promedio. Y el planeta con más resultados, como habrán adivinado: Daxam IV. —Greer señaló el centro de la gráfica: la sección de la telaraña donde se podría encontrar a la araña.

—¿Tenemos más información sobre estos Amaxines? —La senadora se cruzó de brazos—. ¿Algún dato de cuál es exactamente su negocio y por qué requiere de tanta «discreción»?

—No mucha —admitió Greer—. Parece ser que pagan lo suficiente para mantener la boca de la gente cerrada. Pero, por lo que investigué, son una especie de milicia planetaria.

Las milicias planetarias no eran algo inusual; sin embargo, Joph sabía que no era normal que en Daxam IV existiera una; no era un objetivo criminal ni estaba rodeado por enemigos reconocidos. Además, la cantidad de dinero que los Amaxines parecían estar recibiendo de Rinnrivin Di era más de lo que cualquier milicia podría necesitar para defender un planeta de los invasores.

—¿Qué clase de planeta es Daxam IV? —preguntó la Senadora Organa.

Joph podía responder esta pregunta, pero esperó a que Greer asintiera antes de comenzar.

—Borde Exterior, clima subártico-desértico. Son prácticamente autosuficientes. De hecho, limitan el comercio con otros planetas, lo cual es un poco extraño, dado que es un planeta centrista. Por lo general, ellos son los que quieren que todo el mundo pueda comprar y vender a su antojo en todas partes. Podríamos haber recogido uno de los

cargamentos… Averiguamos cómo se obtienen sus trabajos, pero se nos ocurrió que eso podría convertir nuestra misión *no autorizada* en una *ilegal*.

—Estás aprendiendo a ser precavido, Seastriker —le dijo la Senadora Organa, sonriendo sólo por un momento.

—Hablando de planetas centristas —continuó Greer, señalando la gráfica—. ¿Quieren apostar a que casi todos estos planetas tienen algo en común?

—¿Todos son planetas centristas? —dijo Joph abriendo los ojos.

—No todos, pero casi. Los restantes son básicamente planetas neutrales, conocidos por ser muy importantes en cuanto al comercio de especias. —Greer reclinó su silla. Se veía satisfecha con sus conclusiones—. Creo que algunos senadores centristas podrían estar aceptando sobornos a cambio de ocultar lo que parece ser el cártel de droga más grande de los últimos veinte años.

La princesa sacudió la cabeza.

—No creo que sea eso.

«¿No cree?», pensó Joph frunciendo el ceño. ¿Qué quería decir eso en todo este asunto? Pero sabía que no debía preguntar en voz alta.

Sin embargo, Greer pareció comprender.

—¿En serio? ¿No cree que se trate de un plan centrista? Es la interpretación más obvia.

—Precisamente por eso no podemos darnos el lujo de sacar conclusiones prematuras en este momento —continuó la Senadora Organa, usando la lógica nuevamente—. Sólo tenemos una pequeña pieza del rompecabezas, así que no debemos asumir que encontramos la solución. Además, aunque no confío mucho en los centristas, la mayoría de sus líderes son demasiado aburridos como para siquiera pensar en sacar dinero del comercio de especias, si es que eso es lo que está ocurriendo aquí.

—Le sorprendería lo que la gente es capaz de hacer por dinero —dijo enigmáticamente Greer. Y alzó la mirada para escudriñar a través de la transparencia. Más adelante estaba la oscuridad del espacio; debajo, la atmósfera de un color azul pálido. Era como estar suspendidos entre el cielo y la tierra.

—Ya no quedan muchas cosas que puedan sorprenderme —dijo la princesa mientras estudiaba nuevamente la gráfica con el ceño fruncido—. Esto podría tener que ver más con el hecho de que los guerreros Amaxine sólo puedan estar activos en este sector del espacio y no tanto aliados por creencias políticas.

—¿Así que deberíamos investigar esa área? —Joph estaba ansioso por partir en otra misión. Tal vez Leia les dijera que podían empezar ese mismo día.

—Tal vez, pero quisiera pedir la opinión de alguien más antes —dijo la Senadora Organa.

Greer la miró.

—¿Se refiere a Casterfo?

Joph se preguntó cómo es que el tipo había conseguido pasar de ser un obstáculo a ser un aliado en tan poco tiempo, pero aparentemente así era, ya que la princesa asintió y respondió:

—Es el único centrista en quien puedo confiar, aunque sea un poco. Además, es uno de sus senadores más prometedores, lo cual significa que debe tener conexiones e influencias en esos planetas, conexiones e influencias que yo no poseo. Él podría hacer preguntas sin atraer tanto la atención como yo. Además, si tuviera algo que ver en esto, no habría ido a «rescatarme» en Bastatha, arriesgando la vida de ambos.

—Es sólo que es extraño oír que un centrista se ha ganado su aprobación —dijo Greer, pero ahora con una sonrisa—. Nunca pensé que viviría para ver este día.

La Senadora Organa suspiró.

—Honestamente, yo tampoco.

Cuando Ransolm Casterfo recibió el mensaje de la Princesa Leia, accedió de inmediato a tener otra reunión, y a que esta tuviera lugar fuera del Senado. Que él fuera a la oficina de la Senadora Organa significaría marcar un rango inferior; tal comportamiento era adecuado, pero no propicio para el tipo de relación que él esperaba construir con Leia Organa.

«Y, obviamente, nunca nos volveremos a reunir aquí», pensó, mientras miraba alrededor de su oficina, y sonrió levemente al ver su más reciente adquisición: el casco de un piloto de TIE que estaba en tan buen estado que todavía brillaba. «Mi colección la altera más allá de lo racional».

En su lugar, acordaron reunirse en los jardines colgantes, uno de los genuinos deleites que Hosnian Primer tenía para ofrecer. Un enorme edificio de piedra arenisca que había sido construido en forma de una pirámide escalonada, cuyos niveles estaban huecos en el centro y que se encontraba en los bordes de la megalópolis capital, de modo que los visitantes pudieran disfrutar del resplandeciente y distante horizonte sin importar de qué lado se sentaran. Había plantas hermosas de todas variedades tanto por dentro como por fuera, pero en el interior había árboles altos y esbeltos con flores de color azul pálido. Recibían la luz que necesitaban de los amplios huecos en cada nivel, que permitían la entrada de los rayos del sol. La serenidad que reinaba dentro de los jardines colgantes contrastaba con la actividad del exterior, un remolino constante de tránsito aéreo.

—¿Y el área de ahí abajo? —señaló él, mientras se acomodaba en una silla junto a la Princesa Leia. Su gesto iba dirigido a unas cuantas docenas de naves que flotaban cerca del suelo, posicionadas para obtener la mejor vista posible tanto de los jardines como de la puesta de sol—. Me imagino que es donde los amantes jóvenes van cuando dicen que están en otra parte.

La Princesa Leia sonrió al verlos, aunque Ransolm sintió que era una sonrisa triste.

—Están aprovechando su juventud. Bien por ellos —dijo Leia.

No sabía qué pensar de su humor tan melancólico, hasta que le mostró el datapad con los descubrimientos de Greer Sonnel.

—¿Sospecha que se trata de una conspiración centrista?

—No. De hecho, estoy casi segura de que no se trata de eso. —La Princesa Leia sacudió la cabeza—. Pero creo que estos guerreros Amaxine, sean quienes sean, parecen estar ocultándose en territorio centrista. Controlan casi todos los cargamentos que entran y salen de ese planeta. Y la única persona que conocemos que tiene negocios de ese tamaño en el área es Rinnrivin Di.

Ransolm estaba gratamente sorprendido por su respuesta, medida y racional. Había tantos populistas que aprovechaban cualquier mísera prueba, sin importar lo endeble que esta fuera, para impulsar sus teorías inverosímiles y escandalosas. Sin embargo, estaba empezando a aprender que la Princesa Leia era diferente a todos, que era alguien que valía la pena escuchar.

—Gracias por compartir esta información conmigo. Tiene razón, la conexión de esto con Daxam IV no puede ser una mera coincidencia. Hay que investigarlo de inmediato.

—Estoy de acuerdo. Y usted está mejor posicionado que yo para hacerlo. Sabe a quién hacer las preguntas y qué preguntas hacer.

—Haré las preguntas que sean necesarias —prometió Ransolm—, pero también pretendo investigar el asunto personalmente.

La Princesa Leia le sonrió. El atardecer hacía que su vestido blanco se viera casi dorado.

—Creo que empieza a desarrollar un gusto por la acción.

Él se inclinó hacia delante, sonriendo con complicidad.

—Es usted una mala influencia.

Eso hizo que la princesa riera en voz alta.

—¿Sabes que ese es el mejor cumplido que me han hecho en mucho tiempo?

—Entonces no le hacen suficientes cumplidos. —Ransolm decidió arriesgarse—. Claro, la futura candidata populista al puesto de primer senador debería estar preparada para recibir mucha adulación en el futuro.

Ella alzó las manos como si con esto pudiera evitar el tema de la elección.

—No hay nada oficial aún. Ni por asomo. Y, por favor, concentrémonos en este asunto. Necesito descansar del Senado por un rato.

«Así que la princesa piensa mantener sus cartas ocultas», se dijo Ransolm. Después de ver lo hábil que era para jugar sabacc, no le extrañaba.

—En ese caso, le agradezco de nuevo. Acaba de darme información muy valiosa. Me pondré a trabajar lo antes posible. La existencia de estos criminales amenaza aquellos planetas, y, como bien sabe, nosotros los centristas creemos en la ley y el orden.

—Vaya que lo sé —dijo con ironía, pero su buen humor parecía haber vuelto.

—De hecho, acabo de brindar mi apoyo a una campaña para restaurar la pena de muerte en Riosa. ¿Sabe? Cada vez hay más sistemas que están considerando esa opción.

—Más sistemas centristas, querrá decir.

—Sí —respondió él—. La mayoría de los populistas son demasiado débiles como para tomar medidas tan drásticas. Pero la he visto estrangular a un hutt hasta morir, con una mirada de satisfacción. Usted no es uno de los débiles, Senadora.

—¿Dos cumplidos en un día? Si no tiene cuidado, lo expulsarán del Partido Centrista.

—Me arriesgaré. —Casterfo se dio cuenta, para su sorpresa, de que su reunión no sólo había resultado útil; cuando la princesa no estaba a la defensiva, su compañía era bastante agradable. El Senado necesitaba más cooperación entre centristas y populistas, y seguramente la cooperación podría fomentarse por medio de buenas relaciones… incluso por medio de la amistad.

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no cenamos? —preguntó Ransolm.

A juzgar por sus cejas levantadas, la invitación la tomó por sorpresa, pero no fue una sorpresa desagradable. Así que llamó con un gesto a uno de los droides meseros.

—¿Por qué no?

Durante algunos de los silencios que se produjeron en la cena, Leia trató de imaginar la cara de consternación de Varish Vicly si viera a la Senador Leia Organa compartiendo la mesa con «el enemigo», de buena gana. Probablemente su pelaje se habría erizado espontáneamente. Por su parte, la reacción de Tai-Lin Garr habría sido más sutil, pero estaría aún más devastado y movería la cabeza con tristeza. ¿Y los centristas? Oh, sus reacciones serían invaluables.

Pero hubo muy pocos silencios. Sorprendentemente, la conversación con Ransolm Casterfo fluía espléndidamente. Era inteligente, culto e incluso ingenioso. Además, era lo bastante joven como para que ella no tuviera que preocuparse por cualquier malentendido de tipo romántico, pero no tan joven como para que tuviera que sentirse culpable al admirar la vista.

—Estamos trabajando arduamente para restaurar el papel de Riosa como centro galáctico de la fabricación —dijo Casterfo con seriedad. Su capa de color azul verdoso hacía que sus ojos se vieran aún más azules—. Ha sido difícil, desde luego, pero con las nuevas fábricas, la economía finalmente está yendo hacia arriba.

Leia dudó en formular su siguiente pregunta, que podría arruinar por completo la conversación distendida con Casterfo, pero decidió que valía la pena el riesgo. Si pensaba seguir trabajando con él, tenía que llegar al fondo de esto.

—La economía de Riosa fue destruida por el Imperio, ¿cierto? Eso hace que sea difícil para mí entender su… llamémosle fascinación.

Para su sorpresa, Casterfo asintió.

—En efecto, nuestra economía quedó arruinada. Lo hicieron a propósito, me atrevería a decir que con malicia. Nuestras fábricas y nuestros obreros fueron presionados hasta el límite y más allá para producir los componentes que se usaron en ambas estrellas de la muerte. Y cuando no pudimos suministrarles nada más, nos hicieron a un lado y nos

dejaron morir de hambre. —Tomó un sorbo del jugo rosa que le habían servido—. Mi creencia en la posible funcionalidad de un imperio no se basa en el Imperio en específico. Nunca podría ser así, no después de lo que le sucedió a mi mundo.

—Supongo que no hay forma de convencerlo de esa contradicción.

—No es una contradicción. —Casterfo permaneció en silencio unos instantes, sopesando sus palabras. Había empezado a oscurecer, y las naves que pasaban zumbando parecían estrellas fugaces en el azul cobalto del anochecer—. Supongo que habrá escuchado muchas veces que la fabricación de componentes la supervisaba Lord Vader.

Leia se puso tensa. Le parecía poder oír aquella respiración pesada y metálica, como si la mera mención de su nombre lo hubiera resucitado. Cuando sintió que podía hablar sin titubear, respondió.

—No. No lo sabía.

—Vader visitaba Riosa a menudo. Cada vez que iba, oprimía a la gente aún más. —La mirada de Casterfo se había vuelto distante—. Las cuotas se elevaron más. Las horas de trabajo se hicieron más largas. Lo que antes era un trabajo remunerado se convirtió en un servicio obligatorio, y terminó siendo esclavitud en todos los aspectos, menos en el nombre. Los fabricantes con más experiencia fueron recluidos en campos de trabajo con condiciones de vida lamentables. No había suficiente comida, sólo un mínimo de techo donde resguardarse, y siempre, siempre, más trabajo. Uno podía trabajar hasta que los dedos le sangraran, y aun así no era suficiente.

Ella volteó a verlo y, de pronto, lo entendió.

—Tú estuviste en uno de esos campos.

Casterfo exhaló bruscamente.

—Técnicamente, sí. Pero mis padres fueron los que más sufrieron, mis padres, que fueron llevados atrás de las paredes del campo para trabajar hasta desfallecer. —Trató de reír, pero el sonido salió estrangulado—. ¿Cree que llevarme con ellos fue un «privilegio» que se les otorgó a mis padres? ¿Que tenían suerte de que les hubieran permitido llevar a su hijo para que sufriera a su lado? Otros tuvieron que abandonar a sus hijos, expuestos a la inanición o a la esclavitud, o quién sabe a qué otros tormentos.

Leia había oído muchas historias de otros planetas, de otros sobrevivientes. Sin embargo, eso no le hacía más fácil ver a Ransolm Casterfo luchando por mantener la compostura mientras pensaba en sus padres. Ella colocó su mano sobre el antebrazo de Casterfo, esperando que él lo tomara como una forma de consolarlo y no como un símbolo de lástima.

Pero Casterfo ni siquiera se dio cuenta.

—Mis padres sobrevivieron a la guerra, apenas. Los obligaron a trabajar sin las condiciones de seguridad adecuadas; el veneno en sus pulmones los mató a menos de un año de que se instaurara el gobierno de la Nueva República. Todo, porque Lord Vader pensaba que podían trabajar más duro. —Casterfo miró a Leia a los ojos de nuevo, y ni siquiera intentó disimular su dolor—. Creo en un liderazgo fuerte con hombres buenos al mando. Pero estoy consciente del daño que los hombres malos pueden hacer. Eso lo

aprendí con el ejemplo de Darth Vader. Lo vi asesinar a personas inocentes con mis propios ojos. Así que confíe en mí cuando le digo que puedo admirar la estructura esencial de Imperio, y aún así condenar a Palpatine, a Vader y a todas su labor destructiva.

—Lo sé, le creo. —Lo que la conmovió tanto como la historia de Casterfo fue la confianza que había mostrado en ella al contarle—. ¿Qué pasó después?

Casterfo inhaló profundamente, y luego sonrió como si con eso hubiera arrojado toda la pena de su alma. No era así, pero estaba haciendo un admirable esfuerzo.

—Pasé unos cuantos años difíciles, pero luego me recogió una pareja de otro planeta que tenía algo de riqueza. No me adoptaron exactamente como a un hijo: fui uno más de los niños que albergaban, alimentaban y educaban. Pero, de no ser por ellos, podría haber muerto de hambre.

—Ahora entiendo bien por qué se enojó tanto cuando lo llamé mimado —dijo Leia—. En verdad lo siento.

—Usted no lo sabía. Pero yo conocía bien la historia de Alderaan, y aun así le lancé el insulto a la cara. No fue nuestro mejor momento, dejémoslo así. —Alzó su vaso para beber más jugo, pero se dio cuenta de que estaba vacío. Un droide apareció de inmediato para servirle más—. ¿Alguna vez vio a Darth Vader en persona? Supongo que sí, en el Senado Galáctico.

—Sí…, sí lo vi.

—¿Princesa Leia? —dijo Casterfo, frunciendo el ceño.

Él se había atrevido a contarle su verdad más dolorosa. Sin embargo, ella nunca podría revelar la suya, a nadie que no la supiera ya, Leia entendía esto muy bien. Pero tal vez podría encontrar el valor para pagar su honestidad con la misma moneda.

—Al comienzo de la guerra contra el Imperio, al mismo tiempo que el Senado Imperial fue disuelto —Leia tragó saliva—, mi nave fue capturada por el *Devastador*, esa era la nave insignia de Darth Vader en aquel momento. Y él, personalmente, me llevó a la Estrella de la Muerte, donde… donde me interrogó.

Los ojos de Casterfo mostraban comprensión.

—Quiere decir que…

«Sólo dilo».

—Quiero decir que me torturó, durante varias horas. Mientras algunos de sus stormtroopers observaban.

A veces aquello le afectaba más que nada. Los stormtroopers habían sido soldados comunes y corrientes. Algunos de ellos en verdad creían que estaban haciendo lo correcto, o al menos eso se decía Leía a sí misma. Pero ¿cómo podían creerlo después de ver a una chica de diecinueve años retorciéndose en el suelo y gritando por una misericordia que nunca llegó? ¿Cómo podían quedarse ahí parados, viendo cómo esa misma chica se convulsionaba de dolor sin hacer algo, cualquier cosa, para ayudar? Aparentemente, algunas personas pueden hacerlo.

—Luego, me forzó a presenciar la destrucción de Alderaan. La mano de Vader me tomó del hombro, justo después de ver cómo mi planeta desaparecía para siempre. Él me hizo sufrir en todos los sentidos en los que un ser humano puede sufrir, todo por su devoción al Emperador.

Casterfo retiró su brazo, que aún estaba bajo la mano de Leia, quien se había quedado completamente inmóvil, y entrelazó sus dedos con los de ella. Incluso a su edad y con el estoicismo que había adquirido a lo largo de los años, este pequeño gesto la conmovió, para su sorpresa.

—Lo odiaba tanto —murmuró ella. La brisa sopló, haciendo que las hojas de los árboles de flores azules que se encontraban dentro de los jardines colgantes susurraran en el viento. Era como si quisieran ayudarla a ocultar sus dolorosas palabras—. A veces sentía que lo único que me impulsaba a seguir adelante después de la destrucción de Alderaan era la fuerza de mi odio por Vader.

«Por mi padre».

Como siempre, cuando Leia pensaba en esto, recordaba lo que Luke le había contado sobre las últimas horas de su padre. Sobre cómo había renunciado a la oscuridad para salvarlo, sobre cómo había vuelto a ser Anakin Skywalker. Siempre que Luke contaba esta historia, una sonrisa beatífica iluminaba su rostro; sus recuerdos de ese momento le habían dado un nivel de consuelo, e incluso algo de alegría, que lo había mantenido de pie. Pero Leia no podía compartir esos recuerdos.

—Entonces tenemos eso en común —dijo Casterfo—. Ambos sabemos la clase de monstruo que era Lord Vader; no tenemos deseos de ver a alguien parecido a él tomar control de la galaxia nunca más. Pero usted piensa que él podría surgir del orden, mientras que yo pienso que podría surgir del caos.

Leia no tenía suficiente energía como para iniciar otro debate.

—Esperemos que nunca tengamos que averiguarlo.

—Brindo por eso.

Soltaron sus manos al mismo tiempo y se echaron hacia atrás, pero Leia sabía que la conexión que acababan de forjar no se rompería tan rápidamente. Sólo unas cuantas horas antes, Ransolm Casterfo todavía había sido un aliado incómodo. Ahora, para bien o para mal, se habían hecho amigos.

Cuando el droide mesero regresó, Casterfo tomó dos vasos de cerveza corelliana sin preguntarle a Leia si quería una. Parecía haberse percatado de que la necesitaba. Y tenía razón. Después de los primeros sorbos, y demasiados momentos de silencio, Leia decidió cambiar de tema. Parecía un poco incómodo, pero seguramente cualquier tema de conversación tenía que ser más agradable que las tiranías de Vader.

—¿Alguna apuesta sobre quién será el candidato centrista?

Casterfo sacudió la cabeza.

—Hay al menos una docena de posibilidades, Senadora…

—Creo que ya podemos empezar a tratarnos con menos formalidad, ¿no crees, Ransolm?

Él asintió con un movimiento rápido de la cabeza.

—Como te decía, Leia, tenemos al menos una docena de candidatos potenciales hasta ahora, y puede que surjan más.

—Quién sabe… —dijo ella, sonriendo—, podrías terminar votando por mí.

—Mi voto estará con mi partido, desde luego, pero te diré esto: tú eres la única populista a quien le confiaría el puesto.

—Qué lástima que Riosa no sea un planeta con más influencia —dijo Leia—. Me sentiría mucho mejor si tú fueras el candidato centrista.

Ransolm trató de contener su sonrisa, pero eso sólo lo hizo lucir travieso.

—Ya somos dos.

—Creo que podemos brindar por eso —dijo Leia.

Alzaron sus vasos y brindaron. Y, al menos en ese momento, toda la oscuridad de su pasado resultaba más lejana que nunca.

CAPÍTULO
TRECE

A la mañana siguiente, Leia se preguntó si había bebido demasiada cerveza, aunque no fue así. Su cansancio y mal humor eran el resultado natural de haber revivido memorias muy oscuras, las cuales casi siempre evitaba recordar y, sobre todo, decir.

«Piensa en tu conversación con Casterfo como algo práctico», se dijo a sí misma. Un día tendría que revelarle todo eso a su hijo. La verdad sobre la identidad de Vader la había devastado; no podía ni imaginar lo que esa verdad le haría a Ben. Al menos Luke podría contarle a Ben la parte más importante: que Vader se había redimido al final. Cuando Anakin Skywalker regresó, el lado oscuro pudo ser derrotado por la luz.

Leia sabía esto. Lo creía. Pero aún no lo entendía.

—Estás inusualmente callada esta mañana —dijo Tai-Lin Garr, quien caminaba por los terrenos del edificio senatorial, junto a Leia—. Y no muy animada, me parece.

—Estoy un poco… gruñona. De mal humor. Es todo. —Trató de pensar en un motivo plausible para su humor, y finalmente se decidió por la hora—: ¿Qué clase de sádico organiza una junta a la hora del desayuno?

Tai-Lin, paciente como siempre, sacudió la cabeza afectuosamente.

—Que yo recuerde, nunca te ha molestado levantarte temprano. Y sabes lo ocupadas que están nuestras agendas de trabajo.

—Si la propuesta es una junta a la hora del desayuno, puedo hacer espacio en mi agenda. —Leia inhaló profundamente y dejó el asunto por la paz—. Bueno, si en verdad termino siendo primera senadora, sé la primera cosa que prohibiré.

—Cambiarás de parecer cuando nos sentemos a comer y tomes un poco de caf —dijo Tai-Lin, entre risas.

—El caf usualmente ayuda —dijo ella.

Tai-Lin Garr había estado entre los inauguradores del primer Senado de la Nueva República, junto a Leia; él era uno de los pocos que había prestado sus servicios desde entonces hasta ahora. A pesar de que poseía la calma habitual en la mayoría de la gente de Gat, en Tai-Lin esa serenidad estaba anclada más profundamente. En todos esos años, Leia no recordaba haberlo oído alzar la voz ni una sola vez, a pesar de todos los motivos que los políticos centristas le habían dado. Era un hombre atractivo, solamente uno o dos años más joven que ella. La única parte de su cabello negro que había encanecido estaba en las sienes. Cuando vestía la distintiva túnica escarlata de su planeta, lucía muy llamativo y con mucho porte. Era la clase de persona que uno esperaría ver en, digamos, un holograma de campaña.

—Sabes, aún queda tiempo de que te postules para la nominación —dijo Leia—. Serías mucho mejor primer senador que yo.

Él sacudió la cabeza.

—Seamos realistas. Tú eres la única candidata populista que tiene oportunidad de ganar; además, si pierdes, todo este experimento está condenado al desastre.

Leia se detuvo, y él se detuvo junto a ella. Estaban en la parte central del edificio, en medio de un intrincado patrón de mosaicos azules y blancos, como el tablero de un juego de estrategia.

—¿Condenado? ¿Aun si otro populista ganara?

Tai-Lin asintió, con una expresión muy seria.

—Los centristas están obligados a respetarte por el papel tan importante que jugaste en la guerra. Aunque incluso así, serán intransigentes. Se opondrán a cada paso que intentes dar, pero al menos tendremos alguna pizca de civilidad. Podrás imponer ciertas cosas. Con alguien más en el puesto, estaremos todavía más estancados de lo que estamos ahora.

Si bien a Leia no le gustaba el concepto de un primer senador, no podía creer que fuera la única con alguna posibilidad de lograr que el puesto fuera eficaz. Sí, era verdad que los centristas podían ser difíciles, pero también los populistas. Y los centristas al menos respetaban la idea de una jerarquía.

«Básicamente me está diciendo que la política no puede funcionar a nivel galáctico», reflexionó Leia. La inquietud se agitó dentro de ella. «Si hay muchos senadores populistas que estén de acuerdo con él, esto se convertirá en una profecía».

Tai-Lin juntó las manos frente a él y se le acercó más, precisamente cuando un par de naves civiles pasaban volando a través del cielo por encima de ellos, como si quisiera que el sonido de sus motores ocultara sus palabras.

—¿Leia? No tienes intención de abandonar la carrera electoral… ¿verdad? Si dejaras la causa populista…

—No pienso abandonarla. —Técnicamente, ni siquiera estaba en la carrera, al menos no oficialmente aún, pero eso no importaba. Leia volvió a pensar en sus sueño de volar por la galaxia junto a Han, sin responsabilidades ni preocupaciones, con todo el tiempo del mundo en sus manos—. Pero antes de esto, estaba considerando seriamente retirarme. Quería pasar más tiempo con mi familia.

—Desde luego —dijo Tai-Lin, mientras inclinaba la cabeza—. Quieres estar con tu hermano y tu hijo, me imagino.

—Es cierto que los extraño, sí. Pero más bien imaginaba volver a vivir con mi esposo, ha pasado un largo tiempo desde que estuvimos juntos por más de medio año.

Tai-Lin dudó un poco antes de acercarse otra vez.

—Hay algo que llevo queriendo preguntarte desde hace mucho, y finalmente siento que te conozco lo suficiente para atreverme. Si me excedo, por favor, dímelo.

«Oh-oh», pensó Leia. No sería algo romántico, ¿cierto? Alguna especie de declaración. Seguramente no. Sentía estar un poco paranoica esa mañana. Pero comprendía por qué alguien podría haber pensado que estaba disponible, lo cual era la prueba de que Han definitivamente había estado lejos demasiado tiempo.

—Te lo diré, Tai-Lin: puedes preguntar.

—¿Alguna vez has considerado seguir el camino de tu hermano y convertirte en un jedi?

Esto la tomó por sorpresa.

—¿Por qué preguntas eso?

—La gente de mi planeta dice que la Fuerza a veces es intensa en ciertas familias.

Gran parte de la tradición de los jedi se había perdido, pero en Gatalenta la antigua religión había conservado su fuerza. La historia se había convertido en leyenda, pero algunas leyendas se seguían contando. Gatalenta fue uno de los primeros destinos de Luke cuando comenzó su investigación sobre los Caballeros Jedi de la antigüedad.

—Si esto es cierto —continuó Tai-Lin—, entonces es posible que en ti resida la Fuerza, al igual que en tu hermano.

«Y en mi hijo», pensó, pero no lo dijo.

—Si tienes la habilidad necesaria, no imagino por qué no habrías de convertirte en una jedi también —concluyó Tai-Lin—. En verdad he conocido a pocas personas que cumplan con todos los requisitos de un jedi tanto como tú.

Leia inclinó la cabeza en gratitud por el cumplido, pero no podía responder de inmediato, porque no podía decir toda la verdad. La Fuerza era un tema demasiado delicado como para tratarlo a la ligera, incluso con Tai-Lin, su aliado y amigo.

—Mi deber siempre ha estado aquí, trabajando para crear un gobierno nuevo y mejor.

—Sólo tú puedes determinar el destino que te corresponde —dijo él, suspirando como si su respuesta lo decepcionara.

¿Podría? A Leia le parecía que su destino estaba fuera de su control desde hacía mucho tiempo.

Siguieron caminando en silencio el resto del trayecto hasta el edificio de conferencias. Un silencio sólo interrumpido por los chirridos de las aves migratorias que pasaban sobre ellos y los murmullos del creciente tránsito de pisadas alrededor del edificio del Senado; los empleados llegaban para empezar el día. Greer y Korrie probablemente estarían llegando a algún lugar no muy lejano. C-3PO de seguro ya estaría en la oficina, clasificando comunicados felizmente. La estatua de Bail Organa brillaba bajo la luz del sol, velando por ella. El clima agradable y el cielo brillante hicieron pensar a Leia que podría haber disfrutado de la mañana si no tuviera un desayuno de trabajo, ni las inquisitivas preguntas de Tai-Lin sobre su pasado. Sin embargo, los recuerdos suscitados por su conversación con Ransolm la noche anterior… tal vez ellos eran los culpables de la creciente sensación de temor que brotaba en su interior.

«Necesito caf», pensó Leia. Lidiaría con todo lo demás después.

El edificio de conferencias del Senado de la Nueva República contenía múltiples habitaciones de todo tipo para toda función auxiliar imaginable, desde conciertos conmemorativos hasta ceremonias de premiación. Leia y Tai-Lin se dirigieron a uno de los salones de banquetes más pequeños. El desayuno de trabajo era una idea de Varish Vicly, quien creía que no había mal momento para un pequeño festejo.

Varish llegó corriendo hacia ellos sobre cuatro patas.

—¡Ahí están! Temía que fueran a llegar tarde.

—Es temprano —protestó Leia, mientras Varish los envolvía a ella y a Tai-Lin en abrazos, con sus largas extremidades.

—Sí, pero me preocupo. Ya saben cómo se ponen.

Cuando decía «ellos» se refería a los representantes de la facción populista, tanto a los de extrema izquierda como a los de extrema derecha. Los de extrema derecha querían disolver el Senado por completo para que cada planeta volviera a ser una entidad independiente; los de la extrema izquierda deseaban abrir las votaciones a toda la población, para que en vez de tener a miles de senadores que no lograban ponerse de acuerdo tuvieran a incontables ciudadanos que no podían ponerse de acuerdo. Lo único que tenían estos senadores en común, aparentemente, era su disposición para apoyar la candidatura de Leia en la carrera por convertirse en primera senadora.

—Ahora vengan y déjenme presentarles a todos —insistió Varish.

Pronto, Leia se encontró estrechando montones de manos y patas, y murmurando saludos; gracias a unos hologramas de repaso que Korrie le había preparado, reconocía a cada uno de los senadores presentes, e incluso podía hacerles algunas preguntas pertinentes sobre sus familias y sus planetas.

«En otras palabras…», pensó Leia, mientras escuchaba a alguien hablar alegremente de sus nietos, «esto está saliendo de maravilla para todos menos para mí». Hasta ahora no se había dado cuenta de lo mucho que temía a su candidatura, o tal vez era el simple hecho de hablar de su candidatura. Lo que fuera, algo la hacía sentir disgustada.

Entraron al salón de banquetes juntos, todo el grupo, de dos en dos. Leia sabía que el asiento en la cabecera de la mesa sería el suyo, como invitada de honor y colega de la anfitriona. Así que recorrió toda la estancia, prestando atención al senador que tenía al lado, antes de percatarse de los arreglos para el desayuno, los cuales eran suntuosos aun para los estándares de Varish: un camino de terciopelo que se extendía a lo largo de la mesa y delicadas serpentinas de papel que estaban bajo las servilletas elaboradamente dobladas. Leia tuvo que reír.

—¿En serio, Varish? ¿Para el desayuno?

Esto provocó risitas de camaradería en la estancia; todos conocían bien los gustos espléndidos de Varish Vicly, una debilidad sobre la que ella misma bromeaba. Sin embargo, esta vez se limitó a encogerse de hombros.

—Yo no solicité esto. Tal vez el personal oyó mi nombre y asumió que lo mejor era no escatimar con el glamur. —Varish sonrió mientras se sentaba—. Si esa es mi reputación… saben que puedo vivir con ella.

Leia se sentó, tomó su servilleta y… se quedó perpleja.

Había algo escrito en la serpentina que estaba en su lugar. Escritura real. Prácticamente ya nadie escribía. Habían pasado años desde la última vez que Leia vio palabras escritas a mano, con la excepción tal vez de documentos históricos.

Pero hoy, alguien había dejado este mensaje en su plato, un mensaje de una palabra:

«Corre».

Leia se levantó de su silla de inmediato.

—Tenemos que salir de aquí —les dijo a los confundidos senadores que se encontraban en la mesa—. Ahora. ¡Vámonos!

Pero nadie se movió, ni siquiera cuando ella corrió hacia la puerta.

—¿Leia? ¡Qué rayos estás…!

—¿Acaso no me oyeron? —Estos tontos nunca habían estado en la guerra, no sabían lo que significaba recibir una advertencia urgente. Leia levantó el papel para que pudieran verlo—. ¡Corran! ¡Todos levántense y corran!

Habiendo dicho eso, salió corriendo lo más rápido que pudo. Por fin, oyó que los demás empezaban a moverse detrás de ella. Tal vez pensaban que la nota sólo era una broma, pero Leia tenía más experiencia. El temor incipiente que había estado circulando dentro de ella toda la mañana finalmente se había solidificado; esto era lo que sus sentimientos le habían estado advirtiendo.

Mientras corrían por los pasillos del edificio de conferencias, Leia detectó un panel de emergencia y se detuvo para activarlo. Este informó:

—No se detectaron emergencias ni riesgos en…

—¡Pasar a modo manual! ¡Activar alerta de evacuación ahora! —Leia siguió corriendo cuando las luces de alerta empezaban a parpadear y las sirenas a sonar. De inmediato la gente empezó a partir de varias habitaciones, la mayoría quejándose, pero al menos dirigiéndose a las salidas. Y cuando vieron a la Senadora Organa, empezaron a correr, como ella. El sentido de urgencia comenzó a acumularse detrás de ella, como una ola que se prepara para chocar.

La respiración de Leia empezó a quedar atrapada en su garganta a medida que corría con más fuerza hacia las puertas, tan rápido que casi no tuvieron tiempo de abrirse para que ella pudiera pasar. En la plaza, más allá del recinto, había droides de seguridad indicándole a la gente que se alejara del edificio, pero había demasiados que seguían cercando la escena y observando con consternación. Los que sí estaban evacuando salían en marea por las puertas cercanas, pero, una vez que estaban fuera del edificio, la mitad se detenía, quedando estúpidamente dentro del rango de peligro.

¿Dentro del rango de qué? Leia aún no lo sabía, pero todos sus instintos, la misma Fuerza, le gritaban que se avecinaba un desastre. Así que no se detuvo. Siguió corriendo lo más rápido que pudo, sin mirar hacia atrás, hasta que…

Una luz cegadora. Un estallido tan fuerte que resonó en su cráneo. Aire caliente y escombros le cayeron encima, la derribaron, volaron sobre ella y… borraron el mundo.

Greer sólo sabía que, en un instante, estaba caminando por los pasillos del Senado cerca del salón de conferencias, con Korrie a su lado, tratando de pensar en una buena excusa para cubrir su viaje de esa tarde a la unidad médica y, al siguiente, estaba en el suelo,

mareada y en medio de escombros ardientes. Sus pensamientos eran borrosos y le dolía todo el cuerpo.

«Qué diablos…». Se incorporó, pero demasiado rápido; la cabeza le dio vueltas. Greer se llevó una mano a la frente, inhaló profundamente un par de veces y trató de forzar a su cerebro para encontrarle el sentido al *collage* de devastación que había a su alrededor.

La mitad del edificio de conferencias senatorial había desaparecido, dejando sólo escombros en su lugar; la otra mitad humeaba de manera amenazante. Era humo negro. Alrededor de ella, las personas yacían en el suelo o se tropezaban entre ellas; piel, escamas y pelaje, todo bañado en sangre. El olor acre en sus fosas nasales le confirmó el tipo de explosivos que habían sido utilizados.

«Alguien bombardeó el edificio de conferencias», pensó Greer.

Ese primer momento de conocimiento concreto hizo que su cerebro pudiera concentrarse otra vez. Greer miró hacia todas partes, buscando un vistazo de la túnica verde brillante que Korrie llevaba puesta.

—¿Korrie? ¿Me oyes? ¿Korrie?

—¡Estás bien! —Greer se dio la vuelta para ver a Korrie corriendo hacia ella. Su cabello rizado estaba alborotado y su ropa estaba rota, pero fuera de eso se encontraba bien—. No alcancé a verte por un segundo. Fue como si… como si la explosión se hubiera robado toda la luz por un instante. El mundo se oscureció, y luego estaba de cabeza…

La voz de Korrie se quebró en un sollozo. Ella seguía siendo sólo una niña. Greer la tomó de la mano, con la esperanza de proporcionarle un poco de consuelo. Pero entonces vio que había perdido una uña de raíz, y no ayudaba en absoluto que la sangre goteara sobre Korrie.

Un droide de triaje llegó volando por el aire y descendió para flotar justo al lado de Korrie y extender un escáner en forma de barra; rayos azules recorrieron el cuerpo de Greer.

—Conmoción cerebral leve y sin hemorragia interna. Huesos rotos: negativo. Solamente se presentan lesiones externas y condiciones médicas preexistentes. Estado: no crítico. —Después escaneó a Korrie, y no encontró nada digno de reportar en voz alta. Enseguida, se alejó en busca de alguien más que estuviera gravemente herido.

—Ayúdame a levantarme —dijo con voz ronca Greer. Korrie colocó uno de los brazos de Greer sobre sus hombros, y ambas se pusieron de pie. Ahora que Greer podía ver más alrededor, cayó en cuenta del verdadero impacto del desastre. Aunque el personal de seguridad y los droides médicos se movían entre la multitud con urgencia, tratando de ayudar, había docenas, tal vez cientos, de personas heridas. Todas, tiradas en el suelo, en medio de la enorme escena de devastación.

—El desayuno… —dijo Korrie, tragando saliva con dificultad—. La Princesa Leia estaba allá abajo cuando la bomba explotó.

El cuerpo entero de Greer se quedó helado, excepto por el dedo que se sentía caliente debido a la sangre que seguía fluyendo.

—Tenemos que encontrarla. Ahora. Ve a buscar a alguien que nos ayude a encontrarla. Joph Seastriker, tal vez… las barracas deben estar fuera del alcance…

—Greer, todo el mundo está buscando ya.

Desde luego que las tropas ya debían estar en camino, o en el edificio. Pero no podía quedarse sentada sin hacer nada.

—No todo el mundo está buscando, porque nosotras no estamos buscando. No me importa si tenemos que revisar ladrillo por ladrillo. Vamos a encontrar a la Princesa Leia.

Korrie asintió. Tener una tarea específica que llevar a cabo le ayudaba.

Un minuto después, Greer podía sostenerse por sí misma. Su túnica azul oscuro y su falda habían sido destruidas por los escombros. Las roturas y rasgaduras revelaban la piel de su vientre y sus muslos. La capa grisácea que recubría su pelo era tan densa que cada vez que movía la cabeza caían unos cuantos escombros. Pero ella siguió adelante, revisaba a cada persona lesionada, llamando a los droides médicos cuando era necesario, e ignoraba sus propios mareos. No se detendría hasta encontrar a la Princesa Leia y asegurarse de que estaba bien. Greer se negó a considerar cualquier otra posibilidad.

A medida que avanzaba, reconocía a otras personas: la jefa de gabinete del Conde Jogurner, cuyo pelo rubio-platino estaba manchado de sangre, mientras la Doctora Kalonia la ayudaba a ponerse de pie; Andrithal Robb-Voti de Taris, mareada y apoyada contra una pared intacta; Ransolm Casterfo, que ayuba a una mujer togruta herida a llegar al centro médico; Zygli Bruss de Candovant, siendo colocado sobre una camilla. Este era, sin duda, el mayor ataque contra el gobierno desde las últimas batallas contra las últimas naves del Imperio, más de veinte años atrás.

—¡Por aquí! —gritó finalmente Korrie. Greer se dio la vuelta para ver cómo la Princesa Leia se ponía de pie en el otro lado de la plaza, con una mano sobre el hombro de Korrie y la otra en la sien, como si la cabeza le doliera mucho. Greer fue cojeando hasta su lado, y la Princesa Leia la abrazó al llegar.

—Gracias al cielo —dijo la Princesa. Sonaba como si hubiese estado gritando, o llorando. El terror y las cenizas en el aire les robaban a todos la voz—. Estaba tan preocupada por ustedes…

—¿Qué pasó? —Greer no esperaba que la Princesa Leia lo supiera, pero su mente seguía planteándose la misma pregunta, preocupándose sin parar, como si en algún momento fuera a obtener una respuesta—. ¿Quién querría destruir el edificio?

La Princesa Leia miró la estatua de Bail Organa. A pesar de la luz del sol, se veía gris por la capa de hollín y polvo que la cubría; su mano en juramento se había desprendido hasta el codo. Greer vio los dedos rotos en medio de los restos y escombros.

—La bomba destruyó algo mucho más importante que el edificio. Es posible que haya destruido al mismo Senado —dijo la princesa.

«¿Quién pudo haber hecho esto?», pensó Greer. Muchas opciones le vinieron a la mente: el crimen organizado, ya fueran los secuaces de Rinnrivin Di o un desesperado

intento de los hutts por recuperar su antiguo poder, facciones populistas extremistas molestas por la simple existencia del Senado Galáctico, radicales centristas en un intento de crear un clima de terror y miedo para justificar que tomaran todo el poder, o un ermitaño con problemas que ninguna persona racional podría llegar a entender.

Sólo estaba segura de una cosa: en cuanto la conmoción inmediata se hubiese disipado, empezarían las acusaciones, y los dedos apuntarían en todas direcciones.

El entorpecimiento del Senado crecería hasta volverse un caos, y el destino de la propia galaxia podría ser el siguiente caos.

CAPÍTULO **CATORCE**

Leia dijo que no recibiría ningún tratamiento para su conmoción cerebral hasta que todos los que estaban más gravemente heridos hubieran sido atendidos. En un momento dado, la Doctora Kalonia le dijo que dejara de actuar de manera tan noble y buscara ayuda ya, pero su nobleza tenía poco que ver con su decisión. Los tratamientos curativos por lo general incluían sedantes, lo que significaba que perdería el conocimiento aproximadamente una hora después de recibir el tratamiento y que probablemente dormiría durante medio día. Leia quería permanecer lúcida para tratar de comprender lo sucedido.

En primer lugar, grabó un mensaje de voz para Han, diciéndole que se encontraba bien y que no hacía falta que fuera a Hosnian Prime por ella. A pesar de que su compañía le habría brindado consuelo, sabía que, tan pronto como pudiera, ella tenía que encontrar al autor del atentado. Así que no habría tiempo para reuniones sentimentales.

Para su sorpresa y gratitud, parecía ser que nadie había muerto. Aunque resultaron unos cientos de personas heridas, algunas de ellas de gravedad, de acuerdo con los droides médicos nadie se encontraba en un estado fatídico. Pero definitivamente habría habido muertes, y muchas, de no ser por la advertencia que Leia recibió.

La serpentina de papel seguía en su mano cuando volvió en sí, y se la había dado al primer supervisor de seguridad que encontró después de la explosión. «Corre». Obviamente la persona que la había colocado ahí sabía de la bomba, podía tratarse de los mismos terroristas o de un infiltrado en su organización.

Había razones para plantar una bomba, asegurándose de que sólo dañara el edificio de conferencias del Senado. Por lo que Leia sabía, este era el *modus operandi* clásico de una organización terrorista que busca obtener respetabilidad, o al menos propaganda; tales bombardeos tenían la intención de demostrar tanto poder letal como respeto por la vida, por muy falso que este fuera. Pero nadie se había adjudicado el atentado, y esto era un elemento necesario si lo que se buscaba era propaganda.

El crimen seguía siendo anónimo y desconcertante.

—Mañana, quizá —dijo Greer, cuando finalmente llegó su turno en el centro médico. Su mano descansaba en un plato con bacta, justo el suficiente para permitir que la uña volviera a crecer; antes de eso le habían dado una serie de inyecciones de suero—. Probablemente recibiremos un mensaje de los terroristas responsables esta noche o mañana.

Mientras tanto, Leia se había quitado casi toda la ropa y estaba sentada en la parte superior del Tanque Bacta, con una máscara de oxígeno en las manos.

—No lo creo. Si quisieran que supiéramos su identidad, ya la sabríamos.

—¿Cree que la advertencia podría provenir de alguien más? —preguntó Korrie. Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo, un poco distraída por el parche de sintetipiel que suturaba rápidamente la herida que tenía en la frente—. ¿O tal vez uno de los terroristas cambió de opinión de último minuto? ¿Y lo único que pudo hacer fue darnos una advertencia?

—Es posible. Pero poco probable. Quienquiera que fuera quería que estuviéramos confundidos y furiosos. Y van a asegurarse de que sigamos así. —Leia suspiró, mientras la doctora se acercaba—. Va a decirme que tengo que dejar de hablar inmediatamente, ¿cierto?

—De hecho, no. —El discurso fríamente preciso de Harter Kalonia no disimulaba muy bien su compasión o su astuto sentido del humor—. Iba a decirle que tendría que haber dejado de hablar hace un buen rato.

—De acuerdo, de acuerdo. —Leia metió algunos mechones de pelo sueltos en su trenza, se puso la máscara de oxígeno y se dejó caer en el Tanque Bacta.

La bacta era una cosa repugnante, su viscosidad parecía marcar el punto intermedio exacto entre líquido y baba. Los ojos de Leia permanecieron fuertemente cerrados. La temperatura del fluido era cálida, pero no podía evitar la sensación de que había sido tragada viva.

Muchos pacientes que eran tratados con bacta reaccionaban así; era por eso que los doctores les inyectaban un sedante antes. De manera que, mientras Leia flotaba en el tanque con un mechón de cabello alrededor cual pedazo de alga, sintió cómo la primera onda de relajación se apoderaba de ella.

«Mantén la concentración», se dijo a sí misma. «Necesitas analizar bien la situación, paso por paso. ¿Recuerdas haber visto a alguien sospechoso?». Pero el efecto tranquilizante del sedante fue más fuerte que la gravedad del asunto. Leia sintió como si se fuera a otro mundo, un mundo sin dolor y sin miedo. Tal vez así se sentía estar en el vientre materno. «Aunque ahí no estaba sola. Luke estaba conmigo. ¿Dónde está Luke?».

Había estado consciente cuando la sacaban del tanque y envolvían su largo cabello en toallas para colocarla en un hovercot. Leia incluso recordaba haber visto a la Doctora Kalonia y a un droide médico mientras la subían a un transporte. Y si su memoria no la engañaba, se las arregló para ponerse de pie y caminar sola hasta su habitación.

También recordaba el momento en que se dejó caer sobre su propia cama. Pero no supo nada de lo que pasó después de eso, en absoluto, por un largo tiempo.

Leia despertó con la boca seca y la mente confundida. Su cuerpo se sentía ligero, completamente libre de todo dolor. Además el efecto del sedante no había desaparecido de su mente por completo. Durante los primeros instantes simplemente disfrutó de la experiencia de quedarse en este trance, donde el miedo no podía alcanzarla.

Pero su memoria no tardó en sacarla del trance, eso y las luces rojas parpadeantes en su panel de comunicación.

Gruñendo, se impulsó con los codos y volteó a ver la pantalla más cercana. Proyectada en esta, se encontraba la información de que había sufrido una conmoción cerebral y daño moderado en los órganos internos, además de tener unas cuantas costillas rotas. Todo había sido reparado por el bacta. Durante los siguientes días, debería tener cuidado de limitar su actividad física. Un droide médico volvería esa noche para confirmar el éxito de su tratamiento.

—Genial —murmuró Leia—. Pero este no es el daño que me preocupa.

A continuación, abrió los hologramas que había recibido. Sus filtros estaban diseñados para ordenarlos de acuerdo con sus prioridades específicas, lo cual significaba que los mensajes políticos estarían hasta el final. La primera imagen que apareció fue la cara de Han; se mostraba más afectado de lo que lo había visto en años.

—Leia, amor, Greer me dice que estás durmiendo por los efectos del sedante y el tratamiento del bacta. Pero cuando oí que alguien había bombardeado el Senado, y vi esas imágenes… —Sacudió la cabeza, como si tratara de sacar las imágenes de su mente—. De no haber recibido tu mensaje, habría enloquecido. Me alegra tanto que te encuentres bien… Contáctame en cuanto estés despierta y consciente otra vez. Y si cambias de opinión respecto a que vaya a Hosnian Prime, sólo dímelo. —Han esbozó la sonrisa que siempre, siempre, lograba que a Leia se le detuviera el corazón—. Te amo.

La imagen se desvaneció. Leia esperaba que el siguiente mensaje fuera de Ben, o de Luke, pero en lugar de eso apareció Chewbacca deseándole (gruñéndole, de hecho) que se recuperara, antes de comunicarle sus planes de encargarse de quienquiera que fuese el responsable.

Leia sonrió al recordar la fanfarronería típica del wookiee, e intentó olvidar su frustración. La siguiente docena de mensajes provenía, en general, de figuras políticas que repetían lugares comunes sobre la conmoción, el atropello, la gratitud por su supervivencia y sus deseos de recuperación. Leia los pasó lo más rápido que pudo. Sólo se detuvo para enterarse de que la extremidad rota de Varish estaría como nueva mañana y que Tai-Lin había escapado con nada más que un rasguño. Ransolm Casterfo envió uno de los mensajes finales, y el suyo era el único que parecía provenir de un ser humano, en lugar de un político.

—Trato de forzarme a mí mismo para creerlo, y no puedo, a pesar de haber estado allí. Gracias a la Fuerza no resultó peor. Tu personal dice que estarás bien en la mañana, pero si necesitas algo, házmelo saber.

Lo ofrecía como un amigo y no como el favor de un político. Leia no pudo evitar pensar que sería divertido pedirle que le llevara un poco de sopa, pero sospechaba que sería capaz de hacerlo en verdad.

A continuación se puso a revisar los programas informativos en los canales de noticias, tanto en los medios oficiales como en los independientes. A esas alturas, la mayoría de las personas expresaban conmoción y preocupación genuina. ¿Hacía cuánto

que no oía las mismas opiniones de planetas centristas como de planetas populistas? ¿Hacía cuánto que no estaban unidos por un sentimiento mutuo?

«Si tan sólo pudiéramos usar este incidente para crear unidad entre nuestros planetas…», pensó Leia. Pero sabía que no correrían con tanta suerte.

En cuestión de un día, empezarían a llover acusaciones.

—¿Acaso no es obvio? —dijo Orrid Madmund, el senador júnior de Coruscant, mientras caminaba por los pasillos del edificio principal del Senado, junto a Ransolm Casterfo—. El ataque de ayer es obra de los populistas.

—¿Disculpa? —Ransolm se quedó mirando fijamente a Madmund, quien se llenaba de indignación cada vez que alguien lo cuestionaba.

—Los populistas plantaron la bomba, ellos mismos, y luegos se hicieron pasar por víctimas heroicas para hacernos ver como los principales sospechosos. El crimen es tan transparente como es vil. En serio, Casterfo, debes dejar de ser tan inocente.

¿Acaso todos habían enloquecido?

—No seas absurdo. ¿No se suponía que los populistas eran los que siempre ideaban teorías de conspiración? El riesgo era demasiado alto para todos los involucrados como para que alguien en el Senado hubiera sido capaz de hacer algo así. Tiene que tratarse de algún grupo terrorista desconocido.

—¡Diles eso a los populistas que ya nos están culpando! —replicó Madmund—. Nos han estado señalando como los responsables desde el accidente. Abre los ojos.

El miedo y la desconfianza reinaron todo ese día en el Senado. Solamente antes de la hora del almuerzo, hubo cinco alertas de seguridad. El personal tenía los ojos desorbitados y, cada vez que debía ir de una oficina a otra, avanzaba rápidamente, como si los pasillos en sí fueran más peligrosos. Ransolm se ocupaba de una fila interminable de mensajes y llamadas que responder, y tan pronto como los atendía, la cola se duplicaba.

Estuvo perturbado todo el día por las acusaciones de Madmund. No porque creyera que fueran ciertas; era ridículo incluso pensar que los populistas extremistas llegarían a tal grado. Ransolm no asumía que fueran inocentes debido a su ingenuidad, sino por dos hechos irrefutables. Uno, los populistas no habrían puesto en peligro la vida de la que podría ser su candidata más segura para el puesto de primer senador. Dos, los populistas eran demasiado necios y argumentativos como para idear una conspiración. A veces hasta le parecía milagroso que pudieran ponerse de acuerdo para decidir dónde sentarse.

«No puedo razonar con los de mi propio partido», reflexionó Ransolm, «… pero los populistas sólo escucharán a uno de los suyos». Y no había duda alguna de quién debía ser esa persona.

Así que, poco después de salir de la oficina, visitó la casa de la Princesa Leia por primera vez.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, mientras lo recibía en la puerta con un sencillo vestido azul y el pelo sujeto en una trenza un poco desaliñada.

Le entregó la caja que le había llevado.

—Una docena de profiteroles de mantequilla. Para curar tus males.

Ella se rio mientras observaba la pequeña caja de pastelillos.

—Son incluso mejores que la sopa.

—¿Disculpa?

—Nada. —Leia tomó la caja y le indicó con un gesto que pasara—. Adelante, por favor.

Ransolm ya sabía que a la Princesa Leia no le gustaban ni las formalidades ni los lujos. Aun así, la simplicidad de su hogar lo sorprendió. Tenía muy pocas posesiones, todas ellas bonitas, pero principalmente funcionales. Todo en tonos de blanco y gris. En la pared pudo distinguir el único ornamento de la habitación: una elegante pintura de Gatalenta, muy llamativa, con fuertes pinceladas rojas.

Ella se percató de que él observaba el cuadro.

—Un regalo de Tai-Lin Garr. Me lo dio hace unos años. Creo que era mi regalo favorito, al menos hasta este. —Dejó la caja de bocadillos en la mesa y le indicó a Ransolm que se sentara también.

—Tu casa es muy bonita —dijo él

—Dices eso ahora —comento ella, riendo—. Deberías volver cuando mi esposo lleva algunas semanas aquí. Calcetines por todas partes… —Aunque ella lo dijo con humor, Ransolm se percató en ese momento de que Leia extrañaba mucho a su esposo.

En un rincón, se reproducían las emisiones oficiales de al menos una docena de planetas, sucediéndose rápidamente una tras otra; seguramente Leia había programado la selección, con letras de texto autotraducido abajo de las imágenes.

«Crecen las sospechas mientras la investigación del bombardeo al Senado continúa».

«Fuentes adjudican el llamado Bombardeo Servilleta a líderes centristas».

«¡¿Una trampa?! ¿Qué tan lejos llegarán los populistas para desacreditar a los centristas?».

La letanía seguía y seguía; paranoia y más paranoia. Todos los encabezados se dedicaban a echar la culpa de forma intercambiable entre los dos partidos políticos, excepto el servicio de noticias ithoriano, que inexplicablemente parecía estar convencido de que los hutt estaban detrás de todo.

—Imagino que tú tendrás bastante sentido común como para saber que hoy mucha genta estúpida está diciendo de todo. Sin embargo, quiero dejarlo muy claro: esto no fue obra de los centristas —se animó a decir Ransolm.

—Te creo —dijo Leia, sin despegar la mirada de los noticieros y mientras abría la caja que él le había obsequiado—. Tampoco fueron los populistas. Tenemos algunos tontos en nuestras filas, pero nadie tan tonto como para hacer esto.

—¿Crees poder convencer a los populistas de nuestra inocencia?

—No por medio de la lógica, o del sentido común, o apelando a su decencia, si es lo que esperas. La única forma de resanar esta grieta es encontrando al verdadero responsable. —Suspiró antes de dar un mordisco a sus profiteroles.

Ransolm se sintió desanimado. No es que no supiera esto antes de hablar con ella; simplemente esperaba que la gran experiencia y las relaciones de Leia sirvieran para encontrar alguna solución que no había podido descifrar él solo. Pero no; el embrollo era tan profundo como el temía.

—Me imagino que los investigadores aún no han encontrado evidencia verdadera.

—¿No viste? Espera… —Leia recorrió los hologramas con mayor velocidad, hasta que llegaron a uno que mostraba una grabación de seguridad donde se veía a una mujer twi'lek entrando rápidamente al edificio de conferencias y luego saliendo otra vez con la misma velocidad. Su vestimenta oscura la hacía confundirse con el personal del salón de banquetes; las gafas oscuras no habrían llamado la atención de nadie, no en un día tan soleado como ese.

—¿Ryloth? No puede ser. No tienen ni los recursos ni los motivos. —Ransolm cruzó los brazos mientras contemplaba las posibilidades—. Cualquiera podría contratar a un mercenario twi'lek.

—Estoy de acuerdo. Este material acaba de salir a la luz hace un par de horas, pero me imagino que Ryloth será acusado en el Senado. Y luego los hutts, y luego quién sabe quién más. Pero la mayoría de las sospechas se la ganaran los extremistas de nuestros propios partidos, cuenta con ello.

Ransolm podía imaginar los interminables debates que seguirían. ¿Pondrían en riesgo hasta las elecciones que se avecinaban? Sólo un primer senador podría guiarlos en estos momentos de crisis; la galaxia necesitaba liderazgo más que nunca.

—¿Quién crees que lo haya hecho?

—No sé —respondió Leia, con una expresión pensativa—. Aunque… ¿no te parece sospechoso que esto sucediera justo cuando empezamos a investigar a un enorme cártel criminal?

—¿Sospechas de Rinnrivin Di? —La idea se le había ocurrido a Ransolm, aunque no la encontraba muy convincente—. La gente de su calaña intenta evitar la atención del gobierno, no provocarla. Tendría poco que ganar con bombardear un edificio del Senado y mucho que perder. Además, si fuera a poner una bomba, no creo que le advirtiera a nadie.

—Estoy de acuerdo. No es Rinnrivin Di. Pero la persona que está llevándose la mayor parte del dinero, la persona que lo «patrocina»… esa podría ser otra historia.

El holograma parpadeó, mostrando imágenes de la supuesta terrorista twi'lek una y otra vez. Su cara no se podía distinguir en la grabación, y sin duda había viajado a

Hosnian Prime con una identificación falsa. Sin embargo, seguramente los noticieros transmitirían la grabación hasta el cansancio, porque daba la falsa ilusión de un descubrimiento, la sombra de una respuesta que tal vez jamás encontrarían.

—Es posible —dijo finalmente Ransolm—. Admito que el momento político resultaría muy oportuno para esa persona. Pero son sólo conjeturas.

—Pues qué bueno que nosotros seguimos investigando el asunto por nuestra cuenta, ¿cierto? —le dijo Leia, con una mirada muy particular.

—Cierto —dijo él.

Empezaba a agradarle la idea de cazar al culpable. Tal vez el cártel que estaban buscando no tenía nada que ver con el ataque, pero Ransolm rara vez en su vida se había sentido tan impotente como se había sentido el día anterior, al oír la explosión. Correr entre los escombros, inhalar el acre olor del aire lleno de químicos… todo eso le había traído memorias terribles de Riosa, después de que el Imperio saqueó su planeta para desecharlo fnalmente. Por un instante, volvió a ser ese niño pequeño y flacucho, huérfano, perdido y hambriento en medio de la devastación.

Por lo menos, su investigación le permitía hacer algo importante, algo útil. Y si en el proceso llegaban al fondo del ataque, mucho mejor.

—Debería organizar un viaje a Daxam IV de inmediato —dijo Ransolm. Acababa de leer el más reciente comunicado de la princesa sobre la información recopilada por Greer y Joph poco antes de la explosión—. Para buscar a los guerreros Amaxine, sean quienes sean, o sean lo que sean. De hecho, ya tengo un pretexto convincente para hacer una visita personal.

—¿Cuál es? —preguntó Leia, inclinando la cabeza.

—Tiene que ver con un tema algo delicado para nosotros…

—Ahora sí tienes que decirme.

—Mi colección de artefactos históricos. —El dejar fuera la palabra «Imperial» pareció funcionar, pues Leia no mostró reacción alguna—. Recientemente, alguien en los círculos de coleccionistas empezó a anunciar la venta de un objeto muy raro. Me llamó la atención… entre otras cosas, porque el vendedor vive en Daxam IV. Empecé a hablar con él para expresarle mi interés. Creo que puedo ponerme de acuerdo para comprar el artefacto en persona.

—¿Crees que el vendedor pudiera estar conectado con los Amaxines? —preguntó Leia, a la vez que asentía—. No hay nada en específico que conecte al Imperio con esa vieja leyenda.

—No tengo motivos para pensarlo, pero aunque este individuo no esté relacionado, tal vez pueda proporcionarnos información que podamos usar. De cualquier modo, la historia suena bastante convincente para justificar mi visita al planeta y poder investigar un poco estando allá. —Ransolm sonrió—. Creo que empiezo a entender cómo funciona esto del espionaje.

—Ten cuidado —dijo ella—. Cuando uno empieza a pensar que ya tiene las cosas resueltas, es normalmente el momento en que los planes se van al diablo.

Ransolm ya lo había experimentado en persona, en otros asuntos mucho más allá del espionaje. Asintió con un gesto de la cabeza.

—Hazme un favor. Llévate a Greer contigo —añadió Leia después. Justo cuando él pensaba que se estaban volviendo amigos.

—¿En verdad sientes la necesidad de enviar a alguien a que me vigile? ¿Todavía?

—¿Qué? No. —Leia se veía genuinamente indignada—. ¿Preferirías ir a una misión peligrosa sin nada de apoyo? Si es así, adelante. Pero creo que sería la clase de trabajo que ella podría manejar y hasta disfrutar.

Casterfo pensó que la paranoia del día debía estar empezando a infectar su cerebro.

—Te ofrezco disculpas. Me vendría muy bien la compañía de otro viajero. Pero imagino que necesitarás a tu asistente. Podría pedírsela a Seastriker…

—De hecho, Seastriker irá conmigo a Ryloth, una vez que el Senado envíe a alguien a investigar ahí. —Leia esbozó una pequeña sonrisa—. Ni él ni el Senado lo saben aún, pero dales unos días más.

Ransolm sacudió la cabeza con asombro.

—Siempre estás un paso adelante, ¿verdad?

Ella volvió su mirada a los hologramas, que mostrar nuevamente las ruinas del edificio del Senado.

—Eso es lo que me gustaría.

CAPÍTULO
QUINCE

Ransolm Casterfo le creyó a Leia cuando le dijo que Greer sólo lo acompañaría a Daxam IV como apoyo, no por desconfianza de su parte. Sin embargo, nadie parecía habérselo dicho a Greer.

—Saliendo del hiperespacio en cinco —dijo con frialdad. Estas eran las primeras palabras que había dicho desde que salieron de Hosnian Prime. Su largo cabello negro caía libremente sobre su espalda y era el único elemento de su cuerpo o su personalidad que no parecía estar bajo estricto y absoluto control—. Abróchese el cinturón.

Greer sostenía el timón de la nave que Ransolm había alquilado para el viaje, una pequeña Jeconne de mensajería. Después de pensarlo un poco, Ransolm había elegido esta porque era moderna y elegante. Además, ya que viajaba bajo su verdadera identidad, tenía que aparentar normalidad, aunque sin atraer demasiada atención. Esperaba que una piloto experimentada como Greer tuviera alguna opinión al respecto, pero lo invadía la clara sensación de que a ella le habría dado igual si elegía un saltaórbitas individual o un súper destructor estelar.

—Me imagino que es poca cosa para ti —dijo él.

Eso le valió una rápida mirada de reojo.

—¿Qué quiere decir?

Ransolm señaló la elegante cabina negra con sus largos dedos. Claramente se refería a toda la nave.

—La Jeconne. ¿Demasiado mundana para alguien que fue corredora de élite?

—Está bien —dijo de manera seca. Pasaron otros momentos de silencio, durante los cuales él se rindió tras sus intentos por hacer conversación. Pero luego, ella añadió—: Yo no diría que era de élite.

—Tonterías. La Senadora Organa compartió conmigo todas tus credenciales antes de esta misión, ¿sabes? —Si Greer Sonnel asumía que era la única persona con quien Leia hablaba, era momento de saber la verdad—. Campeona de la Júnior Sabers, corredora profesional en el equipo de Crystal Carin por dos años, hasta que te retiraste de las carreras, hace tres. Una carrera corta, pero ilustre, dadas las competencias en las que participaste y por haberte retirado invicta.

Greer no refutó nada de esto, pero se limitó a observar su panel impasiblemente, con mucha más atención de la que requería viajar por el hiperespacio.

—Dos años no lo convierten a uno en élite.

Aunque Ransolm no se consideraba a sí mismo como un hombre banal, había aprendido durante su dura niñez en Riosa que tenía que usar toda ventaja que tuviera a su favor. Era el único modo de avanzar; la gente débil no podía esperar recibir admiración ni ayuda, así que él demostraría que no era débil. Compraba la mejor ropa que podía pagar y

procuraba hacerse de contactos con influencias (como se lo hacía saber a los demás), además de resaltar toda habilidad que pudiera tener.

¿Así que por qué alguien querría menospreciar sus propias habilidades? ¿Abandonar su propia fama? No tenía sentido para él. Cansado de tratar de acercarse a Greer, Ransolm se reclinó en su asiento.

—Como digas.

La mano de ella se cerró sobre la palanca de hipervelocidad.

—Saliendo del hiperespacio en tres, dos, uno…

La nave se sacudió mientras las estrellas volvían a congelarse en su lugar. Debajo de ellos se encontraba Daxam IV, que resaltaba en medio de la oscuridad del espacio debido al vívido color anaranjado de sus desiertos y sus pequeños océanos azul turquesa. Casi no había formaciones nubosas que cubrieran el planeta o que ofrecieran la promesa de lluvia. Sin embargo, en esta escueta y totalmente deshabitada zona del espacio, incluso el terreno áspero de Daxam IV tenía que contar como un oasis.

—Bien —dijo Greer al activar algunos controles, incluyendo aquel que enviaría una señal para solicitar un embarcadero en el puerto espacial de la ciudad capital—. ¿Cuál va ser su jugada?

—¿Ahora sí te interesa? —Ransolm oyó lo pedante que sonaba su voz, y en cierto grado se odiaba a sí mismo por esto. Pero a esas alturas ya se había dado cuenta de que Greer Sonnel no respondería a su amabilidad. Al final, ella tendría que iniciar el deshielo.

Su comentario le valió una ceja arqueada, pero al menos ella giró en su asiento para mirarlo a la cara.

—Soy su apoyo. Si no sé a dónde va o cuándo, entonces no podré hacer mucho por mantenerlo con vida.

—Pero si me sigues, es muy probable que asustes a la persona que estamos buscando. —Ransolm sacó un dispositivo comunicador de un bolsillo de su capa color rojo oscuro para enseñarle los mensajes que había enviado y recibido—. Los coleccionistas de artefactos imperiales… no aprecian mucho la visita de oficiales de la Nueva República.

Greer tomó el dispositivo y leyó el contenido de la pantalla.

—¿Va a comprar un casco de la guardia personal del Emperador?

—Exacto. —Eso era muy emocionante para Ransolm; ya había asignado mentalmente un lugar de honor al artefacto en su pared, suponiendo, claro, que fuera genuino—. Ya me conocen en estos círculos, por eso pude arreglar una posible transacción con un vendedor que se hace llamar Espada Carmesí…

—¿Qué? —Greer frunció el ceño—. ¿Ese es su nombre real?

—Ah, no. —Ransolm quería dar evasivas—. En el mundo de los coleccionistas, generalmente se opera con nombres falsos. Yo uso mi verdadera identidad, pero otros prefieren nombres más… extravagantes.

«Ira del Emperador, Fuego Interceptor, Vengador de Jakku». Ridículos, todos ellos. Ransolm sabía que estos nombres eran solo la representación de un papel, pero no esperaba que una persona ajena lo entendiera.

Por suerte, Greer no mostró interés alguno.

—Entonces, no tiene idea de quién es el vendedor.

—No tiene gran importancia; es el propietario de uno de estos cascos, un premio lo suficientemente valioso como para asegurar una transacción en persona. Bien podría estar ligado con los grupos que buscamos; si no, al menos podría conocer a algunos individuos que lo estén. Una vez que haya establecido una conexión con él, intentaré averiguarlo.

Greer pensó en silencio durante unos momentos antes de devolverle su dispositivo frunciendo los labios, como queriendo decir «no está mal».

—¿Y supongo que soy su piloto?

Como si necesitara uno.

—Finjamos que eres miembro de mi personal, en vez de ser parte del personal de la Senadora Organa. Si alguien quiere averiguarlo, le diremos que te acabo de contratar bajo las narices de Leia hace un par de semanas y que, debido al Bombardeo Servilleta, no se han podido actualizar los registros.

Greer asintió mientras su consola mostraba la aprobación de su aterrizaje, especificando el tiempo y las coordenadas del mismo.

—Bien pensado.

—¿Acaso fue un cumplido? No, no pudo ser. Lo dijiste sin estallar en llamas.

—Muy gracioso —dijo ella.

¿Acaso alcanzaba a divisar una pequeña sonrisa en sus grandes labios? Seguramente Ransolm se lo estaba imaginando.

De algún modo, Daxam IV se veía aún más inhóspito desde su superficie. La arena de color naranja que se extendía por miles de kilómetros le recordaba a Ransolm otros mundos desérticos que había visitado, donde los rayos del sol caían sin piedad. En aquellos momentos, había detestado el calor, pero ahora casi lo extrañaba.

Daxam IV orbitaba en el extremo de su sistema solar, lejos de sus dos soles. Estaba lo suficientemente lejos como para que el frío fuera intenso, incluso al mediodía. A Ransolm le parecía un poco ostentoso empacar una capa de piel, pero por el momento no le importaba en absoluto si alguien pensaba que su ropa era exagerada. Sin su capa, ya podría haberse congelado.

Greer, por supuesto, no mostró ningún signo de malestar a pesar de que sólo llevaba prendas de lana. Claro que las prendas de Pamarthe eran famosas por su calidez, y se había puesto dos capas de ropa, una de color beige y otra azul, amarradas con un cinturón. Así que llevaba dos capuchas sobre la cabeza.

Juntos, caminaron por las calles de la ciudad… o por lo que parecía ser una ciudad en medio de una gran roca desértica.

Sólo había unas cuantas calles que conformaban el centro del lugar, cada una de ellas estaba repleta de casas y tiendas cubiertas de maleza. Les costaba trabajo diferenciarlas,

ya que la mayoría de las estructuras se habían hecho con el mismo molde: cuadrados y cubos planos de adobe o estuco, cuyas superficies blancas cubiertas de cal estaban manchadas de color rojizo por la arena.

—Una pregunta… —dijo Greer—. El casco del guardia es costoso, ¿verdad?

—Bastante. —Por mucho que Ransolm deseara añadirlo a su colección, jamás habría justificado tal gasto si no fuese parte de la misión.

—Entonces quienquiera que lo posea debe tener bastante dinero. —La mirada de Greer recorrió la desolada calle de arriba a abajo—. Si yo tuviera bastante dinero, viviría en otra parte.

Era un buen punto. Este tal Espada Carmesí tenía dinero, y aún así había decidido permanecer en Daxam IV, un planeta que sólo podía tener una ventaja a los ojos de Ransolm: era poco visitado, por lo tanto oculto a los ojos curiosos.

—El cártel de Rinnrivin Di está enviando grandes sumas de dinero a este planeta. Me cuesta imaginar en qué lo podrían estar gastando.

—No en la vida nocturna, eso es seguro —dijo Greer asintiendo.

¿Acaso había bodegas de especias aquí? ¿O bóvedas llenas de objetos de valor esperando ser vendidos a cambio de créditos rápidos e ilegales? Si acaso había cosas de ese tipo ocultas en un mundo así, uno podía estar bastante seguro de que estarían muy bien ocultas.

«Hasta ahora», pensó él, con algo de orgullo.

Su cita era en una casa de té, que resultó ser un pequeño establecimiento en decadencia con escasa iluminación y mesas baratas. Había pequeñas linternas colgadas del techo, que proyectaban una luz dorada y tenue que no alcanzaba a penetrar las sombras. Ransolm escudriñó la sala y reconoció a su objetivo a primera vista.

Habría llamado la atención en cualquier habitación. Una mujer de unos sesenta años de edad, con cabello negro, largo, rizado y con mechas plateadas. Era delgada y angular; daba la impresión de haber sido esculpida por el tiempo hasta su forma más simple, como si toda la suavidad de su rostro hubiera desaparecido. Tenía pequeñas cicatrices blancas en la frente, la mejilla izquierda y la garganta. Sus ojos oscuros se enfocaron en él desde que entró a la habitación. Estaba sentada en una esquina, en donde nadie podía acercarse a ella desde atrás. Pero ninguno de sus rasgos en particular era el motivo por el que Ransolm la había reconocido de inmediato.

Esta era la mujer del casino de Bastatha, la que no quería llamar la atención.

Ransolm miró a Greer y le señaló la barra del otro lado de la sala, donde los clientes solitarios podían sentarse en taburetes de madera y tomar su té. A pesar de que a Greer le molestaba que le dieran órdenes (como él pudo notar), ella sabía que su obediencia era necesaria para mantener la farsa. Mientras Greer se alejaba, Casterfo volvió su atención a Espada Carmesí.

Sabía que era mejor no empezar mintiendo.

—¿Nos hemos visto antes? —Dijo él, al sentarse frente a ella—. Su cara me resulta muy familiar.

—Me llamo Arliz Hadrassian. Y no, no nos conocemos. —Su voz baja y ronca sonaba como la de una persona mucho mayor, o la de una drogadicta que había usado especias por demasiado tiempo. Pero, en realidad, Ransolm sospechaba que su voz ronca tenía que ver con las cicatrices en su cuello—. Sin embargo, visitamos Bastatha al mismo tiempo, hace poco. Me percaté de la presencia de la delegación senatorial.

«Con cuidado», se dijo Ransolm a sí mismo. Ella debía saber que habían estado investigando a Rinnrivin Di, por lo que estaría a la defensiva. Sin embargo, Hadrassian había accedido a venderle el artefacto aun conociendo su verdadera identidad, lo cual significaba que ella pensaba que Ransolm podía resultar ser más un amigo que un enemigo. Él tendría que andarse con mucho cuidado para eliminar las sospechas de la mujer y ganar su confianza.

—Cuando estábamos haciendo unos encargos para Ryloth —dijo oscuramente—. Asuntos no muy propios de un senador. Pero al menos expusimos a unos cuantos mafiosos locales a las autoridades, así que supongo que no fue una pérdida total de tiempo.

—Usted no tiene muy buena opinión sobre los mafiosos, me imagino. —Hadrassian dijo esto como si ella también tuviera una mala opinión de ellos.

Ransolm decidió ser completamente honesto en su respuesta, ya que no podía pensar en ninguna mentira que le funcionara mejor.

—Hurgar la tierra en busca de créditos, sacarle dinero a la gente adicta… ¿Qué clase de negocio es ese? ¿Qué clase de vida es esa?

—Estoy de acuerdo, Senador Casterfo. Estamos hechos para cosas mejores. —La sonrisa de Hadrassian se extendió por su cara como el corte de una navaja—. Unas cuantas rondas de sabacc en un casino están bien por una noche, pero uno no puede obtener verdaderas recompensas de simples juegos de azar.

—Estoy de acuerdo.

«Usé el pretexto de la venta para evaluarla; ella debe haberlo aceptado para evaluarme a mí. ¿Qué quiere descubrir?».

El senador le hizo un gesto al mesero que se había acercado a la mesa, un humano de verdad en vez de un droide, lo cual evidenciaba la pobreza de ese planeta. Eligió uno de los tés de la carta al azar. Resultó ser aromático y dulce, y la taza de cerámica le ayudó a calentarse las manos. Ransolm estaba agradecido por esto, sobre todo porque le dio oportunidad de organizar sus ideas.

—Así que… —empezó a decir—. ¿Cómo fue que consiguió el casco?

Esperaba la historia habitual: «lo obtuve de otro coleccionista… bla, bla, bla», o incluso una de esas turbias historias de un amigo o ancestro heroico que personalmente había tomado artefactos del Imperio como trofeos de guerra. Pero Hadrassian lo sorprendió otra vez.

—Yo serví a la flota estelar del Imperio, Senador Casterfo. Al igual que muchos miembros de mi familia y muchos amigos. El casco le perteneció a mi hermano menor. —Ella miró su taza de té. Era la primera vez desde que comenzó la plática que su

atención había dejado de ser tan aguda como el filo de una navaja—. Él se enfermó seriamente un día antes de que Palpatine partiera hacia la segunda Estrella de la Muerte, así que perdió su oportunidad de acompañar al Emperador en ese viaje final. De haber ido… ¿quién sabe? Tal vez la historia se habría reescrito.

¿Exactamente, cómo es que un solo guardia imperial habría podido derrotar a toda la flota rebelde? En fin, la gente se convence a sí misma de las cosas más extrañas con tal de creer que podrían haber alterado el destino.

—¿Su hermano accedió a separarse del casco? Yo me imaginaría que es algo que querría atesorar por siempre.

—Volvió al ejército imperial después de la muerte de Palpatine, y fue uno de los muchos soldados que cayeron en Jakku. Este casco es una de las pocas cosas que me quedan de él.

—En tal caso, me sorprende aún más que esté dispuesta a vender un recuerdo tan valioso —dijo Ransolm.

—No se lo vendería a cualquiera. Usted es exactamente el tipo de cliente que tenía en mente. —Los bordes de sus ojos se arrugaron, aludiendo a la sonrisa que suprimió.

«Todo este tiempo pensé que yo había preparado este encuentro. Pero esta trampa no es mía, es suya».

Normalmente, Ransolm se habría disgustado por haber caído tan fácilmente en una trampa. Pero esta vez, lo invadió una sensación de alivio. Sería menos probable que Hadrassian sospechara de sus intenciones, porque ella orquestó la reunión para sus propios propósitos.

Se preguntó a sí mismo cómo habría actuado si en verdad fuera sólo un comprador. Se inclinó sobre la mesa.

—Dígame… ¿exactamente qué hacía en la flota imperial?

Hadrassian sonrió abiertamente esta vez.

—¿Quiere oír algunas historias de guerra? Su interés por la historia del Imperio es bien conocido, Senador Casterfo, pero dudo que un hombre tan importante como usted tenga tiempo.

—Haré tiempo.

Las siguientes dos horas estuvieron llenas de historias de la flota imperial, particularmente de las labores juveniles de Hadrassian como piloto de un TIE. Con el tiempo, había llegado a ser oficial del BSI.

—Resultó más interesante —admitió—, pero sólo en el momento, no en el recuento.

Ransolm tomó nota de eso; cualquier persona que hubiese sido admitida en el Buró de Seguridad Imperial tenía que haber sido considerada extremadamente leal. Pero mantuvo la conversación enfocada en cuando ella andaba persiguiendo contrabandistas de especias por Kessel y Kerev Doi.

No tuvo que fingir interés. Las historias de Hadrassian eran fascinantes.

Se despidieron en buenos términos, y se citaron para concretar la venta del casco al día siguiente.

—Aquí no —dijo Hadrassian—. Le enviaré las coordenadas de mi territorio en Western Wastes. No está lejos, como a una hora de vuelo por mucho. Pero por favor pídale a su asistente… —Movió la cabeza en dirección a Greer, quien seguía en la barra— que no lo acompañe. Prefiero que mis transacciones sean confidenciales.

¿Era este el mismo tipo de trampa al que Leia se había enfrentado en Bastatha? Ransolm lo dudaba. Hadrassian había organizado este encuentro para estudiarlo, y estaba seguro de haber pasado la prueba. Cualquier nivel de confianza que hubiera logrado ganar se vería arruinado si insistía en llevar a Greer.

—Comprensible —le dijo—. Espero con ansias nuestro siguiente encuentro. ¿Tendrá más historias para mí?

Hadrassian inclinó la cabeza.

—Muchas más, Senador Casterfo.

Se las arregló para ocultar su entusiasmo hasta que él y Greer estuvieron bastante lejos de la casa de té. Entonces Ransolm le contó a la asistente de Leia todos los detalles de su conversación con Arliz Hadrassian. Greer no parecía compartir su entusiasmo, pero él siguió hablando todo el camino de vuelta al hangar del puerto espacial.

—… y sigue siendo leal al Imperio. Como si hubiera hecho su juramento ayer, en serio.

—Debe ser agradable para usted —dijo Greer.

Le tomó a Ransolm un momento procesar ese comentario.

—¿Disculpa?

—Conocer a alguien con quien comparte tantos intereses. Como…, digamos…, venerar al Imperio.

Se hubiera sentido menos ofendido si lo hubiera abofeteado.

—Yo no venero al Imperio. ¿No me escuchaste? ¿No te das cuenta de que esto significa que vamos por buen camino?

—Me doy cuenta de que estamos más cerca de averiguar lo que está pasando en Daxam IV —dijo Greer—. Pero sigo sin estar segura de en qué camino está usted.

Ransolm se rehusó a dignificar ese comentario con una respuesta. Pasó junto a ella, decidido a tomar lo que necesitaba de la nave y dirigirse a las habitaciones que habían rentado para pasar la noche. A pesar de toda su conversación cuidadosamente planeada, sólo se ganaba el desdén de Greer. ¿Acaso nada de lo que hiciera sería suficiente para el equipo tan arrogante de Leia?

Esa noche, varias horas después de que oscureciera, Greer sacó la Jeconne a dar una vuelta.

«Me pregunto si Casterfo me verá y pensará que lo estoy abandonando», se dijo. Seguramente el hombre ya estaba dormido. Pero no podía quitarse la idea de la cabeza, principalmente porque se sentía culpable.

Ser despectiva con el tipo no le hacía ningún bien a nadie. La Princesa Leia había decidido confiar en Ransolm Casterfo, lo cual significaba que a Greer le correspondía ayudarlo. Él había actuado muy bien esa tarde, pensando y hablando rápido. De no haber sido así, Hadrassian podría haberse percatado de que no los estaba engañando tan bien como ella esperaba. Además, había sido muy valiente al ir a «rescatar» a Leia de Rinnrivin Di, y aparentemente hasta había visitado a la princesa después del bombardeo al Senado.

Aun así, Casterfo seguía irritando extremadamente a Greer, particularmente por algo que la Princesa Leia le dijo en Bastatha: «Puedo imaginarlo perfectamente con un uniforme imperial».

La relación de Pamarthe con el Imperio había sido compleja. En los primeros años del gobierno de Palpatine, sus ciudadanos se enlistaron en la flota imperial como pilotos y artilleros para canalizar su espíritu marcial en los ejércitos del Emperador. Nadie en Pamarthe jamás había entendido el uso de clones por parte de la Antigua República para reemplazar a los guerreros. La población de Pamarthe estaba ansiosa por nuevas batallas y nuevas conquistas.

Pero todo eso cambió después de que la Estrella de la Muerte destruyó Alderaan. La idea de disparar tanto a soldados como a civiles, desde una distancia segura, sin arriesgarse en lo más mínimo, les pareció la mayor y más despreciable forma de cobardía imaginable, todo verdadero guerrero de Pamarthe lo pensaba así. Muchos desertaron de inmediato. Al cabo de unos cuantos años, cientos de ellos se habían unido a la Alianza Rebelde, incluyendo a los padres de Greer. Así que ella había crecido oyendo sus historias de batallas en contra del Imperio.

Casterfo negaba ser admirador del Imperio, pero actuaba como si lo fuera. Y ciertamente eso debía ser lo que la irritaba tanto del tipo.

«O tal vez…», admitió para sí misma, «sólo estás celosa de lo despreocupado que puede ser. Lo optimista que puede ser. Puede llevar una vida sin límites, mientras que tú…».

Greer exhaló fuertemente, con frustración, mientras inclinaba la nave para después elevarla hacia el cielo nocturno. A cada metro que se alejaba del suelo, se sentía más libre. La atmósfera casi sin nubes de Daxam IV implicaba tener un panorama nítido de las estrellas que se extendían ante ella; apenas podía distinguir si estaba en el espacio o en el cielo. Poco a poco se relajó, dejándose llevar por un emocionante vuelo que trazaría un amplio círculo alrededor de la ciudad.

Vientos bajos y atmósfera ligera; el vuelo era fácil, y los pensamientos de Greer habían comenzado a divagar cuando en el extremo occidental de su trayecto las señales comenzaron a parpadear al borde de la pantalla. Frunció el ceño y se enfocó más en ellas para obtener una mejor lectura. De acuerdo con sus registros, se encontraba bastante alejada de las principales vías de circulación aéreas, además Daxam IV era un lugar tan desértico que no esperaba encontrar muchas naves.

«Tal vez son sembranubes o centinelas», pensó.

Pero aquellas naves eran demasiado rápidas como para tratarse de eso; sólo podían ser cazas estelares, lo cual significaba que había encontrado a los guerreros Amaxine.

Greer apagó rápidamente sus propias señales y empezó a volar más bajo, para que fuera difícil detectarla. Pronto estuvo volando sólo a unos metros sobre el suelo. El polvo se arremolinaba abajo de su nave, mientras estudiaba los datos reflejados en las pantallas. Quince… veintidós… no… casi treinta cazas estelares sobrevolaban el territorio próximo a Western Wastes, y en formación militar. Configuró su rango de detección al máximo. Sus ojos se desorbitaron al darse cuenta de que por lo menos otros cinco escuadrones estaban practicando las mismas maniobras.

Pocas milicias eran tan grandes. Y aún menos volaban con tanta precisión. Además, casi ninguna tenía una flota de cazas estelares tan rápida y bien armada como la flota de la Nueva República.

Esto lo dejaba claro: los Amaxines eran mucho más que un grupo de patrulleros entusiastas. Eran una organización paramilitar, una con muchos fondos, lazos con el crimen organizado y un líder que sin duda sería alguien cercano a Arliz Hadrassian, o la mismísima Hadrassian… que ahora tenía una cita con Ransolm Casterfo, a primera hora de la mañana.

—Esperemos que en verdad esté de nuestro lado —murmuró Greer.

CAPÍTULO **DIECISÉIS**

—Senadora Organa, bienvenida a Lessu y a Ryloth —dijo el Emisario Yendor, mientras se acercaba al *Brillo de Espejo* apoyado en su bastón. Aunque llevaba puesta la larga capa color café oscuro que lo identificaba como un oficial, había disminuido la formalidad poniéndose un pantalón y una chaqueta café. Además llevaba correas de cuero entrelazadas alrededor de su lekku. Su vestimenta significaba que había cumplido con la solicitud de Leia acerca de recibir su llegada discretamente, la vestimenta y la amplia sonrisa en su cara azul.

—En Hoth solía ser Princesa Leia —dijo ella, sonriendo también.

—No estamos en Hoth ahora —dijo Yendor animadamente—. Gracias al cielo. Espero no volver a sentir tanto frío nunca en mi vida. Apenas hace un año me quité la peste a tauntaun.

—No olían tan mal.

—Con todo respeto, su alteza, usted nunca tuvo que limpiar sus establos.

—Jaque —dijo Leia extendiendo su mano para saludarlo, mientras miraba alrededor.

Donde estaban era el único puerto de Lessu, la ciudad capital de Ryloth; sin embargo, parecía que casí no había actividad. Las naves se encontraban estacionadas. Y nadie cargaba ni descargaba nada de ellas. Además, el tránsito a pie parecía mínimo. Normalmente, Leia habría atribuido esto a la llegada de un senador, pero, de acuerdo con sus instrucciones, no se había organizado ninguna ceremonia de bienvenida. Solo el emisario y un pequeño grupo de seguridad fueron a recibirlos. El puerto de Lessu estaba así de tranquilo por la sencilla razón de que no había suficiente tráfico para llenar el área.

«Ryloth está haciendo un gran esfuerzo por recuperarse de todos los siglos de opresión», reflexionó, «pero aún les queda mucho camino por recorrer».

—El tratamiento de Princesa Leia está bien por ahora —se limitó a decirle al Emisario Yendor—. Cualquier amigo de la Rebelión es un amigo de por vida. Voló con el Escuadrón Corona, ¿no es así?

—Sí, su alteza. —La sonrisa de Yendor se tornó menos formal y más orgullosa. A todos los soldados les gusta que los recuerden. Volteó a ver a los que iban detrás de ella—. Por favor, preséntenme al resto de su equipo.

—C-3PO, encargado de relaciones humano-androides —3PO hizo una pequeña reverencia—. Aunque ya nos habíamos conocido, Emisario Yendor. Trabajamos juntos para recalibrar las unidades térmicas de la Base Eco, precisamente cinco días después de nuestra llegada a Hoth. Si me permite decirlo, es todo un placer volver a verlo.

—¿Cómo podría olvidar ese día? —dijo Yendor, arreglándoselas para sonar sincero.

Leia presentó al resto del grupo.

—Ella es Korr Sella, mi becaria. Y mi piloto, el Teniente Joph Seastriker.

—Es un placer conocerlos a ambos —dijo Yendor—, incluso considerando que no tienen absolutamente ningún derecho de ser tan jóvenes.

Korrie y Joph intercambiaron una mirada. Leia logró no expresar su desaliento cuando se percató nuevamente de lo jóvenes que lucían ambos, aún más jóvenes que Ben, con sus mejillas regordetas y rostros sin arrugas. De algún modo inverosímil, Leia ya era senadora a la edad de Korrie, y ni siquiera tenía la edad de Joph cuando la Rebelión ganó la Batalla de Endor. Yendor sólo debía ser cinco o seis años mayor que Leia.

Y si Joph y Korrie se veían tan jóvenes ante sus ojos, ¿cómo se vería ella ante los suyos? Debían sentir como si estuvieran escoltando una pieza de museo alrededor de la galaxia. A juzgar por la expresión de Yendor, él debía estar pensando lo mismo. «Pertenecemos a otra era», pensó con un suspiro. «Pero tenemos que hacer lo posible por sobrevivir en esta».

Sin embargo, el resto del día se sintió como haber viajado a una era tan distante que debía pertenecer a los tiempos anteriores a la Antigua República.

—¿Todo está escrito en papel? —preguntó Korrie, horrorizada, cerca de tres horas después de estar revisando los archivos gubernamentales de Ryloth.

—Excepto por lo que está escrito en pieles curtidas —dijo Leia, haciendo la antigua vitela a un lado—. O en tablas de madera o en pergaminos. Pero sí, todo está escrito a mano, si no está impreso.

Lo único que se veía atrás de una torre de volúmenes encuadernados en piel era el grueso cabello dorado de Joph Seastriker.

—¿En serio no podían pagar hologramas normales? ¿O computadoras? ¿Nada?

—No, Teniente Seastriker, no podían. —Leia mantuvo un tono de voz amable, pero era importante que su equipo entendiera esto—: Ryloth nunca tuvo muchos recursos, y lo poco que tenían casi siempre les fue arrebatado por los niktos o por los hutts. Aprendieron que si querían preservar su propia versión de la historia de Ryloth, este era el único modo de hacerlo. Tenemos que respetar eso, incluso si hace nuestro trabajo más difícil.

Y así era. Inmensamente más difícil. Pero nadie dijo que ser un miembro del Senado Galáctico sería divertido.

Leia, Korrie, Joph y C-3PO estaban agrupados en torno a una mesa de piedra arenisca, en el corazón del archivo de Ryloth, un área vasta y cavernosa, ubicada en un sótano; ahí se almacenaban todos los registros del planeta, hasta lo que parecía ser del principio de los tiempos. Droides vela flotaban cerca de ellos, lo cual le proporcionaba a Leia suficiente luz para trabajar, pero, en contraste, hacía que el resto del espacio se sintiera aún más frío y oscuro.

—¡Aquí hay más cosas que agregar al dosier, su alteza! —exclamó C-3PO, tocando la página de un libro abierto con su mano metálica—. Otra mención a Rinnrivin Di. Esta es de hace quince años, aproximadamente.

Korrie acercó su cara a la página, entrecerrando los ojos en un intento de descifrar las palabras escritas a mano.

—Es una lista de los traficantes de especias de los hutt. Rinnrivin estaba en el peldaño más bajo de la operación, hasta donde sabían los habitantes de Ryloth.

—Estaría dispuesta a apostar que la información es correcta —dijo Leia, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y se sentaba. Para el viaje, había optado por usar un traje ligero, apropiado para el clima moderado de Lessu, pero inadecuado para el frío húmedo de los archivos—. A juzgar por lo que hemos encontrado del pasado de Rinnrivin hasta ahora, apenas hace unos siete o diez años no era nadie. Tenía poco dinero, aún menos poder y casi ninguna organización independiente a su nombre. ¿Y ahora? Hemos descubierto suficiente información como para determinar que Rinnrivin tiene una de las organizaciones criminales más grandes de la galaxia.

C-3PO giró su torso hacia ella e inclinó la cabeza como lo haría cualquier humano que siente curiosidad.

—Tal vez nuestra información es incorrecta, su alteza. Proviene de humanos y otras criaturas dotadas de sentimientos, no de máquinas, por lo tanto podría ser errónea.

Leia sacudió la cabeza.

—No. A pesar de que aún no sabemos todo sobre las operaciones de Rinnrivin, hemos visto suficiente para asegurar que es tan poderoso como los twi'leks nos dijeron, probablemente más.

—Bueno, ¿y qué tal esto? —Joph hizo a un lado los libros que estaban frente a él para poder tener contacto visual con los demás—. Tal vez hubo otro cártel que colapsó por esas épocas y uno de los hutts murió sin dejar un heredero, algo así. Rinnrivin pudo haber visto la oportunidad y aprovecharla, recogiendo todo lo que el otro cártel había dejado.

Leia analizó la idea por un momento antes de volver a hablar.

—Podría ser plausible. El único problema es que no tenemos ningún registro del supuesto cártel hutt. Ni aquí, ni en Hosnian Prime, ni en ninguna parte.

—Rinnrivin estuvo oculto por bastante tiempo —dijo Korrie—. Tal vez por algo como eso no sabíamos de la existencia de ese otro cártel. Incluso es probable que existieran otros de los que tampoco sepamos aun ahora.

—Es cierto. Pero si Rinnrivin simplemente se limitó a llenar un vacío de poder, a estas alturas ya nos habríamos topado con algún rastro de la persona a quien estaba reemplazando. Y no lo hemos encontrado. —Leia hubiera querido lo contrario. Cuanto más pensaba acerca de los misteriosos orígenes de las operaciones de Rinnrivin Di, más profundamente nerviosa se sentía.

Tal y como ella y Casterfo sospechaban, alguien más habría «patrocinado» a Rinnrivin. Su reunión a solas con los niktos le había demostrado a Leia que el hombre no era tonto; no era del tipo que aceptaría un estatus de segunda a cualquiera. Así que quien

tuviese el poder detrás del cártel de Rinnrivin debía tener un alcance más allá de la imaginación de Leia.

—¿Todavía está segura de que esto no tiene nada que ver con los centristas? —Preguntó Korrie, señalando las pilas de libros sobre la mesa—. Porque todo esto sugiere que el dinero de Rinnrivin va a parar a planetas centristas. Eso me hace pensar que el dinero de la inversión pudo haber salido de ahí también.

—Que un planeta se alíe políticamente con los centristas no nos dice nada de lo que los ciudadanos piensan o hacen de manera individual —dijo Leia. Y lo había dicho sinceramente, pero algo en su interior le sugería que algo estaba mal.

«Los centristas se enorgullecen de respetar la ley y el orden», pensó ella, recordando las palabras de Casterfo sobre la pena de muerte en Riosa. «Es más probable que ellos se percaten de si una organización criminal está operando bajo sus narices. ¿Será posible que todos los planetas centristas a donde se extiende el cártel de Rinnrivin desconozcan su poder y alcance?». Era posible. Pocas personas tenían tantos motivos para rastrear a los niktos como los twi'leks. Sin embargo, Leia ya presentía los contornos de lo que se ocultaba bajo la superficie, la inmensidad del peligro que los acechaba sin que pudieran verlo, el cual crecía más cada instante.

Pilotear una nave tan buena como el *Brillo de Espejo* hacia un mundo independiente como Ryloth en una misión secreta: aventura de gran calidad. De la mejor calidad. Nivel de emoción: siete, tal vez siete y medio.

Pasar horas sentado en un sótano húmedo y mohoso leyendo palabras escritas en papel de verdad en un intento de rastrear registros financieros: cero aventura. El nivel de emoción era tan bajo que había logrado drenarle a Joph la vida restante y todo gramo de aventura, como un agujero negro que se traga toda la luz y el calor.

—Esto apesta —le confió a su única compañía en la nave esa tarde.

—No detecto ningún componente químico fuerte en la atmósfera de la nave —respondió C-3PO—. Claro que esa no es una de las funciones principales de mi programación. Podríamos localizar una unidad astromecánica para que ejecutara un escaneo más exhaustivo del sistema de ventilación…

—No lo dije literalmente. —Joph se echó en el asiento del piloto, mirando con tristeza la silenciosa quietud del puerto espacial—. Quise decir que esto es aburrido.

—Ya veo, señor. —El droide nunca dejaba de ser educado.

Joph se preguntó en ese momento si la programación del droide le impedía aburrirse… o tal vez, para C-3PO, los humanos eran tan lentos y tontos que estaba acostumbrado al aburrimiento.

Habían invitado a la Princesa Leia a algún tipo de cena. Si el evento fuera un gran banquete de estado, probablemente Joph también habría sido invitado. Sin embargo, este

era un evento más sencillo, una reunión privada que el Emisario Yendor había organizado para la princesa y algunos otros que ambos habían conocido durante la guerra.

Korrie, por su parte, estaba terminando el trabajo en los archivos. Hasta que regresó, Joph no tuvo nada que hacer más que *cuidar la nave*.

«Bueno, al menos tuviste oportunidad de pilotear la nave», se recordó Joph a sí mismo mientras observaba la elegante consola del *Brillo de Espejo*. No era mucho consuelo, pero algo es algo.

Justo en ese instante, la unidad de comunicación empezó a parpadear con el patrón de luces de un mensaje de alta prioridad. Joph se sentó derecho. Sólo alguien en el Senado u otro oficial de alto rango de la Nueva República podía enviar ese tipo de mensaje. Ocurría tan pocas veces que su entrenamiento nunca había abarcado qué hacer en tal caso. ¿Debía responder en nombre de la Senadora Organa? ¿O estaría violando los protocolos de seguridad con sólo ver el mensaje?

Tenía que intentarlo. Introdujo la combinación apropiada para recibir el mensaje.

—*Brillo de Espejo* recibiendo. Teniente Seastriker al habla.

—¿Joph? —La cara del Senador Casterfo apareció en la pantalla—. Imagino que Leia no está a bordo entonces.

—Un banquete. —¿Debería haberlo expresado con más cuidado? Eso no importaba mucho. Joph continuó—: Puedo, eh, tomar un mensaje… o ir a buscarla si es muy urgente…

—No tan urgente, pero deberíamos actuar rápido. —Casterfo se acercó a la pantalla de proyección; su holograma parecía estar sobrevolando la cabina—. Greer ha descubierto evidencia que indica que los Amaxines son mucho más que una pequeña milicia; parecen ser una valiosa fuerza de combate que está entrenando.

—¿Entrenando para qué? —preguntó Joph. Atrás de él, entró Korrie. La puerta del *Brillo de Espejo* se cerró a su espalda. La chica frunció el ceño mientras se acercaba para escuchar la llamada.

—Esa es la cuestión —continuó Casterfo—. Pero esto es lo más importante: tenemos que encontrar el vínculo entre Rinnrivin Di y los Amaxines, cuanto antes. Si no logramos abatirlos junto con Rinnrivin, esto podría convertirse en mucho más que un simple asunto criminal. Los Amaxines podrían intentar defenderlo o vengarlo. Dada la escala a la que operan, todo esto podría significar un conflicto abierto entre sistemas.

Joph se enderezó en su silla.

—De acuerdo. ¿Qué podemos hacer aquí?

—Greer sugirió que sería improbable que Rinnrivin dejara una fuerza de combate tan grande sin monitorear. Hicimos unos escaneos que revelaron satélites espías; envían informes periódicos de Daxam IV algunos otros planetas, incluyendo Ryloth.

—¿Cree que Rinnrivin Di pueda estar oculto aquí? —dijo Korrie.

Si acaso a Casterfo le extrañaba que Korrie se hubiese unido a la conversación, no lo demostró.

—No. Creo que Ryloth es una especie de estación repetidora. Rinnrivin tiene suficiente influencia ahí como para sobornar a las autoridades locales para que nadie detecte los satélites que orbitan alrededor de Ryloth. Lo que necesitamos saber es a dónde están enviando su señal los satélites de Ryloth. —La pieza final del rompecabezas encajó en su lugar—. Porque eso nos revelará la ubicación de Rinnrivin Di.

El Senador Casterfo asintió, o quizá fue Joph: la señal tenía un poco de interferencia que distorsionaba la imagen de su cara por breves instantes. Casterfo continuó:

—Es muy probable. Les estamos transmitiendo las especificaciones que deben buscar en este momento. Si pueden localizar e intervenir esos satélites, esta investigación avanzará de manera significativa.

—Ya estamos en ello —prometió Joph, mientras la computadora empezaba a procesar la información recibida.

Cualquier cosa que pensara añadir Casterfo se perdió en cuanto la señal del holograma desapareció por completo. Después de un momento de silencio, se dieron cuenta de que no pensaba volver a llamar, o no podía.

Joph tamborileó con las manos.

—Tenemos una misión. No, tenemos una misión secreta. Ahora esto sí que está mejor.

—Espera, ¿piensas ir ahora? —Dijo Korrie—. ¿Justo en este instante?

—Oíste al senador. Es importante.

—¡Ni siquiera le has avisado a la Senadora Organa!

—Está ocupada. Y otro miembro del Senado Galáctico acaba de darnos sus órdenes.

Korrie se sentó en el asiento del copiloto, apretaba su datapad contra el pecho. Su cabello rizado y suelto enmarcaba su cara de preocupación.

—¿Quieres hacer esto ahora porque crees que es tan urgente que no deberíamos esperar, o sólo porque estás aburrido?

—Sí —dijo Joph sonriendo.

—¡Pero señor! —3PO se acercó desde la parte trasera de la habitación, en donde había permanecido apagado por un rato. Un rato muy corto—. Esto es altamente irregular. Estoy seguro de que a la Princesa Leia le gustaría que lo consultáramos con ella antes.

Probablemente. Sin embargo, entre más lo pensaba Joph, más se convencía de que era el momento adecuado… Y esperaba que no se tratara sólo de una ilusión suya.

—Si Rinnrivin tiene espías aquí en Ryloth, y es probable que así sea, es posible que le esté siguiendo los pasos a la Senadora Organa, pero no a nosotros. Lo que significa que, si vamos a hacer esto, nuestra mejor oportunidad de hacerlo sin que nos descubran es actuar ahora, mientras la senadora está en otra parte.

Aunque la expresión de Korrie seguía siendo dudosa, finalmente asintió.

—Estoy seguro de que cometemos un terrible error —dijo C-3PO.

—Sólo si lo arruino. —Joph encendió los motores y sintió como el *Brillo de Espejo* temblaba alrededor, listo para la acción—. Y no voy a arruinar nada

Salieron volando de Ryloth. Eran un destello luminoso en medio del cielo nocturno, que dejaba atrás el brumoso manto de la atmósfera del planeta y se acercaba a su órbita. Normalmente, las naves se alejaban de las estrechas bandas de los satélites que giraban alrededor del ecuador, pero Joph aproximó el *Brillo de Espejo*, mientras Korrie revisaba dos veces cada una de las especificaciones que les ayudarían a identificar posibles objetivos. En cuestión de minutos, la pantalla comenzó a parpadear con múltiples puntos rojos: satélites que podrían estar trabajando para Rinnrivin.

Joph se acercó al primero de los satélites, sintiendo como si estuviera pasando cuidadosamente con la nave por un cinturón de asteroides. Los satélites plateados punteaban el cielo oscuro a su alrededor mientras él trataba de coordinar la velocidad de la nave con la velocidad orbital.

—3PO, puedes procesar la información de uno de estos si intervengo la señal por unos segundos, ¿cierto?

C-3PO ladeó su cabeza dorada.

—Mi función principal es servir como droide de protocolo y traductor, además de aconsejar a la Princesa Leia en asuntos diplomáticos de gran importancia…

—Pero puedes hablar con otras máquinas, así que debes ser capaz de entender a estos satélites. —De no ser así, la misión de Joph estaba a punto de complicarse mucho.

Si el droide fuese capaz de resoplar, lo habría hecho.

—Si usted lo requiere, señor.

—Lo requiero. —Joph se acercó todavía más, hasta que el satélite estuvo lo suficientemente cerca como para tocar el caso blanco y diáfano del *Brillo de Espejo*. Sin embargo, justo cuando estaba a punto de ordenar a C-3PO que empezara, se le occurió una idea.

«Los satélites deben estar enviando información a Rinnrivin de manera regular. Pero de seguro Rinnrivin no se queda en un solo sitio; no si lo están buscando en toda la galaxia. No sólo necesitamos recuperar la información, necesitamos interceptar los satélites de manera permanente».

—Oye, 3PO —dijo Joph pensando rápidamente—. Si puedes lograr que el satélite nos entregue la información ahora, ¿también puedes reprogramarlo para que nos siga enviando información de aquí en adelante? ¿Incluyendo el destino principal de la señal?

—Podría, señor, pero eso tomaría mucho más tiempo.

—Si nos quedamos demasiado tiempo aquí, podrían detectar nuestra presencia —intervino Korrie—. Eso arruinaría toda la misión.

—Sí, pero es la única forma de asegurarnos de seguir rastreando a Rinnrivin Di.

Ella asintió, pero su expresión seguía mostrando preocupación.

—El Senador Casterfo nos dio órdenes específicas.

—¡Pero sólo porque no ha pensado en esto aún!

—Deberíamos apegarnos al plan por ahora y preguntarle a la Senadora Organa sobre tu idea después…

—Interactuar con los satélites dos veces aumentaría las probabilidades de activar alguna alarma, ¿cierto, 3PO? —dijo Joph, mirando al droide.

—Sí, señor, pero las órdenes del Senador Casterfo fueron muy claras —insistió C-3PO—. No deberíamos desobedecerle.

A Joph le habría encantado darle un golpe a C-3PO en la cabeza metálica, de no ser porque se lastimaría las manos en el acto.

—No estamos desobedeciendo sus órdenes… las estamos mejorando.

—Joph, no lo hagas —imploró Korrie. El chico se había acostumbrado a verla como a alguien de su edad, pero la preocupación en su voz le recordó que sólo era una chica de dieciséis años—. Es demasiado riesgoso.

—Es una oportunidad demasiado buena como para desperdiciarla —dijo Joph, con decisión—. Lo haremos. Que quede registrado que seguí adelante con mi plan a pesar de sus objeciones. Si algo sale mal, la culpa será sólo mía.

C-3PO se veía como si sus circuitos estuvieran a punto de explotar.

—Si nos capturan los matones de Rinnrivin, ¡será nuestro fin!

—No van a volar hasta acá para atraparnos con las manos en la masa —dijo Joph, añadiendo mentalmente: «Al menos eso creo»—. ¿Existe algún tipo de… modo de sueño, algo así, en el que puedas poner a los satélites? Algo que desacelere la activación de cualquier alarma.

—Haré lo mejor que pueda, señor —dijo el droide, resignado.

El trabajo implicó poner a C-3PO al borde de sus capacidades, pero lo consiguió. Una y otra vez, Joph dirigía al *Brillo de Espejo* hacia un satélite con la precisión necesaria en sus acercamientos para alcanzar la señal, de modo que C-3PO pudiera «persuadir» a los satélites de entrar en modo de sueño. Después, mientras la información se descargaba, podían introducir un nuevo código en los satélites para que hicieran un poco de trabajo adicional la próxima vez que enviaran su señal.

Aunque lo hicieron lo más rápido posible, el vuelo delicado y la compleja tarea de C-3PO provocaron que cada satélite se quedara a pocos segundos de activar una alarma automática antes de que el droide pudiera desconectarse. La tensión hacía que Korrie se viera muy desaliñada y que las quejas de 3PO sólo fueran interrumpidas por su pánico, pero Joph lo disfrutaba inmensamente.

Aquello era un reto a sus habilidades, una misión verdaderamente importante. Sólo debía seguir sus instintos para encontrar una mejor idea que la que tenía antes. Esto era con lo que Joph soñaba en Gatalenta. No se había divertido tanto desde que piloteó su X-Wing por las cavernas de Bastatha.

Esa noche, la sensación de euforia le duró hasta después de que aterrizaron, cuando la Princesa Leia se enteró de lo que habían hecho.

—Déjame ver si entendí bien —dijo Leia, caminando de un lado a otro frente a Joph, quien estaba de pie rígidamente, en posición de firmes delante de la cabina. En una esquina, se encontraban Korrie y C-3PO, en silencio. La preocupación y compasión de

Korrie eran tan evidentes como el «Te lo dije» mudo del droide—. Se tomó la libertad de «mejorar» las órdenes de Casterfo.

—Sí, señora. La idea me llegó… en un momento de inspiración. Sentí que usted habría aprobado mis órdenes, de haber estado presente.

La princesa se detuvo a la mitad de un paso y le lanzó una mirada de hierro.

—Pero yo no estaba presente, Teniente Seastriker. Y no debe asumir que puede adivinar lo que yo aprobaría o no aprobaría.

—Sí, señora. Lo sé. Pero… —Tal vez la senadora no acababa de darse cuenta de lo que habían logrado hacer—. Podremos recibir actualizaciones sobre la ubicación de Rinnrivin Di de ahora en adelante. Eso debe hacer que el riesgo valga la pena, ¿cierto?

—Esa decisión no le corresponde a usted, teniente. Pudo haber expuesto toda la operación.

—Sí, señora. —Joph se preguntó cuántos deméritos recibiría por esto. Pero seguramente no lo rebajaría a alférez, ¿cierto?

—Está aquí para trabajar conmigo, en esta misión, como yo lo ordene —continuó ella—. ¿Le queda perfectamente claro?

A estas alturas, Joph sentía que su espíritu se había hundido hasta las suelas de sus zapatos.

—Sí, señora.

Pasaron unos momentos de silencio, durante los cuales el chico esperaba que le dieran la orden de llevar su trasero de vuelta a la cabina… hasta que la Princesa Leia dijo:

—Fue una buena idea.

Joph sonrió mientras levantaba la cabeza. Si bien la princesa tenía los brazos cruzados sobre el pecho, su expresión había cambiado de severa a intrigada.

—Sí, señora. Quiero decir… gracias.

—La próxima vez que tenga un «momento de inspiración» similar, quiero que lo consulte conmigo primero. Tiene buenos instintos, pero no será de mucha ayuda si no aprende a trabajar en equipo. —La princesa gesticulaba en torno a la cabina—. Ya nos ayudó a colocar la red, Seastriker. Ahora veamos si atrapó algo.

Entusiasmado, Joph se sentó en el asiento del piloto y empezó a rastrear la señal de los satélites. La Princesa Leia tomó la posición del copiloto, y Korrie y C-3PO se acercaron desde atrás. Unas cuantas líneas de pequeño texto verde comenzaron a aparecer en la pantalla.

—No hay mucho todavía… pero podemos determinar la ubicación de los lugares a donde se están enviando las señales.

—Excelente —dijo la princesa.

—Oh, no fue nada. Sólo una compleja labor de programación, ejecutada con mucha velocidad —dijo C-3PO, con obvio orgullo—. Siempre me alegra ser de utilidad.

Joph le lanzó una mirada al droide por encima del hombro, pero se forzó a concentrarse en el trabajo que estaba haciendo. Cuando obtuvo la información, la

introdujo en la computadora de navegación para ver la ubicación que esta arrojaba. En pocos instantes, apareció el nombre de un planeta que Joph desonocía.

—Sibensko, Zona de Expansión. Parece que pertenece a un espacio mayoritariamente centrista. ¿Lo conoce, senadora?

—No —dijo Leia—. Pero tengo el presentimiento de que todos lo conoceremos pronto.

CAPÍTULO
DIECISIETE

Para Ransolm Casterfo fue un alivio que hiciera mucho menos frío durante su segundo día en Daxam IV. La brillante luz del sol le ayudaba a calmar los nervios que sentía en el estómago, una sensación que Greer Sonnel parecía estar dispuesta a empeorar.

—No debió acceder a una reunión sin mí —dijo Greer, por enésima vez esa mañana, mientras caminaban por el puerto espacial hacia el puesto de renta de speeders—. Se supone que soy su jefa de gabinete, ¿recuerda? ¿Por qué no usar su rango como pretexto? ¿Por qué no insistir en llevar a alguien con usted? No me parece el tipo de persona que se olvidaría de sus privilegios senatoriales.

—Arliz Hadrassian no me parece el tipo de persona que aprobaría que alguien «use su rango como pretexto» en una situación donde se considera a sí misma como la mayor autoridad. —Ransolm miró la nave Jeconne—. Vuela lo suficientemente lejos para que puedan perderte de vista, pero lo suficientemente cerca para que puedas llegar rápidamente si te llamo. Con eso ya es bastante precaución.

Los ojos oscuros de Greer analizaron su rostro, aunque Ransolm no tenía idea para qué.

—¿En verdad confía tanto en estas personas?

—No confío en ellos para nada —dijo Ransolm—. Pero creo que puedo lograr que ellos confíen en mí.

—¿Y si se equivoca?

—Entonces tú podrás actuar como una engreída después, y yo comprobaré qué tan rápidos son estos speeders en realidad.

Había rentado un modelo elegante y moderno nuevamente. Esta vez eligió uno deportivo, pintado de rojo brillante. Hoy, Ransolm quería llamar la atención; quería dar la apariencia de ser joven, exitoso, entusiasta e inocente…, alguien para quien adquirir un artefacto imperial era una ocasión para celebrar. Y si eso significaba tener que conducir un speeder muy llamativo…

«Es el deber», pensó, con una sonrisa irónica. «Ante todo, el deber».

Mientras subía a su speeder y ajustaba sus lentes de seguridad, Greer se acercó a él.

—Si los pilotos que vi anoche están ligados a la organización de Hadrassian, podría estarse metiendo en aguas demasiado profundas para usted.

—¿De qué otra forma puede aprender uno a nadar? —Ransolm suspiró—. No intento sonar superficial, pero… no importa si me estoy metiendo en asuntos demasiado peligrosos, pienso seguir la misión a donde sea que me lleve.

—De acuerdo. —El tono de Greer sonaba diferente, casi respetuoso, pero Ransolm no tenía tiempo de pensar en ello. Tenía una cita que cumplir. Encendió el motor, se inclinó

hacia delante y salió disparado rumbo a Western Wastes, dejando atrás remolinos de arena anaranjada.

La propiedad de Hadrassian era lo único que había en medio de un panorama de desechos, era un conjunto de edificios a por lo menos cuarenta kilómetros de cualquier otra construcción. Varias decenas de personas trabajaban en naves espaciales individuales, cazas estelares que parecían modernos y sofisticados, a diferencia de la flota promedio de una milicia. Todos estaban uniformados con trajes negros, y ninguno de ellos prestó mucha atención a su llegada…, o todos intentaban fingir que no les interesaba su visita. Después de estacionar su speeder, Ransolm vio llegar a Arliz Hadrassian, caminando desde el edificio más grande. Su pelo con mechas plateadas estaba recogido en un moño apretado que acentuaba sus rasgos afilados. Su sonrisa era como los colmillos expuestos de un depredador con su presa entre las fauces.

—Senador Casterfo, nos honra con su presencia.

—El honor es todo mío, Hadrassian…, siempre y cuando el casco también lo sea. —Ransolm esbozó una sonrisa ganadora, la mejor de su repertorio. Sabía que funcionaba muy bien con la mayoría de las mujeres y con unos cuantos hombres (bastantes, de hecho). Aunque no era un donjuán, sabía perfectamente cómo ser encantador cuando la situación lo ameritaba.

—Ansioso por su premio —dijo Hadrassian entre risas—. Bueno, en ese caso venga a verlo.

Al entrar al edificio, les tomó un momento a los ojos de Ransolm ajustarse a la relativa oscuridad. Adentro, al final de una larga mesa negra, había otra decena de personas, todas esperándolo a él, aparentemente. En el centro, estaba el casco.

Ransolm se acercó con asombro. El color rojo brillante era un poco más claro que el color de la sangre, y brillaba tan inmaculadamente como debió haber brillado en la cámara real de Palpatine. Él se quitó los guantes, pero no tocó el casco. A Hadrassian le correspondía entregarlo: había pertenecido a su difunto hermano. El traspaso tenía que parecer tan sagrado para él como debía sentirlo ella.

Hadrassian se colocó junto a él, con las manos a la espalda.

—Magnifico, ¿cierto?

—Impresionante. —Ransolm ya podía ver el casco en la pared de su oficina.

—Imagine cuántas veces estuvo en la presencia del mismísimo Emperador.

Palpatine había estado cerca de este casco, lo había visto con sus propios ojos. Ransolm sintió una desagradable y nauseabunda agitación dentro de él. Prefería pensar en los oficiales del ejército, los soldados comunes, cuyo valor no podía ser cuestionado, aun si su causa era injusta. Cuando pensaba en el Emperador y en Vader, los visualizaba no como la columna vertebral del Imperio, sino como su contaminación. Habían sido su perdición.

—Aquí tiene. —Hadrassian tomó el casco entre sus manos y lo sostuvo por un silencioso y reverente momento, antes de entregarlo a Ransolm—. Póngaselo.

Ransolm se detuvo lo suficiente como para sentir el sorprendente peso del casco. Luego se lo puso para ver el mundo a través de él.

Su primer pensamiento fue que el espacio para los ojos era engañosamente estrecho: la visibilidad era mucho mejor dentro de la máscara que lo que cualquiera podría pensar. Tal vez el diseñador tenía la intención de infundir una falsa sensación de seguridad en aquellos que trataran de hacerle daño al Emperador.

—Imagínese, Senador Casterfo… —La voz de Hadrassian se había vuelto baja y dulce, como la de una madre que alentara a su hijo a soñar despierto—. Está parado a la diestra del Emperador. El mismísimo Lord Vader y todos los moffs están con usted. Va a bordo de la Estrella de la Muerte. Y esta vez no habrá ningún error, ningún accidente, ninguna deslealtad. Podrá compartir el poder y la gloria del Imperio para siempre. ¿Cómo se siente?

Los altos muros de piedra que rodeaban el campo de trabajo. El aire espeso, el hollín y el humo de las chimeneas de la fábrica. Las pequeñas manos de Ransolm en carne viva y agrietadas por tener que pulir los revestimientos de los blásters. El olor de los químicos absorbidos en su piel. El hambre arañando el interior su vientre.

Su padre tratando de explicar a Lord Vader la imposibilidad de pagar las cuotas que les impusieron. La respiración dura y metálica.

El miedo mortal que había hecho vomitar a Ransolm allí mismo, en el suelo. En ese momento pensó que era el fin, que Lord Vader seguramente lo mataría. Pero Vader no se preocupaba por el miedo de un niño pequeño. Él sólo pedía las cuotas.

Su mano apretando la garganta de su papá. La forma en que Vader lo había forzado a ver a su padre jadear, atragantarse y suplicar. La forma en que había arrojado a su papá como un pedazo de basura.

Cómo odiaba a Vader en ese momento. De haber tenido un pico de fuerza como los que usaban los guardias del Emperador, lo habría atacado con todas sus fuerzas y habría reclamado su cabeza como un trofeo.

—Glorioso —murmuró Ransolm—. Debe haber sido glorioso.

—Ah, sí. —La sonrisa en el rostro de Hadrassian creció—. Puedo ver que el casco de mi hermano ha encontrado un verdadero hogar.

—Así es —dijo él, mientras se lo quitaba, agradecido de poder liberarse de su peso—. Si tan sólo tuviera un pico de fuerza, la escena estaría completa.

Hadrassian arqueó una ceja y miró a quienes estaban reunidos frente a la mesa; ahora, todos ellos sonreían también.

—Senador, si desea un pico de fuerza…

—¿Tiene uno de la guardia imperial? —Ransolm apenas podía creer que aún existiese algo así; sería invaluable.

Hadrassian sacudió la cabeza.

—De ser así, me encantaría poder ofrecérselo. Pero tenemos otros picos de fuerza. Entrenamos aquí con ellos, yo y mis colegas, los guerreros Amaxine, como parte de nuestras recreaciones.

—Fascinante. —Ransolm sabía que había personas que tenían como pasatiempo recrear batallas históricas, pero también sabía que estaba prohibido usar armas reales en los encuentros. Si Hadrassian estaba hablando de un pico de fuerza que realmente funcionara, y no de uno de utilería…, entonces los guerreros Amaxine estaban haciendo mucho más que sólo recrear batallas.

Estaban preparándose para algo.

—Venga —le dijo ella, señalando la puerta—. Si no tiene prisa por llevar su casco de vuelta a Hosnian Primer, hay mucho que mostrarle.

—No tengo nada de prisa. —Su corazón empezó a latir con más fuerza. La situación estaba cambiando, y no podía imaginar hasta dónde llegaría todo eso.

Al salir, se encontraron en un claro: el centro del campamento de los guerreros Amaxine. Todos se reunieron a su alrededor, abandonando así su falsa indiferencia. En medio de todos los uniformes negros, la chaqueta y los pantalones de Ransolm, ajustados y verdes, parecían llamativos, frívolos y citadinos… Al menos eso debieron pensar algunos de los guerreros Amaxine. Sus miradas revelaban más diversión que concentración.

Hadrassian caminó hacia un largo casillero de metal corrugado y abrió la puerta.

—Picos de fuerza —dijo ella, tomando dos del casillero—. Si se programan en su máximo nivel de potencia, son capaces de cortar hasta el duracero. En su menor nivel, son capaces de causar un dolor intenso.

Lanzó uno de los picos a Ransolm, quien lo atrapó con su mano izquierda, con la cual era más hábil. Afortunadamente, el pico no estaba activado aún, pero él estaba totalmente consciente de su poder y su historia oscura. Los picos de fuerza se usaban para torturar. Su descargas eléctricas podían causar parálisis e incluso la muerte. Los investigadores no estaban seguros de si las muertes eran causadas por el voltaje eléctrico o por la intensidad del dolor.

—¿Sabe cómo pelear con picos de fuerza, Senador Casterfo? —Ella entregó otro pico a un hombre joven de piel bronceada y cabello rapado.

—He estudiado las técnicas en hologramas y cosas así. Pero nunca antes había tenido la oportunidad de sostener uno.

—En ese caso, permítanos tener el honor de enseñarle. —Habiendo dicho esto, Hadrassian le hizo un gesto al hombre joven, quien activó su pico de inmediato. Ransolm hizo lo mismo. El zumbido del pico parecía sentirse en la arena, bajo sus pies.

—Comiencen —dijo Hadrassian.

«Y ahora conseguirá que lo maten».

Greer maldijo en voz baja al ver la escena a través de la holocámara del speeder, la cual se había conectado con la nave mensajera por los sistemas de comunicación. Mientras encendía los motores, para dirigirse al campamento de los Amaxines, mantuvo un ojo en las imágenes de la holocámara. Habían llevado a Casterfo al centro de un amplio recinto, junto con alguien que parecía ser un oponente, o un verdugo.

«Pensé que podría ser tomado como rehén. Pensé que podrían tratar de lavarle el cerebro. Pero nunca pensé que lo retarían a un duelo. El tipo tiene un talento especial para ponerse en situaciones suicidas».

Podía llegar hasta ahí en cinco minutos, volar bajo y rociar el perímetro con el poco fuego defensivo que la Jeconne pudiera tener. ¿Acaso el equipo de asalto que había visto en la noche se formaría para defender su campamento? En tal caso, la superaban tanto en número como en armamento.

Su corazón latió a toda velocidad. Greer prefería morir antes que abandonar al senador que había jurado proteger, pero su sacrificio no lo salvaría. Necesitaba tener un elemento sorpresa de su lado. Con suerte, Casterfo se las arreglaría para seguir vivo el tiempo suficiente para que ella llegara…

La pantalla holográfica siguió parpadeando. Mientras miraba de reojo, Greer se dio cuenta de que Casterfo se mantenía firme. Su barbilla estaba levantada. Y sus manos adoptaron la posición de combate ideal al sostener el pico de fuerza. De verdad pensaba seguir adelante con el duelo.

Eso la dejaba con dos opciones: ir hasta allá y salvar su vida, lo quisiera o no, o… dejar que lo intentara, conservar la farsa que él había logrado crear entre los guerreros Amaxine y… ¿arriesgarse a perder la vida de un senador?

¿Tendría Casterfo lo necesario? ¿Existía la posibilidad de que Ransolm Casterfo pudiera sobrevivir?

Greer apagó el motor y estacionó de nuevo la nave. Tal vez fuera una tonta, una tonta que pronto tendría la sangre de un senador en las manos, pero al menos le daría a Casterfo aquello que obviamente quería: la oportunidad de salvar su propio pellejo.

En medio de una arena llena de espectadores, todos con uniformes negros y sonrisas asesinas, Casterfo se quitó la capa y pasó el pico de fuerza de una mano a la otra. Mientras su mano se ajustaba a la vibración, él analizó el campo de batalla.

«Arena: muy compacta y bastante seca. Topografía: casi completamente plana. Los rayos del sol caen más o menos directamente sobre nuestra cabeza, por lo que ninguno de nosotros puede utilizar su brillo a favor. Mi oponente: tres o cuatro centímetros más bajo que yo; excelente».

Hadrassian colocó las manos a su espalda, como una madre orgullosa que observa a sus hijos ganar partidos.

—Contaremos sólo el primer golpe. No queremos que ninguno de los dos se lastime.

Un solo golpe de un pico de fuerza era suficiente para abatir a un hombre. Pero todo terminaría rápido. Ransolm tenía la sensación de que el propósito de la batalla no era amenazarlo o matarlo, sólo ponerlo a prueba. Si podía demostrar que no era un debilucho, si lograba resistir, se ganaría el respeto y la confianza de los guerreros Amaxine, sin importar si ganaba o perdía.

Así que decidió patearle el trasero al tipo, sólo por diversión.

Ransolm había estudiado antiguos hologramas de batallas con picos de fuerza. De todo lo que le había contado a Hadrassian, al menos eso era cierto. Simplemente había olvidado mencionar sus lecciones de artes marciales hosnian y de combate con lanza larga. Tampoco habló del año que había transcurrido entre la muerte de sus padres y su adopción, durante el cual aprendió lo que significaba pelear incansablemente por un pedazo de pan cuando este podía ser la diferencia entre vivir o morir.

Asumió la posición de duelo, con los ojos fijos en su oponente Amaxine, mientras pensaba «ahora sabrán quién soy».

—Comiencen —dijo Hadrassian.

El guerrero Amaxine saltó hacia delante, en un torpe intento de intimidación. Ransolm se hizo a un lado sin dificultad. Aunque el pico zumbaba insistentemente en sus manos, pudo contenerlo.

«Observa sus movimientos. Aprende sus trucos».

Hubo un golpe alto y fulminante dirigido al hombro de Ransolm, pero este lo evadió con un solo empujón, tan fuerte como para lograr que el Amaxine retrocediera, pero tan mesurado como para ocultar sus habilidades. El sonido de las chispas eléctricas ahogó la reacción de la multitud, si acaso hubo reacción alguna. Sin embargo, a Ransolm no le importaban los demás, sólo su oponente, el cual parecía fácil de leer. Se trataba de un hombre impulsivo, al que le gustaba lucirse.

«¿Por qué no le doy la oportunidad?».

Ransolm retrocedió y volvió a asumir una posición formal de duelo: una rodilla hacia delante, una pierna extendida hacia atrás y su pico de fuerza en posición horizontal, frente a su pecho. El Amaxine sonrió.

El siguiente paso en la técnica formal los llevaría a hacer unos cuantos barridos bajos en espiral, lo cual era una forma de juzgar la finura y la puntería. Como Ransolm lo esperaba, el Amaxine atacó directamente, ansioso por mostrar sus habilidades.

Y eso le proporcionó una entrada al senador.

En el acto, Ransolm osciló su pico hacia arriba con fuerza, en un movimiento tosco que casi provocó que su rival soltara el suyo. El Amaxine reaccionó lo suficientemente rápido como para resistir, pero quedó aturdido, sorprendido. Así que Ransolm siguió con su maniobra, golpe tras golpe, sin dar a su oponente ni una oportunidad de atacar. El hombre se trabó en modo defensivo. Y Ransolm sabía exactamente qué hacer cuando uno tiene a su oponente en esta posición: atacar sin piedad.

De nuevo. De nuevo. Ransolm siguió con los ataques engañosos, sin exponer su torso ni una vez. Golpeaba el pico de su oponente con tal intensidad que la vibración producida

por el golpe le sacudía los huesos, pero no se detendría, como nunca lo hacía durante sus entrenamientos. Ransolm invocó los rostros de aquellos que deseaba tener frente a su arma en esos momentos.

«El supervisor del campo de trabajo…».

«El chico que se robó una pequeña caja de carne seca que yo había ocultado en mi lugar para dormir…».

«Darth Vader. Sobre todo Darth Vader. Si tan sólo el destino me hubiera dado una oportunidad de reclamar la cabeza de ese villano…».

Su último golpe fue tan fuerte que derribó el pico de fuerza del Amaxine. Ransolm avanzó hacia él, prácticamente cegado por el odio y el pasado, pero su último ataque se contuvo apenas a un centímetro del cuello de su oponente.

—Dijo que hasta el primer golpe, Hadrassian —señaló Ransolm sin quitarle los ojos de encima al Amaxine, quien obviamente lo miraba con pavor—. Pero preferiría no dañar a ninguno de sus guerreros. Creo que deben tener otro propósito que cumplir.

Habiendo dicho esto, retrocedió, desactivó el pico de fuerza e hizo una reverencia. Después de una larga pausa, durante la cual Ransolm se preguntó si insistirían en que terminara con su oponente, Hadrassian empezó a aplaudir. Los otros la siguieron, con grandes sonrisas. Incluso el Amaxine derrotado asentía con aparente admiración.

—No deja de sorprenderme, Senador Casterfo. —Hadrassian se acercó y colocó una mano sobre su hombro—. Se dice que el aire en Hosnian Prime es denso; dicen que debilita la sangre. Pero no la suya.

—No. —Ransolm inhaló profundamente y miró el pálido cielo de Daxam IV—. No la mía.

—Hadrassian dice que tienen cerca de cincuenta cazas estelares sólo en esta ubicación, con un par de pilotos por cada uno, totalmente entrenados —dijo Ransolm Casterfo. Estaba sentado en la cabina de mando de la Jeconne, observando la lista de revisión previa al vuelo de Greer, mientras ella iba tomando notas de todo lo que decía. Él insistió en que tenía que contarle todo de inmediato, o podrían escapársele algunos detalles—. No me dio números exactos, pero, a juzgar por los entrenamientos que mencionó y por las maniobras y simulacros que hicieron, estimo un aproximado de mil guerreros Amaxine conectados con la base de Daxam IV. Pero solamente son una fracción de su milicia.

Greer maldijo en voz baja.

—¿Cuántas bases pueden tener?

Era una pregunta retórica, pero Casterfo consiguió la respuesta.

—Sólo unas cuantas, cinco o seis; todas ellas más pequeñas que la base de Daxam IV, con excepción de una tal vez. Pero hay una base que es su verdadero punto de reunión, el centro de toda su actividad, y desde ahí harán el ataque.

Hasta entonces, Greer tenía la esperanza de que sus sospechas de la noche anterior resultaran ser sólo paranoia. Pero había visto la verdad, y Casterfo la conocía también. Los guerreros Amaxine buscaban derramar sangre. Pero, ¿la sangre de quién?

—¿Obtuvo la ubicación de esa base?

—Es un planeta aislado en la Zona de Expansión, llamado Sibensko. Nunca oí hablar de él.

—Yo sí —dijo Greer. Casterfo alzó la vista de la consola al escuchar esto. La mano que tenía sobre el indicador de combustible se detuvo. Alzando una ceja, Greer continuó—: Algunos librecambistas de Pamarthe solían volar por allí a veces. Es un planeta acuático, no hay masas de tierra que yo sepa, pero hay grandes áreas donde el océano no es muy profundo. Los comerciantes construyeron ciudades submarinas como bases de ciertos comercios que preferían mantener en secreto.

Casterfo se enderezó, recobrando su apariencia remilgada.

—Actividad criminal, quieres decir.

—No originalmente. A menos que considere todos los negocios que no estaban supervisados por el Imperio como «criminales». Estoy bastante segura de que algunos pilotos rebeldes se abastecían ahí de vez en cuando; era un lugar en el que podías estar seguro de permanecer oculto. —Greer hurgó en su memoria para encontrar más detalles, pero lo poco que sabía era de algunas historias que había escuchado en su hogar—. Desde la caída del Imperio, el tráfico de productos que ya era legítimo entonces comenzó a salir de Sibensko.

—Dejando el lugar a la escoria. —Casterfo se reclinó en el asiento alto y angosto del piloto, claramente absorto en sus pensamientos—. Sibensko suena como la clase de lugar donde un aspirante a mafioso podría encontrarse con un aspirante a líder de guerra.

—Exactamente.

Él se separó del asiento, indicándole a Greer que podía retomar su lugar.

—El equipo de la Princesa Leia sigue en Ryloth, ¿cierto?

—Sí, hasta donde yo sé —dijo Greer—. Pero no hemos logrado volver a comunicarnos con ellos, y siguen sin mandarnos información sobre los satélites espía. La interferencia a causa de la radiación debe seguir siendo demasiado fuerte.

—Entonces esperaremos —dijo Casterfo, asintiendo, y luego regresó a su cabina. Fin de la reunión.

Greer no podía dejar de decirle algo.

—Vi el duelo.

Con ambas manos ya sobre la puerta que conducía al resto de la nave, él se detuvo

—¿Lo viste?

—Vi el comienzo por la holocámara del monitor. Pensé en volar allá para salvarlo, pero entonces me di cuenta de que usted parecía saber lo que hacía. —Greer se percató de que él estaba sonriendo—. Y así fue. Casterfo, esa fue toda una pelea.

La miró por encima del hombro, inesperadamente vulnerable ante un elogio tan simple.

—¿En serio lo crees?

—Pelea como un hombre de Pamarthe. —Era el halago más grande que Greer podía hacerle, aunque probablemente Casterfo no lo entendía—. Me entrenaría con usted si pudiera.

Ahora sí lo entendía: su sonrisa era más genuina de lo que Greer había visto jamás.

—Me siento honrado.

Primera prioridad: informarle a alguien en el senado lo que había descubierto. Leia merecía ser la primera persona en oír la verdad, pero seguía incomunicada en Ryloth.

Además, según razonó Ransolm mientras tomaba asiento en su estrecha litera, también era necesario informar a otro senador centrista. A juzgar por las gráficas que había logrado elaborar con base en la información, Sibensko también se encontraba en un área del espacio poblada principalmente por planetas centristas. Cuando los populistas se enteraran de esto, la gran mayoría de ellos no sería tan juiciosa como Leia; empezarían a exponer sus teorías de conspiración, y la organización política se desintegraría rápidamente. Pero si lograba formar una pequeña coalición de senadores centristas que respaldara sus descubrimientos, entonces esto se convertiría en una oportunidad para unir al Senado, en vez de separarlo más.

Pero, ¿a quién podría contarle? Por una parte, cualquiera que fuera más poderoso que él podría tratar de adjudicarse toda la investigación… Si bien esto era poco probable, dado el papel de la Princesa Leia en esta tampoco era imposible. Por otra parte, cualquiera que fuera menos poderoso no le serviría de mucho. Necesitaba a un igual, uno al que pudiera convencer. Tal vez alguien que le debiera un favor…

«Lady Carise Sindian. Desde luego». Ransolm sonrió al pensar en la idea. Su discurso en apoyo a la moción de elegir a un primer senador había ayudado enormemente a que se aprobara. Y estaba seguro de que Lady Carise estaba tan consciente de esto como él. El planeta de Lady Carise, Arkanis, era rico e influyente. Tenía suficientes motivos para apoyarlo y creerle, y también la ambición suficiente para hacer algo al respecto.

Decidido, solicitó que lo comunicaran con ella. Asumiendo que tardaría muchas horas en recibir una señal, empezó a prepararse para la noche de sueño que tanto necesitaba, quitándose las botas y los calcetines… cuando, de pronto, la luz empezó a parpadear. Al responder, la cara de Lady Carise apareció. Vestía una elaborada tiara y tenía el ceño fruncido.

—¿Senador Casterfo?

—¡Lady Carise! Nunca imaginé que podría ponerme en contacto con usted en Hosnian Prime tan rápidamente…

—No estoy en Hosnian Prime. Estoy en Birren, y muy ocupada por el momento. —Le mostró lo que había detrás de ella: el brillo de metales preciosos que delineaban un

elaborado decorado sobre unas ventanas en forma de arco—. La tercera etapa de mi toma de posesión está a punto de comenzar. ¡La unción empezará en cualquier momento!

Ransolm se preguntó a sí mismo si deseaba saber de qué hablaba, y decidió que no, así que continuó:

—Entonces seré breve. Nuestra investigación sobre Rinnrivin Di nos condujo a sospechar que existe una conexión entre él y un grupo paramilitar conocido como los guerreros Amaxine. Creemos que puede representar una verdadera amenaza para la Nueva República.

—¿Un grupo paramilitar? ¿Unos cuantos hombres belicosos que se sienten valientes por disparar a algunos objetivos inanimados, que nunca les regresarán los disparos? ¿Oye lo que está diciendo, Senador Casterfo? —Sacudió la cabeza como si sintiera lástima—. Estoy segura de que algunas personas están dispuestas a violar la ley para comprarse una antigua X-Wing en malas condiciones o algo así. Siempre han existido aquellos que se resisten a los esfuerzos de desmilitarización después de la guerra, pero nunca tantos como para justificar su preocupación. Asegurar que este grupo de soldaditos de juguete representa una amenaza para la Nueva República, una organización de miles de planetas, es ridículo. ¿Ya se lo ha dicho alguien más?

Cuando ella lo puso de ese modo, sonó más que ridículo, pero Ransolm confiaba en sus instintos.

—Usted es la primera persona a la que se lo cuento.

—Bueno, Senador Casterfo, estoy halagada en verdad y, para ser sincera, aliviada. Odiaría ver cómo sabotea su propia carrera política incluso antes de que esta haya empezado a tomar forma. Además, si sigue perdiendo tiempo con esto, nunca podrá ocuparse de asuntos verdaderamente relevantes. ¿Debo recordarle que tenemos una elección muy importante a la vuelta de la esquina?

—No, no hace falta. —Les dio a estas palabras justo el énfasis necesario para recordarle que, sin él, ni siquiera habría elecciones.

Pero Lady Carise parecía estar demasiado ocupada con la dichosa ceremonia como para prestarle mucha atención.

—Aquí vienen los guardianes del santuario con los aceites de unción. Tengo que irme. Intente seguir con lo suyo, ¿de acuerdo? La gente como a la que usted está temiendo nunca actúa, sólo habla. —Su mano enguantada se atravesó por la pantalla y cortó la comunicación.

Cuando la pantalla se oscureció, Ransolm suspiró y se tumbó sobre su pequeño colchón. ¿Algún otro senador centrista podría darle una respuesta más eficaz? Empezó a dudarlo. La apatía y la falta de acción habían infectado ambos lados del Senado. Sólo él y Leia parecían percatarse del desastre que asechaba en el horizonte.

CAPÍTULO **DIECIOCHO**

El *Brillo de Espejo* se liberó de la gravedad de Ryloth, y Joph sintió cómo se acrecentaba la sensación de libertad en las alas y se desaparecía la fricción atmosférica que impedía su avance. Le encantaba este momento: cuando una nave regresaba al espacio.

Y el *Brillo de Espejo* era una belleza de nave. Joph sabía que probablemente nunca volvería a tener la oportunidad de pilotearla. (Greer reclamaría su asiento a la primera oportunidad). Así que quería disfrutar mientras pudiera.

—Salimos de Ryloth, señora —dijo a la Princesa Leia—. Listos para dirigirnos a Hosnian Prime.

—Aún no —dijo la princesa.

—¿Aún no? —C-3PO se acercó tambaleándose a la cabina—. ¡Pero, su alteza! Le prometimos a la Senadora Vicly asistir a su próxima gala. Y, desde luego, su inminente campaña requiere de mucha preparación…

—Dije, aún no. —La Princesa Leia esquivó a C-3PO para pararse junto a Joph. Las múltiples luces de la consola iluminaban su rostro en tonos rojos y dorados—. Haga un escaneo de los satélites que intervino el otro día, Teniente. Veamos si Rinnrivin Di sigue en Sibensko. Sospecho que se mantiene en movimiento estos días.

Joph sintonizó la señal de los satélites, tratando con dificultad de mantener oculto su orgullo. Sí, de acuerdo, debió haber consultado su plan con la princesa en primer lugar, pero lo que realmente importaba era que había tenido una buena idea. Y ella sabía que era una buena idea; esta investigación finalmente estaba llegando a alguna parte.

—Estamos recibiendo algo… Bien, definitivamente ya cambió de ubicación… La última señal fue enviada a… esperen… No puede ser. —Frunció el ceño—. ¿Harloff Minor?

—¡Sin duda debe conocer Harloff Minor! —intervino C-3PO—. Está cerca de Coruscant. Es uno de los centros de comercio y cultura…

—Conozco Harloff Minor —dijo Joph—. Sólo que no me parece el tipo de lugar en donde pasaría su tiempo libre el líder de un cártel.

La Princesa Leia sacudió la cabeza.

—De hecho, tiene mucho sentido. Rinnrivin Di aún no está acusado de ningún crimen grave. En un planeta grande y poblado como Harloff Minor los oficiales no estarán al pendiente de su aparición. Las alertas de mi secuestro tentativo en Bastatha ni siquiera deben estar registradas en sus escáneres. —Pensativa, golpeteó la consola con sus dedos—. Ahí no es donde Rinnrivin lleva a cabo sus negocios. Ahí es a donde va cuando quiere aparentar ser respetable. Legítimo.

—Así que mientras esté ahí, ¿no está haciendo nada ilegal? —dijo Joph. Cuando la princesa asintió, él se encogió de hombros—. Supongo que tendremos que esperar a que los satélites nos revelen algo más interesante.

—Eso es lo más interesante. —La princesa se puso de pie—. Teniente Seastriker, fije el rumbo hacia Harloff Minor.

Está misión estaba resultando ser mejor de lo que jamás habría soñado; Joph no pudo seguir evitando sonreír.

—¿Harloff Minor? —protestó C-3PO—. ¿Qué vamos a hacer allá?

La Princesa Leia también les sonrió al emprender el regreso a su cabina.

—Vamos a invitar a Rinnrivin Di a cenar.

Harloff Minor ofrecía una amplia variedad de climas y ciudades para los viajeros con criterio. Un gran número de guías galácticas recomendaban buenos restaurantes. Leia eligió uno sofisticado pero informal en una de las ciudades ecuatoriales más grandes, tanto por su excelente cocina como por la privacidad de sus mesas en terrazas pequeñas. Cualquier invitado quedaría impresionado por la vista.

—Espléndido —dijo Rinnrivin cuando entró a la terraza esa misma noche, vistiendo ropajes negros tan exquisitos que Lady Carise Sindian le habría pedido el nombre de su sastre—. Absolutamente espléndido. Su gusto es impecable, Extermina-hutts.

—Me alegra que estemos de acuerdo… al menos en esto. —Leia se levantó de su silla para saludarlo. Las suaves capas de su largo vestido verde ondeaban en la brisa.

Rinnrivin tomó la mano que ella le ofrecía, se inclinó y la besó. Los labios de los niktos eran un tanto correosos, pero él hacía lo mejor que podía.

—Espero que podamos llegar a estar de acuerdo en mucho más.

—Supongo que ya lo veremos.

—Me sentí muy aliviado al saber que no salió herida en aquel terrible atentado. Oí que lo bautizaron como Bombardeo Servilleta, me parece. Terrible. —Por extraño que pareciera, Rinnrivin sonaba sincero. De hecho, sonaba enojado, como si los terroristas lo hubiesen insultado a él personalmente—. Qué acto tan irresponsable e infantil. Uno nunca debe usar la fuerza bruta si se puede persuadir de otros modos.

—¿Y de qué cree que querían persuadirnos los atacantes? —dijo Leia, alzando una ceja.

—De su propia fuerza —dijo Rinnrivin, disgustado—. De su determinación para tomar el poder, empezando con la destrucción del Senado. ¿Y todo para qué? Al final del día, fue sólo una molestia. El mayor daño se lo llevó una simple estatua.

Su opinión respecto al bombardeo y a los responsables era digna de ser tomada en consideración, pero Leia necesitaba llevar la conversación hacia otros rumbos.

—Cambiemos el tema. ¿No cree que sería una pena desperdiciar una noche tan hermosa hablando de esto?

—Desde luego, está en lo cierto. —Y esbozó su delgada y educada sonrisa, la que le recordaba tanto a Tarkin—. Esas personas no valen nuestra preocupación.

Leia señaló la mesa.

—Por favor, tome asiento.

Desde la terraza del restaurante se podía apreciar gran parte de la ciudad. Su arquitectura ornamentada se veía casi dorada bajo la luz de la luna. Un gran río serpenteaba en medio del paisaje; el agua capturaba la luz y la reflejaba a la vez. Había caído la noche, y las ventanas iluminadas de los edificios cercanos brillaban en la oscuridad como linternas.

—Me tomé la libertad de elegir el menú —dijo Leia—. Aunque no tengo nada tan exquisito como ese vino Toniray para ofrecerle.

—Si vuelvo a toparme con otra botella, le prometo que será suya —dijo Rinnrivin, inclinando su curtida cabeza.

—No, una copa fue suficiente. Uno no puede permanecer en el pasado. —Leia siempre supo esto, siempre fue consciente de que nunca podría mirar hacia atrás.

Los droides meseros les presentaron su cena: carnes suaves cocinadas en deliciosas salsas, ensaladas crujientes y tan frescas como el mismísimo aire, sopas preparadas a la perfección. Leia pidió que cocinaran unos cuantos kebabs de escarabajos niktos para Rinnrivin, pues sabía que eran una de sus exquisiteces favoritas, pero confiaba en que Rinnrivin no insistiría en que ella los probara.

—¿A qué debo este inesperado placer, Extermina-hutts?

—Hay muchos temas que discutir, Rinnrivin. No sé ni dónde empezar. —Leia sabía exactamente en qué fracción de segundo era conveniente hacer una pausa—. Se habrá dado cuenta, desde luego, de que yo no tenía idea de que el Senador Casterfo llegaría así aquel día.

—Se veía tan impactada como yo. —La risa de Rinnrivin no logró ocultar su molestia—. Pero conozco a los de su tipo. Joven. Hambriento de gloria, sin importarle quien se interponga en su camino.

«Hace unas cuantas semanas, habría estado de acuerdo con usted», pensó Leia. «Aparentemente, nunca dejamos de equivocarnos, sin importar nuestra edad».

—Sigue pegado a mi investigación, como un mynock… salvo que los mynocks son más fáciles de retirar. Así que pensé aprovechar la oportunidad de hablar con usted sin… interferencia senatorial, por decirlo de algún modo.

—Muy prudente de su parte —dijo Rinnrivin asintiendo.

—Usted consiguó llegar muy alto en muy poco tiempo. En tan poco tiempo que algunos dirían que seguramente recibió ayuda.

Decidió que era mejor lanzarle la pregunta directamente, con tanta precisión como para ponerlo nervioso, pero lo bastante disociada de lo que habían descubierto como para darle a Rinnrivin una sensación de seguridad. La respuesta más obvia habría sido protestar, argumentar que él era un hombre emprendedor, astuto y capaz, alguien apto para construir un imperio tan rápido como quisiera.

En vez de eso, se encogió de hombros unos segundos y se sirvió otra copa de *brandy* corelliano.

—¿Qué puedo decir? Muchos quieren volverse ricos, pero pocos están dispuestos a tomar los riesgos necesarios para lograrlo. Para aquellos que no tememos a los riesgos, las oportunidades aguardan. Las oportunidades que nos ceden aquellos que son demasiado tímidos, aquellos que aceptan felizmente menos de lo que podrían tener, sólo para mantenerse a salvo. —Pronunció la última palabra como si se tratase de una obscenidad.

—Así que usted… buscó a otros que pensaran como usted. Consiguió lo suficiente para empezar.

—No fue tan sencillo como eso. Tomó tiempo, Extermina-hutts. Tiempo y cuidado. Lo que para usted parece un rápido ascenso, para mí es la culminación de muchos años de esfuerzo.

Su explicación era lógica y plausible. La daba con facilidad, incluso con encanto. En otras circunstancias, Leia se habría preguntado si al menos decía parcialmente la verdad. Pero en este caso, sabía que él había ensayado esto muchas veces, mucho antes de que ella empezara con su investigación.

«Me pregunto quién te ayudó a ensayar».

Rinnrivin sostuvo su copa en una de sus arrugadas manos, como si quisiera dejar que la luz de la luna se fundiera con el vino.

—Mi trabajo da beneficios a todos mis socios, Extermina-hutts, ya sean nuevos o antiguos. Me atrevo a esperar que esta invitación indique la posibilidad de una nueva sociedad.

—No acepto sobornos —dijo Leia. La siguiente pausa fue aún más delicada que la anterior, pero sabía cómo darle la vuelta—. Sin embargo… tengo mis dudas acerca de la supervivencia del Senado Galáctico, eso, claro, si sigue en este estado. El Bombardeo Servilleta tuvo un efecto sumamente desestabilizador. Cuando me fui, el Senado estaba en caos.

—Oh, sabemos que el Senado está al borde de un gran cambio. —La sonrisa de un nikto era una cosa aterradora; mostraba los colmillos y parecía exageradamente brillante—. Pronto elegirán a un primer senador. Una sola persona que tenga verdadera autoridad. Y los rumores indican que usted es la candidata más fuerte para llevarse la victoria.

—No crea demasiado en rumores, Rinnrivin. Ni siquiera he anunciado oficialmente mi postulación.

—Ambos sabemos que su candidatura es inevitable.

—Pero mi victoria no lo es.

—¡Ah! Ya veo. Todos necesitamos amigos poderosos, ¿cierto? —Los vidriosos ojos de Rinnrivin destellaron—. ¿Tal vez necesite de otro tipo de influencias para ganar esta elección?

A Leia no se le había ocurrido tratar ese tema, pero pensó que era una buena distracción y aprovechó la oportunidad. Rinnrivin creería el engaño, porque él mismo había malinterpretado el propósito de la cita.

—Nos estamos adelantando. Será mejor guardar esa discusión para después. Esta noche sólo se trata de… reconstruir puentes.

Él asintió con satisfacción.

—Excelente. Sin embargo, tengo curiosidad respecto a algo. ¿Cómo es que logró encontrarme?

Estaba preparada para esa pregunta.

—Usted no es el único con contactos, ¿sabe? Sé que es un hombre de gustos refinados, así que dejé mensajes en algunos lugares como este, diciendo que, si llegaba a visitarlos, me encantaría que me avisaran. Sin embargo, nunca pensé que sería tan rápido… Bueno, eso demuestra que al menos en algo tenemos gustos similares —dijo, señalando la vista.

Era verdaderamente espectacular. Siempre había querido traer a Han aquí, pero nunca fue posible. «Algún día», se había prometido a sí misma. «Algún día, pronto».

—Usted me dio un regalo la última vez que nos vimos —continuó ella—. Aprecio su atención y espero que entienda por qué siento la necesidad de devolvérselo.

Leia sacó de su bolsillo el holocubo que documentaba el asesinato de Jabba el Hutt a manos de la princesa. Lo encendió, activando la escena por última vez.

Rinnrivin ladeó la cabeza, como si estuviera olfateando a una presa.

—Sin duda no sería capaz de renunciar a un tesoro como este.

—Ya lo dije antes, Rinnrivin: uno no puede vivir en el pasado. Al menos yo no puedo. Y odiaría privarlo de la imagen de la muerte de su peor enemigo. —Mientras las imágenes translúcidas flotaban sobre el cubo (la cola de Jabba agitándose, y los brazos de Leia forcejeando), la princesa lo colocó frente a Rinnrivin Di—. Además, no necesito el holograma. Tengo el recuerdo.

—La envidio por eso, Extermina-hutts —dijo Rinnrivin, acercándose más para observar ávidamente la muerte de Jabba, por enésima vez.

Leia sospechaba que esa era la primera cosa completamente honesta que Rinnrivin había dicho en toda la noche.

Leía repitió en su mente lo que él había dicho sobre tener «amigos poderosos».

El ego de Rinnrivin no le permitiría admitir que alguien lo había patrocinado para llegar a su posición actual, pero con esas dos palabras admitió que recibía ayuda. Ahora había que averiguar quién lo ayudaba.

—La atención es la señal de un buen aliado —continuó él.

—Sí, así es —dijo ella, «Y también la señal de un terrible enemigo», añadió mentalmente.

Leia sabía que el Senado Galáctico seguiría recuperándose del terror, la ira y la sospecha encendidas por el Bombardeo Servilleta. Pero no se había preparado para que la situación estuviera aún peor.

—He estado revisando comunicados desde que entramos a la órbita de Hosnian Prime, pero ni siquiera he conseguido ordenarlos. —Los dedos de Korrie se movían a toda velocidad sobre su datapad, pero carecía de la eficacia absoluta de Greer—. Tan pronto como consigo clasificarlos por prioridad, llega otra docena más.

—Me temo que la Señorita Sella tiene razón. —C-3PO sonaba tan angustiado como puede sonar un droide—. Las solicitudes competentes se encuentran en tantos vectores… No hay manera de saber cuál es de importancia primordial.

—No se preocupen —dijo Leia, acomodándose en uno de los largos bancos acolchados del *Brillo de Espejo*—. Sólo empiecen a enviarme algunos de los que tengan mayor prioridad. Asegúrense de que tengamos registradas la fecha y la hora. Iremos resolviéndolo sobre la marcha.

Primero, apareció la cara de Tai-Lin. Su acostumbrado rostro lleno de serenidad estaba arruinado por el cansancio y la preocupación.

—Princesa Leia, sé que considera que la misión a Ryloth es de gran importancia, pero atravesamos un momento en el que el candidato populista para el puesto de primer senador debería ser visible. La gente se sentiría más tranquila con su presencia. Necesitan saber que usted es una roca en la cual podemos apoyarnos en tiempos difíciles. Por favor, regrese lo más pronto posible.

—Envió este mensaje dos días después de mi partida. Bueno, creo que no seré la roca de la galaxia. —Leia suspiró y siguió revisando los mensajes.

Luego siguió el de Varish, que estaba sentada en lo que parecía ser una cama del centro médico, aunque había sido decorada con almohadas de terciopelo y una colcha de seda.

—¡Leia! Han pasado tres días y todavía estoy esperando que los huesos de mi brazo vuelvan a crecer. ¡Tres días! Los médicos no dejan de hablar sobre las mejoras gracias a la terapia de bacta, pero debo decir que creeré en ellas cuando las vea, y definitivamente no las estoy viendo. —Varish se hundió de nuevo en sus suntuosos cojines, revelando sólo entonces algo del dolor bajo su actitud alegre—. Por favor, ven a visitarme tan pronto como regreses, ¿sí? Estoy muerta de aburrimiento.

Después aparecieron varios archivos de noticias provenientes de diversas fuentes alrededor de la galaxia. Los archivos avanzaban aleatoriamente, brindándole un amplio espectro de la información y las opiniones que circulaban en la galaxia.

Ahora había dos bandos, dos teorías, dos opiniones diametralmente opuestas y nada de puntos de acuerdo.

Coruscant: «A pesar de que no se han establecido vínculos concretos entre el bombardeo y la facción populista, fuentes informan de varios encuentros clandestinos entre senadores populistas durante las semanas previas al Bombardeo Servilleta. Los

investigadores han señalado que la advertencia fue dada solamente a una senadora populista».

Gatalenta: «El conflicto y la discordia han dividido durante mucho tiempo al Senado, pero pocas acciones han resultado más perjudiciales que este bombardeo. Los esfuerzos centristas por culpar a los senadores populistas, quienes fueron de hecho los más afectados por la explosión, continúan desafiando toda lógica».

Arkanis: «¿Cuánto tiempo debemos seguir con esta farsa de cooperación con gente tan depravada que es capaz de poner en riesgo la vida de miles, sólo para hacerse la víctima?».

Naboo: «Los centristas, no conformes con argumentar a favor de incrementar la militarización, ahora cometen actos de violencia con el fin de asustar a la población antes de la votación para elegir a un gobernante supremo».

Leia interrumpió las noticias. Ahora sabía cuán polarizada estaba la situación; más allá de eso, nada de lo que decían estas transmisiones le resultaba inteligente o útil.

El siguiente mensaje la hizo sonreír cuando la cara de Han apareció en la pantalla.

—Leia, parece ser que todavía no has vuelto de Ryloth. Espero que eso signifique que tu «otro proyecto» va bien. —Esta era su forma de referirse a la investigación actual de Leia. Han sabía sólo lo básico, tanto por su seguridad como por el bien la de la misión—. Probablemente te habrás enterado de que estamos a punto de empezar la cuarta etapa de la Sabers: la etapa de relevos sublumínicos, lo cual significa que estaré fuera del rango de comunicación por un tiempo.

Su mensaje fue sucedido por más noticieros, que Leia revisaba rápidamente con creciente irritación. Luego, vio varios avisos formales para asistir a debates en el Senado, avisos para cancelar los debates, para organizarlos otra vez y para cancelarlos de nuevo… Enseguida, otro mensaje de Varish, que ya estaba de vuelta en casa, pero en un cabestrillo y ansiosa por compañía. En lugar de desear una distracción, ahora Varish quería hablar sobre la inmoralidad de los centristas; decía estar segura de que ellas dos, sin ayuda, podrían encontrar al perpetrador.

—Su alteza, tenemos un mensaje entrante del Senador Casterfo. Es un mensaje grabado… —dijo C-3PO.

El desaliento de Leia se desvaneció al momento.

—Reprodúcelo de inmediato.

La estática azulosa fue delineando la cara de Ransolm.

—Princesa Leia, nuestra misión resultó mucho más exitosa de lo que podíamos haber esperado. Te proporcionaré los detalles cuando nos veamos en persona, o al menos cuando podamos hablar por una vía de comunicación más segura, pero quería informarte de inmediato que nuestra investigación dio un gran paso hacia delante. —Estaba al borde de su asiento, animado al punto de la euforia. Leia aún no sospechaba lo que había ocurrido en Daxam IV, pero sin duda era más que útil; Ransolm se la había pasado de maravilla. Al menos alguien se divertía.

—Tendremos mucho de qué hablar —murmuró Leia, al desvanecerse la imagen.

—¿Desea que reproduzca el resto de los mensajes, Princesa Leia? —preguntó C-3PO—. Aún nos quedan… oh, cielos… casi cuatro decenas más.

—He oído suficiente por ahora —dijo ella, mientras se ponía de pie, consciente de todos los músculos adoloridos de su espalda. Lo único que quería era volver a su litera y dormir la mayor parte del camino de regreso a Hosnian Prime.

Sin embargo, se dio cuenta de que Joph y Korrie seguían sentados en la cabina, en silencio. Korrie se abrazaba a sí misma; Joph seguía revisando los instrumentos, que ya debía haber fijado y evaluado unas tres veces. Parecía que la confianza de los dos jóvenes en sí mismos se había evaporado.

—¿Todo bien aquí? —dijo Leia, desde la puerta de la cabina.

—Sí, su alteza. —Korrie sonaba más inexpresiva que un droide primitivo, y Joph simplemente asintió.

—Oigan —dijo Leia—. Vamos. ¿Qué pasa? Si hay algo que les preocupe sobre nuestros descubrimientos… sobre el rumbo de la misión…

—No, no es eso, señora. —Joph nunca antes había sonado tan serio—. Es sólo que, después de escuchar esas noticias, bueno… las cosas parecen estar bastante mal.

—Ya estaban mal desde antes, pero ahora… Princesa Leia, ¿usted cree que la Nueva República podría colapsarse?

Leia se había preguntado si el Senado se vendría abajo, si habría una crisis constitucional o si el Bombardeo Servilleta provocaría algún tipo de conflicto en menor escala. Pero nunca creyó, al menos no conscientemente, que un colapso total del gobierno fuera posible…

Si esto ocurría, el resultado más obvio sería la guerra. Sólo ahora Leia se daba cuenta de que había estado calculando ese riesgo desde un principio, acercándolo más y más al plano de las posibilidades. El miedo de Korrie no la impactaba tanto como el darse cuenta de que ella había llegado a la misma conclusión por sí sola.

—No pienso mentirles —dijo, mirando a Joph y Korrie y percatándose una vez más de lo jóvenes que eran. Si en ese tiempo no podía hacer el papel de madre con su propio hijo, al menos podría intentar ayudar a los dos chicos a que estuvieran preparados para los días difíciles que se avecinaban.

—Si las dos facciones del Senado siguen desgarrándose mutuamente de esta manera, la división es posible. Pero que sea posible no significa que sea probable. Todavía tenemos tiempo para resolver las cosas.

—¿Pero podremos hacerlo? —preguntó Korrie, con una voz que casi parecía un susurro.

—Espero que sí —dijo Leia.

Lo que verdaderamente sentía se acercaba más a la determinación que a la esperanza. La devastación de la guerra, las incontables vidas perdidas en combate, los terribles daños absurdos. No podían permitir que eso ocurriera de nuevo. Seguramente los otros senadores del resto de la galaxia pensaban igual que ella.

Seguramente.

«Debe haber una solución para todo esto», pensó Leia. «Y depende de mí encontrarla».

CAPÍTULO DIECINUEVE

Leia miraba el duelo de picos de fuerza en la pantalla. La imagen brillante resaltaba en su oscura oficina. Ransolm estaba a su lado, y, aunque obviamente aparentaba modestia, se podía sentir la autosatisfacción que transmitía.

Pero si podía pelear así, Ransolm tenía una buen motivo para estar orgulloso.

Al terminar la grabación, Leia lo miró por encima del hombro.

—Me alegra que estemos del mismo lado.

Por más que quiso, él no logró disimular su sonrisa.

—Ahora sabes cómo me sentí yo cuando te vi derrotar a Jabba el Hutt.

Aunque ambos llegaron a Hosnian Prime de noche, querían reunirse de inmediato. El edificio del Senado era lo más cercano al hangar que ambos usaban, así que decidieron reunirse en la oficina de Leia. A pesar de la urgencia, ella moría de hambre y estaba ansiosa por comer algo que no fueran las raciones del *Brillo de Espejo*, así que antes de llegar a su oficina se detuvo en un restaurante de comida ivarujari para llevar y pidió algunas cajas de tallarines picantes. También Ransolm resultó ser fanático de la comida ivarujari, por lo que armaron una especie de pícnic en el escritorio. Cenaban mientras trabajaban alumbrados sólo por unos cuantos droides vela. Ambos llevaban ropa de viaje sencilla, en tonos grises o cafés, y Ransolm no se había molestado en usar su tan acostumbrada capa elegante. Toda la pomposidad inútil del Senado Galáctico había desaparecido, dejando sólo a Leia y a Ransolm haciendo trabajo de verdad.

—Los guerreros Amaxine confían en ti. Incluso creen que te han reclutado. —Leia tomó su caja de tallarines—. Tenemos que servirnos de esa ventaja.

Ransolm volvió a sentarse.

—Estoy de acuerdo. ¿Pero cómo? ¿Y cuándo? Si nos movemos demasiado rápido, podrían sospechar.

Leia no tenía muy claro cómo debía manejar el tiempo en esta situación. Estaba enredada.

—Cuando te reuniste con los guerreros Amaxine, estaban confiados. Incluso se sentían triunfantes. Pero Rinnrivin Di decidió viajar a un planeta donde quedó prácticamente separado de sus actividades criminales. Además el Bombardeo Servilleta le molestó. Presume de no perder la compostura nunca, pero eso le afectó.

—¿Quieres decir que los guerreros Amaxine y Rinnrivin Di están en desacuerdo? Estábamos seguros de que conspiraban juntos.

—No creo que las dos cosas se opongan. —Los pedacitos de información que habían logrado recopilar giraban en su cabeza como polillas. Leia tenía que juntar todas las partes del guión, hilar una telaraña que los atrapara a todos en sus respectivos lugares—. Sabemos que el cártel de Rinnrivin Di está conectado con los guerreros Amaxine. Puede

ser que los guerreros Amaxine hayan patrocinado a Rinnrivin desde un principio o que la misma entidad los esté patrocinando a ambos.

Ransolm sopesó sus palabras, con su caja de tallarines y sus cubiertos en las manos.

—El Bombardeo Servilleta afectó a ambos, pero de distintas maneras. Envalentonó a los Amaxines, mientras que Rinnrivin se sintió amenazado. ¿Crees que los responsables hayan sido los guerreros Amaxine?

—Siento que el atentado les convenía. —Leia sentía como si una fuerza invisible la jalara en esa dirección, como la aguja de una brújula que es atraída por un polo magnético. Aun así, necesitaba evidencia para apoyar sus instintos con lógica—. ¿Pero qué ganarían los guerreros Amaxine con el bombardeo? ¿Y por qué tomarse la molestia de advertir a las víctimas sin siquiera llevarse el crédito del ataque? De ser ellos los culpables, se arriesgan a quedar expuestos aun cuando quieren permanecer ocultos.

—Ocultos por ahora —intervino Ransolm—. Dudo que Hadrassian se hubiera molestado en conducirme hasta Daxam IV si no tuviera la visión de encontrar más aliados en el Senado para su grupo, y pronto. De cualquier modo, incluso si los guerreros Amaxine están casi listos para salir a la luz, no veo la ventaja de haber bombardeado el Senado. El único resultado fue daño a la propiedad y mucha confusión.

Las piezas al fin se juntaron, y la telaraña quedó tejida. Leia se enderezó.

—Eso es. Confusión. Eso es lo que buscaban.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ransolm, después de tragar su bocado.

—Nuestra investigación de Rinnrivin Di era oficial, pública. Los guerreros Amaxine seguramente nos estaban siguiendo los pasos desde un principio. Rinnrivin trató de sobornarme para ignorar el asunto en Bastatha, pero falló.

Ransolm empezaba a entender.

—No fue coincidencia que el lugar donde vimos a Hadrassian por primera vez fuera Bastatha —dijo él, asintiendo—. Estaba ahí para observarnos. Tal vez para orquestar el intento de secuestro que ejecutó Rinnrivin.

—Exacto. Luego tú y yo nos dirigimos al Senado juntos: una populista y un centrista. Aunque casi no logramos que nadie escuchara, ambos estábamos solicitando que se siguiera con la investigación. Finalmente, sale a la luz la noticia de que probablemente seré la candidata populista para el puesto de primer senador, lo cual me daría autoridad suficiente para llegar al fondo de todo esto en poco tiempo. —Leia trató de ponerse en los zapatos de Arliz Hadrassian, una partidaria fiel al régimen del Imperio que observa cómo una heroína de la Rebelión está a punto de tomar el poder—. Necesitaban una distracción. Algo que paralizara el Senado por completo. Y vaya que lo lograron.

—Eso también explicaría la ira de Rinnrivin. —Ransolm se inclinó hacia delante, recargando un brazo sobre el escritorio—. Su cártel sólo podrá seguir creciendo si sigue oculto. Si los guerreros Amaxine quedaran expuestos como los responsables del Bombardeo Servilleta, Rinnrivin quedaría expuesto a la luz pública junto con ellos.

Leia exhaló, tanto de alivio como de resignación.

—Creo que hemos dado con nuestro principal sospechoso. La pregunta es: ¿cómo lo probamos?

Hasta este punto, Ransolm había estado muy atento a todas sus palabras. Su mirada se dirigió al escritorio. Se veía incómodo o avergonzado. Leia no entendía su reacción, hasta que él dijo:

—También tenemos que averiguar si los guerreros Amaxine están recibiendo ayuda. La conexión con los planetas centristas podría ser una coincidencia, pero tal vez no. Si alguien en mi partido está siendo cómplice de este tipo de violencia, debemos exponerlo.

Leia eligió sus siguientes palabras con cuidado.

—Así que yo intentaré guiar la investigación oficial del bombardeo en la dirección indicada, mientras tú tratas de asegurarte de que ningún senador centrista esté involucrado.

No podía expresar ninguna sospecha en torno a los centristas, no sin tener pruebas sólidas. Si lo hacía, el lado defensivo de Ransolm podría apoderarse de él. Para él, la integridad era mucho más importante que la lealtad a su partido, ahora lo sabía, pero también sabía lo frágil que era su orgullo.

Sus palabras fueron certeras, pues Ransolm asintió y dijo:

—Me parece un buen plan. Mientras tanto, imagino que ambos investigaremos más sobre el misterioso planeta que es tan importante tanto para los guerreros Amaxine como para Rinnrivin Di.

—Exactamente —dijo Leia—. Tenemos que averiguar lo antes posible qué es lo que hay en Sibensko. Qué, o quién.

Varios senadores centristas eran ávidos coleccionistas de artefactos imperiales; la colección de Ransolm no era ni por asomo la más impresionante en las oficinas del Senado. Sin embargo, el casco de la guardia del Emperador sería considerado como un objeto invaluable por cualquiera que se moviera dentro de los círculos de coleccionistas.

Eso le dio a Ransolm la excusa perfecta para organizar una fiesta. Una recepción, en realidad: Ransolm supuso que una reunión con algunos senadores en su oficina no calificaba como una fiesta.

Se repartieron algunas copas de *brandy* corelliano, mientras la gente admiraba los artefactos históricos. En definitiva la recepción se quedaba corta en comparación con las de la anfitriona más famosa y elegante de Hosnian Prime: Varish Vicly. Pero juntar a unos treinta senadores centristas e intentar «aflojarles la lengua» serviría para el propósito de Ransolm.

—Como nuevo —dijo con gran satisfacción un canoso senador llamado Apolin, de Kuat, quien en una mano sostenía su segunda copa de *brandy*—. Recuerdo haber visto a la guardia imperial en persona, una vez, cuando visité Coruscant. ¿Imaginan lo imponente que esto se veía en aquel entonces?

Ransolm murmuró la respuesta más indicada, mientras pensaba: «Visitó Coruscant durante el Imperio. Se acercó lo suficiente a Palpatine como para poder ver a su guardia. Sus conexiones con el Imperio deben ser más fuertes de lo que admite públicamente».

La Senadora Fatil de Orina, una mujer rubia, aproximadamente de la misma edad que Ransolm, no se conformó con admirar el casco; inspeccionó y alabó todos los artefactos de su colección.

—Incluso los uniformes dan la idea de poder —murmuró muy cerca de Ransolm, tocando el casco negro de un piloto de TIE—. Inspiran respeto, intimidación, sumisión.

«Una de dos: quiere traer el Imperio de vuelta o llevarme a la cama», pensó Ransolm. «Probablemente ambas».

El *brandy* siguió fluyendo y las conversaciones se tornaron más cándidas:

—Las academias de los mundos populistas son una burla. Pobres imitaciones de lo que solían ser las academias hace una generación, en donde los mejores y los más brillantes se entrenaban para servir a su líder. Ahora, en los planetas centristas, estamos tratando de reinstaurar lo viejos programas de estudio. Reestablecer los estándares. Ya era hora.

—Si la voluntad de la galaxia en verdad fuera tan antiimperial, no habría manera de que la mayor parte de la flota imperial hubiera escapado. Los habrían rastreado sin importar dónde se ocultaran. Estoy seguro de que el Imperio sigue teniendo amigos por todas partes.

—Hasta la fecha, nadie ha explicado adecuadamente lo que le ocurrió a la primera Estrella de la Muerte. Sí, todos sabemos la versión oficial; Luke Skywalker, con un solo caza estelar, *bla-bla-bla*… Pero, honestamente, ¿te suena creíble en lo absoluto? El Imperio tenía a su servicio a los mejores ingenieros de la galaxia, y la Estrella de la Muerte era su mayor logro. No había forma de que fuera tan vulnerable a un ataque como ese. Alguien tuvo que haber traicionado al Emperador.

Ransolm no oyó nada que sugiriera alguna relación con los guerreros Amaxine, o el conocimiento de la existencia de una milicia proimperial. Si alguno de estos senadores estaba ligado a la organización de Hadrassian, era demasiado astuto como para hablar del tema, incluso si lo hacía de forma indirecta y ligeramente borracho.

Sin embargo, lo que oyó durante la reunión lo perturbó aún más.

Estas personas, sus aliados políticos, no sólo estaban interesados en que el gobierno estuviera más centralizado o fuera más eficiente. Se notaba la nostalgia que sentían por el Imperio en sí. Por Palpatine. Por el miedo y la obediencia que mostraban los planetas después de la destrucción de Alderaan. Los peores aspectos del Imperio, todas las cosas que Ransolm esperaba erradicar en un nuevo orden, eran precisamente los elementos que estas personas más querían traer de vuelta.

Un hombre, el jefe de gabinete de Lady Carise Sindian, se atrevió a decir:

—Lord Vader era casi como un segundo Emperador. Totalmente leal a Palpatine, pero capaz de ejercer poder y autoridad por su propia cuenta. ¿Se imaginan volver a tener un líder que impusiera tanta obediencia?

Ransolm se dio la vuelta fingiendo que iba a rellenar su copa, porque sabía que no podría disfrazar el desdén en su rostro. «Hablar de Vader como si hubiera sido alguien admirable. Alabar la manera en que Vader seguía órdenes, a pesar de que esas órdenes consistían en explotar a las personas hasta la muerte en sus fábricas mientras sus hijos, muertos de hambre, eran forzados a observar…».

Inhaló profundamente, recobró la compostura y regresó a la reunión con una sonrisa en los labios. Había que dominar el fino arte de la hipocresía para ser político.

Una vez que todos se marcharon, los droides de limpieza empezaron a trabajar. Ransolm se sentó en su escritorio por un momento para admirar su colección. Se veía perfecta con el nuevo casco en el centro de la pared. Había tardado años en juntar todas las piezas de su colección y nunca había dejado de sentirse orgulloso de ella.

Pero ya no se sentía orgulloso de que lo consideraran igual a los otros que veneraban los mismos artefactos. Para él, las reliquias imperiales eran un símbolo de fuerza; para los demás, eran un símbolo de dominación.

«Por fin», pensó Lady Carise, cuando le colocaron el manto dorado sobre los hombros. «Por fin tengo un título propio».

Estaba arrodillada en el Salón Magno de Birren, encabezando una multitud de cientos de personas, frente a su árbitro. Después de semanas de rituales y ceremonias, al fin le habían entregado símbolos del liderazgo (el manto y el cetro), para demostrar que ella resguardaría y defendería a su gente.

Al menos en espíritu. Lady Carise no tenía intención de retirarse de su posición privilegiada en el Senado Galáctico para administrar un planeta rural como Birren. Y desde luego que los habitantes tampoco esperaban eso de ella; de hecho, parecían considerar esas ceremonias casi como una molestia. «Insolente», pensó ella, «pero irrelevante».

Cuando comenzó a avanzar a través del Salón Magno con el manto sobre los hombros y el cetro en las manos, resonaron los aplausos; la nueva gobernadora, finalmente, había completado sus rituales. Planeó un gran festejo para esa noche, con fuegos artificiales y música, y tenía la intención de llegar derrochando estilo.

—No hay necesidad de hacer esto hoy, mi señora. —La guardiana del tesoro era una mujer robusta de mediana edad. Respetuosa, pero intrigada por la insistencia de Lady Carise—. Tiene mucho tiempo para revisar las pertenencias de Lord Mellowyn.

—El baile no empezará sino hasta dentro de unas cuantas horas. —A Lady Carise le dolían los hombros debido al peso del manto—. Será mejor aprovechar el tiempo y empezar de una vez.

La guardiana accedió con resignación y comenzó a cambiar todos los candados para que coincidieran con las huellas digitales y la retina de Lady Carise. Al finalizar, la mujer hizo una reverencia para irse, dejando sola a Lady Carise.

Lady Carise se inclinó hacia delante, permitiendo que los escáneres revisaran sus ojos y sus manos, aunque la impaciencia hacía que le fuera difícil quedarse quieta. Las conexiones de Birren con las casas reales se remontaban siglos atrás. Lady Carise no podía imaginar los invaluables objetos que aguardaban en el interior. Nunca habría sido capaz de llevarse alguno de estos fuera de Birren; se tomaba su papel como gobernadora muy en serio y no pensaba abandonar ese honor por un par de joyas o un poco de oro. Pero podría utilizar cualquiera de esas cosas mientras se encontrara en el planeta. Si acaso había ahí mismo, en la cámara, algún collar de piedras preciosas excepcionalmente atractivo o una brillante tiara que pudiera lucir esa noche, ¿no sería una lástima dejar que se quedaran guardados, acumulando polvo?

Engranajes pesados se movieron, haciendo ruido dentro de la enorme cerradura, gimiendo como una ballena. Las altas puertas de bronce terminaron abriéndose; en la oscuridad, sólo se podían distinguir formas imprecisas. Cautivada, Lady Carise indicó a los droides vela que avanzaran. Ella entró corriendo detrás de ellos y, de pronto, se detuvo.

«¿Esto es todo?».

Los tesoros de Birren no eran más que un par de cofres antiguos casi podridos, algunos muebles dorados que habían visto mejores días, tres o cuatro droides obsoletos esperando ser activados de nuevo y unas pocas joyas que tenían más brillo que valor real. Lady Carise cogió una de las pulseras, la examinó y la dejó caer de nuevo. Adiós a sus esperanzas de grandeza.

Molesta y aburrida, sin nada qué hacer hasta la hora de prepararse para el baile, comenzó a hurgar en los «tesoros», tratando de adivinar por qué alguien querría guardar todo eso. ¿Tal vez los droides tenían valor sentimental? ¿Acaso alguien pensaba que ese atroz estilo de muebles volvería a ponerse de moda? No era probable, según su opinión.

Justo cuando empezaba a pensar en marcharse, levantó una caja de madera y vio que tenía grabado: «Para la Princesa Leia Organa de Alderaan».

Lady Carise se animó. Lord Mellowyn debió tener la intención de darle algún tipo de regalo a su sucesora, quien, según él había asumido, sería la Princesa Leia. Mediante la entrega de esta caja a la princesa, Lady Carise cumpliría con su sagrado deber como gobernadora. Y, tal vez, por fin se ganaría el respeto de Leia. Ya era tiempo.

Y si el contenido resultaba ser joyas que valiera la pena usar… Bueno, seguramente a la princesa no le molestaría si Carise tomaba algunas prestadas sólo una vez, para una ocasión especial.

Se sentó en una de las sillas cubiertas en oro y abrió la caja. Arrugando la nariz, empezó a revisar todas las cosas inútiles que había dentro: una pequeña muñeca, casi del tamaño de su mano; una suave frazada de gillendown de buena calidad; una cajita de música hexagonal con un espejo adentro; un anillo que sólo podría quedarle a un dedito diminuto, y un mechón de cabello castaño oscuro, atado de ambos lados con un listón. Estos sólo eran recuerdos de su infancia, nada más.

Adiós a su joyería. Pero, después de tomarse un momento para reconsiderarlo, Lady Carise pensó que esto era aún mejor. La Princesa Leia sin duda se sentiría muy conmovida al recibir los recuerdos. Incluso estaría más agradecida con Lady Carise. Sí, esto funcionaría muy bien.

Ociosamente, Carise tomó la caja de música y la abrió. Reconoció la canción de inmediato; era una canción de cuna tradicional de Alderaan, una que su abuela le cantaba cuando sentía nostalgia por su planeta. La letra estaba grabada en su memoria:

«Brillo de espejo, brilla la luna, su brillo es como una brasa.
Veo la luna, brillo de espejo, y me siento cerca de casa.
Aquellos que te aman pero se han marchado,
los que en noches frías te han resguardado.
La luna y su brillo de espejo te permite ver
a aquellos que están más allá del amanecer.
Brillo de espejo, brilla la luna, mientras el fuego se vuelve brasas.
Los que te aman nunca te han de dejar;
la luna y su brillo te ayudan a recordar».

La canción era más triste de lo que Lady Carise recordaba. Vaya canción para repetirle a un niño. Además, Alderaan ni siquiera tenía luna. Probablemente se trataba de algo simbólico, pensó. Poético. La clase de tonterías que a los nativos de Alderaan les gustan tanto.

El volumen de la música bajó, lo cual usualmente significaba que una voz empezaría a cantar la canción. Pero, en lugar de eso, se escuchó la voz de un hombre.

Mi querida hija. El gobernante supremo de Birren, en quien confío por completo, me ha dicho que guardará estas cosas para ti y te las entregará cuando, algún día, heredes su título. Mi deseo es que esta grabación no contenga información nueva, que yo haya tenido la oportunidad de explicarte todo en persona.

Lady Carise se dio cuenta de que la voz sólo podía pertenecer a Bail Organa. Se cubrió la boca con la mano y abrió grandes los ojos, al escuchar la voz de un hombre que llevaba casi treinta años muerto, pero que hablaba sólo para los oídos de su hija.

Organa continuó:

Sin embargo, he decidido hacer esta grabación en un tiempo de peligro inminente para nuestra Rebelión. Sé muy bien que tal vez no sobreviva la guerra que se avecina. Al ocultar la información aquí, en un planeta insignificante ante los ojos del Imperio, espero evitar que caiga en manos equivocadas y entregártela a ti. Este conocimiento te corresponde a ti y a nadie más, sólo tú tienes derecho a poseerlo.

Probablemente ahora empezaría a hablar de secretos de guerra que ya no eran secretos y de una guerra que había terminado siglos atrás. Lady Carise puso los ojos en blanco y reflexionó que esto le agradaría aún más a la Princesa Leia. Lo que más le gustaba a Leia era recordarle a la galaxia la gran heroína de guerra que había sido. Una grabación como esta sería leña para el fuego de su propaganda, maravillosa para su

campaña. Lady Carise se preguntó cuánto tiempo tardaría el Partido Populista en sacarla a la luz pública para ensalzar aún más a su candidata a primera senadora.

Nunca has expresado mucho interés en saber sobre tus padres biológicos —dijo Organa—. *Recuerdo todas esas veces en las que nos dijiste a tu madre y a mí que éramos los únicos padres que necesitabas, y quiero que sepas lo valioso que es eso para nosotros. Pero, Leia, es importante que conozcas la historia de tus orígenes. Se tomó la decisión de ocultarte con nosotros por tu propia seguridad… y la de tu hermano. Sí, tienes un hermano gemelo, pero no debes buscarlo, sino hasta que la guerra haya llegado a su fin y tanto Palpatine como Lord Vader hayan sido al fin derrotados.*

El hermano de la Princesa Leia era el Jedi Luke Skywalker. ¿Por qué le prohibiría Bail Organa a su hija buscar a Skywalker? ¿Y cuál era la misteriosa historia de su origen? Lady Carise se acercó a la caja de música, y el brillo de la superficie espejada se reflejó en su rostro.

Obi-Wan Kenobi se quedó con tu hermano para protegerlo, y yo contigo. Los ocultamos a ambos y al uno del otro…, y de su padre, quien no debía saber que sus dos hijos habían nacido con vida. Verás, Leia, siempre te he dicho la verdad sobre tu madre y sobre cómo murió. Pero nunca te dije que se trataba de Padmé Amidala, la antigua reina y senadora del planeta Naboo.

¿Huérfana de guerra pero aun así de la realeza por nacimiento? Si bien Lady Carise estaba sorprendida, decidió que eso tenía sentido. Leia verdaderamente llevaba la nobleza en la sangre.

Pero Bail Organa siguió hablando:

Tampoco podía revelarte que tu padre es en realidad Anakin Skywalker, uno de los últimos Caballeros Jedi y un gran héroe de las Guerras Clon. Pero, ahora debo contarte lo peor, y debes ser fuerte. Debo contarte cuál fue el destino de Anakin Skywalker.

Las manos de Lady Carise agarraron la caja de música con más fuerza mientras escuchaba los siguientes segundos de la grabación. Y su asombro fue transformándose en temor cuando Bail Organa contó toda la verdad sobre un hombre que había caído en las garras de la oscuridad. Sin embargo, no estaba preparada para oír las siguentes palabras:

Tu padre se ha convertido en Darth Vader.

Cerró de golpe la caja de música, silenciando la voz de Organa. Luego volvió a meterla en el pequeño cofre, y después lo cerró también. Lo dejó en el suelo y lo pateó, para alejarlo. Como decidió que no estaba lo bastante lejos de ella, se levantó de su silla y empezó a retroceder hasta que su espalda chocó contra la rocosa pared de la cámara. Aturdida, casi se desmaya, pero se quedó contemplando el pequeño cofre de madera que contenía un secreto con el poder de cambiar el curso de toda la galaxia.

Darth Vader era el padre de la Princesa Leia.

Y también de Luke Skywalker, pero este detalle era casi irrelevante para Lady Carise: Skywalker había pasado tanto tiempo lejos, en su extraña búsqueda por descubrir la sabiduría de los jedi, que ya no tenía mucha influencia fuera de sus propios acólitos. Era una figura mitológica, más que una de carne y hueso.

Por otra parte, estaba la Princesa Leia. Ella sí tenía poder. De ser electa primera senadora, se convertiría en la máxima figura de autoridad en la galaxia.

Pero la hija de un personaje tan odiado como Darth Vader nunca podría ganar la elección.

Lady Carise se dio cuenta de que estaba en posesión de la única cosa que podía asegurar la victoria para los centristas. Con la mera divulgación de esta grabación, podrían tumbar de su pedestal, y para siempre, a la irreprochable e intocable heroína, Leia Organa.

Enseguida recapacitó. Había hecho los juramentos sagrados del gobierno de Birren. Esos juramentos eran iguales a los que compartían la mayor parte de las casas reales, e incluían nunca revelar un secreto guardado bajo el sello real. Y la cámara entera estaba protegida por dicho sello. Si Lady Carise exponía esta grabación y permitía que se supieran los verdaderos orígenes de la Princesa Leia, estaría quebrantando sus votos sagrados. Estaría traicionando el sello real. Sería tanto como decir que la nobleza no significa nada.

«¡Pero la Princesa Leia es una mentirosa y un fraude! Ha mantenido este secreto durante todos estos años, engañándonos a todos. ¿Acaso la gente no merece saberlo?».

Cabía la posibilidad de que la princesa ni siquiera conociera la verdad. Bail Organa probablemente nunca tuvo la oportunidad de contarle a su hija nada de esto, ya que la grabación dejaba muy claro que él consideraba peligroso que ella buscara a su hermano antes del fin de la guerra.

Sin embargo, la Princesa Leia había descubierto la identidad de su hermano, lo cual implicaba que podría conocer la identidad de su padre también, aunque esto era sólo una especulación, no una certeza.

A Lady Carise le tomó sólo unos cuantos segundos tomar una decisión. La nobleza era más importante que la demagogia. Un sello real debía ser respetado. Cumpliría con su juramento y guardaría el secreto, tal vez incluso ante la misma Princesa Leia.

Sin embargo, pensaba quedarse con el cofre y su contenido.

Sólo por si acaso.

CAPÍTULO VEINTE

—Podría acostumbrarme a esto —dijo Joph.

Greer lo miró de reojo mientras ella entraba en órbita con su antigua Y-Wing para rodear la estación espacial.

—¿Andar por ahí usando nombres falsos? ¿Sin decirle a nadie a dónde vamos en realidad? ¿Siguiendo órdenes que la Princesa Leia probablemente ni siquiera tenga autoridad legal para darnos?

—Exacto —respondió él, colocando sus manos detrás de la cabeza y reclinándose en su silla. Su espeso cabello dorado era el halo menos convincente del mundo. A veces, a pesar de su juventud y buen humor, Joph Seastriker y sus ansias por meterse en problemas lo hacían parecer más un contrabandista potencial que un piloto de la Nueva República.

—Sigues buscando emociones —dijo Greer, sacudiendo la cabeza mientras empezaba a enviar una señal al puerto pidiendo permiso para aterrizar—. Espera a que tengas emociones de verdad.

—¡Vamos! Estamos en una misión secreta. Ya salvamos a la princesa de un secuestro e incluso intervine la señal de los satélites de un mafioso. Eso cuenta cien por ciento como emoción. —Sus ojos azules se estrecharon, momentáneamente menos inocentes y más penetrantes—. ¿Sabes?, hay algo que no entiendo. A estas alturas, ha quedado demostrado, miles de veces, que no te gusta jugar a la segura. Entonces, ¿por qué sigues fingiendo lo contrario?

Greer recordó el día en que se había alejado de su pod de carreras, la forma en que las manos de Han Solo se habían cerrado sobre las de ella, diciéndole adiós de manera huraña, lo cual les permitió a los dos fingir que no había lágrimas en sus ojos.

—Sigues siendo sólo un chico, ¿cierto? Sigues pensando que la imprudencia es una virtud o que sólo puedes demostrar que eres valiente arriesgando tu vida. Permanecer con vida el tiempo suficiente para poder hacer algo bueno por el mundo… —La palabra se atoró en su garganta, pero siguió hablando—: Esto no es jugar a la segura. Es hacer nuestro trabajo.

Joph se enderezó en su asiento. De pronto, su expresión se tornó más gentil de lo que ella hubiera imaginado. Finalmente el chico había empezado a ver la sombra de la verdad que ella trataba de ocultar con tanto esfuerzo.

—Oye, si crees que debería saber algo o que deberíamos hablar de algo…, sabes que puedes decirme, ¿cierto?

—No hay nada que valga la pena contar. —Una luz verde empezó a parpadear en la consola: «Tiene permiso para aterrizar»—. Vamos —dijo Greer, enfocándose en su trabajo y cambiando el tema.

Ella y Joph conducían la nave más barata que pudieron encontrar, una tan maltrecha que comprarla había sido menos costoso que rentar cualquier cosa. Greer pensó que podría haber sido derribada en las Guerras Clon, parchada y puesta en servicio nuevamente. Un par de pilotos en posesión de una nave tan desvencijada obviamente estaría desesperado por obtener cualquier tipo de trabajo, a cualquier costo.

Cuando estaban en Pamarthe, fingían ser dos pilotos en busca de trabajo. Ahora necesitaban conseguir un trabajo, uno que los llevara hasta Sibensko.

Las estaciones espaciales generalmente servían como puestos militares, como había sido por generaciones. Algunos planetas mantenían sus propias estaciones civiles operativas, sobre todo para usar las embarcaciones recreativas. Pero esta estación, a la deriva en las profundidades del espacio, era única. Había sido abandonada por mineros de asteroides hacía más de un siglo y, luego, los contrabandistas, los esclavistas y todos los demás «empresarios» que valoraban tener un lugar donde las leyes planetarias no eran aplicadas, se habían apoderado de ella. Todas las reparaciones y modificaciones de la estación corrían a cargo de contrabandistas de especias y pilotos de mala fama, sólo si es que notaban que había algo que requería ser reparado y sólo si encontraban el tiempo, el dinero y la disposición para hacer algo al respecto.

Por lo mismo, la estación espacial conocida como Chrome Citadel daba la impresión de estar a punto de desmoronarse en cualquier momento.

En el mejor de los casos, las numerosas reparaciones parecían haber sido hechas de manera gradual. El casco cónico de Chrome Citadel estaba parchado con diferentes tonos y tipos de metal; su superficie brillante había quedado enterrada tiempo atrás bajo capas de toda clase de cosas. Y varios sensores que normalmente estarían protegidos dentro de la atmósfera de la estación habían sido atornillados en donde fuera que encajaran. Aunque el trabajo era inconsistente y de mala calidad, de alguna manera había sido suficiente para mantener operativo el puerto, a pesar de su deterioro.

«Sólo alguien muy desesperado vendría aquí», pensó Greer mientras aterrizaba la nave en el hangar. «Cualquier otra persona cuerda se alejaría lo más posible».

Joph miraba con recelo un parche particularmente mal hecho y próximo a uno de los principales conductos de ventilación.

—¿Estamos seguros acerca de los controles atmosféricos de este lugar? Porque me parece que esta cosa podría ventilar todo su aire en cualquier momento.

—Sólo hay una manera de averiguarlo —dijo Greer, encogiéndose de hombros.

Dentro de Chrome Citadel, reinaba el caos. Cuando Joph y Greer caminaron desde el puerto, fueron sumergiéndose en el excesivo tránsito peatonal, conformado por al menos una docena de especies distintas. Cada individuo era piloto o comerciante. Varios de ellos les resultaban familiares… porque aparecían en los hologramas de «Se busca», en los puertos espaciales respetables, así que casi todos ellos eran probablemente muy peligrosos. Los corredores estaban llenos de puestos improvisados que vendían desde raciones espaciales deshidratadas hasta pañuelos elegantes. Greer compró uno rojo y se lo anudó alrededor del grueso cabello negro cuando vio que lo hacían algunos de los pilotos

rurales. Aunque tanto ella como Joph se habían puesto uniformes desgastados, arrugados y que no les quedaban bien, todavía lucían demasiado limpios y respetables para el tipo de gente que abundaba en ese lugar.

Joph se percató de que llamaban la atención, así que se detuvieron rápidamente en uno de los puestos más cercanos.

—¿Qué crees que harían si se enteraran? —murmuró, mientras se colocaba el cinturón de herramientas que acababa de comprar.

Después de observar a la variada multitud de especies humanas y no humanas, y a cada sujeto armado, Greer respondió.

—Si lo supieran, nos lanzarían al compartimiento hermético más cercano.

Él señaló con la cabeza uno que se encontraba al fondo del corredor, que se veía como si hubiera sido pintado y cubierto de esmalte al menos una decena de veces desde la última vez que lo abrieron.

—Al menos parece que la mayoría de los compartimientos herméticos no funciona.

—Bueno, ya tenemos eso a nuestro favor —suspiró Greer.

Un grupo de otteganos pasó junto a ellos, dejando a su paso un leve olor a especias. Unas humanas de cabello rojo y trenzado discutían con un droide comerciante sobre el costo de una nueva soldadora. Una mujer hassk no quitaba la mano del bláster, mientras revisaba cada pasaje y cada rincón, sin bajar la guardia ni por un momento.

—Oye —murmuró Joph, tocando el hombro de Greer—. Mira eso.

Lanzó su mirada hacia un puesto ubicado en la esquina del corredor. Entre los puestos ambulantes que vendían botellas de *brandy* corelliano falsificado y contenedores de transporte a prueba de escáneres, había uno que ofrecía artículos decorativos: banderas, cubos holográficos, amuletos para la buena suerte, calcomanías y cosas así.

Y, colgado entre las banderas, en medio y enfrente de todas las demás, estaba el estandarte del Imperio.

Había otros emblemas imperiales: un holograma de Palpatine con sonrisa benévola, sin duda sacado de un antiguo mensaje de propaganda, y calcomanías en forma de la insignia del Imperio. Sólo había algunos objetos en exhibición, en medio de otros personajes populares de holocomedias o folclor galáctico, cuyas imágenes resultaban patrones muy coloridos. Incluso podían encontrarse insignias de la Nueva República o de la antigua Alianza Rebelde. Greer trató de ver las cosas con perspectiva.

—Son cursilerías. Cosas que nuestros padres o abuelos tenían por ahí guardadas, la gente las compra irónicamente. Es más una especie de broma que algo serio.

—No lo sé —dijo Joph, sacudiendo la cabeza—. Esto hace que el Imperio parezca… como algo salido de un cuento. Algo que no fue real. Si me lo preguntas, comprar cosas así y andar exhibiéndolas como si no fueran gran cosa… es un poco irrespetuoso para los pilotos rebeldes, ¿no crees? Se enfrentaron contra Estrellas de la Muerte en X-Wings, ¿y les pagamos tratando la imagen de Palpatine como si sólo fuera «el coco» en un cuento para niños?

En la mayoría de los planetas, las cantinas más sórdidas ofrecían los trabajos más lucrativos, y menos legales. Pero, en Chrome Citadel, la cantina era casi el único lugar donde la gente no buscaba trabajo. Sólo era un sitio para beber, bailar y coquetear con cualquier individuo que te resultara atractivo, independientemente de género y especie. Por otra parte, los empleos se negociaban abiertamente en el punto más alto de la estación, la punta del cono, a través de un sistema de mensajería abierta.

—Debemos lucir muy avispados —murmuró Greer, cuando ella y Joph entraban en la habitación, donde varios tableros de anuncios electrónicos destellaban con mensajes que aparecían y desaparecían rápidamente, filas y filas de ellos: todos prometían un trabajo a cierto precio. Los pilotos se amontonaban alrededor, de pie, cerca de las pequeñas consolas que llegaban a la altura de la cintura y que tenían controles de tecleado rápido; Greer recordaba haber visto algo así en las áreas menos honestas de Pamarthe, donde la gente buscaba a los famosos y osados pilotos de su planeta natal—. Quien oprima el botón más rápido obtiene el trabajo.

Joph frunció el ceño.

—¿Quién publicaría el trabajo aquí en vez de contactar a los pilotos personalmente? Se supone que son trabajos delicados, ¿cierto? La clase de cosas que quieres mantener oculta, ¿no?

—Exacto. —Ella no quitaba los ojos del tablero, escaneando todos los mensajes que alcanzaba a ver—. La clase de cosas que quieres mantener oculta, por lo que no quieres que te atrapen contratando gente. Es muy probable que todo sea ilegal, a diferencia de los trabajos que abundan en Pamarthe. Este tipo de mercado de mensajes transfiere el riesgo a los pilotos, lo cual básicamente garantiza que estos trabajos son los más peligrosos de todos.

En otras palabras, era precisamente la clase de lugar donde podrían encontrar un trabajo vinculado a Arliz Hadrassian, Rinnrivin Di o los guerreros Amaxine.

«CARGAMENTO VIVO PARA SER LLEVADO A NAL HUTTA SIN PREGUNTAS». Este podía ser el mensaje de un esclavista. El labio de Greer se erizó con disgusto.

«200 KILOS E. M. DE KEREV DOI A TATOOINE». El «E. M.» no podía significar nada bueno.

«TRABAJO PARA CAZARECOMPENSAS EN AREARS; IDENTIDAD E IMÁGENES DE LA PRESA SÓLO DESPUÉS DE HABER ACEPTADO». Greer se estremeció al pensarlo: «¿También cazadores de recompensas?».

La mano de Joph pasó volando junto a ella para oprimir un botón en la consola, eligiendo así uno de los trabajos. Pero fue hasta que el mensaje desapareció de la pantalla y apareció de nuevo en la consola frente a ellos cuando pudo leerlo bien: «TRANSPORTAR EQUIPAMIENTO DE DAXAM IV A SIBENSKO; SE VALORA LA DISCRECIÓN».

—Buen ojo —le dijo Greer.

—Gracias. —Trató de no sonar orgulloso de sí mismo, pero no lo logró.

La consola se puso roja al aparecer otro mensaje en el fondo de la pantalla: «ACEPTAR O RECHAZAR PARA CONFIRMAR TRABAJO». Rápidamente, Greer oprimió el botón «ACEPTAR».

Después de horas de debate en la junta de los populistas esa noche, la mayoría de los cuales estuvo enfocada en culpar del Bombardeo Servilleta a los senadores centristas, con mucha invectiva y pocas pruebas, Leia tenía dolor de cabeza. Estaba a punto de perder la paciencia, y lo único que quería era poner la cabeza sobre la almohada. Pero, justo cuando se había puesto el camisón y levantaba la cobija para meterse a la cama, el parpadeo de su comunicador le avisó de un nuevo mensaje.

Pensó que tal vez podría ser de Han, pero en vez de eso descubrió que se trataba de un mensaje codificado. Después de sacar a C-3PO de su estación de recarga para que lo tradujera, toda la decepción que sentía por no haber recibido un mensaje de su esposo se evaporó y fue sustituida por un golpe de emoción.

—No podríamos haber pedido algo mejor que esto —dijo, mientras caminaba de un lado a otro en su habitación. El largo dobladillo de su camisón se ondulaba sobre sus pies—. Esto nos permite conectar directamente Daxam IV con Sibensko.

—Sí, su alteza —dijo C-3PO. En su eterno deseo por ser útil, había tenido que servir como un simple comunicador—. ¿Cree que la señorita Sonnel y el Teniente Seastriker tendrán que llevar un cargamento muy, digamos, incriminador?

—El trabajo decía específicamente: «equipamiento». Eso casi siempre significa armamento, explosivos y otro tipo de material bélico. —Leia se detuvo y colocó la mano en la parte posterior de su largo sofá—. Es posible que el trabajo sea totalmente legal, pero los guerreros Amaxine podrían estar usando este medio de contratación porque quieren mantenerlo todo en secreto. De cualquier modo, eso no importa. No tenemos que descubrirlos cometiendo un crimen… al menos no aún. Sólo tenemos que lograr entrar a Sibensko, y este trabajo es el modo de lograrlo.

—Disculpe, su alteza, pero suena como si… —La pausa que hizo C-3PO sólo fue interrumpida por el sonido de su engranaje interno, que rechinaba al girar hacia ella—. Como si pensara acompañar a la señorita Sonnel y al Teniente Seastriker en esta misión.

Leia no se había percatado de eso. No había tomado la decisión de hacerlo, ni siquiera notó que había una decisión que tomar. Sin embargo, la programación del droide analizaba las conversaciones humanas con tanta exactitud que a veces él se percataba de cosas que ella no.

—Supongo que sí suena así —dijo ella lentamente—. Supongo que lo haré.

—¡Pero, Princesa Leia! —el alarmado C-3PO alzó la voz—. ¡No puede! ¡La misión suena terriblemente peligrosa!

—3PO, en el cuarto de siglo que llevas a mi servicio, ¿alguna vez me has visto huir del peligro?

—Bueno, no. —El droide consideró sus palabras, antes de añadir—: Pero podría desarrollar un agresivo instinto de supervivencia.

Leia no pudo evitar reír.

—No cuentes con ello.

La mente robótica de C-3PO nunca era más veloz que cuando trataba de zafarse de la próxima ronda de peligros.

—Sin duda el Capitán Solo estará muy preocupado.

—El Capitán Solo una vez piloteó una nave a través de un campo de asteroides, ¿recuerdas? No tiene autoridad para sermonear a nadie sobre tomar riesgos. Además, tengo mayor jerarquía.

—¡Pero no pude marcharse de Hosnian Prime a estas alturas del proceso político! Su candidatura será anunciada oficialmente en unas cuantas semanas. Su presencia en el Senado Galáctico será crucial en esos momentos. ¡Y sin duda también habrá apariciones públicas qué coordinar en otros planetas!

El droide tenía un buen punto. Una vez que su candidatura se volviera oficial, el tiempo de Leia se reduciría exponencialmente. Le pedirían que diera discursos en varios planetas, desde el Núcleo Galáctico hasta la Zona de Expansión. Los locutores clamarían por entrevistas; Greer tendría que programar visitas a un estudio para grabar hologramas que mostraran a Leia hablando de sus propuestas políticas, y estos serían distribuidos por toda la galaxia. Sobre todo, tendría que permanecer muy activa en el Senado, demostrando que estaba muy comprometida y que era muy hábil en su labor.

En otra palabras, una vez que Leia se volviera candidata, no tendría tiempo para nada más, en especial para una misión secreta que podría derrocar al que parecía ser el cártel de especias más grande de la galaxia.

Cerró los ojos e inhaló profundamente.

—Tienes razón. Tan pronto como mi candidatura para el puesto de primera senadora se vuelva oficial, no tendré tiempo para esto.

C-3PO casi saltó de alegría.

—Me alegra haber podido ser de utilidad…

—Es por eso que tenemos que ir a Sibensko antes del anuncio oficial.

—Oh, no —dijo el droide—. Disculpe que lo diga, su alteza, pero ¿no cree que su ausencia en el Senado podría considerarse una falta potencial de compromiso? Las apariencias son muy importantes.

Leia sacudió la cabeza.

—Le he entregado mi vida al cumplimiento de mi deber desde que tenía catorce años. Cualquiera que ponga en duda mi compromiso a estas alturas es un tonto cuya opinión no necesito.

—Desde luego, su alteza.

—Está decidido entonces, mi viaje a Sibensko sigue en pie.

C-3PO hizo otra pausa.

—Esto significa peligro, ¿cierto?

—Más vale que lo creas. —Leia se dejó caer sobre el sofá, sonriendo—. Muéstrame mi agenda por favor. Quiero empezar a pensar cuándo es el mejor momento para hacer esto.

—Esto es suficiente para hacer que uno desee volver a programar montacargas binarios —dijo melancólicamente C-3PO, mientras caminaba al banco de información más cercano.

El duelo en Daxam IV había salido bien, pero también le recordó a Ransolm Casterfo que tenía que mantener sus habilidades en perfecto estado. Desde que se había percatado de que seguía teniendo habilidad para este tipo de cosas, incluso ahora que era senador, no tenía intención alguna de oxidarse.

En la sala de entrenamiento, totalmente blanca, Ransolm permanecía quieto y en equilibrio, con la pica en la mano. Su entallado traje gris de entrenamiento ya se encontraba empapado en sudor, pero Ransolm estaba decidido a seguir adelante. La mayoría de las personas descuidaban el entrenamiento sin armas de fuego; estas eran las mismas personas que terminaban muertas porque sus blásteres se habían quedado sin carga. Quería ser capaz de luchar con lo que tuviera a la mano, ya fuera tan sofisticado como el último modelo de vibroespada o tan tosco como un palo largo.

Los proyectores que se encontraban en los rincones de la cámara de entrenamiento brillaron, creando la ilusión de estar frente a un guerrero Mandaloriano con un bláster en la mano. Al instante, Ransolm lanzó un ataque hacia arriba, derribando el bláster del Mandaloriano. Los pernos holográficos salieron disparados sobre la cabeza de Ransolm. Aunque el Mandaloriano trató de esquivarlo poniéndose en cuclillas, Ransolm estaba listo para él. Con un solo golpe salvaje, le atravesó la cabeza con la punta de su pica, más rápido aún que el tiempo en que el hombre habría podido disparar. El holograma parpadeó y desapareció.

Ransolm sonrió. Ganó otra vez.

Después de otras cuantas vueltas, cuando sus músculos temblaban y su estómago le exigía alimento, Ransolm finalmente decidió regresar a su cuadrante.

Un viaje rápido en el monorriel lo llevó hasta su departamento, que era bastante humilde para pertenecer a un senador. Pero ¿qué caso tenía gastar mucho dinero en un lugar donde vivía solo y que solamente usaba para dormir? Era un departamento de soltero, con muebles funcionales incluidos, en una combinación de colores grises y anaranjados que habían estado tan de moda en su momento que ya era completamente habitual. Guardó su pica en su armario y se dispuso a descansar por esa noche. Se secó el cabello sudoroso con una toalla, se la colgó alrededor del cuello y empezó a buscar algo comestible en la cocina.

Su comunicador parpadeó; alguien lo estaba llamando. Ransolm corrió hasta la unidad para contestar. Al oprimir el panel, un holograma de la Princesa Leia tomó forma en su sala.

—¿Leia? —dijo sonriendo, mientras se dejaba caer en el sofá y extendía los cansados brazos detrás de la espalda—. ¿A qué debo este honor? Es un poco tarde para una visita social.

Los labios de Leia temblaron, evidenciando la emoción que intentaba contener.

—¿Consideras una invitación a Sibensko algo «social»?

—Bromeas —dijo él—. ¿Cómo se las arreglaron Greer y Joph?

—Fueron al lugar indicado y consiguieron el trabajo indicado. Transportarán equipamiento. Parece que el horario es bastante flexible, pero tenemos que actuar pronto.

—Espectacular.

—Tengo pensado ir con ellos.

Le sonrió a Ransolm revelando su expectación. En ese momento, él se dio cuenta de que, en medio de su entusiasmo, lo había contactado sólo con una bata sobre su camisón. Se imaginaba los chismes si se supiera que Leia y él habían hablado de ese modo a esas horas de la noche. Pero los rumores eran tonterías y Ransolm apreciaba su falta de artificio. Leia no le había ocultado nada, ni por un instante.

Sin embargo, después de la primera descarga de entusiasmo, vinieron las dudas.

—No quisiera señalar esto, Leia, pero nuestra primera misión a Bastatha fue enteramente respaldada por el Senado. Nuestra labor en Ryloth, Harloff Minor y Daxam IV fue autorizada o, técnicamente, no oficial pero perfectamente legal.

—Es cierto —dijo Leia, encogiéndose de hombros elocuentemente—. Cualquiera puede invitar a alguien a cenar en Harloff Minor. Cualquiera puede comprar un casco de la guardia imperial si así lo desea.

Ransolm la miró.

—Pero usar a dos pilotos y dos naves de la Nueva República para llevar a cabo un trabajo potencialmente ilegal, además de viajar a un planeta conocido por su actividad criminal, con lo que, asumo, serán identidades falsas… Creo que podrías estar sobrepasándote en tu autoridad como senadora.

Ella permaneció impávida.

—También es cierto.

—También siento la necesidad de señalar que una misión así sin duda sería extremadamente peligrosa.

—No puedo negarlo.

Ransolm se inclinó para acercarse al comunicador.

—Cuenta conmigo.

La sonrisa que esbozó Leia podría haber logrado que el sol saliera.

—¿Sabes?, tenía el presentimiento de que dirías eso.

—Me conoces muy bien.

La expresión de Leia se puso más seria.

—Si por alguna razón no te hubieras ofrecido a venir, yo te lo habría pedido. Como senadora populista, si fuera sola en una misión y volviera con pruebas de una conspiración que tiene lugar en planetas centristas, se reirían de mí en el Senado, en el

mejor de los casos. Y en el peor, me censurarían. De cualquier modo, nadie podría creerme. Pero tu presencia le da credibilidad a la misión. Si logramos demostrar las conexiones que existen entre todo después de este viaje a Sibensko y los dos presentamos juntos nuestra evidencia ante el Senado, tal vez logremos que nos escuchen.

—Lo haremos —dijo Ransolm—. Estoy seguro.

—Tienes más confianza en el Senado Galáctico de la que yo tengo —dijo Leia, alzando una ceja.

A veces sonaba tan hastiada, tan escéptica, aun cuando había sido una revolucionaria idealista en su juventud. Tal vez un cuarto de siglo en la política le hacen eso a una persona, al menos en la política como la que se hacía en la Nueva República.

Ransolm Casterfo pensaba cambiar todo eso.

CAPÍTULO **VEINTIUNO**

La misión a Sibensko debía permanecer secreta; por eso, tenían que disfrazar de alguna manera las juntas para planear la aventura. Ransolm pensó que el modo más efectivo sería esconderse a plena vista, así que reservó un pabellón junto al río para las carreras de navíos solares del Día del Equinoccio, una de las celebraciones tradicionales de Hosnian Prime.

En tiempos antiguos el equinoccio se iniciaba con carreras en bote, y hasta ese día los competidores seguían el curso de un serpenteante río. Las personas se habían reunido a orillas del río, ya fuera en pabellones verdines o en mantas extendidas en el pasto. El gran horizonte de la ciudad capital parecía más distante de lo que en realidad estaba, en contraste con los sencillos placeres que uno podía disfrutar aquí. Los droides organizaron los pícnic: colocaron la comida de manera irregular sobre el suelo, o en charolas flotantes, que pertenecían a los más ricos o a los más sabios. Algunos pods flotaban en el aire a unos cuantos centímetros del agua, cada uno de ellos seguido por la mirada de una docena, o más, de espectadores que ansiaban que empezara la carrera. El otoño había comenzado oficialmente, pero, ese día, el sol brillaba con calidez. Eso se sentía como una celebración en todo sentido, y pronto comenzaría el espectáculo aéreo preliminar.

—¿Cómo conseguiste zafarte del show? —le preguntó Ransolm a Joph Seastriker, el primero de sus invitados en llegar—. ¿Qué no eres uno de sus pilotos estrella?

—Más vale que lo crean. —Los ojos azules de Joph escanearon el cielo melancólicamente—. Dije la verdad, que la Senadora Organa quería verme para revisar mi trabajo con ella. ¿Sabe?, ni siquiera creo que mi comandante verifique la información. Uno dice su nombre, y la gente coopera.

—Pobre del que no lo haga —dijo Ransolm, pero con cariño—. ¿Cuándo llegarán la señorita Sonnel y la joven Korr Sella?

Sacudiendo la cabeza, Joph dijo:

—Korrie no vendrá. La misión es demasiado peligrosa para ella. Además, Greer y la Princesa Leia decidieron que no debían poner a Korrie en una situación en la que pudieran acusarla de ocultar información al Senado.

—Sensato. —Entonces su mirada percibió una figura familiar que se acercaba portando un vestido color coral. Greer estaba casi irreconocible, tanto por su vestimenta festiva como por la gran sonrisa en su rostro. Hasta ese momento, Ransolm no se había dado cuenta de que, aunque Greer Sonnel estuviera satisfecha o entusiasta, rara vez se veía feliz…

—¿Qué tal? —dijo Greer mientras subía los escalones del pabellón, con su largo cabello negro meciéndose por la brisa detrás de ella. En sus manos llevaba una pequeña

bolsa que parecía contener algo cilíndrico y pesado—. ¿Empezamos a hablar de la estrategia de inmediato o primero fingimos una fiesta?

—Imagino que una combinación de ambas. —En la distancia, Ransolm alcanzó a ver a C-3PO tambaleándose hacia ellos; Leia no podía estar lejos—. ¿Esta es tu aportación a la celebración?

La sonrisa de Greer se tornó taimada.

—Es sólo algo que Joph se quedó con ganas de probar en Pamarthe. —Sacó una pesada botella de vidrio de la bolsa; contenía un líquido entre amarillo y rojizo—. Aquí tienen: Puerto en Tormenta de Pamarthe, genuino y de alto octanaje.

—Finalmente te diste cuenta de que puedo soportarlo, ¿cierto? —dijo Joph engreídamente.

—Sólo digamos que quiero verte intentarlo —respondió ella, levantando una de sus gruesas y arqueadas cejas.

Ransolm tomó la botella, sorprendido por su peso. Había oído hablar del Puerto en Tormenta, el famoso vino fortificado de Pamarthe que tenía la reputación de poner incluso a los más fuertes de rodillas. Pero había muchos planetas con historias así; la gente de cada planeta de la galaxia presumía de tener las bebidas más fuertes, la comida más picante o el peor clima. Todos tenían que aparentar ser los más fuertes. Sin embargo, siendo una galaxia tan grande, en realidad era difícil toparse con cosas verdaderamente extremas.

—Si el Teniente Seastriker es lo bastante valiente como para probarlo, yo también tomaré una copa.

—Hombre valiente —dijo Greer, con una sonrisa—. ¿Quién trajo las copas?

El pabellón había sido debidamente abastecido con un juego de copas. Ransolm las colocó en la mesa y Greer las llenó aproximadamente hasta la mitad, tal vez unos tres dedos en total. Casterfo levantó la suya y la extendió hacia los demás.

—Un brindis. Por la Princesa Leia.

—Por la Princesa Leia —respondieron Joph y Greer. En unísono, chocaron las copas. El senador sintió el dulzor y el ardor en su boca, y luego…

Ransolm nunca se había preguntado cómo se sentiría tener fuegos artificiales dentro del cuerpo. Ahora lo sabía. Sus ojos se abrieron mientras la bola de fuego se expandía dentro de él, como una estrella enana amarilla que se transforma en una roja gigante. Todos los sonidos parecieron desvanecerse por un instante, aunque podía escuchar la tos titilante de Joph. El cerebro aturdido de Ransolm decidió que una estrella roja gigante no era suficiente para describir lo que ocurría dentro de él. Tal vez así es como nace una supernova.

Cuando el senador consiguió recuperar el habla, dijo con voz rasposa:

—Eso no puede estar hecho para consumo humano.

Greer se encogió de hombros y siguió bebiendo su Puerto en Tormenta como si fuera jugo de frutas. Mientras tanto, Joph había apoyado la cabeza sobre la mesa con la cara

hacia abajo; se sostenía la cabeza con ambas manos. Ransolm dejó su copa sobre la mesa y la hizo a un lado; el solo olor parecía incendiar su nariz desde fuera.

—Lamento llegar tarde —dijo Leia, subiendo los escalones del pabellón, con C-3PO tras ella. Se detuvo en seco cuando vio lo que habían bebido—. ¿Puerto en Tormenta? ¿En verdad están bebiendo eso?

—Ya no más —dijo Ransolm, haciendo muecas pero arreglándoselas para no estremecerse.

—Creo que mi cráneo se está derritiendo —murmuró Joph.

—Esa cosa es peligrosa. —Leia lanzó una mirada severa a su jefa de gabinete, lo cual no intimidó a Greer en lo absoluto—. Sólo conozco a una persona no nativa de Pamarthe que puede tolerarlo.

—¿El Capitán Solo? —dijo Joph, sin levantar la cara de la mesa.

—Chewbacca, un amigo wookiee que tenemos —dijo Leia sacudiendo la cabeza—. Han nunca tocaría esta cosa.

—Al contrario, su alteza —intervino C-3PO, mientras subía rígidamente los escalones—. Sé que el Capitán Solo ha usado Puerto en Tormenta en algunas ocasiones.

—¿En serio? —dijo Leia con una expresión tan sorprendida que Ransolm se habría reído si su garganta no se sintiera como si fuera a estallar en llamas en cualquier momento—. ¿En verdad Han bebe Puerto en Tormenta?

El droide se llevó una mano metálica al pecho, como si estuviese pidiendo perdón por algo.

—Oh, no, claro que no. Pero el Capitán Solo ha llegado a usarlo cuando hace reparaciones en su nave, como solvente de emergencia.

—Era de esperarse —dijo Leia y señaló a Joph, quien había vuelto a enderezarse con una expresión aturdida en el rostro—. No más de esto hasta que terminemos. Una copa de vino es una cosa…, pero necesitamos mantenernos alerta.

—Estoy de acuerdo —dijo Ransolm. Aceptaba lo que fuera con tal de evitar tomar esa cosa mortífera otra vez.

Para alivio de Leia, todos lograron concentrarse en el trabajo a pesar de las bebidas, aun cuando los ojos de Joph estaban un poco desorbitados y sus primeras preguntas fueron titubeantes.

—¿Deberíamos ir de inmediato? ¿Antes de que Arliz Hadrassian o Rinnrivin Di se den cuenta?

Leia soltó un pequeño suspiro de agradecimiento por el neutralizador sónico que había guardado en el bolsillo de su túnica color malva. Incluso si los felices excursionistas de alrededor quisieran prestar más atención a esa conversación que a las carreras que se llevaban a cabo, no podrían oír ni una palabra de lo que se decía entre ellos.

—Tenemos que seguir el horario que nos dieron al entregarnos el trabajo —explicó Greer.

—Pero son contrabandistas —dijo Joph, con voz ronca—. O traficantes de armas, o lo que sea. No son exactamente la clase de gente que suele seguir las reglas.

—Precisamente por eso sospechan con facilidad. —Las historias de Han y Chewie le habían enseñado al menos eso a Leia—. Si un piloto legítimo llega un poco antes de tiempo, sólo es una pequeña inconveniencia, cuanto mucho. Pero, si un piloto ilegal llega antes de tiempo, algo trama. Y todos los involucrados lo saben.

Greer asintió.

—Sea cual sea la razón, los guerreros Amaxine no quieren que recojamos el equipamiento sino hasta la próxima semana. Si llegamos antes, los pondremos sobre aviso.

—Hablando de poner sobre aviso… —dijo Ransolm—. Arliz Hadrassian podría estar en Sibensko cuando nuestro equipo llegue. Y a estas alturas ya nos ha visto a todos al menos una vez. Cree que Greer es mi jefa de gabinete. Y reconocería a Joph, porque lo vio en Bastatha. Si Hadrassian está presente cuando lleguen a recoger el cargamento, tendremos problemas.

—Ahí es donde entran los disfraces —dijo Leia, sonriendo, pues revivía viejos recuerdos—. Una máscara de cazarecompensas puede servir para Joph, tal vez… ¿Y algún tipo de armadura para Greer? Con identificaciones falsas, tinte para el cabello y la ropa adecuada, será bastante difícil reconocerlos.

—Eso funcionaría. —Esas dos palabras roncas hicieron que Joph empezara a toser de nuevo; Greer le dio una palmada en la espalda.

«Esperemos que se recupere a tiempo», pensó Leia.

Los navíos solares pasaron volando sobre ellos, con sus brillantes velas rojas que capturaban el calor del sol y lo transformaban en energía, la cual mantenía al habilidoso piloto a flote.

—Además, tengo el presentimiento de que Hadrassian no hará la entrega personalmente —añadió Leia en medio del vitoreo de la multitud—. Necesita algo de negación plausible.

—Igual que nosotros —puntualizó Ransolm—. Ambos estuvimos de pie frente al Senado, juntos, y anunciamos la necesidad de seguir investigando a Rinnrivin Di más a fondo. Sospecho que las malas lenguas habrán estado hablando de nuestros viajes simultáneos a otros planetas. Si hacemos otro, juntos nuevamente, las sospechas saldrán a la luz pública. Asumiendo que Rinnrivin o Hadrassian tengan una espías en el Senado, estaríamos poniéndolos sobre aviso.

—¿Un espía en el Senado? —dijo Joph, sorprendido—. Nadie sería capaz de hacer eso. Vamos. Ser senador te otorga todo el poder y el prestigio por el cual tendrías que matar siendo contrabandista, sin tener que poner en riesgo tu propio pellejo.

—No, Ransolm tiene razón. Estoy casi segura de que tienen a alguien. —Leia había llegado a esta conclusión por sí sola. Antes, había querido evitar convencer al joven e

idealista Casterfo, pero una vez más él había sobrepasado sus expectativas—. Si los guerreros Amaxine están ligados al Bombardeo Servilleta, debieron haber tenido información del interior, de alguien que conoce el Senado a la perfección, tanto el edificio como su organización interna. Tal vez un pirata informático muy hábil podría haber expuesto los planos del edificio, pero ¿averiguar que habría una reunión de senadores populistas a la hora del desayuno? ¿Saber incluso cuál sería el lugar donde probablemente me sentaría? Esa es información muy especializada, y sólo alguien de alto nivel podría poseerla.

Greer se abrazó a sí misma como si tuviera frío, aunque el sol de la tarde hacía que su cabello negro brillara tanto que casi se veía azul.

—Así que no sólo nos enfrentamos a un grupo de fanáticos adoradores del Imperio, sino que también tenemos que lidiar con su aliado en el Senado; en otras palabras, algún senador centrista con suficiente poder para eliminarnos a todos.

—Al menos así parece. —Leia mantenía su atención enfocada en Ransolm, quien había apretado los labios con fuerza y apartado la mirada cuando Greer dijo la palabra «centrista».

Hablaron del resto de sus planes: cómo llegar a Sibensko, cómo podrían acompañarlos Leia y Ransolm y cuál era el mejor modo de obtener la información que necesitaban. Sin embargo, después de que terminó la reunión, se quedaron a ver el resto de la carrera. Los navíos solares se acercaban más al agua mientras la luz del atardecer comenzaba a desvanecerse.

Cayó la noche y empezaron los fuegos artificiales. Joph se disculpó para ir a ver a unos amigos, y Greer anunció que tenía que dormirse temprano.

—¿Y por qué no te llevo a ti a tomar un baño lubricante? —Le dijo Greer a C-3PO, mientras guardaba la botella de Puerto en Tormenta en su bolsa—. Ya te hace falta.

—Eso sí que suena festivo. Qué amable de su parte, Señorita Sonnel.

—Lo intento. —Greer le dirigió a Leia una sonrisa de despedida. Al alejarse, tanto el coral de su vestido como el brillo dorado de C-3PO se perdieron entre la multitud. Entonces Ransolm dijo:

—Debe tener un pretendiente.

—No sabía que te gustaran los chismes —dijo Leia, lanzándole una mirada.

—No tengo ningún interés en los rumores. Sólo quise decir… ¿Dormirse temprano? Es una excusa muy obvia para marcharse, además… ¿por qué dejar una reunión tan placentera? Debe haber algo más placentero esperándola.

—Greer tiene derecho a una vida personal. —Leia analizó el perfil de Ransolm por unos instantes, con los fuegos artificiales dorados y plateados estallando tras él—. Te disgustaste con ella hace un momento. Cuando dijo que los senadores centristas podrían estar ligados a los guerreros Amaxine.

Ransolm observaba resueltamente los fuegos artificiales cuando respondió.

—Reconozco que debe ser alguien del Partido Centrista, o alguien que dice ser parte del Partido Centrista, quien está detrás de todo esto. Pero un canalla no debería manchar

toda nuestra ideología. Lo que me molesta es la implicación de que todos los centristas simpatizarían con los actos terroristas de un grupo paramilitar.

—Obviamente eso no es cierto, o tú no estarías aquí. —Aunque Leia se sentía más optimista sobre el potencial de crecimiento de la ideología centrista desde que conocía a Ransolm Casterfo, seguía teniendo sus dudas respecto a su partido—. Pero sospecho que más de «un canalla» podría simpatizar con los objetivos de los guerreros Amaxine.

El temperamento irascible de Casterfo había sido provocado.

—Sigues creyendo que todos estamos sedientos de poder.

—Sólo creo que el deseo de poder puede hacer que la gente haga cosas terribles. Mantenerse alejado del poder es otra manera de ser fuerte.

—Temes a la autoridad —dijo Ransolm. Más fuegos artificiales explotaron sobre ellos, lanzando chispas color escarlata por todo el cielo—. El gobierno necesita autoridad. Pero no puedo culparte por tu cautela, Leia. Lo que viviste a manos del Imperio, de Vader… No me extraña que sospeches. Me imagino que, durante la guerra, la paranoia fue lo único que te mantuvo con vida.

—También la amistad y el amor. —Leia sabía que el desinterés que había mostrado Luke al ir a buscarla a la Estrella de la Muerte y la devoción muda de Han al salvarla en Hoth, no sólo la habían mantenido con vida, sino que también habían cambiado el curso de la galaxia para mejorarla—. Esas cosas también importan, tal vez más que todo.

—Pensé que yo era el idealista —dijo Ransolm con una sonrisa anhelante.

Lady Carise había calculado regresar a Hosnian Prime para el Día del Equinoccio. ¿Cuál podría ser una mejor entrada que aparecer inesperadamente en una de las fiestas más elegantes? Sin embargo, un problema con el hiperimpulso de su transporte había arruinado sus planes por completo. A pesar de que sólo se había retrasado medio día, ese retraso hizo la diferencia entre asistir a una gala y llegar a altas horas de la noche, como lo estaba haciendo ahora, cuando todos los festejos del día estaban llegando a su fin. Caminaba fatigadamente por los oscuros pasillos del Senado, después del horario de labores.

El droide astromecánico que iba cargando sus pertenencias atrás de ella en un hoverflat emitió algunos bips con curiosidad.

—Claro que preferiría ir a casa antes —respondió bruscamente Lady Carise—. Pero hay un objeto que debe llegar directamente a mi oficina.

No pensaba dejar el cofre de Bail Organa en una ubicación sin seguridad ni por un instante. Su casa era bastante segura, rodeada de centinelas electrónicos, pero Lady Carise sabía que no era impenetrable. Sin embargo, la caja fuerte de duracero que tenía en la oficina probablemente no podría ser destruida ni por un agujero negro. Además, ya que tenía sellos de retina y huellas dactilares, sería muy difícil que alguien más tuviera acceso.

«Le entregaré la caja mañana», decidió Lady Carise, levantando el dobladillo de su vestido rojo violáceo al subirse a una de las aceras automatizadas. «Tan pronto como esa asistente de ojos desorbitados que tiene pueda arreglar una cita». Lady Carise también había decidido ausentarse antes de que la Princesa Leia inspeccionara el contenido de la caja, y mucho antes de que abriera la caja de música, pero también quería dejarle muy claro, de algún modo, que sabía muy bien todo lo que había dentro. La Princesa Leia tenía que entender lo mucho que sabía Lady Carise, de otro modo no estaría agradecida. Y no se daría cuenta de que Lady Carise tenía el poder de destruirla en un instante…

«Algo que no pienso hacer. Violar un juramento real es algo inimaginable». Lady Carise asintió, impresionada por su nobleza interna. Sin embargo, y sin duda alguna, también estaba consciente de que la Princesa Leia le era más útil en el Senado, con poder pero en deuda para siempre con ella.

Si la Princesa Leia se volvía primera senadora, Lady Carise podría posicionarse como la única centrista capaz de influenciar a su líder, la única persona con el poder de hacer que las cosas sucedieran. Y vaya que le agradaba la idea.

—¿Lady Carise? —oír su nombre la sobresaltó y la sacó de su ensimismamiento. Alzó la mirada y vio a Ransolm Casterfo próximo al final de la acera, a la altura de su oficina—. No esperaba verla aquí a esta hora.

—Podría decir lo mismo de usted. —Se bajó ágilmente de la acera, esquivando cuidadosamente a su obediente astromecánico con un giro de su larga falda. Y con una sonrisa que trataba de ser encantadora, añadió—: En mi caso, el transporte que me trajo de Birren se retrasó enormemente. Ahora, ¿cuál es su excusa?

Casterfo se veía bastante encantador mientras se acercaba para decirle:

—Decidí pasar para hacer un pedido de hidromiel de Riosa. Esas órdenes son mucho más veloces cuando se hacen a través de canales oficiales, como me imagino que sabrá.

—¿Necesita ordenar hidromiel a la mitad de la noche?

—Oh, me quedaba de camino; tuve un repentino antojo después de las carreras. Verá… Greer Sonnel, la jefa de gabinete de la Princesa Leia, nos invitó a probar a todos nosotros un poco de Puerto en Tormenta esta noche, que es letal, por cierto. Aléjese de él. Así que pensé que sería cortés regalarle un poco de la bebida de mi planeta natal. Desde luego que no es tan nocivo, pero creo que es lo suficientemente fuerte como para recuperar un poco de mi orgullo. —Casterfo suspiró con arrepentimiento.

Lady Carise se aseguró de mantener una sonrisa en el rostro, igual de cortés e igual de brillante.

—Vaya, veo que se hizo muy amigo del personal de la Princesa Leia. —Supo instintivamente a quién se refería con «todos nosotros»—. ¿Es este algún tipo de esfuerzo por lograr una alianza entre partidos? ¿O quiere estar en buenos términos con la candidata populista a primera senadora mientras aún puede?

Casterfo frunció el ceño. Su comentario lo había irritado. Perfecto.

—Como sabrá, la Princesa Leia y yo hemos estado trabajando juntos mucho últimamente.

—Persiguiendo fantasmas, si no mal recuerdo.

—Ya veremos. —Hizo una educada reverencia con la cabeza—. Buenas noches, Lady Carise.

—Buenas noches, Senador Casterfo.

Ella lo observó alejarse. Manipulaba los objetos que llevaba sobre su hoverflat, pero tenía la mente fija en un solo y desastroso hecho.

«Él lo sabe».

En cuanto llegó a su oficina, puso el cofre de madera en su caja de seguridad. Luego le dio instrucciones al droide astromecánico para que se marchara y llevara el resto de sus pertenencias a su casa. Una vez a solas, abrió la línea de comunicación más segura que tenía, una no oficial, y solicitó una llamada de máxima urgencia.

Obtuvo respuesta en cuestión de segundos, al aparecer un holograma que reveló el rostro de Arliz Hadrassian.

—Senadora Sindian. ¿A qué debo el placer de su llamada?

—¿Placer? Prácticamente has estado a punto de arruinar nuestros planes una y otra vez, y ahora has puesto sobre advertencia a Ransolm Casterfo también. Lo que siento en estos momentos no se parece ni remotamente al placer.

—¿Nuestros planes? —La voz rasposa de Hadrassian se volvió más aguda—. Por años he estado levantando mi ejército en el desierto, por años he trabajado y luchado y soñado… ¿Y ahora dices que son «nuestros planes»?

Lady Carise tenía ganas de burlarse.

—Sí, porque no hablo sólo por mí, Hadrassian. ¿O acaso has olvidado nuestra lealtad? ¿Ya no deseas restaurar todo aquello que perdimos con el Imperio? ¿Acaso has abandonado a la Primera Orden por completo?

Lady Carise nunca había dicho esas palabras en voz alta dentro de su oficina: «la Primera Orden». Algún día, toda la galaxia los alabaría con orgullo, pero, por ahora, eran demasiado secretos, demasiado sagrados como para tomarse a la ligera. El sueño estaba muy cerca de sus manos; tal vez sería cuestión de unos años más, así que protegerlo requería suma discreción.

Sin embargo, la discreción no parecía ser uno de los fuertes de Arliz Hadrassian.

—No permitiré que una niña que ni siquiera recuerda al Imperio me dé sermones sobre él.

—Y yo tampoco permitiría que me dé sermones alguien tan descuidado como para revelar todos sus secretos a Ransolm Casterfo. Ahora sabe que hay más detrás de las operaciones de Rinnrivin Di, y sigue trabajando para rastrearlas hasta su origen. Es por eso que fue a Daxam IV en primer lugar. Cuando me dijiste que los dos se reunirían, pensé que sería bajo tus términos…

—Lo fue —dijo Hadrassian, entrecerrando los grandes ojos oscuros—. Casterfo es un aliado potencial. Estoy trabajando para reclutarlo.

—¡Te está engañando! —Exclamó Lady Carise—. Sigue trabajando con la Princesa Leia… ¡Hasta convive con ella! No hay modo de que ella no sea parte de las investigaciones también.

—No estoy tan convencida —dijo Hadrassian, mientras alzaba la barbilla. Los años le habían dado la apariencia de haber sido restregada con arena hasta quedar hecha una piedra—. He visto su amor por el Imperio. Cuando llegue el momento de establecer la Primera Orden, Casterfo será uno de los primeros en defender nuestra sociedad.

—¡Ese momento nunca llegará si lo sigues arruinando todo con tu impaciencia! —Al percatarse de que su voz se había elevado tanto que casi parecía un chirrido, Lady Carise se detuvo y respiró profundamente—. ¿Acaso no te bastó con el ataque al Senado?

Hadrassian se encogió de hombros.

—Dijiste que una distracción sería buena idea.

—Me refería a un escándalo, o algún accidente remoto. No a bombardear un edificio del Senado. —La audacia de los guerreros Amaxine no conocía límites. Sin embargo, su habilidad política dejaba mucho que desear.

Lady Carise sabía jugar muy bien ese juego. Daba la apariencia de ser bonita y frívola, una mujer interesada en la fama y el poder. Y lo hacía muy bien, así que nadie sospechaba el plan tan crucial que tenía preparando para la galaxia: el regreso de una autoridad absoluta con una forma de gobierno que ella, y otros que pensaban como ella, ya conocían como la Primera Orden. La misma Lady Carise había buscado a exoficiales del Imperio y gente que simpatizara con su causa entre las diversas subculturas donde pudieran congregarse, procurando crear contactos para rastrear las naves supervivientes de la flota imperial.

Lady Carise los había alentado a organizarse y a pasar de un simple grupo de inconformes a la floreciente fuerza paramilitar conocida como los guerreros Amaxine. Y Lady Carise también había convencido a los líderes centristas de su facción de usar el frente criminal que ya habían establecido con Rinnrivin Di para ocultar sus fondos y, así, poder entrenar a los guerreros Amaxine. Con el armamento y entrenamiento suficientes, podrían, después de un tiempo, servir como las tropas que pelearían en las batallas iniciales de la gran guerra que se avecinaba.

Una vez que los Amaxines causaran suficiente daño y confusión, la Primera Orden podría surgir de su escondite finalmente y reclamar el lugar que le pertenecía, usando las naves perdidas de la flota Imperial como su verdadera fuerza de combate. Pero resultó que los líderes paramilitares no eran tan fáciles de controlar como los senadores. Arliz Hadrassian no era política; era una fanática. El fuego de la certidumbre ardía en su mirada, sin lugar para la duda y sin señal de apagarse. A veces Lady Carise pensaba que la mujer sólo había organizado el Bombardeo Servilleta por el puro placer de destruir, no tanto para crear una distracción.

Si el fanatismo de Hadrassian seguía arriesgándose a exponer los planes centristas para formar la Primera Orden, los guerreros Amaxine tendrían que ser eliminados… y Lady Carise sabía que la arrastrarían con ellos.

—Si dudas tanto sobre la lealtad de Casterfo —sugirió Hadrassian—, debes tomar las medidas necesarias para asegurarte de que se quede de nuestro lado. Convéncelo. Conviértelo.

—¿Y cómo se supone que haga eso si casi se ha vuelto amigo de la Princesa Leia…? —Lady Carise se detuvo a sí misma.

«Riosa. Vivió momentos muy difíciles durante la época del Imperio. Si no me equivoco, Casterfo quedó huérfano como consecuencia de esto. Algo así. De cualquier modo, siempre ha sido muy claro respecto a su desprecio hacia Palpatine… y hacia Vader».

—¿Lady Carise? —dijo Hadrassian frunciendo el ceño.

—Yo me encargaré de eso. Por ahora, apégate a nuestros planes. —Con un rápido movimiento, Lady Carise cortó la comunicación. Miró su caja fuerte, y le pareció poder ver a través de la superficie impenetrable, a través del cofre de madera que contenía los recuerdos de la princesa; entre ellos, la caja de música que contenía un secreto con el poder de cambiar el rumbo de la galaxia.

«No puedo traicionar mi juramento al sello real», pensó. Lady Carise seguía sintiendo esto, más intensamente que nunca.

Pero si se veía forzada a elegir entre el sello real y la ascensión al poder de la Primera Orden, ¿cuál sería su elección?

CAPÍTULO **VEINTIDÓS**

Si uno deseaba ser un piloto de primera de caza estelar, no bastaba con amar volar. También había que amar todo lo que implicaba volar, desde los patrones de vuelo hasta el mantenimiento de la nave. Algunos sujetos que volaban como céfiros terminaban por abandonar la academia porque no podían quedarse en el suelo el tiempo suficiente como para encargarse de sus naves.

Joph Seastriker adoraba cada tornillo de su X-Wing. Disfrutaba el olor de la grasa y le encantaba el eco que se generaba en el hangar cuando el viento hacía sonar todas las piezas de metal. Hasta le encantaba ensuciarse las manos en el mantenimiento de su caza estelar, porque todo eso era indispensable para el proceso de volar.

De momento, estaba acostado sobre una camilla para mecánico bajo la nariz de su X-Wing y arreglaba un conducto que había estado interfiriendo con la maniobrabilidad de la nave. Entre la maraña de cables, identificó uno desgastado. No sabía si era la causa del problema, pero lo atendería de todos modos.

—¿Seguro que todo está bien por allá, Seastriker? —gritó Ledaney, quien estaba reparando su propio X-Wing unos cuantos metros más allá—. ¿Quieres que te traiga una soda o un ventilador?

Las risotadas de todos los pilotos hicieron eco en el lugar. Joph había cometido el error de ser honesto acerca de su reacción al probar Puerto en Tormenta, lo cual significaba que iba a pasar todo el día escuchando burlas de estos tipos, que nunca habían probado la bebida.

Así que decidió corresponder la burla.

—Estoy bien, Ledaney. ¿Pero qué me dices de ti? Por ahí dicen que le has estado entrando con ganas al corelliano últimamente.

Esta vez las risas fueron aún más fuertes. Cualquiera que no conociera a Ledaney asumiría que Joph estaba hablando del famoso *brandy* corelliano, pero todos los pilotos del escuadrón sabían que el nuevo galán de Ledaney era de Corellia.

Zari Bangel, quien pasaba cerca de Joph, se detuvo con las manos en su cinturón de herramientas, justo al lado de su plataforma de reparación.

—Y vaya que tú has llegado a conocer al personal de la Senadora Organa bastante bien, dado que hasta comparten su licor contigo. Te la has pasado volando por toda la galaxia los últimos días.

Joph se encogió de hombros antes de darse cuenta de que este gesto no significa nada si estás acostado.

—Ya sabes cómo es, Zari. Los senadores hacen uso de su rango…, uno empieza a hacerles encargos. Y cuando se acostumbran a ti, en la práctica pasas a ser uno más de su personal.

—De hecho, así no suelen ser las cosas —respondió Zari, recargándose en el frío metal de su plataforma y cruzando los brazos sobre el pecho—. En verdad has pasado mucho tiempo allá afuera.

—Díselo a la Senadora Organa —dijo Joph, tan distraído como pudo. Su corazón había empezado a latir más rápido. Si sus compañeros pilotos empezaban a curiosear mucho y a preguntarle respecto a los lugares a donde había ido, empezarían a extenderse los rumores y la misión a Sibensko quedaría arruinada antes de empezar.

—Lo que sea que estés haciendo debe ser más emocionante que los espectáculos aéreos —dijo Ledaney.

Joph siguió trabajando en su nave, en un intento de proyectar una imagen de concentración intensa que los desanimara de seguir con la charla.

—Hmm, supongo que depende de lo que consideres emocionante.

—Viajar por la galaxia así, encargándote de asuntos… —El tono de Zari se había tornado anhelante—. Suena importante.

—Más importante que un espectáculo aéreo, sin duda —añadió Ello Asty, con su voz grave y sonora.

«No sólo tienen sospechas», reflexionó Joph. «Ya saben que algo está pasando y quieren participar».

Su primer instinto fue inventar una excusa, cualquier excusa, para irse del hangar lo más rápido posible. Pero, de haber estado en sus zapatos, consciente de que la aventura estaba allá afuera, esperándolo, ¿se habría desanimado tan fácilmente? De ninguna manera.

Sin embargo, Joph no podía empezar a reclutar gente para la misión de Sibensko. No estaba autorizado, además, más gente podría poner en riesgo el secreto; ya era bastante difícil tratar de llevar a escondidas a cuatro personas y un droide a una ciudad subacuática. Llevar una decena extra de pilotos sería algo imposible.

Pero, si los guerreros Amaxine eran tan peligrosos y estaban tan bien patrocinados como la Princesa Leia y el Senador Casterfo creían, podría llegar el día en que se necesitaran más pilotos para luchar contra ellos. Muchos más pilotos. Y ahora mismo había algunos voluntarios potenciales en este mismo hangar.

—A mí me gustan los espectáculos aéreos —dijo Joph, sin dejar de trabajar en el panel, sin mirar a nadie, pero consciente de que los demás debían notar el cambio en su tono de voz—. Creo que es bastante emocionante para cualquiera…, ¿no?

—No para mí —dijo Zari en voz baja.

—Ni para mí —añadió Ledaney.

Otros también hablaron. Joph siguió haciéndoles plática, mientras que hacía en su mente una lista de nombres. Compartiría esa lista con la Princesa Leia pronto. Algún día podría ser de utilidad. Uno nunca sabe.

Bajo circunstancias normales, Ransolm Casterfo habría tenido que trabajar dos lapsos más en el Senado Galáctico como para ser considerado lo suficientemente sénior para dirigir la inspección de las tropas. Sin embargo, otro senador de mayor rango sí podía invitarlo, por lo cual él y Leia Organa caminaban por los corredores de baldosa blanca, a bordo de la nave *Rieekan*. Los oficiales delineaban el camino, de pie, rígidamente en posición de firmes. Sus expresiones faciales iban del nerviosismo a la seriedad, y hasta había algunos vagamente divertidos.

Todo estaba en orden, de acuerdo con las regulaciones. Pero, para Ransolm, a la escena le faltaba algo de magnificencia. Los uniformes de las tropas eran muy similares a la ropa que usaban todos los días; sus cascos estaban atados con una simple correa de cuero. ¿Cómo podían estos soldados inspirar temor? ¿Cómo podían defender a otros si se veían bastante mal defendidos ellos mismos? Una armadura como la de las tropas imperiales habría sido mucho mejor. El casco blanco de un stormtrooper debía tener el poder de hacer a un hombre sentirse invencible.

—¿Sabes, Ransolm? —dijo Leia mientras se acercaban al puente—. Ahora que lo pienso, me sorprende que nunca hayas pensado en unirte a la milicia.

—Lo consideré. En vez de eso estuve en las fuerzas de seguridad planetaria de Riosa por dos años. Empecé cuando cumplí dieciocho. —Sonrió al recordar la emoción que sintió por su primer caza estelar y su primer bláster—. En mi imaginación, me veía a mí mismo persiguiendo contrabandistas y esclavistas, cada día en una emocionante batalla tras otra.

Leia juntó las manos detrás de la espalda mientras lo miraba de reojo.

—¿Y en la realidad?

Ransolm suspiró.

—La realidad implicaba muchas menos batallas y muchos más citatorios por violar los procedimientos de atraque.

Aunque Leia se rio, también trató de ser gentil.

—Vamos, las fuerzas de defensa planetaria tienen algo de acción de vez en cuando.

—Tuvimos, pero no mucha. La verdad es que las fábricas de Riosa quedaron en muy mal estado después de que el Imperio las explotó. Nuestros recursos naturales se agotaron y nuestros bancos estaban vacíos. Nadie iba a robar a nuestro planeta porque no quedaba nada que robar. —Llegaron a la curva del corredor que los llevaba al puente, donde ya no había soldados esperando. Ransolm se sintió aliviado. En tanto que no sintiera vergüenza de hablar de la ruina de su planeta, se sentía mucho más cómodo compartiendo eso sólo con Leia—. Cuando llegó el momento de decidir si quería seguir con mi deber en las fuerzas de defensa o enlistarme en el ejército de la Nueva República, decidí que Riosa necesitaba más ayuda política y económica de lo que necesitaba soldados.

—Así que renunciaste a tu sueño en pos de tu deber. —Leia habló suavemente, como si estuviera conmovida.

—¿Fue lo que tú hiciste? —le dijo él, dirigiéndole la mirada.

—No. A mí me criaron con la idea de que llevaría una vida sirviendo a la gente, primero por mi posición dentro de la realeza y luego en el Senado. Para cuando cumplí quince, la Rebelión ya había empezado a formarse, y yo quería ser parte de ella. —Su sonrisa era apesadumbrada, incluso triste—. Así que nunca pude tener un sueño más allá de mi deber.

—¿Cuál habría sido? ¿Tu sueño? —preguntó él impulsivamente.

Era la primera vez que la veía sin palabras, hasta donde podía recordar.

—Yo… no sé. La forma en que veía las cosas antes era muy diferente de mi perspectiva actual.

—Sólo trata de adivinar. O piensa qué harías en este momento si tu deber no se interpusiera en tu camino.

La sonrisa de Leia creció; se volvió genuina.

—Huiría para ir a recorrer la galaxia junto a mi esposo.

Obviamente Ransolm conocía al famoso Han Solo, pero aun así tenía dificultad para imaginar a Leia casada con un hombre de ese tipo, un excontrabandista.

—¿Quieres decir que te volverías una corredora como él?

—Tal vez. —Apareció un brillo travieso en sus ojos cafés—. O tal vez nos volveríamos apostadores profesionales y haríamos una fortuna en las mesas de sabacc.

—Después de cómo quebraste el banco de Bastatha, te creo. —Ambos rieron. Y Ransolm se sintió aliviado de que su pregunta no se hubiera transformado en una conversación demasiado personal para la ocasión.

Sin embargo, sabía que a Leia no le había molestado su pregunta. Él creía firmemente que su colaboración, a pesar de su difícil comienzo, podría durar más allá de su investigación del cártel de Rinnrivin Di y los guerreros Amaxine. Más allá de eso. Ransolm sabía que se habían hecho buenos amigos. De niño, había aprendido a ocultar sus emociones; aunque nunca le hizo falta compañía, casi nunca dejaba que alguien se acercara tanto a su vida.

Pero Leia Organa siempre derribaba cualquier pared que se interpusiera en su camino.

—Deberíamos despedirnos del capitán y regresar —dijo Leia—. Aunque, por otro lado, aún no hemos revisado la sala de maquinaria.

—Si no te conociera mejor, diría que estás dando largas.

—No te equivocas —dijo ella. Y cuando él frunció el ceño, sorprendido, Leia explicó—: La sesión de esta tarde será el punto sin retorno, me imagino.

—Pero prácticamente accediste a ser la candidata populista para el puesto de primer senador tan pronto como se aprobó la moción. La nominación de hoy en el Senado es una mera formalidad.

Leia enderezó los hombros como un soldado que se dirige al campo de batalla.

—Lo hice. Y tienes razón: lo es. Pero, como te dije antes, preferiría que el honor fuera para alguien más.

—Ningún otro populista sería tan bueno para el trabajo —insistió Ransolm. Estaban de pie, en el corredor con techos en forma de arco, aparentemente a solas en la gran

nave—. Y, dado que los centristas aún no eligen a un candidato, podrías terminar ganando por decreto.

—No me lo recuerdes.

Él mantuvo su voz reconfortante mientras seguía caminando hacia el puente.

—Míralo de este modo. Esta tarde sólo va a haber un montón de senadores que se pararán para alabarte. Hablarán de cada batalla, cada logro. En otras palabras, esta es la parte divertida. Así que intenta relajarte y disfrutar de la gloria, ¿de acuerdo?

Leia suspiró antes de hablar,

—¿Sabes?, necesitaba oír eso. Gracias.

—Me alegra ayudar.

Ransolm se mantuvo en un estado de ánimo contemplativo mientras terminaban la inspección oficial y llevaban el *Brillo de Espejo* de vuelta al hangar. Regresó al edificio del Senado de inmediato con el fin de prepararse para la sesión, mientras que Leia se dirigió a casa de Varish Vicly para una especie de almuerzo de celebración previa con el resto de los políticos populistas.

Preguntándose si Leia pensaba conservar el *Brillo de Espejo* como su nave oficial después de la elección, Ransolm entró en su oficina…

Y se detuvo en seco.

—Perdone la intromisión, Senador Casterfo. —Lady Carise Sindian estaba sentada en la silla frente a su escritorio, vestida con un elegante vestido color gris perla—. Pero oí que fue a inspeccionar las tropas esta mañana, junto con la Princesa Leia.

—Sí, ¿y? —Ransolm empezaba a hartarse de las pretensiones de Lady Carise—. No está fuera del protocolo que lo haga.

Lady Carise colocó las manos frente a su pecho, como si sintiera lástima.

—Se ha vuelto cercano a ella. Leal a ella.

—Sigo comprometido con la causa centrista, si es lo que le preocupa. —Incluso bajo esas circunstancias, Ransolm pensaba votar en contra de Leia en las elecciones. A menos, claro, que los centristas nominaran a alguien completamente abominable.

—No, no es eso lo que me preocupa. Lo que me asusta, me molesta, me enfada… es que la Princesa Leia le esté mintiendo. Que lo haya traicionado.

Una chispa de duda surgió dentro de él, alimentada por los recuerdos de la actitud despectiva de Leia cuando empezaron a trabajar juntos. Pero la chispa se extinguió de inmediato.

—Perdone mi brusquedad, pero sospecho que está siendo intrigosa. Y estoy seguro de que está siendo manipuladora. Así que debo pedirle que se vaya.

—Aún no —insistió Lady Carise, casi tiernamente—. No puedo dejarlo así, inconsciente del hecho de que lo están utilizando. Tuve muchas dudas respecto a contarle esto o no, más de las que puede llegar a comprender, pero al final supe que tenía que hablar. Verá, hay algo que no sabe acerca de la Princesa Leia. Algo que deliberadamente le ha ocultado al Senado, incluyéndonos a los dos, durante décadas. Y este secreto es la prueba irrefutable de que no se puede confiar en ella.

El melodrama rara vez lo impresionaba.

—No existe, literalmente, nada que pueda decir para convencerme de eso.

Lady Carise sacudió la cabeza.

—Sólo una cosa, Senador Casterfo. Y ahora debe oírla.

Con una mano señaló su escritorio, y Ransolm se dio cuenta de que había algo ahí: un pequeño cofre de madera tallado a mano. La clase de objeto que la gente suele usar para guardar recuerdos sentimentales.

—¿Qué es eso?

Lady Carise se paró para colocarse a su lado, y luego sólo dijo:

—La verdad.

—En tiempos de la primera Estrella de la Muerte, incluso antes de que se conociera la existencia de esta monstruosidad, la Princesa Leia recibió los planos de la estación espacial. ¡Estos revelaban la debilidad que podía destruirla! —La voz de Varish, que llegaba a todos con la ayuda de droides amplificadores, resonó en la cámara del Senado—. Mientras el *Devastador*, el destructor estelar, la acechaba para capturar su nave, fue la Princesa Leia quien tuvo la idea de extraer los planos que estaban en la computadora principal del *Tantive IV* y ocultarlos en un droide, que podía ser catapultado al planeta más cercano sin que lo detectaran. De no haber sido así, sin duda seguiríamos viviendo bajo la tiranía del Imperio.

Los vítores y aplausos estallaron del lado de los populistas; incluso la mayor parte de los centristas aplaudió educadamente. Leia estaba en su lugar de siempre; su rostro era una máscara perfecta de serena aceptación, mientras escuchaba esa versión de la historia de su vida. En esta historia, siempre había tomado la decisión correcta al primer intento. Nunca había sentido miedo o desesperación; se lanzaba valientemente hacia la victoria. Nada del discurso era erróneo, pero no se hacía mención de las largas noches frías en Hoth, de las horas que había pasado llorando por Alderaan ni de las múltiples veces en las que había discutido con un general o un almirante que al final resultaban tener una mejor idea después de todo. El lado humano de pelear en una guerra, el costo humano… nada de eso fue mencionado, como si nunca hubiera existido.

«Olvídalo», se dijo a sí misma, tratando de seguir el consejo de Ransolm: disfrutar del momento. «Además, es cierto que a ti se te ocurrió ese truco con R2».

Varish siguió con su discurso, describiendo los muchos actos de valor y heroísmo que Leia recordaba como momentos de terror puro. Pero se sintió orgullosa al oír las heroicas anécdotas de Luke y Han en la Batalla de Yavin, al oír hablar de su propia valentía en Vrogas Vas, al oír cómo ella, Han y Chewie lograron desactivar el generador del escudo en la luna forestal de Endor. Sí, Leia le había entregado toda su vida al deber, pero al menos había sido por una buena causa. Gracias a su esposo, su hermano, su hijo y muchos amigos, nadie podría decir que había sacrificado toda su felicidad o todo su

amor. Si había logrado llevar algo de estabilidad a la galaxia y si podía seguir haciéndolo en un nuevo papel, ¿no valía la pena?

Varish echó atrás su melena sedosa antes de concluir.

—Así que, con gran confianza y orgullo, y con el poder que me otorga el partido populista… ¡nombro a la Senadora Leia Organa, heroína de la Rebelión, Candidata a Primera Senadora de la Nueva República!

Los populistas la aclamaron tremendamente, poniéndose de pie alrededor de todo el anfiteatro. Leia se puso de pie sólo un momento, de modo que pudieran ver las galas que se había puesto para la ocasión: su vestido blanco como la nieve y un pesado collar, y asintió agradeciendo los vítores de la multitud.

Mientras volvía a tomar asiento, el droide moderador continuó monótonamente con la siguiente etapa del proceso.

—¿Alguno de los presentes sabe de algo que pudiera descalificar a la Senadora Organa del puesto?

Nadie, incluyendo a Leia, siquiera se molestó en alzar la mirada, hasta que se oyó una voz:

—Debo tomar la palabra.

Asombrada, alzó la cara y vio a Ransolm Casterfo poniéndose de pie. Su imagen se proyectó en todas las pantallas y hologramas de la sala. La impresión hizo que Leia se sofocara y luego sintiera mucho frío, pero se recuperó en un instante. Debía ser algún ardid con doble intención, en el que Ransolm fingiría oponerse a Leia y luego reconocería su aptitud para el puesto. Sí, seguro eso era. Pero era algo tan falto de tacto, tan llamativo, tan poco aconsejable…

—El Primer Senador de la Nueva República sólo puede recibir autoridad total si nosotros, los ciudadanos, sentimos que esa persona merece nuestra confianza. —Ransolm tenía un aspecto terrible. Su rostro estaba pálido, y se sostenía de la consola con una mano como si se fuera a caer. Aun así, su voz no titubeaba—. Con profundo pesar, he descubierto que Leia Organa no merece esta confianza.

La habitación se llenó de susurros. Tai-Lin estaba medio levantado de su asiento, frunciendo el ceño. Y el pelaje de Varish se había erizado por completo. Leia apenas podía creer que eso estuviera pasando. ¿De qué podía estar hablando Ransolm? ¿Qué podía haberlo enfurecido tanto desde esa mañana? Y si algo lo había enfadado, ¿por qué rayos habría decidido comunicárselo a todo el Senado?

—Las mentiras de la Princesa Leia la han protegido mucho tiempo —continuó Ransolm—. Pero no podemos permitir que su engaño ponga en peligro a toda la galaxia. Si la gente está considerando elegirla como primera senadora, tiene derecho a saber exactamente por quién están votando.

La confusión de Leia se cristalizó al instante alrededor de uno de sus más grandes temores. «Lo sabe».

No. Imposible. Nadie sabía de eso, excepto ella, Luke y Han; ni siquiera estaba segura de si Han se lo había contado a Chewie. Y tampoco se lo habían contado a Ben.

Así que Ransolm no podía haberse enterado de la verdad más horrible de su vida. No había forma. Seguramente estaba hablando de otra cosa.

Pero ¿de qué? Leia no podía pensar en nada más, nada además de…

Ransolm la señaló con el dedo y le anunció a todo el Senado Galáctico:

—¡La Senadora Leia Organa es nada más y nada menos que la hija del mismísimo Darth Vader!

CAPÍTULO **VEINTITRÉS**

Un alboroto se arremolinó en torno a Leia, cercándola por completo. Apenas podía oír los gritos, pisotones, silbidos y golpes en los escritorios de los senadores por encima de la sangre que corría en sus oídos. Su respiración se sentía lánguida en el pecho, como si la revelación de Ransolm Casterfo se hubiera enroscado en su cuerpo y estuviera a punto de asfixiarla.

—¡Esa es una mentira! —Gritó Varish por encima del alboroto—. ¡Una vil y asquerosa mentira que la Senadora Organa impugnará de inmediato!

«¿Lo haré?». Los pensamientos de Leia estaban aturdidos. Sus extremidades se sentían tan débiles y temblorosas por la impresión que no estaba segura de si lograría ponerse de pie.

—No vine sin pruebas —dijo Ransolm—. Ahora mismo presentaré mi evidencia para que todos la oigan, para que todos sepan lo cerca que estuvimos de permitir que la hija de Lord Vader nos gobernara.

¿Pruebas? ¿Qué pruebas podía tener? Leia observaba a Ransolm, consciente de que debía sentirse enojado o traicionado, pero sin la capacidad suficiente de sentir más emociones que el horror y la confusión.

Entonces, Ransolm alzó una caja, no una caja cualquiera, sino un cofre de recuerdos. Todo niño en Alderaan tenía uno. Los padres y abuelos tallaban el diseño, pero sólo el niño podía decidir lo que quería guardar en él. Colocar una de tus posesiones en tu cofre de recuerdos significaba que la habías dejado atrás pero reconocías la importancia que había tenido en tu vida. Siendo adulto, podías abrir el cofre, recordar y ver cómo habías decidido contar tu propia historia.

Leia notó que el cofre de recuerdos se parecía al suyo, pero no lo había visto en al menos treinta años; pensaba que había sido destruido junto con Alderaan.

Nadie debe abrir un cofre de recuerdos sin permiso, pero Ransolm abrió este frente a todos. De su interior sacó una caja de música, y Leia la reconoció tan rápidamente que el recuerdo perforó su corazón como una flecha. No tenía tiempo de preguntarse cómo había sobrevivido o cómo había llegado a manos de Ransolm Casterfo; Ransolm ya la había abierto. Entonces, la melodía empezó: «*Brillo de espejo*, brilla la luna…».

Y después Bail Organa empezó a hablar.

Sólo el sonido de su voz hizo que los ojos de Leia se llenaran de lágrimas, pero cada palabra que decía revelaba su más profundo secreto. Desesperada, Leia pensó: «Están usando a mis dos padres en mi contra».

Bail Organa, quien había hablado tantas veces en la Antigua República y en los senados imperiales, quien había poseído el valor para hacerle frente a Palpatine cuando casi todos los otros líderes planetarios se habían inclinado ante el Emperador, pronunció

sus últimas palabras al público desde la caja de música, las cuales se reprodujeron en todas las bocinas, concluyendo el mensaje que sería reproducido por cada noticiero de la galaxia en instantes.

«Tu padre se ha convertido en Darth Vader».

Los gritos empezaron de nuevo, más fuertes que antes.

Leia se mordió el interior de la mejilla, luchando por mantener un poco la compostura. Su padre, su verdadero padre, había tenido la previsión de guardar esto en otro planeta. Y le había dicho la verdad a Leia de la única forma en que podía. Pero el Senado había pagado su servicio y amor usándolo para humillar a hija. Sintió un breve momento de opaca gratitud porque, al menos, Bail Organa nunca sabría esto; nunca tendría que saber la manera terrible en que habían usado ese mensaje en su contra.

De algún modo, Tai-Lin Garr se las arregló para tomar la palabra. Su imponente figura y su capa escarlata, aunadas al poderoso sentido de dignidad que proyectaba, lograron que la habitación guardara silencio.

—No tenemos prueba de que este objeto sea auténtico. Ninguna evidencia. Dado que Bail Organa era una figura pública reconocida, podrían haber usado cualquier tipo de dispositivos o droides de grabación para capturar y sintetizar su voz de modo que esta dijera cualquier cosa que el programador deseara. Sin duda, una simple caja de música no puede ser aceptada para difamar a uno de los miembros más ilustres del Senado Galáctico.

—No tengo motivos para dudar de su autenticidad —respondió Ransolm—. Pero, si no es auténtica, que la Senadora Organa nos lo diga.

Por la ira en su voz, por la desesperación en sus ojos, Leia se percató de que, en el fondo, Ransolm aún albergaba la esperanza de que todo eso resultara ser falso.

Podría mentir. Podría pararse, denunciar furiosamente la caja de música como una falsificación y salir del Senado con la cabeza en alto. Nunca habían encontrado ninguna muestra biológica perteneciente a Anakin Skywalker o a Lord Vader en los registros imperiales; sin duda, Palpatine se había asegurado de que nunca pudieran recolectarse, para evitar que su peligroso aprendiz fuera clonado. Así que nadie podía probar, sin lugar a dudas, que Leia era la hija de Vader.

Pero la sospecha permanecería. Los susurros la seguirían por el resto de sus días. Ninguna negación podría ser lo suficientemente convincente como para refutar una acusación tan sensacional y condenatoria, particularmente cuando era cierta. Podría caer rápidamente, como si la golpearan con un hacha, o soportar que la fueran aminorando golpe por golpe, rumor por rumor, año por año.

Leia se puso de pie. Aunque temía que sus rodillas se rindieran, logró enfrentarlos con firmeza y fuerza. Los droides amplificadores la rodearon como polillas, listos para proyectar sus siguientes palabras a todo el mundo.

—La acusación del Senador Casterfo es cierta —dijo ella—. Darth Vader era mi padre.

—¿Cómo la encontraste? —dijo el Senador Giller, sólo uno de los tantos políticos centristas que rodeaban a Ransolm Casterfo, mientras este caminaba desde la cámara del Senado (la cual se había vaciado rápidamente) de vuelta a su oficina. El caos a su alrededor no se había calmado desde la confesión de Leia—. ¡Este fue un golpe maestro! Te digo, ¡un golpe maestro!

—Ni siquiera ganará la relección para el Senado, asumiendo que no la obliguen a renunciar de inmediato —dijo el Senador Madmund, quien le sonreía a Ransolm como si compartieran un buen chiste—. La altiva Princesa Leia, al fin derribada de su pedestal.

—¡Y justo a tiempo! —añadió apresuradamente un miembro del personal—. ¿Se imaginan si hubiera sido electa? ¿Cuánto tiempo habría pasado antes de que estuviéramos inclinándonos ante otro Vader?

El Senador Giller le dio una fuerte palmada en la espalda a Ransolm, con su gran mano.

—Nos salvaste a todos, Casterfo. Nadie olvidará eso.

No, no lo olvidarán. Sin duda Ransolm acababa de dar un gran paso en su carrera. Al cabo de un día, se había convertido en uno de los miembros más famosos del Senado, si no el más famoso, junto con la deshonrada Leia Organa. Lo invitarían a todas las fiestas de gente influyente, le pedirían que se uniera a todos los comités importantes. Ni siquiera parecía imposible que lo eligieran para ser el candidato centrista al puesto de primer senador.

Sin embargo, no sentía orgullo. Lo que sentía era el estómago revuelto. Sus respuestas eran cortas y sin sentido. Lo único que deseaba era alejarse de todas las personas que lo alababan. Desde el momento en que había escuchado la información contenida en la caja de música, Ransolm no había tenido un solo minuto a solas; Lady Carise se había quedado con él casi hasta el momento en que entró a la cámara del Senado. No había tenido ni un instante para lidiar con el hecho de que su amiga había resultado ser su enemiga. Tenía que escapar de todo y pensar.

Al llegar a su oficina, por fin, Ransolm pudo librarse de los demás. Su personal y sus droides, brillando con renovada importancia, los ahuyentaron a todos.

—El Senador Casterfo tiene asuntos importantes que tratar…, como podrá imaginar. Sí, sí, agendaremos una cita con todos de inmediato…

Ransolm entró solo a su oficina privada. Tan pronto como la puerta se cerró tras él, le puso el cerrojo. Luego, cayó de rodillas, tomó el bote de basura y vomitó violenta y escandalosamente.

«La hija de Darth Vader». Había caído en las garras de la hija de Darth Vader. Oyó sus secretos. Le tocó el brazo. Lo arrastró a sus conversaciones holográficas íntimas a mitad de la noche. Ransolm había mostrado su lado vulnerable a la hija de la persona que odiaba más que a nadie en el mundo…

Vomitó otra vez. Era como si su cuerpo rechazara el espantoso conocimiento de la verdadera identidad de Leia, como si quisiera sacarlo todo hasta dejarlo totalmente vacío.

Después de limpiarse la boca con su manga de terciopelo, Ransolm se sentó pesadamente sobre el suelo, apoyando la espalda en la pared. Los artefactos imperiales parecían burlarse de él con sus ojos negros y vacíos. «Sólo piénsalo…», se dijo, con un humor extremadamente oscuro. «El último vestigio del Imperio estuvo de pie aquí, en esta oficina, y tú ni siquiera lo sabías».

Lo que sí sabía era que nunca podría superar la repugnancia que sentía por haber confiado inconscientemente en la hija de Darth Vader. ¿Cómo podría ella haber usado sus secretos en su contra? Aún podía intentarlo, aunque de seguro ya no tenía suficiente poder político para lograr mucho. No dejaba de pensar por qué lo había elegido como su objetivo, por qué había fingido ser su amiga.

Sin embargo, en medio de la tormenta de ira y traición que sentía, había una sola imagen que se negaba a desaparecer de la mente de Ransolm: la cara de Leia cuando la denunció.

La había mirado directamente a los ojos cuando lo dijo. Ransolm nunca tuvo la oportunidad de mirar verdaderamente a Darth Vader a los ojos, así que había aprovechado esta oportunidad para probar su coraje. Todo el tiempo, mientras los populistas proclamaban el heroísmo de Leia, él había estado imaginando ese preciso momento. En su mente, la sonrisa de Leia se tornaba desdeñosa mientras levantaba la barbilla. Esperaba que se burlara de su ignorancia, que se burlara de todos aquellos que habían confiado en ella ciegamente, segura del poder oscuro que sin duda dominaba.

En vez de eso, Leia sólo se veía pálida y pequeña. Era fácil olvidar que era una mujer muy pequeña, dada la fuerza de su personalidad. Pero Ransolm la había visto de pie ahí, totalmente blanca y afligida, tan pequeña que el bullicio del Senado podría haberla volado tan fácil como el viento vuela una hoja.

Las entrañas de Ransolm se rebelaron de nuevo, pero su estómago estaba vacío. Una vez que las agobiantes arcadas terminaron, cerró los ojos y trató de no pensar. De no sentir. Trató de fingir que estaba en una galaxia en la que Leia y Vader nunca habían existido.

Leia logró llegar a su oficina sin que la multitud la despedazara. En sus circunstancias, eso no contaba como un punto a su favor.

—Rechaza todas las llamadas —le dijo a Greer, fingiendo que no se percataba de la manera en que Greer esquivaba su mirada—. No dejes entrar a nadie a menos que sea alguien que conozca extremadamente bien. Confío en tu juicio. ¿3PO?

—¿Sí, su alteza? —Él se acercó a ella, ansioso por ser útil. Leia sintió que nunca había estado tan agradecida por su cara dorada e invariable, la cual nunca podría mostrarle desprecio o desagrado.

—Prepara la holocámara —le dijo—. Enviaré algunos mensajes prioritarios a la brevedad, y quiero tener las grabaciones listas lo antes posible.

—De inmediato, su alteza. —C-3PO se puso a trabajar de inmediato.

Korrie salió de detrás del armario. Las marcas de lágrimas eran evidentes en sus mejillas.

—No tienes que quedarte aquí si no quieres —le dijo Leia gentilmente.

—Así es. —Korrie tomó su bolso y empezó a vaciar el contenido de este en su escritorio, todo revuelto—. Porque renuncio.

El golpe hizo que Leia se quedara sin aliento por un instante. Una vez en su oficina, se había sentido…, no a salvo, porque en ese momento dudaba que volviera a sentirse a salvo algún día, pero al menos confiada en que ahí estaría rodeada de amigos en vez de enemigos. Pero, en lugar de eso, veía cómo más personas a las que apreciaba le daban la espalda.

Pero, seguramente, las cosas no tenían que terminar de esta manera tan terrible.

—Si de algo sirve, Korrie, lamento que te hayas enterado de este modo.

—No, no lo lamenta. Sólo lamenta que nos hayamos enterado, punto. —Cerró su bolsa, la puso sobre su hombro y añadió—: Y sólo para que conste, nadie me llama Korrie desde que era una niña. Mi nombre es Korr. Debería haberme llamado así. —Habiendo dicho eso, Korr Sella salió decididamente por la puerta, para desaparecer entre la multitud furiosa que seguía gritando e insultando a Leia fuera de su propia oficina.

—Cielos —dijo C-3PO—. Si tenía una preferencia específica en cuanto a la forma de dirigirse a ella, desde luego que pude haberme asegurado de que todos la usaran en la oficina.

Leia puso una mano sobre su sien palpitante, forzándose a sí misma a seguir de pie. Tenía mensajes que enviar, y entre ellos estaría uno de los mensajes más importantes que enviaría en su vida. Así que no podía darse el lujo de derrumbarse hasta terminar con su labor.

Y después de eso…, ¿qué? Leia no podía imaginarlo. No se permitía a sí misma imaginarlo. Simplemente tenía que seguir poniendo un pie delante del otro, sin mirar más lejos.

Tan pronto como C-3PO preparó la holocámara, Leia se encerró en su oficina. Lo que estaba a punto de decir era profundamente privado, incluso si eran noticias que, para ese momento, debían haber llegado a todos los rincones del espacio conocido. Tenía que explicarle a Ben que ella y Han no le habían dicho porque estaban esperando el momento adecuado. Sin embargo, hasta ahora se daba cuenta de que se había estado engañando a sí misma. Y a Luke también. No existía un momento adecuado para enterarse de algo tan devastador…

Tocaron el timbre y sonó la voz de Greer por el altoparlante.

—Senadora, Tai-Lin Garr quiere verla.

De hecho, Leia pensó que Tai-Lin era la única persona que podría soportar ver en este momento. Su espíritu sereno la consolaría enormemente, a menos, claro, que fuera a

romper relaciones con ella de manera definitiva. De cualquier modo, Leia tenía que saberlo, incluso con el peso del mensaje que aún no enviaba sobre sus hombros.

—Hazlo pasar.

Al abrirse la puerta, Tai-Lin entró. No se veía tan sereno como Leia esperaba, pero tampoco tan indignado como temía.

—¿Cómo estás, Leia?

—Fatal, pero gracias por preguntar. Puede que seas la última persona en la galaxia a quien le importe. —Leia volteó su silla de la holocámara al pequeño sofá donde él había tomado asiento—. O tal vez he subestimado al Senado; ¿hay alguien allá afuera que me esté defendiendo?

—Varish Vicly leyó todo el pasaje constitucional donde se declara que ninguna persona debe ser forzada a responder por los crímenes de un progenitor. Yo he presentado una moción al partido entero diciendo que, sin importar tu posición en el Senado, te debemos respeto y lealtad por logros individuales. —Tai-Lin hizo una pausa—. Nadie más ha tenido oportunidad de enviar una respuesta.

Lo cual quería decir que, de mil senadores, sólo dos la habían defendido. Eran dos más de los que Leia esperaba. Bajo las circunstancias, tanto el discurso de Varish como la visita de Tai-Lin eran actos de mucho valor.

—Gracias —dijo ella—. Eso significa más para mí de lo que puedo expresar.

Tai-Lin sacudió la cabeza con tristeza.

—Debiste habernos dicho la verdad Leia, a algunos de nosotros. Aunque fuera a mí o a Varish.

Leia hizo un gesto señalando la pared que se encontraba justo a la entrada de su oficina, donde el clamor furioso de la multitud todavía se escuchaba.

—Creería que es bastante obvio por qué no quería compartir estas noticias con toda la galaxia.

—No estoy hablando de toda la galaxia. Hablo de tus amigos más cercanos y tus aliados en el Senado. —Tai-Lin rara vez reprendía a la gente, por lo que su tono era aún más difícil de soportar—. Incluso si sentías que debías mantenerlo en secreto, nunca debiste permitir que te hiciéramos candidata populista al partido de primer senador. Al hacerlo, nos quitaste toda credibilidad. Me parece que no hay modo de que un candidato populista pueda ganar ahora.

Ella asintió miserablemente.

—Tienes razón. Sé que tienes razón. Pero he guardado el secreto por tanto tiempo… Creo que esperaba que pudiera ser así para siempre.

—Por tu bien y el de la galaxia, desearía que así hubiera sido. —Tai-Lin se puso de pie para marcharse, pero antes posó su mano brevemente sobre el hombro de Leia—. Aún tienes amigos, Leia. Recuérdalo.

—Gracias —susurró ella. Tai-Lin no habría podido decir ninguna otra cosa que la consolara más que eso. Y, aún así, la terrible herida que tenía en su interior era demasiado grande para ser curada sólo con amistad.

Extrañamente, Leia sintió que debía contarle a Ransolm sobre esto; su cerebro sabía lo que le había hecho, pero su corazón adormecido por la impresión seguía considerándolo su amigo. La persona que la había traicionado en el Senado parecía alguien completamente distinto al joven apuesto y valiente que acudió a su rescate en Bastatha. Los puentes que habían logrado construir colapsaron, pero aún sentía la necesidad de caminar sobre el espacio vacío donde habían estado alguna vez.

Pero ahora Leia no tenía a nadie con quién hablar. El objetivo de su mensaje era consolar a Ben, no buscar consuelo para ella. Ni siquiera podía grabar un mensaje para Han. Seguro aún seguía en medio de la ronda sublumínica de la Five Sabers, lo cual significaba que estaba incomunicado. De hecho, era posible que Han fuera la última persona en la galaxia en enterarse de que su secreto había sido expuesto; no tendría oportunidad de decírselo ella misma. Y en ese momento, ni siquiera soportaba hablar del tema. Pero sabía que él también sufriría las consecuencias de estar casado con la hija de Vader.

La puerta se abrió de nuevo. Esta vez era Greer, sosteniendo con visible incomodidad el cofre de recuerdos.

—Envié una orden de requisición porque, legalmente, esto le pertenece. Me lo entregaron más rápido de lo que esperaba.

Leia ni siquiera había pensado en recuperar su cofre de recuerdos.

—Gracias, Greer. Esto es de gran ayuda.

Greer dejó el cofre sobre el escritorio de Leia, luego dudó un momento.

—¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Sólo una?

¿Acaso Greer también se marcharía enojada como lo había hecho Korr Sella? Leia se preparó para lo peor.

—Desde luego.

—¿El Capitán Solo lo sabe? Y en ese caso, ¿cuándo se enteró?

—Han lo supo siempre. Se lo dije un día después de que Luke me contara la verdad.

Greer asintió, aún cautelosa, pero tampoco a punto de salir corriendo.

Ahora los recuerdos de Leia la arrastraban otra vez, llevándola de vuelta a la luna de Endor, durante la grandiosa celebración que marcó su victoria. Han la abrazó con mucha ternura, mientras descansaban sobre el musgo suave, con el olor de los cedros y los pinos a su alrededor. Cuando ella le contó toda la historia, estaba aterrada, pensaba que Han la abandonaría de inmediato. Su romance era tan nuevo en ese momento… Apenas el día anterior, él se había ofrecido a hacerse a un lado si ella prefería a Luke en su lugar. ¿Se marcharía incluso más rápido una vez que supiera que ella era parte del mismo Darth Vader?

Pero Han no había temido ni por un instante. Simplemente la tomó en sus brazos, entregándole todo el consuelo que podía ofrecer. Si tan sólo pudiera estar en sus brazos en ese momento, tal vez sentiría que podría soportar el presente.

El cofre de recuerdos sobre su escritorio parecía estar aumentando de tamaño a cada momento que pasaba. Leia se puso de pie y abrió la tapa con cuidado. Aunque sintió una

punzada al ver su muñeca y otros recuerdos, tomó la caja de música antes que nada. La princesa la abrió y de inmediato escuchó el compás de la canción: «Brillo de espejo, brilla la luna…».

Alderaan había poseído una luna sólo durante un día de su existencia. Cuando la Estrella de la Muerte apareció, los niños debieron haberla visto y debieron pensar que la luna de su canción de cuna finalmente había aparecido en el cielo. Le habrían sonreído: la habrían señalado con sus pequeños dedos, cantando la canción. Leia cerró los ojos fuertemente, tratando de no imaginarlo.

«Aquellos que te aman pero se han marchado, los que en noches frías te han resguardado…».

El mensaje de Bail Organa volvió a empezar. Leia se dirigió al sofá más cercano, y se hundió en él para oírlo explicar todo otra vez. A veces se preguntaba cómo su padre pudo ocultarle un secreto así; la aliviaba saber que siempre había tenido la intención de decirle la verdad.

Sus palabras iniciales habían sido reproducidas en el Senado, así que Leia se concentró en el cariñoso tono de su voz y en el simple consuelo de escuchar a su padre una vez más. Pero pronto llegaron, al final del mensaje, las palabras que Ransolm Casterfo había compartido con el resto del Senado.

Espero haber tenido la oportunidad de decirte todo esto en persona —dijo la voz de Bail Organa—. *Espero que hayamos podido disfrutar muchos más años felices como una familia, que hayamos visto caer al Imperio, que hayamos ido juntos a buscar al General Kenobi y a tu hermano. De ser así, esta grabación sólo puede tener un propósito. Puede que estés escuchando esto después de mi muerte, así que quiero aprovechar la oportunidad para decirte una vez más lo mucho que te amo. Ninguna otra hija podría haberme dado tanta felicidad como tú.*

Las lágrimas llenaron los ojos de Leia, pero ella las contuvo. Si empezaba a sollozar, ya no oiría la voz de su padre.

El mensaje concluyó.

Quiero que sepas que mi amor por ti, y el de tu madre, durará más allá de nuestra muerte. Siempre estaremos contigo, Leia. En tus más brillantes triunfos y tus problemas más oscuros, ten la certeza de que siempre estamos a tu lado.

No pudo aguantar más. Finalmente, Leia recostó la cabeza sobre el escritorio y permitió que las lágrimas corrieran.

CAPÍTULO **VEINTICUATRO**

Un día después de que el origen de la Princesa Leia se revelara en el Senado, Joph Seastriker y Greer Sonnel estaban sentados en el *Brillo de Espejo*, esperándola. Ninguno de los dos hizo contacto visual con el otro y, por un largo rato, nadie habló.

—No estoy seguro sobre esto —dijo Joph finalmente.

Greer lo miró y un mechón de cabello negro cayó sobre su hombro.

—¿Ya no confías en ella? ¿Sólo porque resultó ser hija de Darth Vader?

—Se siente raro. —Joph había oído historias de pesadilla sobre Vader y sus malvadas acciones toda la vida. Sí, sabía que Darth Vader en realidad había existido; no era tonto. Pero, para Joph, Vader casi parecía como una criatura de fábula, de historias que servían para asustar a los niños pequeños y evitar que huyeran de casa. Le costaba trabajo imaginar a Vader como a cualquier otro hombre…, alguien que debió haberse enamorado alguna vez y que procreó hijos gemelos.

Aunque, claro, la historia podía ser mucho más oscura.

—¿Crees que Darth Vader haya abusado de la Reina Amidala? —se atrevió a preguntar.

—Lo pensé anoche —dijo Greer seriamente—. Pero no. Alguna vez le ayudé a la senadora a investigar a la Reina Amidala, así que decidí echarle un ojo a la información anoche. La reina murió tiempo antes de que los primeros registros de Vader aparecieran.

Así que un hombre llamado Anakin Skywalker se había convertido en Caballero Jedi, había peleado con mucho valor en las Guerras Clon, se había ganado el amor de una reina y senadora…, y aún así había decidido convertirse en un monstruo. Joph tembló.

—El Capitán Solo siempre lo supo —murmuró Greer, casi para sí misma—. Lo supo todo el tiempo y se casó con ella de todos modos. Si él no le dio la espalda, tampoco deberíamos hacerlo nosotros.

Aunque Joph nunca había conocido a Han Solo, y mucho menos había sido su discípulo como Greer, idolatraba al sujeto por el héroe que era, aunque fuera desde lejos. Al igual que todo piloto al que le encantara correr. Pero la confianza que tenía Solo en su esposa no tranquilizaba a Joph tanto como a Greer. Cualquiera que hubiera visto a Han Solo correr una carrera sabría que al hombre le encantaba tomar riesgos.

Riesgos grandes. Riesgos locos. El tipo de riesgos que hace que las personas terminen muertas.

La puerta del *Brillo de Espejo* permaneció abierta en el hangar, así que Joph y Greer podían oír el leve crujido de un soplete de soldadura y la charla de los pilotos y mecánicos cercanos. No le prestó atención al ruido hasta que, de pronto, como si fuera algo bien ensayado, todos guardaron silencio.

La Princesa Leia debía haber llegado.

Él y Greer intercambiaron una mirada antes de ponerse de pie. Joph adoptó la posición militar de descanso, con las manos detrás de la espalda. Su corazón latía fuertemente como si los pasos en la plataforma fueran los de Darth Vader en persona.

Pero entonces, la Princesa Leia entró al *Brillo de Espejo*. Su palidez lo sorprendió; la piel de Leia parecía haber palidecido por completo de un día a otro, era tan blanca como la chaqueta y los pantalones que usaba. Joph se percató, por primera vez, de las múltiples canas que habían invadido su cabello castaño y de las delgadas líneas de expresión en la comisura de sus labios y sus ojos. No es que fuera más vieja, pero la poderosa vitalidad que siempre la había caracterizado parecía haber desaparecido durante la noche. Joph se preguntaba si habría logrado dormir. Probablemente no.

«Responde al sufrimiento con compasión».

Es lo que sus madres siempre le decían; era uno de esos dichos que la gente de Gatalenta siempre trataba de seguir. A Joph siempre le había parecido trillado, cuando acaso se molestaba en pensar en él. Pero así fue su primer instinto esta vez: no rehuir de la Princesa Leia, sino ayudarla y protegerla.

—Teniente Seastriker. —La voz de la princesa sonaba grave y ronca, como si estuviera resfriada—. Greer. Gracias por venir hoy… Sé que no debió ser fácil para ustedes.

—Es un viaje bastante corto desde las barracas. —Joph trató de mantener su tono distendido; todos sabían la terrible verdad que colgaba sobre ellos como una nube de lluvia, pero pensó que si la reconocían sólo conseguirían deprimirse—. Incluso llegué más rápido de lo habitual. No es gran cosa. Quiero decir, no es gran cosa, señora.

El indicio de una sonrisa pasó por la cara de la Princesa Leia.

—Muy bien, entonces manos a la obra.

—Estamos listos para hacer lo que usted ordene, su alteza —dijo Greer—. Si planea… abandonar Hosnian Prime y reunirse con el Capitán Solo en el sistema Theron, sólo pídalo.

—Lo mismo digo. —Pero Joph se preguntaba si podría cumplir esa promesa. Sus oficiales superiores le habían asignado servir a la Princesa Leia, pero… ¿confirmarían esas órdenes ahora?

La Princesa Leia sacudió la cabeza.

—No iremos a ningún lado sino hasta que hayamos hecho nuestro viaje a Sibensko, el cual, hasta donde yo sé, sigue en pie. Simplemente los llamé a ambos aquí para asegurarme de que los dos siguen estando dispuestos a participar en la misión.

—Desde luego que lo estoy, su alteza, pero… —Greer hizo una pausa. Su mirada se dirigió al suelo por un momento antes de volver a la Princesa Leia—. ¿Está segura de que se encuentra en condiciones? Todo lo que ha pasado… disculpe, pero debió afectarle mucho. Tal vez no es el mejor momento.

—Rinnrivin Di está moviendo grandes cantidades de especias y cantidades aún más grandes de dinero por la galaxia, y canalizando todo a planetas centristas —respondió la Princesa Leia. Un poco de luz regresó a sus ojos—. Una organización paramilitar se está

armando y preparando para una guerra. Y puede que ya haya sido responsable de un ataque terrorista al Senado Galáctico. Lo que me esté ocurriendo a mí no tiene importancia. Tenemos que actuar ahora. Si no es el mejor momento, bueno…, es el único momento que tenemos.

—Sí, señora —dijo Greer enderezándose y disipando todas sus dudas—. El *Brillo de Espejo* estará listo para partir en cuanto dé la orden.

—Y nosotros también —añadió Joph.

—Siempre supe que podía contar con ustedes dos, pero significa mucho para mí poder comprobarlo. —La voz de la Princesa Leia volvía a sonar como su voz normal. Joph se preguntaba si esta era la cualidad que le había ganado la lealtad de sus tropas durante la guerra contra el Imperio, su habilidad para seguir adelante incluso ante la cara del desastre.

—Ahora, si me disculpan, tengo algunos asuntos pendientes que atender.

Dicho esto, se alejó. Una vez más, el silencio la siguió a su paso, pero Joph no prestó atención a ello. Él y Greer seguirían con la princesa, y él pensaba asegurarse de que eso fuera suficiente.

—¿Qué crees que quiso decir con «asuntos pendientes»? —le dijo a Greer.

Sacudiendo la cabeza, Greer respondió:

—No quisiera ser Ransolm Casterfo en este momento.

Que la Princesa Leia hubiera organizado una reunión había sido buena idea; Greer lo sabía. Después de haber enviado un mensaje a su hijo ayer («Sólo la Fuerza sabe lo que le dijo, pero sus ojos enrojecidos eran un testimonio de las lágrimas que había derramado»), no era de extrañarse que necesitara saber que no estaba completamente sola.

También fue bueno para Greer descubrir que Joph Seastriker les sería leal; debajo de su juventud y su actitud temeraria, uno podía encontrar la clase de decencia que se necesita para hacerle frente a la maldad del mundo. En Pamarthe llamaban cimientos de calidad a esta decencia. Un guerrero con cimientos de calidad era aquel cuya lealtad podía ser la base de un reino.

Sin embargo, Greer había dedicado sólo la mitad de su atención a la reunión y a las cosas increíblemente importantes que pasaban a su alrededor. El resto de su fuerza de voluntad lo había utilizado para quedarse quieta y firme sobres sus pies.

Tan pronto como Joph salió del *Brillo de Espejo*, Greer se dejó caer sobre una banca acolchada. Se tumbó sobre un costado, con los pies aún tocando el suelo y la mejilla presionada contra los cojines, esforzándose por estabilizar su respiración.

No podría inyectarse otra vez. Era demasiado pronto. La Doctora Kalonia le había advertido sobre el peligro de depender demasiado de esa cosa, y Greer sabía a dónde llevaba la dependencia.

Pero ¿de qué otro modo podría salir adelante? Las palabras de la princesa aún resonaban en la memoria de Greer: «Lo que me esté ocurriendo a mí no tiene importancia. Tenemos que actuar ahora. Si no es el mejor momento, bueno…, es el único momento que tenemos».

—De acuerdo —se dijo a sí misma—, una vez más.

Mientras forzaba su cuerpo a una posición vertical, esperó a que los efectos del mareo pasaran; luego, se puso de pie. Aunque algunos pilotos la vieron salir del hangar, y claramente estaban ansiosos por preguntarle lo que sabía sobre Princesa Leia, Greer los ignoró a todos. Afortunadamente, justo en ese momento pasó un transporte terrestre que iba casi en la misma dirección de donde se encontraba la unidad médica, así que pudo recorrer en él la mayor parte del camino.

Al llegar encontró el lugar vacío, sin pacientes, y la Doctora Kalonia estaba en su descanso. Perfecto. El droide mecánico 2-1B giró el torso mitad azul, mitad transparente, hacia ella.

—¿Puedo ayudarla con alguna enfermedad o herida?

—Sí, sí puedes —dijo Greer, recostándose en una de las camas—. Necesito otra dosis de suero de hadeira.

La unidad 2-1B no se movió; sus circuitos emitieron chirridos considerando su petición.

—Su uso del suero de hadeira ya excede los límites recomendados.

—Pero no estoy en peligro de una sobredosis, ¿cierto? Eso significa que puedes darme el medicamento. —Ella se arremangó el uniforme, revelando la suave curvatura de su brazo y la celosía de venas apenas visible debajo de su piel cobriza.

—Puedo administrarle el suero, pero estoy obligado a informarle que ahora se considera como de alto riesgo por toxicidad a causa de la hadeira.

—Lo sé. —Greer suspiró—. Créeme que es imposible olvidarlo.

A veces, en las noches, los músculos de sus piernas tenían espasmos muy dolorosos, y lo único que podía hacer era mecerse a sí misma en la cama diciendo groserías. El día anterior, cuando la revelación explosiva de Casterfo los había sacudido a todos, el pulso de Greer se había acelerado rápidamente, mucho más de lo normal para un ser humano, con tal fuerza que Greer podía ver sus venas a través de su camisa. Si pasaba la línea que separaba la dependencia de la toxicidad, esos síntomas dejarían de ser molestias ocasionales y se convertirían en su estilo de vida habitual.

Pero, si ese era el precio que había que pagar por seguir adelante y por permanecer al lado de la Princesa Leia durante la misión, Greer lo pagaría.

Ante la indiscutible preocupación de todos los miembros del Senado, sin mencionar al público en general, Ransolm Casterfo se había negado a dar entrevistas o a participar en reuniones para discutir las revelaciones sobre Leia Organa. En lugar de eso, se había

mantenido ocupado con el trabajo habitual que se esperaba de un senador. Le parecía más sencillo concentrarse en esa clase de cosas: leer una propuesta sobre un nuevo sistema de purificación de agua para las naves de la Nueva República, o investigar acerca de los próximos temas de debate en relación con las restricciones de carriles y envíos. Cuando llegaban llamadas de Lady Carise Sindian, el senador sénior de Coruscant u otros oficiales de alto nivel, Ransolm simplemente pedía que todos dejaran un mensaje para después. No pensaba responder mensajes por varios días. Su personal no dejaba de preguntarle sobre cada uno de ellos; sin embargo, su preocupación era obvia. Después de un rato, Ransolm ya no soportaba la presencia de su personal, así que le dio el resto del día libre. El droide podía encargarse del poco trabajo administrativo que hiciera falta completar, y Casterfo prefería pasar el día solo.

Todos querían que les hablara más sobre su papel en el desprestigio de la Princesa Leia. Esperaban que diera un paso al frente, que tomara el crédito, que emergiera como el líder centrista que siempre había soñado ser. Aun un par de meses atrás, jamás habría imaginado que sería capaz de dejar pasar una oportunidad tan perfecta de avanzar en su carrera

Pero no había expuesto los orígenes de Leia para su propio beneficio. Explotar la situación les quitaría nobleza a sus acciones, haciéndolas ver como un truco político barato.

«Actué por el mero interés en la verdad», se dijo a sí mismo, mientras revisaba los esquemas para el sistema de purificación de agua, pero su cabeza se negaba a encontrarle el sentido al amasijo de tuberías y filtros. Pasaría mucho tiempo antes de que alguien creyera puros sus motivos, si es que algún día llegaban a creerlo. Pero él se apegaba al conocimiento de esto en su propio corazón, como si fuera lo único que lo mantenía a flote en medio de un mar tempestuoso.

Para la hora del almuerzo, se había cansado lo suficiente como para concentrarse en el trabajo que tenía frente a él. Había enviado al droide por un poco de comida ivarujari que podría comer en su escritorio. Intentaba entender con determinación las especificaciones del sistema de tuberías, cuando oyó que llamaban a la puerta, la cual se abrió de inmediato.

Y sabía, sabía quién debía ser el siguiente visitante.

Ransolm inhaló profundamente poniéndose de pie, justo un instante antes de que la Princesa Leia irrumpiera en su oficina.

—¿Qué, totalmente solo? Sin contar tu espeluznante mausoleo imperial, desde luego. —Leia señaló los artefactos a su alrededor—. Imaginé que estarías dando la fiesta del siglo, celebrando tu éxito. Fingiste ser mi amigo y luego me traicionaste frente a toda la galaxia. Un golpe maestro político. ¿Así que dónde está el vino?

—¿Fingir? ¿Tú te atreves a acusarme a mí de fingir? —El horror y las náuseas que Ransolm había luchado por controlar desde que se había enterado de la verdad se desvanecieron en un instante y fueron reemplazados por ira pura—. ¿Tú, que les ocultaste tu verdadera identidad a todos por décadas?

—¡Esta es mi verdadera identidad! La persona que he sido todo este tiempo, las batallas que he peleado, el trabajo que he hecho…, eso soy yo. Mi padre biológico no tiene nada que ver con eso.

—¿Cómo podemos estar seguros? ¿Cómo podemos confiar en lo que nos digas de ahora en adelante? —Ransolm había estado despierto toda la noche, repasando en su cabeza todas las maneras en las que su entendimiento de la historia podía verse afectado por este hecho crucial—. El Imperio encontraba bases rebeldes todo el tiempo. La Batalla de Endor casi se perdió porque hubo una trampa muy elaborada. ¿Podría haber sido gracias a que tenían una fuente muy bien ubicada dentro de la Alianza Rebelde? ¿Tal vez una hija que sólo obedecía a su padre?

Los ojos de Leia casi se desorbitaron. Por un instante, Ransolm pensó que iba a golpearlo.

—¿Me estás acusando de haber sido una espía? ¿Te olvidas de todos los momentos en los que casi morí junto con el resto de la Rebelión en todas esas batallas? Si es así, entonces eres más tonto de lo que pensé.

—Sí, debiste pensar que era un tonto. —Las palabras tenían un sabor amargo en su boca—. Por haber confiado en ti con tanta facilidad. Porque te conté las historias más personales y dolorosas de mi vida, sin imaginar que todas ellas giraban en torno a tu padre.

—Mi padre biológico —insistió ella—. Mi *verdadero* padre, el único padre que quise o necesité, fue Bail Organa de Alderaan.

¿Qué estaría pensando Organa al aceptar a la hija de un ser tan corrupto y monstruoso? Ransolm también había pensado en eso, pero sabía que nunca podría desentrañar la respuesta.

—Bueno, el mismo Bail Organa pensaba que las conexiones de ese tipo son importantes, ¿o no?

—Grabó ese mensaje por amor. —La voz de Leia se quebró, pero sólo por un instante; la ira había eclipsado casi todos los sentimientos que tenía en su interior—. Y tú lo usaste en mi contra. ¿Cómo pudiste? Éramos amigos, al menos eso pensaba yo. Cuando te enteraste, como sea que te hayas enterado, ¿nunca se te ocurrió acercarte a mí y preguntarme al respecto personalmente?

—¿Para qué? ¿Para qué pudieras mentirme otra vez? —Ransolm volvió a sentir la ira y la impotencia del niño que alguna vez fue, que observaba cómo Darth Vader estrangulaba y quitaba la vida con su propia mano a un prisionero inocente tras otro—. ¡Sabías lo mucho que odiaba a Vader! ¡Sabías qué me hizo! ¿Cómo pudiste guardar el secreto aun sabiendo eso?

Leia sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Lo que Vader te hizo a ti? ¿Crees que se puede comparar remotamente con lo que Vader me hizo a mí? Me obligó a ver cómo destruía mi propio planeta. Congeló a Han en carbón y lo vendió a Jabba el Hutt. Le cortó la mano a mi hermano y casi le quita la vida. Y me torturó, Ransolm. Me torturó hasta que grité y me estremecí y pensé que moriría

sólo por el tremendo dolor. ¿Alguna vez te detuviste a pensar cómo se sentiría eso? ¿Darte cuenta de que la persona que te hizo todo eso era tu propio padre? ¿Puedes imaginarte lo terrible que es que lo único que llegué a saber de mi padre biológico es lo mucho que disfrutaba haciéndome sufrir? Tengo que vivir con eso cada día de mi vida.

Ransolm había asumido que Leia no sólo había mentido sobre su relación con Darth Vader, sino también sobre sus sentimientos hacia el hombre. Lo impactó darse cuenta de que su ira era real.

—Con más razón debiste decírmelo.

—Ni siquiera se lo había dicho a mi propio hijo. Ahora tiene que enterarse de la manera más horrible y pública posible, todo gracias a ti. —Las manos de Leia se apretaban en puños a los costados de su cuerpo—. Obviamente sobreestimé nuestra amistad. Pero, al menos, debías presentarme esa información a mí primero. Incluso si aún sentías la necesidad de gritárselo a toda la galaxia, podías haber hablado conmigo en privado antes. Al menos darme la oportunidad de hablar con mi hijo. Ni siquiera en nombre de nuestra amistad, sólo por decencia. Pero supongo que creíste que ni siquiera merecía eso.

—Tuviste oportunidad de hablar con tu hijo —insistió Ransolm—. Ya no es un niño, ¿cierto? Pudiste habérselo dicho en cualquier momento antes de esto. ¿Crees que alguna vez habrías tenido el valor suficiente para decirle la verdad?

—Si decidí ocultarle la verdad a Ben, lo hice por su propio bien, o al menos lo que yo creí que era su propio bien. Ahora nunca lo sabremos. Pero, lo que tú me hiciste, lo hiciste por tu propio beneficio. Bueno, felicitaciones, Senador Casterfo. Espero que disfrute de todo el poder que recibirá por haberme traicionado. Y puede seguir condenándome por ser la supuesta heredera del Imperio mientras usted se sienta aquí rodeado por todo esto. —Leia tomó el casco de la guardia imperial que estaba en la pared y lo lanzó con todas sus fuerzas al escaparate más cercano que había; el vidrio se rompió con un fuerte estruendo, esparciendo astillas por todo el suelo—. Adiós, Casterfo. Espero que recibas todo lo que mereces en esta vida.

Se dio la vuelta y salió de la oficina. Su hombro chocó con el droide, que había regresado a la mitad de la escena y estaba de pie sin decir una palabra, justo a la entrada de la oficina de Ransolm. El impacto hizo que el droide soltara el envase de comida, salpicando tallarines en la alfombra. Leia ni siquiera se detuvo. Un instante después, la puerta se cerró de nuevo y él supo que se había ido.

—Senador Casterfo, ¿se encuentra bien? —El droide inclinó la cabeza.

—Estoy bien —respondió Ransolm. Sus palabras no eran más que una respuesta automática. Su estómago vacío se retorció; el olor de la comida en el suelo ahora le provocaba náuseas.

—Puedo llamar a un equipo de limpieza y reparación. Y, si la Senadora Organa ocasionó el daño, puedo reportarla por atacar la propiedad y la integridad física de un senador…

—No. No lo hagas. No la reportes, no llames al equipo de reparación, nada. Yo me encargaré de esto. —Lo que deseaba Ransolm, más que nada en el mundo, era estar solo para poder procesar todo lo que había oído en los últimos minutos. El droide dudó, obviamente incapaz de entender por qué un humano rechazaría servicios necesarios, y luego regresó rodando a limpiar la comida derramada. Se alejó lo suficiente de la puerta para cerrarla de nuevo y dejar a Ransolm solo, adentro.

Durante unos cuantos segundos, sólo se quedó ahí, respirando y temblando por la adrenalina reprimida. Luego, casi entumecido, se puso de rodillas para empezar a levantar los vidrios rotos. En un descuido, se cortó con un pedazo de vidrio y un rayo caliente de dolor le recorrió la piel. Ransolm se llevó el pulgar a la boca y probó la sangre.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

Las palabras del droide moderador resonaron en la gran cámara:

—El Senado cede la palabra a la Senadora Leia Organa.

Leia se puso de pie, tan consciente de estar bajo las miradas de todos como no lo había estado en años. Los aplausos de ayer sólo existían en su memoria; ahora, sus colegas senadores la recibían con un silencio sepulcral, a excepción de unos cuantos siseos en la parte de atrás. No dio señal alguna de haberlos escuchado, ni de percatarse de que las miles de caras que la observaban sólo mostraban desagrado o desconfianza.

Esta podría ser la última vez que se dirigía al Senado Galáctico. Por el bien de su familia, tenía que aprovechar la oportunidad al máximo.

—Me presento ante ustedes hoy para retirar mi nominación al puesto de primera senadora. —Alguien en la distancia rio con desdén, pero Leia no le prestó atención—. Eso es fácil de lograr: con el simple hecho de haber pronunciado estas palabras frente a ustedes, ya he puesto fin a mi candidatura. Pero le estaría haciendo un perjuicio al Senado Galáctico si no aprovecho esta oportunidad para discutir las revelaciones de ayer sobre mi padre biológico. Los ciudadanos de la Nueva República tienen derecho a saber exactamente lo que yo sabía y cuándo me enteré de esta información.

Nadie se movió. Incluso los oyentes más hostiles querrían conocer todos los detalles. Aunque Leia ya no tenía su apoyo, por lo menos tenía su atención.

—Siempre se ha sabido que fui adoptada por Bail y Breha Organa, de la casa real de Alderaan. Fui denominada «huérfana de guerra», por una historia que yo misma creí hasta ser adulta. Como oyeron ayer, Bail Organa nunca compartió la verdad conmigo cuando era joven y, tristemente, la destrucción de nuestro planeta por parte del Imperio significó que nunca tuvo la oportunidad de hablar de eso después. Mi hermano, el Caballero Jedi Luke Skywalker, fue el primero en enterarse de que éramos gemelos y de que nuestro padre era el hombre que llegó a ser conocido como Darth Vader. —El nombre de Vader pareció oscurecer la habitación—. Me dijo esto un día antes de la Batalla de Endor. Como podrán imaginar, me quedé impactada. Horrorizada. Nunca pensé que la verdad detrás de mi nacimiento pudiera ser tan trágica, o que mi padre biológico pudiera ser un hombre al que tenía muchos motivos personales de gran peso para odiar. Mis esfuerzos por aceptar esto duraron un largo tiempo. En muchos sentidos, sigo teniendo problemas con este conocimiento, y creo que siempre será así.

Siempre que hablaba con Luke sobre su padre biológico, esta era la parte en la que él se negaba a usar el nombre de Darth Vader.

—Su nombre era Anakin Skywalker cuando se enamoró de nuestra madre —solía decir Luke, tomando su mano gentilmente—. *Y volvió a convertirse en Anakin Skywalker*

durante la última hora de su vida. Volvió del lado oscuro, Leia. Se dice que eso es imposible, pero nuestro padre lo hizo. Hizo ese viaje debido a su amor por nosotros.

Leia le creía a Luke. Podía sentir la verdad dentro de él. Pero era difícil para ella encontrar consuelo del mismo modo en que Luke lo hacía. ¿Cómo pudo Vader torturarla sin piedad si había algo bueno dentro de él? Tenía el poder de hacer lo correcto, pero, en vez de eso, la había hecho sufrir.

El Senado, desde luego, no estaría abierto a oír que Darth Vader no había sido tan malo antes de morir. Sólo el hecho de presentar el tema la convertiría en una defensora y probablemente la sacarían a patadas del edificio. Leia tenía que apegarse a las verdades que podrían ayudarla a ella y a su familia lo más posible.

—Como muchos saben desde hace tiempo, y como oyeron ayer en la grabación, mi madre biológica también era una figura reconocida. Padmé Amidala Naberrie sirvió al planeta de Naboo, primero como su reina y luego como senadora. Fue de los pocos que se enfrentaron a Palpatine cuando este tomó el poder, una de las pocas personas que advirtieron a todos sobre los peligros que se avecinaban. —Leia recordó los hologramas que había visto de una delicada joven ataviada con las elegantes galas correspondientes al trono de Naboo; tenían los mismos ojos. Leia continuó—: Mi madre es parte de mí tanto como mi padre. El valor que ella demostró a lo largo de su propia carrera política siempre me ha inspirado en mi papel como senadora. Y, en cuanto a mi padre…, no puedo pensar en un mejor ejemplo de los peligros del poder absoluto. Es por eso que siempre me he identificado como populista y que siempre he advertido sobre los peligros de concentrar la autoridad política, incluso es el motivo por el que accedí a postularme como primera senadora, para evitar que alguien volviera a abusar tan venenosamente de su autoridad.

La gente la estaba escuchando ahora. Escuchándola en verdad. Leia sabía que no se había ganado de nuevo su lealtad, pero pensó que al menos reconocían su honestidad. Con suerte, cuando Ben oyera su discurso algún día, también entendería.

Empezó a respirar con mayor facilidad. Al menos por ahora, parecía que lo peor había pasado.

Luego, el droide moderador dijo:

—El Senado cede la palabra a Lady Carise Sindian.

Las pantallas y los reflectores cambiaron de posición para revelar a Lady Carise, exageradamente arreglada, como de costumbre, con un vestido azul brillante. Hizo un gesto hacia arriba, como si señalara el espacio y la enorme galaxia que se encontraba más allá.

—A nombre de mis colegas senadores, deseo decir, antes que nada que aprecio la honestidad de la Princesa Leia… a pesar de lo tardía que esta haya sido. Sin embargo, algo en su discurso del día de hoy expone ante todos nosotros un tema potencialmente más peligroso. La Princesa Leia nos ha hablado de su hermano, el famoso Luke Skywalker, a quien se ha visto muy poco en público a lo largo de los últimos años. Tal vez su alteza aprendió muchas virtudes del ejemplo de su padre adoptivo, pero ¿podemos

decir lo mismo de su hermano? Si es tan poderoso en cuanto al uso de la Fuerza como se rumora y decide usar este poder para el mal, ¿cómo podríamos defendernos de él?

Leia estaba preparada para abucheos. Para insultos. Incluso para que le lanzaran rocas o fruta podrida. Podía soportar cualquier ataque hacia ella.

Pero no soportaba oír nada en contra de Luke.

—¿Cómo se atreve a cuestionarlo? —Leia sabía que su voz sonaba demasiado aguda, pero su temperamento se había apoderado de ella—. ¿Después de todo lo que Luke hizo por la Rebelión y por la Nueva República? Tal vez Lady Carise ha olvidado que él destruyó la primera Estrella de la Muerte, o que él liberó a la galaxia de Palpatine…

—O eso es lo que Skywalker asegura. —Lady Carise esbozó una sonrisa como de fiesta de cóctel—. Lo único que tenemos como indicio de lo que le ocurrió a la segunda Estrella de la Muerte es su palabra. Y si la palabra de su hermano vale lo mismo que la suya durante las últimas décadas, bueno, su alteza, ¿cómo podemos saber qué creer?

Empezaron los murmullos, que se volvían más fuertes cada segundo. Leia sintió que el aliento se le atoraba en la garganta. «No, no, esto no; no dejes que arrastren a Luke también…».

—El Senado cede la palabra a Tai-Lin Garr —dijo el droide moderador.

Sólo el hecho de prestarle atención a Tai-Lin calmó la cámara; a veces Leia pensaba que él sería capaz de trasformar un ciclón en una brisa. Su túnica color escarlata se veía como un distintivo de honor. Y aquel día él era el único, en la opinión de Leia, que parecía estar por encima de la refriega política.

—Primero quisiera decir a la honorable Senadora Sindian de Arkanis que no tenemos motivos para cuestionar a Luke Skywalker. —Tai-Lin dejó que su tono se encargara de condenar las insinuaciones de Lady Carise, más que sus palabras—. Desde la época de la Rebelión, Skywalker ha llevado una vida privada. Nunca ha pedido nada más de la Nueva República que lo que pediría cualquier otro de sus ciudadanos, así que tampoco tenemos una causa justa para pedir más de él que el servicio sustancial que ya nos ha otorgado. Como la Senadora Vicly de Lonera nos recordó ayer, la Nueva República no culpa a los hijos por los pecados de sus padres, y este no es el momento de empezar a hacerlo.

Leia inhaló profundamente, recuperando el control. No había forma de que Luke escapara de este asunto sin ningún raspón, al igual que todos los miembros de su familia, pero al menos Tai-Lin podría evitar que el Senado diera inicio a una inquisición en su contra.

—En nombre de la facción populista —continuó Tai-Lin—, acepto la renuncia de la Senadora Leia Organa a su candidatura. Pero deseo aclarar que el historial ejemplar de la Senadora Organa permanecerá inmaculado y que ella conserva mi amistad personal y mi apoyo político.

Aún nada de aplausos, ni siquiera de los otros populistas, pero Leia sentía cómo iba disminuyendo la tensión en el Senado. Sin duda seguiría siendo persona *non grata* por el resto de su cargo y, en definitiva, no podría postularse de nuevo. Pero su discurso y el de Tai-Lin habían ayudado a apagar la flama de la ira en el Senado.

En vez de ser odiada, Leia sería ignorada. Suponía que algún día se sentiría agradecida por eso. Podría haber sido peor.

—Un asunto queda pendiente en la agenda, en relación con la aprobación solicitada por la Senadora Organa para ausentarse brevemente de sus deberes.

Leia había hecho la solicitud semanas atrás para cubrir su misión en Sibensko. La misión que excedía su autoridad como senadora y que estaba muy cerca de ser ilegal. La misión sobre la cual Ransolm Casterfo conocía todos los detalles.

Leia había evitado dirigirle la mirada en todo el día, pero lo hacía ahora. Ransolm estaba en su lugar, vistiendo una capa verde que chocaba de manera llamativa con su camisa y sus pantalones azules. Su aspecto era tan demacrado que bien podría haber sido una figura de cera. No observaba los monitores, al droide moderador o a Leia. Parecía tener la mirada perdida en el espacio.

Uno de los senadores centristas tomó su oportunidad de llamar la atención.

—Veo aquí que la solicitud de estas pequeñas vacaciones se hizo antes de las desagradables circunstancias que acaban de acontecer, pero quisiera ser el primero en decir que esta ausencia no podría llegar en un momento más oportuno.

Comenzaron a alzarse otras voces. Gritando todos a la vez, muchos senadores opinaron que Leia debería marcharse, aunque algunos de sus defensores intentaron aludir a un tiempo de recuperación necesario. También había muchos senadores que pedían tiempo para recuperarse de haber estado cerca de ella. Leia no prestó atención a nada de esto; sólo se enfocaba en Ransolm.

«Dijo que solicitaría un periodo urgente de ausencia después de que aprobaran el mío, para evitar sospechas. Pero ahora ya estamos juntos en esto. Podría delatarme o pedir que me expulsaran del Senado por completo. Y no tengo nada que compruebe que él planeó esta misión junto conmigo». Leia sintió deseos de maldecir en voz alta. Ahora, encima de todo, Rinnrivin Di, Arliz Hadrassian y los guerreros Amaxine se saldrían con la suya.

Pero Ransolm no dijo nada. Ni siquiera mostró la más mínima señal de prestar atención al debate. Ni por un instante le dirigió la mirada a Leia.

Leia se daba cuenta de lo que eso podía significar, pero no quiso creerlo del todo hasta que su ausencia fue aprobada y el Senado pasó a otros temas: Ransolm pensaba dejarla ir.

Esa noche, todos volvieron a reunirse en el *Brillo de Espejo*.

—Casterfo podría estar tendiéndonos una trampa —dijo Greer—. Esperando para enviar tropas de la Nueva República y atraparnos en el acto.

—Es una posibilidad —admitió Leia. Estaba sentada en una de las sillas, tan informalmente como Greer nunca la había visto: sentada de frente al respaldo de la silla, con los brazos doblados sobre el mismo y una pierna de cada lado. Esencialmente, la princesa se veía como alguien a quien ya todo le importaba un…

—¿Puede hacer eso? —Preguntó Joph—. Casterfo no puede reportarnos sin admitir que tenía conocimiento previo de nuestro viaje. Y, dado que no nos delató de inmediato, eso lo convertiría en un cómplice o algo así, ¿cierto?

—Un político inteligente puede encontrar el modo de zafarse de eso, y él no es tonto. —La mirada de la Princesa Leia se había vuelto reflexiva, lo cual quería decir que estaba contemplando todas las posibilidades—. Pero mi instinto me dice que guardara silencio. Si su intención fuera arruinar nuestra misión, podría haberlo hecho de inmediato.

—Pero no puede estar segura. —Greer se sentía profundamente incómoda, incluso nauseabunda. Odiaba la idea de estar a merced de Ransolm Casterfo.

La Princesa Leia sacudió la cabeza.

—No, no podemos. No hay de otra que intentarlo y ver qué sucede. Así que dejemos de preocuparnos por el no tan honorable senador de Riosa y empecemos a planear nuestra estrategia.

Greer asintió.

—Bueno, el plan es bastante básico: Joph y yo utilizamos el mismo disfraz de Chrome Citadel y llevamos nuestro cacharro de nave hasta Sibensko. Joph lamenta que la excusa de su abordaje sea decir que viaja como sirvienta no remunerada, pero consiguió el pasaje más barato. Además, así podrá hacer un recado para su patrón.

—No tengo ningún problema con esto. —A la Princesa Leia obviamente no le molestaba viajar de incógnito por un tiempo—. ¿Y 3PO?

—¿Llevaremos a 3PO? —dijo Joph, tratando de disimular su decepción.

Eso logró que la princesa le dirigiera una mirada estricta.

—Querremos entrar al núcleo de la computadora central. No es la especialidad de 3PO, pero su programación es más que apta para la labor. Podríamos llevarnos otros droides, pero prefiero llevar uno que conozca y en quien confíe.

—De acuerdo —dijo Joph, resignado—, pero, independientemente de lo viejo que sea, 3PO aún se ve demasiado bien para el par de pilotos quebrados que vamos a personificar.

Personalmente, Greer dudaba que esto fuera cierto; C-3PO era anticuado desde hacía décadas. Pero no valía la pena discutir ese punto.

—Tal vez podría ir en compañía de la sirvienta, para ayudarla con el trabajo que su jefe le haya asignado y también para vigilarla.

—Supongo que podríamos desaliñarlo un poco —dijo Joph, empezando a entusiasmarse por la idea—. Echarle un poco de polvo, unas cuantas abolladuras por aquí y por allá. Eso ayudaría, ¿cierto?

—Es un buen plan —dijo la Princesa Leia—. Y sabemos que a 3PO le encantará la idea de tener que ensuciarse.

Greer rio al pensar en la consternación de C-3PO, pero incluso esa emoción tan pequeña en su cabeza la hacía sentirse ligeramente atontada. Se daba cuenta de que esa última dosis le había pegado duro. Después de un tratamiento con suero, lo mejor y lo más sensato era descansar durante el resto del día, pero tenía trabajo que hacer.

—Una vez que lleguemos allá, transmitiremos los códigos de acceso que recibimos al aceptar el trabajo. Eso debería ser suficiente para que podamos entrar a Sibensko, y tendremos que improvisar a partir de ahí.

—Oh, por cierto, se me olvidó mencionar… hoy recibimos más información de los satélites de Ryloth. —Joph parecía avergonzado por no haber compartido la información antes, pero Greer supuso que todos se habían distraído por el predicamento de la Princesa Leia—. Es que Rinnrivin Di está visitando Sibensko justo en este momento. ¿Son buenas o malas noticias para nosotros?

—Malas si nos reconoce, buenas si no lo hace. —La Princesa Leia se puso de pie—. Lo cual nos da más razones para empezar a trabajar en nuestros disfraces. Lo que sea que necesiten, asegúrense de tenerlo listo para mañana a las cero seiscientas horas, ¿entendido?

—Por completo —dijo Greer. Las dudas que había albergado sobre la Princesa Leia ya parecían distantes y ridículas—. Estamos listos.

La Princesa Leia asintió y salió de la nave. Ansiosio, Joph tomó la datapad que tenía a la mano para buscar un dato.

—¿Recuerdas que la princesa nos contó de la vez en que se disfrazó de cazadora de recompensas? Me inspiraré en eso para mi disfraz. Incluso usaré la misma especie.

—Debería funcionar. —Días atrás, Greer ya había conseguido su armadura. Se levantó para irse y… todo el mundo empezó a girar a su alrededor, luego se desvaneció por completo mientras todo se oscurecía.

Joph se abalanzó sobre Greer con tanta velocidad que logró impedir que cayera al suelo. De inmediato sostuvo su cabeza con una mano, mientras buscaba su comunicador con la otra.

—¡Unidad médica, emergencia! Necesitamos asistencia médica en el *Brillo de Espejo*, hangar principal, número de registro 22061270. ¡Repito, necesitamos un médico aquí de inmediato!

—No —murmuró Greer. Su desmayo había durado sólo unos segundos—. Está bien.

—¡Claro que no! Tu cara casi se estrella contra el suelo, ¿sabías? —Joph colocó su brazo libre bajo sus rodillas, levantándolas ligeramente para que la sangre fluyera mejor a su cabeza—. Tal vez no sea nada grave, pero tienes que dejar que te revisen.

—Estás equivocado en ambas cosas, Seastriker —dijo Greer, sacudiendo la cabeza.

Se oyó el retumbar de pasos en la plataforma. Cuando Joph se dio la vuelta, vio a la Doctora Harter Kalonia, con su kit médico en la mano y una expresión tan gentil que contradecía sus palabras:

—Señorita Sonnel, ¿cuántas veces tendré que explicarle el procedimiento adecuado para un tratamiento de suero de hadeira?

—Al menos una vez más —dijo Greer con poca energía.

La Doctora Kalonia alzó una de sus cejas angulares.

—¿Y por fin me escuchará esta vez?

—Probablemente no —dijo Greer tratando de sonreír.

La doctora chasqueó la lengua, y se arrodilló junto a Greer. No tenía prisa por empezar el tratamiento; Joph se dio cuenta de que la Doctora Kalonia estaba de acuerdo con Greer en que no era una emergencia.

—Se ha estado escabullendo para ver a mi droide médico, ¿verdad? Me lo imaginaba. Creo que tendré que pedir a los de mantenimiento que le instalen un perno de restricción. Por otra parte, necesitamos hacer un escaneo de sangre para asegurarnos de que no hubo consecuencias más graves por su dosificación.

Greer se descubrió el brazo y Joph alcanzó a ver un despliegue de pequeñas cicatrices cerca de sus venas.

—De acuerdo.

Joph retrocedió para permitir que la doctora hiciera su trabajo. Tan pronto como pudo, tomó su datapad, quitó la imagen del cazador de recompensas y se puso a buscar información sobre los sueros de hadeira. La respuesta apareció instantáneamente. Con la luz de la pantalla reflejada en su rostro, Joph sintió que la impresión lo golpeaba tan fuerte como el disparo de un bláster.

—Bueno —dijo Greer. Seguía recostado en el suelo, viéndolo, sin presar atención a la asistencia de la Doctora Kalonia—. Ahora ya lo sabes.

—Greer… ¿Tienes hematoignis?

—Me la diagnosticaron hace tres años. Así que ahora también sabes por qué dejé las carreras.

La hematoignis era un síndrome que a veces les ocurría a los viajeros espaciales, particularmente a aquellos que habían empezado a emprender viajes extraorbitales a temprana edad, como Greer. Nadie sabía precisamente qué la causaba, pero seguía siendo poco común, por lo que la gente no permitía que la enfermedad le impidiera volar. Sin embargo, todos los viajeros espaciales sabían que algún día les podía pasar: un día tu propia sangre podría ponerse en tu contra, empezando el largo y lento proceso de avivar fiebres cada vez más y más altas hasta que tu cerebro acabara por freírse, y adiós a todo.

El suero de hadeira podía tratar la hematoignis, pero no podía curarla. No se había descubierto ninguna cura.

—Vamos, vamos, no está tan mal. —La Doctora Kalonia habló con más suavidad esta vez. A Joph se le ocurrió que la doctora seguro estuvo guardando el secreto también, porque, si las personas con mayor autoridad supieran de esto, probablemente a Greer no la dejarían pilotear el *Brillo de Espejo,* ni siquiera en misiones oficiales. La hematoignis seguramente era un motivo para que te prohibieran servir como piloto de caza estelar.

—Necesita hidratación y descanso, señorita Sonnel. ¿Al menos puede intentar hacer eso? —Cuando Greer asintió, la doctora volteó a ver a Joph; luego, se puso de pie—. Si la veo deambulando por ahí mañana, jovencita, tendré que reportarla.

—Si me ve —añadió Greer.

Este parecía ser un chiste privado entre ellas dos, porque la Doctora Kalonia sonrió furtivamente.

—Soy bastante buena para no ver cosas que no debería ver, ¿cierto? —dijo, tomó su equipo médico y salió del *Brillo de Espejo*.

Joph no lograba hacerse a la idea. Greer, quien volaba y peleaba como una campeona de carreras cuando tenía la oportunidad… Greer estaba muriendo.

—Dicen que ayuda evitar todo tipo de estrés físico —dijo Greer, mirando el techo—. Así que dejé las carreras. Dejé de ir de visita a casa, aun cuando la extrañaba tanto que me dolía, pero, si ya no podía vivir como una guerrera de Pamarthe, ¿qué caso tenía? El Capitán Solo se sintió tan mal cuando recibí la noticia que le pregunto a la Princesa Leia si tenía algo de trabajo para mí aquí, en Hosnian Prime. Fue por eso que ella me contrató

—Oh. —Joph se sentía demasiado confundido como para dar una respuesta coherente.

—Ser jefa de gabinete y pilotear el *Brillo de Espejo* de vez en cuando…, eso sí puedo soportarlo —continuó Greer—. Podría vivir un tiempo de vida casi normal si me quedo con un trabajo de oficina y un horario regular. Si como bien y hago ejercicio ligero. Pero habrás notado que las cosas se han puesto un poco más animadas aquí últimamente.

—Por eso la Princesa Leia siempre quiere que te quedes en la nave. —Las piezas de un rompecabezas que Joph ni siquiera había visto antes comenzaron a unirse, revelando la imagen completa—. Es por eso que siempre te da la oportunidad de echarte para atrás.

—Le digo que conozco mis límites. —La expresión de Greer se tornó arrepentida—. Ella me cree. Y no quiero que tú le digas nada más.

—Vamos, Greer. —Joph se sentó en el suelo, junto a ella—. Esta misión es como diez veces más peligrosa para ti que para el resto de nosotros.

—Puedo soportarla. De todos modos, me quedaré en la nave, ¿recuerdas?

«¿Y qué pasará si colapsas en medio de la misión? ¿Qué pasará entonces?». A Joph se le ocurrían una decena de objeciones, pero no podría ponerse a discutir con Greer cuando se encontraba en ese estado, acostada, débil…, muriendo.

—Dormirás un poco ahora, ¿cierto? —Joph trató de recordar todo lo que la Doctora Kalonia había dicho—. Y necesitas…, eh…, hidratación. Te llevaremos a tu cuarto para que tomes una siesta y bebas toda el agua que puedas…

—Lo haré. Lo prometo. Después de todo, necesito estar en buena forma para mi gran día de mañana.

Greer se puso de pie lentamente. Joph no podía verla a los ojos. Apoyó los brazos sobre las rodillas y se mordió el labio.

Pero tampoco podía engañar a Greer.

—Oh, no, Joph.

—No puedo evitarlo. —Llorar abiertamente se consideraba una virtud en Gatalenta, la prueba de que uno era el poseedor de un corazón solidario. Joph había aprendido que el resto de la galaxia prefería que uno se contuviera, y se había vuelto bastante bueno en

eso, pero él también tenía sus límites—. Es sólo que…, tú sabes…, eres genial. Y esto no debería estar pasando. No es justo.

La expresión de Greer se desmoronó.

—¿Sabes?… gracias por decir eso. Nadie me lo había dicho antes, y no, no es justo. No lo es.

Joph no estaba seguro de quién inició el abrazo, pero estuvieron así tanto tiempo que no importaba.

Justo cuando pensó que perdería la compostura por completo, Greer lo soltó, dio un paso hacia atrás y le dio un puñetazo juguetón en el hombro.

—Es la última vez que sientes pena por mí. Nunca más. —Su sonrisa titubeaba, pero su voz se volvía más fuerte con cada palabra—. ¿Entendido?

La compasión podría matar a Greer más rápido que cualquier enfermedad o toxicidad de suero. Era el único dolor del cual él podía protegerla.

—Entendido.

La mañana siguiente, Leia estaba de pie frente a la holocámara de su departamento. Llevaba puesto un sencillo vestido negro; ya tendría tiempo para ponerse todo el andrajoso disfraz en cuanto abordaran la nave, donde nadie en Hosnian Prime podría verla. A través de su ventana veía el cielo nocturno, que empezaba a ser iluminado por el amanecer.

Inhaló profundamente y comenzó.

—Han, soy yo. Para cuando recibas esto, me habré marchado de Hosnian Prime ante los ojos de todo el mundo, para ocultarme y contemplar mi propia desgracia.

Leia podía hablar con ironía del tema ahora. Había expresado todos sus sentimientos en un mensaje más sensible que envió el día anterior, uno tan lleno de dolor que tuvo dudas sobre si debía o no enviárselo a su esposo. Pero si Han no podía estar a su lado para ayudarla a pasar el trago amargo, al menos Leia le diría cómo se sentía. Y esto significaba que podía enfocarse en otros asuntos.

—No estoy tomando un tiempo de descanso. Lo que el resto del Senado no sabe es que viajaré a Sibensko como parte del «proyecto» que ya habíamos discutido. Lo sé, Sibensko puede ser un lugar peligroso, pero no te preocupes. No iré sola y sé lo que estoy haciendo.

Leia seguía hablándole al vacío una y otra vez, sin saber cuándo la oirían sus seres queridos, o si lo harían. Entendía por qué las cosas tenían que ser así, pero nunca antes le había costado tanto soportar la separación de Han, Ben y Luke. Sólo una vez en toda su vida se había sentido tan sola: sin el apoyo de su padre, o de los oficiales de la Rebelión, o de Mon Mothma, o de estos tres hombres que tanto amaba. Y ese momento había sido en la Estrella de la Muerte, mientras esperaba la destrucción de Alderaan.

Aquella vez, Luke y Han la habían salvado. Ahora tendría que salvarse sola.

Leia le sonrió a la holocámara, tratando de imaginar el rostro de su esposo. Si su misión a Sibensko salía mal, sus próximas palabras podían ser las últimas que Han oiría de su boca. La última vez que había estado en una situación parecida había sido en la Ciudad de las Nubes, y le había dicho a Han las mismas palabras que le decía ahora:

—Te amo.

Luego, apagó la holocámara, se colocó el bolso sobre el hombro y salió de su apartamento, rumbo al peligro.

¿Por qué el peligro se sentía más como su hogar?

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

La chatarra de nave descendió sobre el eje sur de Sibensko. En todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, todo el planeta estaba cubierto por aguas oscuras y agitadas.

—¿Estamos completamente seguros de que estas son las coordenadas correctas? —C-3PO se había molestado desde que lo ensuciaron. A Leia le divertía un poco el hecho de que su humor sólo había ido empeorando desde entonces—. Rinnrivin Di y sus asociados no son precisamente de las mejores personas, sino exactamente el tipo de personas que podrían habernos dado una dirección errónea desde el principio.

—Puede que sean escorias —respondió Leia, pero son escorias que quieren que se cumpla con su trabajo. Tiene que ser el lugar correcto. ¿Lista, Greer?

Greer vestía una armadura de combate mandaloriana en gris y negro; el casco la esperaba en la parte trasera de la nave.

—Enviando los códigos ahora.

La voz de Joph sonaba aguda y metálica con su máscara de cazador de recompensas ubese.

—¿Y cómo dejas entrar a alguien a una ciudad subacuática?

Leia se puso su andrajosa capa y la ajustó bien.

—Esperemos estar a punto de averiguarlo.

Empezó a oírse estática que provenía de la unidad de comunicación en la consola principal, a través de la cual una voz grave dijo:

—Códigos confirmados. Prepárense para aterrizar.

—¿Cómo se supone que aterricemos sin tierra? —murmuró Joph.

Pero, al decirlo, las aguas empezaron a estremecerse. De las profundidades, emergió una gran plataforma circular con rayas rojas en el perímetro. Greer acercó raudamente la nave, bajó en picada y aterrizó con tal ligereza que Leia apenas sintió el impacto de las ruedas. Justo en cuanto aterrizaron, las rayas rojas que rodeaban la plataforma brillaron y el aire alrededor tomó la apariencia extraña e iridiscente de un campo de fuerza.

Luego la plataforma se volvió a hundir en el mar; el campo de fuerza mantenía el agua alejada de la nave. Pocos instantes después, estaban tan sumergidos en las profundidades que la luz del sol casi no los alcanzaba. En medio del turbio océano, Leia alcanzó a distinguir destellos de movimiento, enormes criaturas marinas a las que no les molestaba la actividad en Sibensko, o que estaban acostumbradas a ella. Para ellos, de acuerdo con lo que supuso Leia, los contrabandistas y ladrones representaban sólo una pequeña e irrelevante parte del vasto océano.

—Aquí viene —dijo Greer.

Debajo de ellos, pudieron distinguir algo que flotaba y parecía una nube de luz verde. Mientras la nave se acercaba más, la luz tomó la forma de un laberinto de cristal. Los

tubos y túneles conectaban domos subacuáticos, borrosos por las algas, pero brillantes. Leia bajó la mirada para descubrir dos enormes placas automáticas que se abrieron igual que una flor en primavera, rodeando la nave por completo.

La plataforma terminó de descender con una pequeña sacudida y un golpe. Las placas metálicas se levantaron nuevamente formando un domo, y luego se oyó el rugir de las bombas de agua. Leia observó cómo bajaba el nivel del agua hasta que sólo quedaron unos cuantos charcos en el suelo.

—Niveles atmosféricos normalizándose —dijo Greer, levantando la mirada de la consola y sonriendo—. Entramos.

Joph apenas podía contenerse.

—Bien, sé que estas personas son escoria, pero debo admitirlo…, esto es increíble.

—Los criminales pueden ser tan ingeniosos como el resto de nosotros. A veces, más. —Leia se colocó la capucha y luego se puso un delgado velo que le cubría la nariz y la boca. Pensó que eso ayudaría a su disfraz, aunque la capa en sí era tan harapienta que con eso casi podía asegurar que nadie volteara a verla—. Pero debo admitir que estas instalaciones son mucho más grandes y sofisticadas de lo que esperaba. Los hutts podrían haber financiado algo así en su apogeo, pero prácticamente nadie más.

—El negocio se ha extendido dramáticamente, por lo que sabemos. Este puesto es al menos cuatro veces más grande que en un principio. —Greer tomó el casco—. ¿Y se supone que creamos que Rinnrivin Di armó todo esto en sólo unos cuantos años?

Tenía razón. Era demasiado grande como para provenir sólo de dinero criminal. Leia se percató de eso. Incluso si los hutts hubieran podido construir algo tan extravagante, ¿se habrían tomado la molestia? El mismo Jabba se había conformado con construir su palacio en un mundo tan oscuro y aburrido como Tatooine.

«Quienquiera que haya construido esto tenía mucho dinero en los bolsillos y grandes ambiciones. El único grupo que construiría algo a esta escala sería…», pensó Leia, «un grupo gubernamental. O un grupo con deseos de ser gubernamental. Tal vez los guerreros Amaxine no estén tan alejados de la periferia de todo esto como pensé».

—Primero lo primero —dijo, en parte a sí misma—. Encontremos a Rinnrivin Di.

La información del satélite sólo podía decirles en qué planeta estaba; ella quería saber su ubicación con exactitud de milímetros.

—Me he estado preguntando cómo vamos a hacer eso —le dijo Joph, volteando a verla.

—Fácil. —Leia sacó el rastreador del bolsillo de su capa y lo activó; como esperaba, en pocos momentos el sensor empezó a parpadear—. No está lejos. Un par de metros a lo mucho.

—¿Le puso un rastreador? —dijo Joph—. ¿Cómo lo logró?

—La primera vez que Rinnrivin Di y yo nos vimos, me entregó un holocubo que significaba mucho para él. —Leia pensó otra vez en la pequeña imagen de ella misma, aparentemente inocente pero preparada para cometer un asesinato—. Instalé un rastreador

microscópico en el cubo, y luego se lo devolví. Es una de las posesiones más preciadas de Rinnrivin Di. Sabía que, si lo recuperaba, nunca se separaría de él.

—Pero el rastreador sólo nos dirá dónde está el holocubo —señaló Greer—. No dónde está el propio Rinnrivin.

Leia asintió.

—Cierto, podría haberlo almacenado en una nave o en sus cuarteles. Aun así, si no encontramos al hombre, al menos encontraremos un lugar a dónde seguro regresará. Si podemos grabarlo aquí, particularmente haciendo negocios con alguien que tenga que ver con los guerreros Amaxine, podremos ligar su cártel más certeramente con el grupo paramilitar.

—¿Cómo estaba tan segura de que nunca se separaría del cubo? —preguntó Joph.

Leia se permitió un momento para saborear el recuerdo de Jabba gorjeando desesperadamente justo antes de morir.

—Estoy segura, dejémoslo así.

Greer se puso el casco. Cuando volvió a hablar, su voz se escuchó ligeramente metálica.

—Las puertas se están abriendo. Bajemos de esta nave y corramos como dos pilotos muertos de hambre.

—Entendido —respondió Joph, aplaudiendo con las manos enguantadas.

—¿Estamos completamente convencidos de que esto es seguro? —preguntó C-3PO lastimeramente. Pero todos sabían que era mejor no prestarle atención.

Greer guio a los demás; Joph la seguía muy de cerca. Aunque esto funcionaba bien y de acuerdo con las identidades que habían elegido, ella sospechaba que él la estaba cuidando por si colapsaba otra vez.

Parte de ella quería estar irritada por su preocupación. Pero, más que nada, la conmovía. Les había contado a muy pocas personas sobre su enfermedad, justo porque no quería que la vieran como una delicada muñeca de porcelana que podría romperse al más ligero toque. El Capitán Solo y la Princesa Leia sabían bien que era mejor no hacer eso, lo cual significaba que Joph era la primera persona en tratarla con una actitud tan protectora. De hecho, era bastante dulce.

Sin embargo, en ese momento no había que ser dulces. Necesitaban dar la impresión de ser rudos y duros, listos para lo que fuera. Ella aceleró el paso para adelántarsele a Joph y ponerse al frente de nuevo, justo cuando un hombre vestido de negro se acercaba a recibirlos. Su barba y su cabello descuidado no podían ocultar la brusquedad y la hostilidad que reflejaba su mirada.

Greer recordaba el uniforme negro; era idéntico al que usaban los guerreros Amaxine en Daxam IV.

—Bienvenidos a Sibensko —dijo con una reverencia. Su excesiva amabilidad era claramente una burla—. Necesito sus códigos de trabajo, de inmediato.

Como si estuviera exasperada, Greer sacó su datapad y le envió el código. «Vamos», pensó, «vamos».

Él asintió, satisfecho.

—Bien, ya los esperábamos. Mi nombre es Padric. Yo los guiaré por el proceso de carga y transferencia. —La atención de Padric se centró en el droide y la figura encapuchada detrás de ellos—. Contratamos dos. ¿Por qué han venido cuatro?

—Ella es una sirvienta por contrato que recogimos por unos cuantos créditos extra. El droide la vigila, se asegura de que cumpla con las órdenes de su amo. Tengo sus códigos de contrato si necesita verlos. —Greer había encontrado códigos de contrato reales que pertenecían a una mujer de la misma edad y estatura que la Princesa Leia, pero que había sido liberada recientemente.

Como esperaban, después de un momento Padric se relajó ligeramente.

—Bien. Pero ella y el droide sólo pueden acceder a áreas públicas. No tendrán nada que ver con nuestro trabajo. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Greer—. Nuestra pasajera no hace ninguna pregunta.

Atrás de Greer, Joph asintió; quería participar en el teatro. Greer miró a la princesa y a C-3PO, e inclinó ligeramente la cabeza antes de que ella y Joph siguieran a Padric más allá de la estación de aterrizaje para entrar a la parte principal de Sibensko.

Para su sorpresa, los túneles eran más impresionantes desde el interior. Se sostenían sobre elaborados pilares y arcos que separaban el enorme espacio del agua. Había una multitud de aspecto casi tan rudo como la que habían visto en Chrome Citadel. Evidentemente, quienes estaban ahí se sentían tranquilos de estar muy lejos de cualquier autoridad legítima. Greer incluso alcanzó a ver a un joven hutt que se deslizaba desconsoladamente a cierta distancia.

—Cargaremos su envío lo más rápido posible —dijo Padric, mientras avanzaba con tal velocidad que Joph prácticamente tenía que trotar para seguirle el paso—. De hecho, tomará algo de tiempo. Ya saben cómo son los cargamentos delicados.

—Claro —dijo Greer. No le agradaba cómo sonaba eso. ¿A qué se refería exactamente con «cargamento delicado?». Ojalá no se tratara de esclavos…

—Una vez que hayamos cargado la nave, se reunirán con nuestros contactos en el punto de destino y les transferirán lo que llevan. Y eso es todo. Trabajo hecho —dijo Padric, con una sonrisa aceitosa—. Aunque, si yo fuera ustedes, saldría del planeta lo más rápido posible.

—Usualmente lo hago —dijo Greer mientras salían de los corredores principales y llegaban a una puerta asegurada, la cual Padric abrió con una llave de señal transdérmica que estaba implantada en su muñeca—. No conviene quedarse después de pagado el trabajo.

—Con una actitud así, no serán pobres por mucho —dijo Padric, aprobándola genuinamente—. Eres ambiciosa. Necesitaremos gente así, una vez que las cosas cambien.

Greer lo miró.

—¿A qué se refiere?

—Ya verán. Todos verán muy pronto.

Padric tecleó un complicado código y se abrieron más puertas, revelando un pequeño santuario en el interior. Greer se sintió aliviada de llevar el casco, que ocultó la impresión de su rostro al ver miles de detonadores térmicos, todos alineados en tarimas, listos para ser transportados.

—Ya veo lo que quería decir con «cargamento delicado» —dijo, tratando de mantener la voz lo más firme posible.

—Exactamente —asintió Padric con engreimiento.

—Nos tomaremos nuestro tiempo con el cargamento —le dijo Greer a Joph, quien estaba tan quieto que parecía en shock. Y volvió a dirigirse a Padric—: ¿A dónde se dirigen estos?

La sonrisa de Padric creció.

—Van directo a Hosnian Prime.

Leia observaba los altos túneles en forma de arco de Sibensko a través de la gruesa capucha de su túnica. Las capas de vidrio, o lo que fuera el material transparente, se extendían por enormes distancias, mucho más de lo que ella habría considerado seguro.

Por una vez, ella y C-3PO pensaron exactamente lo mismo.

—Me sorprende que toda esta ciudad no haya colapsado bajo el peso del agua —dijo el droide.

La aguda mirada de Leia detectó detalles que revelaban que algunos de los arcos eran más que arcos.

—Mira ahí. ¿Ves el mecanismo oculto en el armazón? Instalaron puertas herméticas, quizá una cada cien metros aproximadamente. Este lugar está fortificado, por si alguno de los túneles colapsa.

C-3PO pareció animarse.

—Qué alivio.

—Tal vez —dijo Leia—. Aunque me hace dudar sobre la fuerza de los soportes. —El centro de unión parecía estar concentrado en un solo lugar capaz de soportar el peso, pero también podía fallar—. Tal vez las mentes criminales no son los arquitectos más precavidos.

—Oh, cielos.

Juntos, ella y C-3PO avanzaron por el zigzagueante laberinto de Sibensko. Leia pasó desapercibida, lo cual era tanto un alivio como una sensación novedosa para ella. En

muchos de los pasillos había terminales informáticas y casi tantas estaciones de conexión como bares. Pero el trabajo que tenía que hacer requería una terminal con conexión directa a la computadora central de Sibensko, algo que nunca encontraría en un dispositivo público de pago.

Decidió entrar y salir de varias tiendas, siempre al pendiente de un comerciante distraído o de una puerta abierta. Nadie le prestaba atención, pero eso no le serviría de nada si no lograba encontrar una entrada para seguir con su plan.

Finalmente, ella y C-3PO llegaron a una cantina abarrotada, donde los cantineros parecían estar tan ebrios como los clientes. Leia se compró una cerveza y la sostuvo por largo tiempo; tomó sólo unos cuantos sorbos y, poco a poco, caminó hasta el fondo. Obediente, C-3PO la seguía de cerca. Cuando alguien encendió un holograma que transmitía luchas en aceite ubardiano, lo cual produjo una ola de aplausos, Leia aprovechó la distracción para escabullirse a la parte trasera.

—Por fin —dijo, quitándose la capucha para prender la computadora del negocio—. 3PO, ¿puedes conectarte a esto?

—Yo diría que sí —dijo él, con exageración—. Parece un sistema bastante primitivo.

Leia se estaba arriesgando con su teoría de que la seguridad externa extremadamente elaborada de Sibensko debía estar compensada con una seguridad interna endeble. ¿Por qué preocuparse por los intrusos si todo el mundo tiene que proporcionar un código de acceso para poder aterrizar? Era justo la clase de conjetura que un mafioso presumido podría hacer. Incluso el mismo Jabba les había abierto las puertas de su palacio a todos, muchos años atrás.

Pero la inteligencia artificial a veces tiene sus propias ideas.

—Cielos —dijo C-3PO mientras se conectaba con el sistema de Sibensko—. Qué retrógrado. Me dice que quiere intentar una transferencia de datos a un disco duro.

Las transferencias a disco duro se hacían por cuestiones de seguridad, pero, por el momento, Leia no tenía nada a dónde transferir la información. ¿Por qué no había pensado en llevar algo?

—¿No puedes hacer que sólo te transfiera la información directamente?

—Lo estoy intentando —dijo C-3PO, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. El sistema no es invulnerable, pero debo decir que es bastante obstinado.

Leia contuvo el deseo de golpearse la cabeza contra el muro más cercano.

—Sigue intentando.

Le tomó un tiempo, tanto que Leia sintió su corazón empezar a latir como loco por la tensión, pero C-3PO acabó consiguiendo abrir el sistema. En pocos minutos, el droide se las había arreglado para pasar los escasos candados de seguridad; ahora estaba inmerso en una conversación profunda con la computadora central.

—Estamos buscando información sobre los guerreros Amaxine —lo apresuró Leia—. Cualquier conexión entre ellos y el cártel de Rinnrivin Di.

—Sí, su alteza. Me parece que esa información ya está disponible y lista para envío, es sólo que ahora que empezamos a hablar; el núcleo resultó bastante parlanchín. Tenía tiempo sin poder hablar con alguien.

Leia experimentó esa vaga sensación de culpa que salía a la luz cada vez que se daba cuenta de que las personalidades de los droides eran más que conversaciones programadas. Un núcleo de computadora podía sentirse solo. Y C-3PO podía sentir lástima por él.

Pero ese era un tema para otra ocasión.

—Descarga toda la información que puedas, 3PO. Necesitamos toda la evidencia que podamos conseguir.

C-3PO obtuvo extensos registros bancarios que probaban que los guerreros Amaxine, o la entidad sin nombre detrás de ellos, había proporcionado miles de millones de créditos como capital inicial para Rinnrivin Di siete años atrás. Fue entonces cuando su cártel pasó de ser actor secundario a potencia mayor. El nombre de Arliz Hadrassian apareció varias veces, y C-3PO registró cada una de ellas. Lo más importante fue que encontró varias conexiones que podían seguirse más adelante…, conexiones entre el financiamiento de Rinnrivin y varias fuentes sin nombre ubicadas en planetas centristas.

«¿Estarán planeando una concentración militar a gran escala?», se preguntó Leia. «Si es así, los guerreros Amaxine podrían ser sólo un modelo de prueba. Un indicio de lo que podría venir después». Aún así, seguía resistiéndose a la posibilidad de que la coalición de planetas centristas quisiera iniciar una guerra. Sin duda, nadie que hubiera vivido durante la guerra contra el Imperio querría volver a las armas…

—Santo cielo —dijo C-3PO—. Bueno, esto es inesperado.

—¿Qué? —dijo Leia, volteando a verlo.

—El núcleo de la computadora está más inquieto por un área ubicada bajo la ciudad —respondió él—. Es bastante grande, casi tiene tantos kilómetros cuadrados como la ciudad misma. Y parece que es para uso exclusivo de los guerreros Amaxine.

—Muéstrame los esquemas.

C-3PO se los mostró, y Leia se quedó boquiabierta al ver la magnitud de lo que habían descubierto. Su mente empezó a hacer cálculos. Un área de ese tamaño no podía estar reservada sólo para juntas. Ni siquiera para una arena de entrenamiento.

Ese espacio era lo suficientemente grande como para contener a un ejército.

—¿La computadora puede decirnos lo que almacenan allá abajo? —preguntó Leia.

—Cazas estelares, unas cuantas naves de transporte y, oh, cielos…, una gran cantidad de armamento. —C-3PO giró su cabeza hacia ella—. Tal vez debimos haber traído una escolta militar.

Leia sacó su comunicador codificado.

—¿Están ahí? Respondan si pueden.

Después de un momento, oyó la voz metálica de Joph Seastriker, apenas un murmullo.

—Estamos aquí. Greer está acabando con el cargamento, que por cierto es explosivo. Literal y figuradamente hablando.

—Entonces me alegra que nosotros lo tengamos —dijo Leia, con una mueca—. ¿Cómo van de tiempo?

—Creo que terminaremos de cargarlo muy pronto. Los droides de carga están trayendo las últimas cajas —dijo Joph—. ¿Cómo va usted?

—Tenemos todo lo que necesitamos para exponer a los guerreros Amaxine y a Rinnrivin Di. Pero descubrimos que Sibensko también funciona como base militar. No podemos irnos sin investigar. —Tomó su decisión en un instante—: Voy a enviarles a C-3PO con toda la información. Mientras tanto, yo iré abajo, a investigar qué traman en realidad los guerreros Amaxine. Tal vez logre conseguir algunas imágenes que podamos usar como evidencia adicional.

—No debería ir sola —dijo Joph, con un tono de firmeza inesperado—. Espere. Greer y yo la alcanzaremos. Podemos investigarlo juntos.

—No hay más qué hablar, teniente. —Parecía que el chico necesitaba que le recordaran quién tenía la mayor autoridad ahí—. Sé que esta parte es riesgosa, pero traer más gente no la volverá segura. Sólo pondríamos más vidas en peligro.

—Probablemente despegaremos en una hora —dijo Joph, resignado.

—Y así será, con o sin mí. —Leia respiró profundamente—. 3PO estará con ustedes pronto. Deben sacarlo de Sibensko sin importar lo que suceda. Nuestra prioridad es llevar esa información al Senado Galáctico —dijo. Y pensó: «No mi vida».

Sin embargo, C-3PO no podía comprenderlo.

—¡Pero, Princesa Leia! ¡Yo no podría abandonarla aquí!

—Puedes y no te quedará de otra, porque es una orden. —Puso una mano sobre su hombro de metal, al recordar lo mucho que apreciaba al droide en realidad—. Eres la clave para exponer todo esto, 3PO. Tú y nadie más. Esta es una de las misiones más importantes que has tenido desde que tú y R2 escaparon con los planos de la primera Estrella de la Muerte. ¿Entiendes?

Como siempre, apelar al sentido del deber de C-3PO logró convencerlo.

—Desde luego, su alteza. Tenga la seguridad de que esta información llegará a buenas manos.

—Gracias, 3PO. —Leia recorrió con la mirada toda la cantina; la gente seguía ensimismada con el holograma de la lucha. Nadie prestaba atención a lo que sucedía en la trastienda—. Ahora sal de aquí. Ve con Greer y Joph lo más rápido que puedas.

Ella se quedó ahí lo que le pareció un largo tiempo después de que C-3PO se marchó, pero en realidad sólo debieron pasar unos minutos. Entonces, Leia se colocó la capucha de nuevo y salió rápidamente.

—¡Y Notea toma la ventaja! —anunció el locutor de lucha libre. Su voz sonaba fuerte en las bocinas, mientras Leia se escabullía entre el distraído grupo de la cantina—. Sí, señoras y señores, parece ser que hoy es el día de suerte de Notea.

Una vez que Leia llegó al corredor, sintió como si la respiración volviera a su cuerpo. Revisó mentalmente los esquemas que C-3PO le había mostrado y los superpuso en las partes de la ciudad que alcanzaba a ver y en aquellas por las que ya había pasado. Su sentido de orientación siempre había sido bueno, así que apenas tardó unos segundos en determinar, con bastante certeza, cómo llegar a los elevadores que la llevarían hasta donde se encontraba la guarida secreta de los guerreros Amaxine.

Avanzó rápidamente entre la multitud, que ya no era tan grande como antes. Al parecer, el movimiento disminuía de noche bajo el océano de Sibensko. «Bien», pensó Leia. «Entre menos gente haya, menos probabilidad de que alguien nos vea». Si su suerte seguía así, podría reunirse pronto con los otros.

Dio la vuelta en una esquina y bajó una serie de escalones, hasta llegar a un túnel más profundo y oscuro que los demás. Este parecía conducir a los elevadores que buscaba. Y, mejor aún, parecía estar casi desierto. Nadie más caminaba por el túnel, excepto tres figuras que estaban cerca de ella: un nikto y dos de sus guardias.

Se le encogió el estómago. No podía ser cierto. Seguro que su mente le estaba haciendo trucos por la paranoia que sentía.

Pero no había revisado su rastreador desde que empezaron a descargar la información de la computadora central. A cada paso que daba, se convencía más y más de que el nikto que se aproximaba a ella era nada más y nada menos que Rinnrivin Di.

«No te quites la capucha. No lo mires. No hay motivos para que él sospeche que podría encontrarte aquí. Sólo mantén la calma».

Leia se decía esto a sí misma, pero presentía que la confrontación era inevitable.

La voz de Rinnrivin hizo eco en el túnel.

—Por fin, ahí estás. ¿Podría tener el privilegio de saber precisamente quién me ha estado rastreando todo este tiempo? Aunque debo admitir que tengo una idea de quién podría ser.

Él le mostró algo que tenía en la mano izquierda: el holocubo, el cual seguía mostrando el asesinato de Jabba el Hutt una y otra vez.

Era inútil fingir. Leia se quitó la capucha y el velo para darle la cara.

—Rinnrivin. Qué sorpresa encontrarte aquí. Lamento que nuestro encuentro se dé en circunstancias tan desafortunadas.

—¿En verdad creyó que sería tan tonto como para no instalar sensores que pudieran detectar la señal de un aparato rastreador? —dijo Rinnrivin, inclinando la cabeza.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, fue lo suficientemente tonto como para no revisar que el cubo no tuviera algún rastreador, para empezar.

La cara curtida de Rinnrivin cambió de una sonrisa a un gruñido. La máscara del caballero perfecto finalmente había desaparecido. Lo que quedaba era el hombre verdadero: feo, violento y dispuesto a matar.

A Leia la superaban en número; además, estaba sola, más allá del rango de su autoridad…, y atrapada.

CAPÍTULO **VEINTISIETE**

Leia recapacitó: la superaban en número, estaba sola, más allá del rango de su autoridad, atrapada…, y tenía un bláster atado bajo los pliegues de la capa.

Su mano intentó alcanzarlo mientras miraba a Rinnrivin a la cara. A pesar de la distancia, sus miradas se encontraron.

—Y yo que esperaba que pudiéramos ser amigos, Extermina-hutts.

—Claro que no; esperaba poder usarme como una herramienta. —Rápida como un relámpago, Leia sacó su bláster y disparó tan pronto como su dedo alcanzó el gatillo. Uno de los guardias de Rinnrivin cayó al instante. Leia apuntó su bláster de nuevo, justo al mismo tiempo que el otro guardia sacaba el suyo. De pronto, ambos se encontraban en un callejón sin salida. Sin bajar la guardia, Leia se dirigió a Rinnrivin Di.

—A pesar de todas las veces que me vio matar a Jabba el Hutt, nunca aprendió de su ejemplo; no es bueno hacerme enojar.

Rinnrivin no se veía nada intimidado. Sólo se limitó a cruzar los brazos, lo que hizo que se arrugara su fina chaqueta de seda gris.

—Puede seguir haciéndose la valiente el tiempo que quiera. El hecho es que ha sido expuesta. Ya no logrará salir de Sibensko, al menos no sin mi ayuda, y, por el momento, no estoy dispuesto a ayudarla.

—Así parece —dijo Leia. Dio un paso hacia atrás, y su talón tocó el primer escalón de la escalera por la que acababa de bajar. Con cautela, sin perder de vista al segundo guardia en ningún momento, retrocedió.

Esto sólo ocasionó el desdén de Rinnrivin.

—¿En serio cree que puede escapar por ahí?

—Uno nunca sabe hasta que lo intenta. —Otro escalón. Luego otro. El guardia de Rinnrivin empezó a caminar lenta y dudosamente sobre sus patas con garras, sin saber en qué momento debía dejar de amenazar y empezar a disparar.

—¿Me permite recordarle que seguiría al alcance del bláster de mi guardia incluso si llega hasta arriba de esas escaleras? —Rinnrivin sacudió la cabeza con pena. El destello de algo que se movía a su derecha hizo que Leia se pusiera tensa, pero resultó ser sólo un banco de peces brillantes, cuyas escamas blancas y azules brillaban levemente en contraste con las oscuras aguas.

—Créame —respondió ella—; he olvidado más sobre el alcance de un bláster de lo que usted jamás sabrá.

—Puede ser —dijo él—. Eso explicaría por qué sigue intentando escapar aunque sabe que no tiene salida. ¿O habrá una explicación más sencilla? Tal vez… ¿cobardía?

—Llámelo como quiera. —Habiendo dicho eso, Leia levantó su bláster, perdiendo de vista al guardia de Rinnrivin…, y apuntando al sitio que sostenía el túnel sobre sus cabezas.

Un solo perno mantenía toda la estructura en su lugar, y no era más grande que el puño de un niño. Desde su posición, en medio de la penumbra, había posiblemente una oportunidad entre mil de que un disparo pudiera destruir ese perno.

Pero Leia disparó.

Durante un terrible instante, el metal crujió y Leia alcanzó a entrever la expresión de pánico en la cara de Rinnrivin antes de darse la vuelta y subir corriendo la escalera, tan rápido como le era posible. Entonces, con el tremendo estruendo del agua, el túnel colapsó.

No hacía falta que Leia se diera la vuelta para saber que Rinnrivin Di y su guardia habían muerto, aplastados al instante. Sólo tenía una prioridad: correr lo suficientemente rápido para salvar su propio pellejo.

Subiendo dos escalones a la vez, Leia pudo llegar hasta arriba mientras escuchaba una ola detrás de ella y veía cómo una de las puertas herméticas sellaba el corredor para evitar que el agua llegara al resto del complejo de Sibensko. En unos momentos, todas se cerrarían y la dejarían atrapada en ese lugar, donde moriría ahogada.

Usó todas sus fuerzas para llegar hasta la puerta. Sus pasos golpeaban el suelo con tal fuerza que sentía el dolor recorrer todos sus huesos, pero logró llegar echándose al suelo y rodando. El agua pasó sobre ella momentos antes de que la puerta hermética se cerrara por completo.

Y Leia estaba del otro lado.

Durante unos momentos se quedó sentada en medio de un enorme charco que ahora cubría todo el corredor; jadeaba y sentía el peso de la capa empapada sobre los hombros. Miró la puerta de metal, que ya sellaba la tumba acuática de Rinnrivin Di. Pero no tenía tiempo para pensar en eso: las luces amarillas y brillantes de una alarma habían comenzado a parpadear. En poco tiempo, Sibensko quedaría completamente sellado. ¿Debería correr hacia la nave de inmediato o tratar de conseguir la evidencia que necesitaba antes?

Una de las lecciones más duras que Leia había aprendido durante la época de la Rebelión era la siguiente: cualquier vida individual era prescindible, incluyendo la suya.

Se quitó la capa mojada y se paró, tomando su comunicador.

—¿Joph? ¿Greer? ¿Están ahí?

—Estamos aquí —respondió Greer—. 3PO acaba de llegar al hangar, y terminamos de cargar la nave, pero se activó algún tipo de alarma…

—Me temo que eso es culpa mía. —Leia respiró profundamente y se preparó para correr. Ahora sólo llevaba una camisa negra y mallas, además de la pistolera de cuero amarrada a uno de sus muslos. Una multitud de personas había empezado a salir corriendo de las tiendas y cantinas, presas del pánico por la alerta y desesperados por

llegar a sus propias naves—. Greer, voy a darte nuevas órdenes. Salgan de aquí tan pronto como puedan y lleven la evidencia que tiene 3PO en su memoria al Senado.

—¡Princesa Leia, no podemos abandonarla aquí! —intervino Joph.

—¡Pueden y lo harán! —Se enderezó y se detuvo un momento para analizar de nuevo su alrededor. El camino que pensaba tomar hasta el escondite de los guerreros Amaxine ahora estaba bloqueado, tal vez permanentemente, pero había otro elevador que la llevaría allá si lograba abordarlo a tiempo—. Una vez que investigue esto, robaré una nave si puedo… y, créanme, probablemente lo logre.

—Es demasiado peligroso —insistió Greer—. Nos alcanzaría en cuestión de minutos si empieza a correr ahora.

—No. Tengo que conseguir toda la evidencia *ahora*, porque nunca podremos regresar a Sibensko. Vale la pena arriesgar mi vida, pero no la suya. Sobre todo si esto significa arriesgarnos a perder la información que contiene la memoria de 3PO.

Joph trató de persuadirla nuevamente.

—Después de esto, el Senado estará encima de Sibensko y…

—Y los guerreros Amaxine se habrán marchado. —Leia sabía cómo hacer que su voz fuera tan dura como el acero, y lo hizo—. Tiene órdenes, Teniente Seastriker. Lo mismo va para ti, Greer. Despeguen lo más pronto que puedan. Organa, cambio y fuera.

Después de eso, apagó su comunicador. Si su tripulación dejaba de discutir con ella, tal vez conseguirían empezar a escapar de ese lugar.

En cuanto a ella… Leia pensaba correr el riesgo.

De vuelta en la nave, Joph y Greer se miraban fijamente, con las manos en los controles y atrapados en la indecisión.

—No podemos hacer esto. —Todos los instintos de Joph se rebelaban contra la idea—. ¿Dejarla aquí? Morirá. Sabes que morirá.

—Si alguien es capaz de robar una nave y salir de aquí, es la Princesa Leia.

Sin embargo, Greer no se movió para obedecer las órdenes de la princesa.

C-3PO intervino:

—Si me permiten, por mucho que todos odiemos la idea de dejar a su alteza, los protocolos militares son muy claros en este punto. Tenemos que seguir sus órdenes. Además, la Princesa Leia ha escapado de situaciones similares anteriormente.

—A todos se nos acaba la suerte en algún momento —murmuró Joph.

—Créeme, lo sé. —Greer cerró los ojos e inhaló profundamente. ¿Se sentía mareada o desorientada? Eso tenía que contar como estrés extremo. Pero, justo cuando Joph se acercó a ella, los ojos de Greer se abrieron, claros y enfocados—. Tenemos que seguir sus órdenes.

Eso dejó a Joph sin aliento. Le tomó un momento responder.

—Si hacemos esto y ella muere…

—¿Temes tener que responder por tus acciones? —dijo Greer sin pensar.

—¡No! ¡Tengo miedo de que la Princesa Leia muera!

Greer recuperó la compostura y dijo, en voz más baja:

—Yo también. Pero ella tiene razón. Llevar esta evidencia al Senado es más importante. Vámonos.

Joph obedeció, selló las puertas de la nave y preparó los propulsores. Detrás de él, podía ver las pesadas plataformas, todas repletas de detonadores térmicos apilados. Si chocaban con algo en cualquier momento, incluso si el camino era demasiado turbulento, por así decirlo, los detonadores podrían explotar. Y, tan pronto como uno solo explotara, los otros también explotarían.

El chico estaba tan preocupado por la Princesa Leia que no se había percatado de que ella tenía prácticamente las mismas probabilidades que ellos de sobrevivir.

—¡Esto es terrible! —exclamó C-3PO—. ¡Simplemente terrible!

—Y que lo digas… —murmuró Joph.

—¡La Princesa Leia está en terrible peligro! —continuó C-3PO.

—Lo sabemos, 3PO —dijo Greer, mientras encendía los motores.

—¡No, no! ¡No entienden! —La voz de C-3PO adoptó un nuevo tono de alarma—. Acabo de analizar los registros de la computadora acerca del tránsito peatonal que hay dentro de la ciudad y los contrasté con el mapa urbano. ¡Parece ser que un número considerable de los habitantes humanos se encuentra en este momento dentro del cuartel general de… los guerreros Amaxine!

Joph y Greer intercambiaron otra mirada.

—No sólo se dirige hacia su escondite —susurró él—. También hacia donde está todo el ejército reunido.

Leia sintió un vuelco en el estómago mientras el elevador comenzó su descenso. Con una mano apoyada en su bláster, analizó rápidamente la situación. «De acuerdo, ya que no tengo a 3PO conmigo, y mucho menos una holocámara, no podré grabar lo que encuentre allá abajo. Sólo podré contar lo que vi».

¿Eso sería suficiente? Después de las revelaciones sobre Darth Vader, Leia sabía que su credibilidad estaba por los suelos. Sin embargo, si la información de C-3PO pudiera respaldar parte de lo que dijera, la gente podría creer lo demás. Ciertamente, su información al menos daría pie a una investigación más a fondo; si el Senado no confiaba en el juicio de Leia, podría confiar en las personas que enviara a inspeccionar el lugar después de ella…, lo cual significaba que en realidad podría volver a la nave. Tal vez aún tenía tiempo de llegar. Leia estaba segura de que, a esas alturas, Joph y Greer habrían perdido algo de tiempo discutiendo antes cumplir finalmente sus órdenes. Tal vez el riesgo que estaba corriendo ni siquiera era necesario.

Pero Leia no regresó.

Hacía tiempo que no se ensuciaba las manos. Demasiado tiempo. Ahora tenía toda la intención de estar al frente de las situaciones, haciendo todo lo que fuera necesario, sin importar el costo.

El elevador llegó a su destino y se detuvo. Leia se preparó mientras las puertas se abrían para revisar a fondo el escondite de los guerreros Amaxine de inmediato…, pero no estaba preparada para encontrarse cara a cara con media docena de guerreros Amaxine.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó uno de ellos—. ¿Quién eres tú?

—Creo que me he perdido —respondió Leia, llevándose una mano a la sien, como si estuviera desorientada—. Se oyen muchas alarmas arriba, y nunca había estado aquí antes… Los mapas son muy confusos, ¿no creen? Deberían poner mapas más claros, en mi opinión. Pienso quejarme con la dirección de este lugar.

Los guerreros Amaxine no se relajaron mucho que digamos, pero al menos la dejaron salir del elevador como si de verdad tratara de orientarse. Leia siguió actuando confundida, mirando entre sus propios dedos, tratando de ver lo más que pudiera. Los guerreros estaban parados en la lateral de un enorme hangar, lleno de cazas estelares de todos los modelos existentes, desde los inconfundibles X-Wings de la Nueva República hasta antiguos cazas TIE. ¿Serían unas quinientas… mil naves en total?

Sin importar la cantidad exacta, sin duda los guerreros Amaxine habían amasado una fuerza armada capaz de causar confusión y destrucción a gran escala.

—Imagino que no podría pedirles un trago de agua, ¿cierto? —Leia trató de imaginar a Ben, mientras sonreía con la esperanza de dar una apariencia maternal. La mayoría de los guerreros Amaxine se veían precisamente de una edad en la que probablemente tratarían a su madre con una indiferencia cariñosa, una actitud que le sería de gran utilidad para salir del problema—. Eso sería muy amable de su parte.

El Amaxine más cercano sacudió la cabeza amablemente, y oprimió los botones del elevador.

—Debería irse, señora. Tan pronto como pueda.

—Bueno, gracias de todos modos. —No podía seguir postergando su partida—. Ambos son unos jóvenes muy amables…

—¡Esperen! —gritó alguien—. ¡Esta mujer aparece en nuestro sistema de reconocimiento facial!

«Debí haberme puesto el velo otra vez», pensó Leia, mientras le daba un codazo en el estómago al Amaxine más cercano.

Mientras él se tambaleaba, ella escapó lo más rápido que pudo hacia la única puerta abierta que lograba ver. Los puntos que tenía en el costado se tensaron, lacerándola con dolor. Esto era mucho más fácil cuando tenía diecinueve años…

Leia llegó a la puerta unos pasos antes que sus perseguidores, apenas a tiempo para oprimir los controles y dejarlos fuera. Jadeando, observó su alrededor para descifrar en qué clase de habitación se había encerrado. Lo primero que notó fue que el espacio

circular sólo tenía una puerta. Eso tenía la ventaja de que nadie más podría entrar y la desventaja de que ella no podría salir.

—Creo que sólo me queda ponerme cómoda —murmuró—. Parece que estaré aquí por un rato.

Pero, entonces, su mirada se percató de las rayas rojas que rodeaban un perímetro, y se dio cuenta de algo más: la habitación no era una habitación, sino una plataforma de aterrizaje, una que podía elevarse por encima de la superficie del océano. En ese instante, la puerta se sacudió y empezó a moverse.

Alarmada, Leia miró hacia arriba, hacia el techo que se aproximaba rápidamente; ya podía distinguir las placas que pronto se abrirían, permitiendo que millones de litros de agua la aplastaran antes de que tuviera la oportunidad de ahogarse.

«El campo de fuerza. Hay un campo de fuerza. ¡Encuéntralo!» Reconoció un pequeño control rectangular del otro lado de la habitación, y corrió hacia él al oir el primer ruido metálico de los engranes que abrirían las placas. Su mano oprimió el control.

Leia contuvo la respiración al ver cómo las placas del techo se abrían por completo nuevamente. El brillo iridiscente del campo de fuerza formó un semicírculo a su alrededor, conteniendo el peso del océano. El asombro y el alivio la hicieron sonreír, pero sólo el instante que tardó en preguntarse qué haría cuando la plataforma llegara a la superficie. Si Joph y Greer habían seguido sus órdenes (lo más probable es que así fuera a estas alturas), no había esperanza de que la rescataran. Sin duda los guerreros Amaxine estarían preparándose para subir a sus cazas estelares y encontrarse con ella en la superficie. No tenía un plan, ni apoyo…, solamente tenía un arma.

El océano fue cambiando de tonalidad, de negro a azul oscuro, mientras la plataforma se acercaba a la luz. Leia se puso de pie y tomó su bláster. Podría estar atrapada. Podría estar condenada. Pero bajo ninguna circunstancia se rendiría sin pelear.

La burbuja creada por el campo de fuerza salió del agua. Estaba empezando a atardecer, y el sol iluminaba sólo una parte del cielo azul cobalto. Permaneció parada en medio de un océano agitado sin tener a dónde ir ni dónde ocultarse. Justo como Leia lo había previsto, otra plataforma salió a la superficie segundos después, y dos cazas estelares (un Y-Wing y un B-Wing) se elevaron por el aire en dirección a ella.

Se preparó.

«El campo de fuerza te protegerá al principio. No tiene sentido empezar a disparar antes de que se desactive».

Sin embargo, los disparos de la B-Wing salieron volando por el aire con precisión letal. La primera lluvia de disparos golpeó los controles del campo de fuerza, que, con un destello, desapareció. Leia apuntó con su bláster a la Y-Wing a medida que esta se aproximaba. Tal vez se dispararían entre sí exactamente al mismo tiempo…

De pronto, otra lluvia de disparos láser salió de una dirección completamente distinta. Le dieron a la Y-Wing hasta que la nave empezó a girar fuera de control y se estrelló en el océano. Leia se dio la vuelta y se topó con una nave que nunca había visto antes: una

elegante y moderna nave negra de carreras, a la que alguien le había añadido apresuradamente un pequeño arsenal.

La nave se detuvo, flotando sobre ella, mientras un cable de arrastre magnético caía hasta la plataforma. Sin dudarlo, Leia lo sostuvo. Al tocar las asas, el cable se activó y la elevó hasta su bodega de carga. Las puertas metálicas se cerraron detrás de ella mientras la nave aceleraba otra vez y la atracción magnética se aflojaba.

Los pies de Leia golpearon el suelo en cuanto se soltó del cable. Corrió hacia la cabina, donde el piloto estaba tan ocupado que ni siquiera se dio la vuelta.

—Lamento llegar tarde, cariño —dijo Han.

Ella se sentó en el asiento del copiloto, junto a él.

—Cielo, llegas justo a tiempo.

Su esposo no sólo había recibido su mensaje; había dejado todo lo que estaba haciendo para correr a su lado y ayudarla en todo lo que hiciera falta. Leia sintió cómo se desvanecía toda la frustración que había tenido por la larga ausencia de Han y todas las discusiones que nunca dejarían de tener. Al final del día, ella sabía que siempre podía contar con él.

La B-Wing dio una pronunciada vuelta; su piloto venía preparado para dispararle a una mujer sola, no para entrar en un tiroteo con alguien que claramente sabía lo que hacía. Pero, por supuesto, los guerreros Amaxine debían haber inculcado mucha disciplina en sus tropas, porque el caza giró de nuevo hacia ellos a toda velocidad.

—Encárgate de las armas auxiliares, ¿sí? —dijo Han, apretando la mano sobre los controles—. Atacaré por abajo.

—Entendido —dijo Leia, y oprimió un botón en la consola para tomar el control de las armas. Un sistema de focalización holográfico apareció entre ella y la ventana… «qué tontería resulta toda esta ayuda moderna cuando lo único que tienes que hacer es apuntar…».

Han bajó en picada; rozó la superficie e inclinó la nave para maximizar sus posibilidades de darle a la B-Wing. Leia disparó, pero la B-Wing había acelerado en el último momento; sólo logró darle a un ala.

—Le daremos en la siguiente oportunidad. —Ahora, Han se elevó en un ángulo tan elevado que la nave quedó casi perpendicular al suelo. Al llegar una transmisión, encendió un interruptor y sonrió.

—¡Greer! ¿Cómo rayos estás?

—¿Capitán Solo? —Greer sonaba casi sin aliento—. ¿Qué está haciendo aquí?

—No se preocupen —dijo Leia—. Estoy con Han. Los seguiremos para salir del sistema tan pronto como nos ocupemos de un pequeño asunto pendiente.

—Parece que tenemos compañía —dijo Han, frunciendo el ceño.

Como era de esperarse, otra plataforma salió a la superficie, con dos cazas estelares más. ¿Acaso los guerreros Amaxine pensaban enviar a toda su flota? De ser así, la nave de Han no tenía suficiente potencia para acabar con todos.

«Una cosa a la vez», se recordó Leia a sí misma.

Sin decir una sola palabra, Han recuperó el control principal de las armas y separó los dos cañones láser para que él y Leia pudieran disparar por separado. Ella conocía todos los movimientos que él iba a hacer antes de que los ejecutara. Además, Leia ya había visto a través de los inútiles y estorbosos hologramas de disparo cuál sería el plan de Han.

Los guerreros Amaxine se acercaron, sin duda con la intención de colocarse en formación de batalla. Pero lo único que lograron fue facilitar el objetivo de la princesa y su esposo.

Ella y Han dispararon al unísono. El cañón de Han le dio al B-Wing, mientras que el de Leia logró que uno de los últimos cazas se desplomara a toda velocidad, dejando atrás una estela de humo. La nave se estrelló contra el agua a una increíble velocidad, con suficiente velocidad como para…

La enorme explosión fue tan deslumbrante que, por un momento, el océano brilló como el sol. Casi al instante, varias olas se elevaron tan alto que casi inundaron la nave, y se expandieron en una onda que seguramente cubrió todo el planeta de Sibensko. Unas explosiones menores iluminaron las profundidades en los instantes que tardó el agua en extinguir cualquier rastro de fuego. Nadie que estuviera en el interior de la ciudad podría haber escapado.

—Odio tener que decirte esto —dijo Han—, pero creo que tu disparo fue demasiado bueno.

—Atravesó la estructura principal de la estación. —Leia se dejó caer en el asiento del copiloto—. Creo que derrumbó toda la ciudad subacuática. Pero eso no debió suceder.

Su mente dio vueltas al pensar en los muchos viajeros que sólo estaban de paso; la mayoría debieron ser contrabandistas, tal vez no muy distintos de como era Han unas décadas atrás. No merecían ese destino.

Luego pensó… «Los guerreros Amaxine».

—Explosivos —murmuró—. Debieron tener una cantidad masiva de armamento allá abajo. Al estrellarse la nave, los explosivos se encargaron del resto.

—Vaya, Sibensko es un lugar rudo. Yo sólo vine aquí un par de veces; no confiaba mucho en la gente que hacía negocios aquí. Y lo dice alguien que aceptaba el trabajo de los hutts. —Han la miró—. ¿Y qué repercusiones tiene para tu investigación el hecho de que hayamos hecho volar este lugar?

—Destruimos toda la evidencia, excepto la que está almacenada en los bancos de memoria de 3PO, pero ya ni siquiera podemos respaldar esa con nada más. Pero también destruimos a una fuerza paramilitar que se alistaba para atacar a la Nueva República.

Los guerreros Amaxine fueron derrotados; el enemigo ya no existía.

CAPÍTULO **VEINTIOCHO**

—Todo lo demás que he hecho, todos los lugares en los que he estado… todo quedó borrado en un instante. —A Leia le costaba trabajo encontrar las palabras—. La gente que peleó a mi lado en la guerra o trabajó durante años en el Senado junto a mí, ya ni siquiera me ve como la misma persona. Lo único que seré para ellos de aquí en adelante es «la hija de Darth Vader».

Se acurrucó contra su pecho; estaban recostados en una cama de Hosnian Prime. La luz de la luna entraba por la ventana de la habitación, pero era más pálida ahora que se acercaba el amanecer. Leia recostó la cabeza en su hombro y cerró los ojos, reconfortada por la ternura con la que él besó su frente.

—No será así para siempre —murmuró Han—. No con todos, al menos. Tarde o temprano recordarán quién eres.

—Tal vez las personas más cercanas a mí. —Tai-Lin la había apoyado. Y, a pesar de su incomodidad, Varish la había defendido desde el principio. Greer e incluso el joven Joph Seastriker habían reaccionado uno o dos días después; era probable que algunos cuantos más los siguieran. Algunas personas de su pasado, incluyendo a Ackbar, Nien Nunb y Lando, le habían enviado mensajes holográficos para manifestarle su compasión y lealtad. En su mensaje, Mon Mothma incluso decía que lo sospechaba desde hacía tiempo, lo cual significaba que nunca permitiría que los prejuicios arruinaran su relación. Leia sabía quiénes eran sus verdaderos amigos, y nunca lo olvidaría—. Pero ¿y el resto de la galaxia? Todo lo demás ya no está.

—Entonces al diablo con el resto de la galaxia.

Típica respuesta de Han.

—Sólo duele, es todo. Los rumores, la ira, la sensación de deshonra por algo que ni siquiera estuvo en mis manos. Aun el hombre que me expuso ante el Senado, Ransolm Casterfo… Habíamos estado trabajando juntos en la investigación de Rinnrivin Di por meses, y en verdad creí que nos habíamos hecho buenos amigos. Sin embargo, en cuanto averiguó la verdad sobre Vader, me traicionó.

—Ese tipo suena como un verdadero idiota.

—Ojalá fuera así de simple. —Leia habría podido recuperarse de esa herida más rápidamente si hubiera creído que Ransolm en verdad no era digno de respeto alguno—. Es un hombre decente, en general. Y un político decente, lo cual es todavía más raro. Pero odia a Darth Vader, y ese es motivo suficiente para odiarme a mí.

—Olvídate de ese perdedor de Casterfo, ¿sí? —Él acarició su cabello extendido sobre la almohada, en el borde de la cama—. Piénsalo de este modo: tú querías salirte del Senado de cualquier forma. Ahora tienes la oportunidad de hacerlo. Una vez que tu cargo

llegue a su fin, serás libre. Puedes pasar un tiempo volando por la galaxia con un viejo canalla, para variar.

—Han, eso suena como el paraíso. —Pero no podía hacer a un lado todas sus preocupaciones con tanta facilidad—. ¿Fue difícil para ti? Cuando terminó la ronda de la carrera y te enteraste de que todos conocían mi secreto…

—Todos asumieron que no tenía idea de con quién me había casado. Les dejé muy claro que lo supe desde un principio, que no me importaba un comino, y que a cualquiera con algo de sentido común tampoco debería de importarle. Nadie ha sido lo suficientemente tonto como para tocar el tema dos veces.

Uno de los mejores aspectos de Han era que reducía todo a lo más esencial e ignoraba el resto. A veces simplificaba demasiado las cosas, pero, la mayor parte del tiempo, su actitud le ayudaba a enfocarse en lo verdaderamente importante. La había tranquilizado con respecto a Ben, más o menos…, pero incluso la magia de Han tenía sus límites. Aun con todo el esfuerzo que Leia había hecho por deshacerse de todas sus dudas, nuevas dudas se infiltraban en su cerebro para tomar el lugar de las anteriores.

—Sólo espero lograr que alguien escuche lo que descubrimos en Sibensko.

—¿A qué te refieres con que esperas? Tienes toda la información a la mano, ¿no? En el cerebro del hombre de hojalata dorado.

—Sí, así es. Y pienso compartirla con los pocos aliados que aún tengo en la política. Pero lo que hemos descubierto sobre el ascenso de ese grupo paramilitar y su papel en el Bombardeo Servilleta…, eso requiere que el Senado entero decida actuar. Y dudo conseguir eso.

Han le frotó el hombro.

—Vamos, una vez que oigan toda la historia tendrán que hacer algo. ¿Acaso el Senado es incluso más inútil de lo que pensé?

Antes, Leia se habría puesto a discutir la idea de que el Senado no tenía un propósito real. Ahora eso parecía haber sido hace mucho tiempo.

—Oh, sí, vaya que son inútiles. Pero no entiendes. Sólo para hablar frente al Senado, necesito un quorum de senadores que decida que vale la pena escuchar el tema que deseo presentar. Normalmente esto no sería un problema, porque el quorum que se requiere es un número muy pequeño. —Sacudió tristemente la cabeza—. Pero ahora, ni siquiera puedo hacer eso.

—Lo siento. —El pulgar de Han le tocó suavemente el hombro—. Al menos te deshiciste de esos tipos. Rinnrivin Di, los guerreros Amaxine… son historia.

—Tal vez. Pero no podemos darnos el lujo de asumir que no hay otros grupos como los guerreros Amaxine. Y puede que aún tengan instalaciones en Daxam IV.

—Vamos, vamos, sólo por ahora, por esta noche, olvídate de eso. Ni siquiera tú puedes salvar a la galaxia entera antes del desayuno. —Él sonrió gentilmente—. Te exiges demasiado. Siempre lo has hecho. Y has pasado por tantas cosas últimamente. Deja que alguien más se encargue para variar.

Leia sintió como si alguien estuviera extrayendo toda la tensión de su cuerpo.

—¿Tienes idea de lo mucho que te amo?

—Sí, creo que tengo una idea aproximada. —Leia lo golpeó juguetonamente en el brazo, y Han rio—. Vamos, sabes que yo también te amo.

—Sí —dijo ella mientras inclinaba sus labios para besarlo—. Lo sé.

Del otro lado de la ciudad de Hosnian Prime, en una casa mucho más lujosa, se desarrollaba otra conversación mucho menos afectuosa, por holograma.

—¿Ser paciente? —Los ojos oscuros de Arliz Hadrassian ardían de furia con tal potencia que casi podían quemar a través de la imagen holográfica—. Mi ejército de guerreros Amaxine ha sido diezmado, la mayoría de mis mejores guerreros están muertos; nuestras naves, destruidas… ¿y sólo puedes decirme que sea paciente?

Lady Carise, aún con la bata de seda que tenía puesta cuando Hadrassian la llamó a mitad de la noche, respondió:

—Exacto. ¡Porque fue tu impaciencia la que llevó a este problema para empezar!

—No, fue tu inactividad. ¡Y la cobardía de los centristas al no alzar la voz y declararse como una entidad separada de la débil y llorona Nueva República!

—Aún no es el momento indicado, si fueras política lo entenderías.

—Si tú fueras guerrera, no estarías dispuesta a esperar el día soleado y perfecto. Aprovecharías las oportunidades.

—Bueno, tú ciertamente aprovechaste tus oportunidades. Pusiste una bomba en el Senado para sembrar «confusión», pero sólo lograste cosechar sospechas. —Lady Carise tomó su taza de caf, la cual necesitaba desesperadamente—. Tal vez tus guerreros no eran los que necesitábamos después de todo.

La expresión en el rostro de Hadrassian cambió de la ira al asombro.

—¿Nos estás abandonando?

—Por lo que me cuentas, no queda mucho que abandonar —respondió fríamente Lady Carise.

—Leia Organa, tuvo que ser ella. Al menos tienes que vengar a mis hombres y eliminarla.

—¿Lo ves? Ahí vas de nuevo, convirtiendo un asunto político en un asunto personal. Puede que Leia Organa haya sido la responsable de la destrucción de Sibensko, pero yo no sé eso ni me interesa. Si pudiéramos aprovechar el incidente para lograr que la expulsaran del Senado, bien, pero a estas alturas eso sería más problemático de lo que merece la pena el esfuerzo. Políticamente, ya no tiene poder. Nunca volverá a tener autoridad. Eso la elimina como una amenaza potencial, y su destino después de esto es irrelevante. Si pensaras estratégicamente, prestarías más atención a la persona que podría convertirse en el nuevo líder de los populistas. Hay que mantenerlos confundidos, fuera de balance. Pensé que los soldados dependían más de la estrategia.

La sonrisa de Hadrassian podía ser más nefasta que su ceño fruncido.

—Algún día, tendrás mucha necesidad de un grupo de soldados. Y cuando ese día llegue, te arrepentirás de lo que nos hiciste. Y ese día llegará antes de lo que esperas.

El holograma se desvaneció. Lady Carise se recargó en su sofá, tomó un trago de caf e hizo una mueca cuando se dio cuenta de que estaba frío.

Tal vez era mejor así. Hadrassian y su ejército Amaxine siempre habían sido un elemento demasiado corrupto, que no encajaba en los planes de los centristas para el futuro; cuando la Primera Orden finalmente tomara el poder, querrían establecer un nuevo gobierno, no crear caos.

Además, los Amaxine ya habían servido para su propósito, uno que eclipsaba la poca contribución que habrían proporcionado como guardias de la Nueva Orden. Habían sido una gran distracción en el momento más oportuno. Ahora que los guerreros Amaxine se habían revelado como patrocinadores y socios de Rinnrivin Di, nadie investigaría sus finanzas más a fondo…, ni rastrearían el trayecto del dinero desde todos esos planetas rurales hasta el corazón de la Primera Orden. En ese mismo momento, las riquezas obtenidas a costa de los contrabandistas y apostadores del cártel de Rinnrivin estaban ayudando a volver a montar y armar la antigua flota del Imperio, restaurándole su antigua gloria y poder, con el fin de prepararla para conquistar la galaxia una vez más. Oh, había detalles que no conocía. Secretos que aún no habían compartido con ella. Pero sabía cómo interpretar las sombras. Por ejemplo, la desaparición de Brendol Hux, el comandante de la academia en su planeta natal, justo después de la Batalla de Jakku. Algunos decían que sólo se había rendido, como si un héroe del Imperio como él pudiera rendirse de una manera tan miserable.

A muchas personas les hacía falta tener fe. Pero aquellos que aún creían serían los encargados de resucitar el poder más grande que la galaxia había conocido jamás.

Cuando Lady Carise recibió la llamada furiosa y desesperada de Hadrassian, informándole de los pocos sobrevivientes después de la explosión en Sibensko, al principio le había parecido una molestia. Ahora, se daba cuenta de que era una bendición.

Desde luego que, si la Princesa Leia compartía más de sus sospechas, podrían surgir nuevos problemas…, pero la princesa nunca podría volver a dirigirse al Senado.

Ransolm decidió asistir a la reunión del Senador Ro-Kiintor sobre aproximaciones militares, con la esperanza de que lo invitaran a uno de los comités relevantes pronto. Por mucho que odiara el motivo detrás de su reciente ascensión en el poder entre la facción centrista, Ransolm no pensaba desperdiciar las oportunidades que eso le había otorgado.

Seguramente esa sería la mejor manera de desagraviar lo que había hecho.

Hizo lo correcto al informar a todos de la verdad. Ransolm aún lo creía. Pero, ahora que había tenido tiempo de procesar la información, creía que debía haberlo hecho de una manera enteramente distinta. La Princesa Leia le había ocultado su secreto, que en realidad era la hija de Vader, lo cual había dañado su confianza para siempre…, pero,

incluso si ella no había sido del todo honesta, sí había sido justa. La revelación no sólo la había afectado a ella, sino también a su hijo, su hermano y su esposo. (Esa mañana varios programas holográficos de deportes hablaron sin parar del tema; decían que el Capitán Solo había dejado el sistema Theron después de la última ronda de la carrera Sabers. Además, existían muchos rumores respecto a cuándo volvería para la final del campeonato de carreras, si es que volvía). Ransolm debió consultar a Leia, avisarle lo que había descubierto y darle la oportunidad de revelar la verdad ella misma.

Al menos eso merecía.

Además, Ransolm también había tenido tiempo para preguntarse a sí mismo por qué Lady Carise Sindian le había presentado a él la información. Ella había argumentado que sus ideales como miembro del Consejo de las Casas Reales le impedían hablar, ¿pero quién se tomaba las casas reales en serio estos días? La mayoría de los miembros actuales sólo lo veían como un recurso genealógico y una excusa para organizar galas ocasionalmente. Además, Lady Carise podría haberse acercado a cualquier otro miembro del Senado para contarle la verdad sobre el padre de Leia.

El único motivo para que eligiera a Ransolm era su asociación con Leia, y la confianza que él había depositado en la princesa. No valía la pena engañarse a sí mismo pensando que Lady Carise en verdad lo había hecho por su propio bien.

No, su intención fue manipularlo. La única pregunta era ¿por qué?

No pensaba permitir que lo volvieran a manipular.

—Disculpe, Senador Ro-Kiintor —intervino él—, pero la escala de la ley de presupuesto me parece muy por encima de lo que posiblemente requiramos. La Nueva República ya mantiene de por sí una fuerza militar grande como para un gobierno que está en paz en gran medida.

El senador Ro-Kiintor juntó las manos, palma con palma, haciendo coincidir las yemas de los dedos.

—Los ejércitos que tenemos ahora son adecuados para las preocupaciones que tenemos ahora. Pero hay que prepararse para futuros conflictos.

—¿Con quién? La Nueva República incluye la mayoría de los planetas de la galaxia. Sólo hay pequeños y alejados sectores que no forman parte de ella, y muy pocos de estos representan una amenaza militar. Además, ninguno de ellos ha dado señal alguna de querer declararnos la guerra.

—La Nueva República está conformada por sistemas separados —respondió el Senador Ro-Kiintos—. Planetas separados. No hemos apoyado sus defensas planetarias individuales lo suficiente.

El mismo embuste de siempre. Con dificultad, Ransolm contuvo su impulso de gruñir. La facción centrista de extrema derecha siempre estaba insistiendo en eso; aparentemente creían que hasta la luna más humilde necesitaba suficiente armamento como para aniquilar un destructor estelar. Se las arreglaban para fastidiar aún más que los de extrema izquierda, quienes insistían en que el gobierno debía controlar hasta el más pequeño e insignificante aspecto de toda interacción, ya fuera personal o política.

Ransolm pensó, sin decir ni una palabra al respecto, que la verdadera intención del Senador Ro-Kiintor con esta ley de armamento era canalizar los fondos del gobierno a los planetas centristas, que ya de por sí se llevaban la mayor parte de este dinero.

—Podemos suministrar fondos adicionales para defensa planetaria sin que sean tantos como las cantidades que se indica aquí. Una ley así sólo podría justificarse si la Nueva República se enfrentara a una guerra galáctica inminente.

Después, hubo un breve silencio y Ransolm se preguntó si había ido demasiado lejos, hasta que oyó reír en voz baja a un miembro del personal del Senador Ro-Kiintor. Cuando ambos senadores lo miraron, el hombre dijo:

—No pude evitarlo. Créanlo o no, Leia Organa está tratando de dirigirse de nuevo al Senado.

«Volvió de Sibensko; descubrió algo importante». Ransolm sintió un involuntario golpe de emoción. Había acertado en no reportar la misión; desconfiaba mucho más de Rinnrivin Di y de los Amaxine que de Leia.

Esto era algo de lo que no se había percatado conscientemente, sino hasta ese momento…

—Patético —dijo despectivamente el Senador Ro-Kiintor—. No hay posibilidad de que consiga el quorum para que le den el derecho de dirigirse al Senado.

La sonrisa del asistente del senador era petulante.

—Admito que se acercó más de lo que creí, pero es más trágico de este modo: le faltó un voto. Exactamente uno. Todos los populistas y los senadores independientes ya votaron, así que perdió su oportunidad.

El Senador Ro-Kiintor sacudió la cabeza con desagrado.

Mientras caminaba de vuelta a su oficina, Ransolm repasaba todo lo que sabía de la investigación en su mente. Recordó su propia batalla contra los Amaxine en el desierto, la forma temeraria en que Joph piloteaba su X-Wing, la manera en que Greer había volado la nave mensajera en Daxam IV… y a Leia, apostando en el casino, disparando a sus perseguidores en las cavernas de Bastatha, ayudando a analizar la información que recolectaban… Finalmente recordó la tarde que habían pasado en los jardines colgantes, hablando sobre la tortura que había sufrido a manos de su propio padre.

Aún no sabía si podía confiar en ella o no, pero al menos le quedaba claro que ella había confiado en él.

Cuando entró a su oficina, su asistente le entregó el datapad de inmediato.

—Aquí están los asuntos pendientes en la agenda del Senado para que vote, señor.

Hasta arriba de la lista, estaba la solicitud de Leia para una audiencia con el Senado. Le faltaba un solo voto.

Ransolm oprimió la opción que decía «SÍ».

—Estás bromeando —dijo Leia sentándose frente a su escritorio.

Greer sacudió la cabeza.

—Tu solicitud fue aprobada. El voto de Casterfo hizo la diferencia.

¿Acaso esa era su manera de decir que lo lamentaba? ¿O sólo quería enterarse de lo que finalmente había ocurrido con la misión? Para él, este podía ser solamente el final de una historia dramática.

Leia decidió que no le importaba. Había conseguido su audiencia, y eso era todo.

Se había pasado todo el día en suspenso, preguntándose si la gente se habría enterado de lo que pasó en Sibensko y lo mucho que tuvo que ver ella, y si acaso sus enemigos en el Senado usarían esa violación de su autoridad en su contra. Sin duda la gente estaba lista para hundir a la hija de Vader, pero nada salió a la luz. Nadie habló del asunto. Leia podría presentar su reporte con la evidencia que habían logrado salvar.

—¿Lo ves? Te dije que las cosas mejorarían —le dijo Han esa noche mientras cenaban en casa.

—No creo que Ransolm inicie una tendencia —dijo ella con ironía, tratando de comer sin ensuciarse. Han había llevado comida bilbringi: pasteles de carne con queso y pimientos. Le gustaba esa comida, aunque no tanto como a Han. Sin embargo, esa noche era justo lo que necesitaba. Tal vez no debería preocuparse tanto por hacer un desastre.

Han, quien podía comer en la cabina mientras piloteaba, desenvolvió su propio pastel con destreza.

—Bueno, no te preocupes. No tendrás que enfrentar esto sola, ¿de acuerdo? Estoy dispuesto a permanecer aquí durante el tiempo que necesites.

«Dispuesto». Esa palabra decía mucho. Leia no tenía dudas sobre el amor de Han, pero también sabía que siempre sería un vagabundo de corazón. Él podría quedarse con ella en Hosnian Prime un año o hasta más si se lo pedía, pero sentiría como si le estuviera cortando las alas a un ave.

Dejó su comida sobre la mesa.

—Han, está bien. Ambos sabemos que quieres regresar a la Sabers.

—Es sólo una carrera, mi amor.

—Sí, pero el desastre en el que estoy inmersa no debería arruinarte la vida a ti también. Además —añadió irónicamente—, creo que es más probable que la galaxia me perdone por ser la hija de Vader que por posponer el campeonato hiperespacial Five Sabers.

Han, asombrado, sacudió la cabeza.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—Lo peor ya pasó —dijo Leia, tratando de convencer a Han, y a sí misma—. Estaré bien.

El solo hecho de saber que pronto estaría de vuelta en su nave, volando libremente, había puesto a Han de mejor humor.

—Debo admitirlo, nunca habría sabido qué hacer con todo este palabrerío político de todos modos. Volar con blásteres es más justo y, si me preguntas, probablemente causa menos daño.

Ella suspiró con cariñosa exasperación.

—Algunas cosas nunca cambian.

Su expresión se tornó más seria; Leia se estiró para tomarle la mano.

—Así es —dijo él—. Hay cosas que siempre serán iguales.

—¿Es una promesa?

—Más vale que lo creas.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Tal vez haber sido invitada a casa de Varish Vicly era una buena señal.

—¿Dejaste que Han se marchara de Hosnian Prime sin decirme «adiós», u «hola» siquiera? —Varish puso una de sus largas extremidades en torno al codo de Leia, como lo haría cualquier anfitrión con su invitado, pero Leia entendía el mensaje oculto tan bien como los demás: «Esta persona está bajo mi protección»—. Qué desvergonzados, tengo siglos sin verlo.

—Han tiene una carrera que supervisar, y yo tengo trabajo que hacer aquí —dijo Leia, inhalando profundamente y sonriendo—. ¿Y cuál es el motivo?

—¿Desde cuándo necesito un motivo para organizar una fiesta? La próxima vez que Han venga a casa, organizaré una solo para él. ¡Si se queda lo suficiente!

La lealtad de Varish no había vacilado ni por un instante, por lo que Leia estaba profundamente agradecida. Sin embargo, esta noche Varish parecía estar decidida a forzar a los otros líderes populistas a ser leales a Leia también.

Sin embargo, esto era algo que una simple fiesta no podría lograr, ni siquiera una de Varish. Aunque nadie fue grosero con ella, y la mayoría de los presentes sonrió educadamente, o al menos asintieron, una cascada de murmullos seguía a Leia al pasar entre la multitud. «¿Puedes creer…? ¿En verdad ella es…? ¿Crees que…? ¿Quién sabía la verdad?».

Leia sabía que así sería. La única manera de soportarlo, desde su perspectiva, era con un poco de humor negro de su parte, el cual se materializó en el largo vestido negro que usó, con capa y todo.

Si sólo querían verla como la hija de Vader de ahora en adelante, ¿por qué no vestirse para el papel?

—No vas a usar eso cuando te dirijas al Senado, ¿verdad? —murmuró Varish.

—Claro que no. —Esta artimaña la ayudó a sobrevivir a la fiesta, pero sólo sería otro punto en contra de su discurso—. Sólo me estoy divirtiendo un poco.

En medio de la multitud, alcanzó a ver un destello color escarlata que sólo podía pertenecer a una capa de Gatalenta.

—¡Tai-Lin! —Él podría ser la única persona en el Senado a quien todavía se atrevía a llamar en voz alta.

Como siempre, Tai-Lin se dio la vuelta y esbozó una cálida sonrisa.

—Princesa Leia. Te ves… —Hizo una pausa, luego esbozó una sonrisa conspiradora—. Provocativa.

—Me conoces muy bien.

—Antes de que la fiesta se llene demasiado, ¿me permites hablar un momento contigo? —Tai-Lin miró a Varish como pidiéndole permiso para robarse a Leia un momento; Varish asintió y la soltó, alejándose para ofrecer vino a los recién llegados.

Leia y Tai-Lin caminaron juntos hasta la larga terraza de Varish. Había otros invitados ahí, pero pocos, lo cual les daba una oportunidad para respirar.

—Bien, ¿qué querías decirme? —dijo ella, tan pronto como reclamaron un rincón privado.

—Es sobre tu discurso de mañana.

—Pero ya sabes de qué…

—No me refiero al tema. Lo que quería preguntarte es ¿por qué crees que Ransolm Casterfo votó a tu favor?

Leia había tratado de no pensar demasiado en ello.

—Sé tanto como tú al respecto.

—Hablo en serio. —Pocas personas podían sonar tan serias como Tai-Lin Garr—. ¿Se te ocurrió que podría estar tratando de tenderte otra trampa?

—Creo que ya lo hizo suficientemente bien la primera vez.

Tai-Lin sacudió la cabeza.

—No hay forma de saber lo que pueda decir; qué otras acusaciones podría lanzarte.

—Créeme, no tengo ningún secreto más grande que aquel. Ni siquiera creo posible que haga más daño. —Y dudó antes de añadir—: Sinceramente, me parece que quiere escuchar lo que tengo que decir. Ransolm estaba muy involucrado en la investigación. Se arriesgó mucho para llevarla hasta sus últimas consecuencias… Probablemente sólo quiere saber cómo termina la historia.

—Tienes más fe en su honor que yo.

—¿Tú crees? —Tal vez era cierto. La traición de Ransolm la hirió hasta lo más profundo de su ser, pero entendía por qué lo había hecho. Al menos confiaba en lo que sabía del hombre.

—¡Atención, todo el mundo! —Varish gritó alegremente y lo suficientemente fuerte como para que todos en la fiesta escucharan—. Como ya lo habrán adivinado, los reuní a todos aquí por una razón específica, y es momento de que sepan cuál es. —Alzó su copa de vino burbujeante—. Quiero que todos me acompañen a brindar por la salud de Tai-Lin Garr… ¡quien pronto será declarado candidato populista al puesto de primer senador!

La habitación se llenó de aplausos. Tai-Lin levantó las manos, aceptando y alentando su entusiasmo. Leia aplaudió, aunque al principio estaba sorprendida. ¿Cómo es que no sabía de eso?

«Porque estuviste ausente persiguiendo a Rinnrivin Di en Sibensko», se recordó a sí misma. «Y porque ya no te invitan a las reuniones importantes». Nunca antes en su vida el poder político había estado más lejos de su alcance. Ella nunca había anhelado el poder para su propio bien, pero estaba empezando a extrañarlo ahora que ya no lo tenía.

Las felicitaciones rodearon a Tai-Lin durante casi una hora después del anuncio, y Leia tuvo que soportar muchas conversaciones superfluas con gente que en realidad no

quería hablar con ella. Una vez que logró acercarse a Tai-Lin otra vez, murmuró en su oído:

—¿Cómo dejaste que te convencieran de esto?

—No me convencieron en realidad. Medité la situación y consideré cada aspecto a favor y en contra de postularme. —De cualquier otra persona, esto sonaría como una pomposa imitación de nobleza. Pero Leia sabía que lo que Tai-Lin decía era exactamente lo que había hecho—. Finalmente me di cuenta de que mi deber exigía que me postulara.

Ella sabía cómo se sentía eso.

—Podrás lograr tantas cosas… Tal vez más de lo que yo hubiera logrado. Eres mejor mediador que yo, Tai-Lin.

Él se volvió hacia ella, con sus oscuros ojos desconcertados.

—Creí que habías entendido. No tengo intención de lograr nada.

—No entiendo.

—Cómo te dije hace unas cuantas semanas, la sola idea de tener un primer senador es un anatema para mí. Sería demasiado fácil corromper a alguien con tanto poder. Me di cuenta de que debía ocupar el puesto para volverlo irrelevante. Al negarme a ejercer la tiránica autoridad que los centristas podrían conferir a un primer senador, lograré que nuestros planetas conserven la libertad que habrían perdido de otro modo. —Tai-Lin suspiró—. Es la única manera de mantenernos a salvo.

Un entusiasta grupo de legisladores mon calamari se acercó para hablar con Tai-Lin, y Leia dejó que lo arrastraran hacia la multitud. De otro modo, no habría logrado ocultar su gran decepción. Cuando creía que podía llegar a ser primera senadora, esperaba usar su autoridad para eliminar a esos subcomités eternos que mantenían a las nuevas leyes atrapadas durante años e idear un formato más razonable para sus debates, tal vez incluso para proponer que diseñaran un nuevo edificio para la cámara del Senado, porque el que tenían ahora era un desastre. Aunque no quería que el gobierno estuviera en manos de una figura tan poderosa como prometía ser un primer senador, había pensado que un cambio, cualquier cambio, les habría venido bien.

En vez de eso, si los populistas ganaban, la parálisis política y la lucha entre facciones continuarían. Y si los centristas ganaban, el resultado podría ser aún más oscuro.

De nuevo, Leia presintió el peligro que se aproximaba, y se preguntó cómo podía ser la única persona que lo sabía.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que nadie más se acercó a hablar con ella por un largo tiempo. En medio del remolino de la fiesta, Leia se encontraba sola: una figura solitaria vestida de negro.

Un día después, en la cámara del Senado, se vistió de blanco brillante.

Ninguno de los presentes podría o estaría interesado en recordar que el vestido que Leia tenía puesto era casi una copia exacta del que había usado en la ceremonia de

medallas después de la Batalla de Yavin. Lo compró porque le recordaba ese día, cuando la victoria aparentaba estar tan cerca que, por unas cuantas horas, la galaxia parecía tener sentido. Ahora lo usaba porque le daba valor.

Finalmente, el droide moderador habló:

—El Senado cede la palabra a la Senadora Leia Organa.

Leia se puso de pie. Los droides holocámara la rodearon como abejas, y sus pequeñas luces eran como un enjambre de estrellas. Su imagen apareció en cada consola y pantalla. Se había preparado para chiflidos y abucheos, pero la sala estaba completamente en silencio.

—Mis colegas Senadores —empezó a decir—, como recordarán, meses atrás respondí a la solicitud del Emisario Yendor de Ryloth para investigar a Rinnrivin Di, el líder del cártel nikto. A pesar de que nuestra solicitud de una investigación más a fondo fue rechazada, decidí investigar el asunto bajo mi propia autoridad.

No mencionó a Ransolm Casterfo. Si quería el crédito de la misión, debía pararse al lado de ella y aceptar la culpa también.

—Cada uno de ustedes está recibiendo en este momento un extenso paquete de datos, enviado por mi asistente personal. —Leia dirigió la mirada a una de las bancas del personal, donde Greer asintió rápidamente, mientras sus dedos se movían con agilidad sobre su datapad, al mismo tiempo que todas las consolas en el senado se iban encendiendo—. Revisar la información por completo tomará algo de tiempo. Pero, cuando lo hagan, podrán percatarse de que Rinnrivin Di sí dirigía un imperio criminal de gran tamaño, pero al servicio de otros que obtenían muchas más ganancias de sus esfuerzos. Específicamente, creo que gran parte de las ganancias de Rinnrivin iban dirigidas a una organización paramilitar conocida como los Amaxine. Y, lo que es más importante, conseguí evidencia que deja claro que los Amaxine fueron los responsables del bombardeo al edifico del Senado.

Durante un momento, la única respuesta fue silencio, pero luego las voces se alzaron instantáneamente como un rugido. Los centristas y populistas estaban tan ansiosos por culparse los unos a los otros que no soportaban la idea de encontrar otro culpable. Esto entristeció a Leia. Pero si había unas personas gritando y negando su declaración y sus descubrimientos, otros estaban revisando la información y leyendo la gran cantidad de evidencia que había logrado recopilar.

Una voz sonó más fuerte que las demás:

—¿Cómo podemos estar seguros de que esta evidencia no es un simple invento? ¿Otra más de sus mentiras?

—No todo puede probarse —admitió Leia—. La mayor parte de la información fue extraída de la base secreta de los guerreros Amaxine en Sibensko cuando su depósito de aparatos incendiarios explotó. Se presentarán los registros visuales, tanto de la nave que consignamos para la misión como de la nave de mi esposo, que confirman que mi escape de Sibensko y el tiroteo resultante con pilotos Amaxine jugaron un papel en la

destrucción de la base. Sin embargo, creo que también confirmarán que la causa principal fue el almacenamiento de bombas, detonadores térmicos y otros explosivos.

—¡Escúchenla! ¡Justificando asesinatos, igual que su padre! —Ese grito, proveniente de las bancas de atrás, se sintió como si hubieran clavado un témpano de hielo en el pecho a Leia, pero este fue solo uno de muchos gritos. La mayoría de los senadores parecía empeñada en preocuparse por el derrumbe de sus teorías fetiche sobre el bombardeo.

Antes de que el debate se saliera de curso por completo, Leia habló otra vez:

—Si desean creer que la evidencia que les acabo de presentar no es más que un elaborado invento, adelante. Pero, antes de que ignoren la evidencia, consideren esto. Los guerreros Amaxine eran lo suficientemente peligrosos como para atacar al Senado. Estaban armándose para un ataque militar a gran escala. En otras palabras, la Nueva República estuvo a punto de ser atacada por sus propios ciudadanos. Hay gente allá afuera que quiere ver a la Nueva República fallar, y que está dispuesta a derrocarla, por medio del uso de la fuerza si es necesario. —El silencio regresó a la sala. Era todo el apoyo que Leia podía esperar—. Descubrimos a los guerreros Amaxine sólo porque un planeta independiente nos pidió que investigáramos a otra organización. ¿Están dispuestos a apostar la supervivencia de nuestro gobierno a la probabilidad de que este sea el único grupo paramilitar que exista? ¿Este grupo que descubrimos por casualidad? Yo no. La paz de esta galaxia, la que fue tan difícil conseguir, está en riesgo. Puede ser que esta sea nuestra única advertencia, nuestra única oportunidad de entrar en acción. Les imploro que estudien los descubrimientos con cuidado y con la mente abierta. Lo que descubrimos debería trascender cualquier insignificante discusión política o su opinión personal sobre mí. A menos que queramos otra guerra, pero seguramente, después del derramamiento de sangre que terminó hace más de veinte años, nadie querrá algo así. Debemos estar alerta. Debemos unirnos. Debemos actuar.

Lady Carise observaba la pantalla, cada vez más alarmada. Sabía que la investigación de la Princesa Leia había llegado muy lejos, pero había subestimado la cantidad de información que logró obtener. ¿Acaso no había seguridad en la computadora central de Sibensko? Había nombres, fechas, cuentas y más cuentas… Todavía faltaban algunas capas para llegar hasta Lady Carise y sus aliados, pero estaban demasiado cerca de la verdad como para estar tranquila.

«No importa», se dijo a sí misma. «Nadie querrá creerle a la hija de Darth Vader, especialmente si los senadores tienen la oportunidad de culpar a otros enemigos políticos. Además ha presentado demasiada información como para analizarla rápidamente. ¿Quién va a molestarse en leer todo esto?».

Inhaló profundamente un par de veces. Esto podía quedar en el olvido pronto. La Princesa Leia no tenía nada más que decir, y pronto el Senado seguiría adelante con otros

asuntos. Lady Carise sabía bien cómo empezar una campaña de rumores, cómo plantar teorías alternativas del bombardeo en todas las mentes de Hosnian Prime, cómo asegurarse de pintar a los guerreros Amaxine como un grupo de lunáticos que no podían tomarse en serio. Al final, el Bombardeo Servilleta pasaría a la historia como un escándalo, pero también como un misterio.

Luego, el droide moderador dijo:

—El Senado cede la palabra al Senador Ransolm Casterfo.

Lady Carise observó que Casterfo ya estaba parado, con las manos detrás de la espalda. Quería creer que ahora condenaría la evidencia de la Princesa Leia, que retiraría el apoyo que le había dado antes para ayudar a aclarar todo este asunto.

Pero también sabía que Casterfo era quien había dado el voto decisivo para que la Princesa Leia pudiera hablar.

—Mis colegas senadores —empezó Casterfo—, como recordarán, yo acompañé a la Senadora Organa en su primera misión para investigar a Rinnrivin Di. Seguí trabajando con ella un tiempo después de eso, explorando las conexiones entre su cártel y el grupo paramilitar conocido como los guerreros Amaxine. Dado lo que sé, mi honor me obliga a decir que, a pesar de lo que dije anteriormente en esta misma cámara sobre la honestidad de la senadora, en este caso ella dice la verdad.

Se estaba poniendo del lado de la Princesa Leia. Lady Carise no comprendía por qué Ransolm Casterfo estaba tan empeñado en cometer suicidio político, pero aquí estaba él, haciendo justamente eso.

—Además de la evidencia que ella les ha proporcionado —continuó él—, puede ofrecerles registros visuales de la nave que llevé a Daxam IV, el sitio donde se encontraba una base de los guerreros Amaxine. Ahí verán las instalaciones donde entrenaban y una pequeña muestra de su poder militar. Y puedo declarar personalmente que sus líderes hablaban abiertamente de guerra, e incluso de su admiración por el Imperio de Palpatine.

Los senadores empezaron a susurrar nuevamente entre ellos, pero esta vez sonaban verdaderamente preocupados. Tal vez no estaban dispuestos a escuchar a la Princesa Leia por sí sola, pero el peso del testimonio de Casterfo le devolvía un poco de la credibilidad que había perdido.

Horrorizada, Lady Carise veía en sus monitores que la Princesa Leia estaba mirando a Casterfo, no con gratitud, sino con lo que parecía ser respeto. Por su parte, Casterfo hizo algo que nunca había hecho por Lady Carise, a pesar de su propio título real: inclinó la cabeza.

La ira invadía su cuerpo mientras pensaba «Te di la oportunidad de tu vida y, a cambio, me traicionas».

Hizo a un lado esos sentimientos lo mejor que pudo. La larga partida que estaban jugando no podía sacrificarse por su orgullo personal. Sus aliados tenían la esperanza de reclutar a Ransolm Casterfo como un aliado, tal vez incluso como un prosélito, pero había demostrado ser poco fiable. La poca lealtad que Casterfo aún sentía hacia la

Princesa Leia aparentemente era indestructible, lo cual significaba que, con el tiempo, podía convertirse en una amenaza.

No podían tener a un centrista reconocido plantando la discordia. Si no podía ayudarlos, tendrían que hacerlo a un lado.

Afortunadamente, Lady Carise era muy buena para atar cabos.

CAPÍTULO
TREINTA

Joph se consideraba a sí mismo un chico bastante ingenioso, pero nunca había lidiado con una situación así antes.

—¿Qué se supone que hagamos con estos?

Él y Greer estaban parados en la nave chatarra que habían adquirido para la misión en Sibensko. La habían estacionado en un hangar barato y alejado de toda propiedad militar. Ambos observaban el cargamento que consistía en cientos de detonadores térmicos.

—Créeme que no nos conviene que nos pesquen con este tipo de cargamento —añadió Joph.

Greer se acercó a las tarimas, entrecerrando los ojos con consternación.

—No podríamos justificarlo —dijo cautelosamente—. La misión a Sibensko ya se ha hecho pública. Aun así, tenemos un montón de explosivos pertenecientes a una organización paramilitar terrorista… y ningún lugar dónde ponerlos.

Inicialmente, Joph pensó que podían entregarle los detonadores a algún comandante o almirante de la flota de la Nueva República. Pero, ya que técnicamente no estaban en una misión militar, los objetos incautados no estaban bajo jurisdicción militar. Su misión fue senatorial, más o menos, pero el Senado Galáctico no contaba con un procedimiento o protocolo para la entrega de dispositivos destructivos. Joph se preguntó si debían dárselos a la propia Princesa Leia. Pero ¿si la gente sacaba conclusiones equivocadas? Ya de por sí le temían y la odiaban por ser la hija de Darth Vader; si el público se enteraba de que tenía una reserva oculta de armamento, las reacciones serían extremas.

—Supongo que no lograríamos venderlos —dijo él.

Greer lo miró con las cejas arqueadas.

—Claro, ¿por qué no? Añadamos comerciantes de armas a nuestro registro criminal.

—Bueno, ¿y qué se supone que hagamos? —Dijo Joph, sentándose en una silla plegable de la bodega de carga—. ¿Colgarlos como decoración?

—Pensé en llevarlos de vuelta a Sibensko y tirarlos en el océano. —Greer se recargó en la pared de metal con los brazos cruzados—. Pero eso sólo podría causar más destrucción, para la fauna del lugar o para los arrastreros submarinos que enviaron para investigar.

—¿En serio el Senado enviará a alguien? —Era una respuesta más rápida y decisiva que las que Joph estaba acostumbrado recibir del gobierno.

Pero Greer suspiró.

—No, ojalá tuviéramos tanta suerte. Pero puedes apostar que algunas de las organizaciones criminales que tenían intereses ahí querrán echar un vistazo. Los niktos, los hutts, tal vez hasta algunos simpatizantes de los Amaxines. Irán en búsqueda de cualquier cosa que puedan recoger y toda la información que puedan recolectar.

«¿Y qué nos importa si esos tipos terminan explotando?», pensó Joph, pero no lo dijo, porque de inmediato pensó que no serían los propios mafiosos los que irían a revisar los restos en sus naves sumergibles. Serían sus sirvientes de siempre y personas demasiado pobres como para rechazar trabajos que pusieran en riesgo sus vidas. No merecían morir sólo porque a él y a Greer no se les ocurría dónde guardar los detonadores.

Cuando Greer se llevó una mano a la sien e hizo un gesto de dolor, Joph se sintió repentinamente alarmado.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, sólo tengo un dolor de cabeza. —Luego le lanzó una mirada y le apuntó con el dedo—. Y no vuelvas exagerar respecto a mi salud. ¿De acuerdo?

Joph se obligó a relajarse.

—De acuerdo.

Lentamente, Greer volvió a mirar los detonadores térmicos.

—Necesitamos rentar un espacio de almacenamiento. Un lugar que sea seguro y secreto.

—¿Y luego qué? ¿Dejamos los detonadores ahí para siempre?

—Esperamos a que la Princesa Leia nos dé indicaciones.

Joph quería preguntar cuáles serían exactamente estas «indicaciones», pero ya sabía la respuesta. Sólo consiguieron derrotar al cártel de Rinnrivin Di y a los guerreros Amaxine saltándose la autoridad senatorial de la Princesa Leia y haciendo cosas por su propia iniciativa. Si la princesa estaba en lo cierto, podría haber más grupos paramilitares allá afuera, preparándose para orillar a la galaxia a una guerra. El Senado no mostraba disposición ni capacidad para tomar las medidas necesarias contra estos grupos.

Aparentemente la princesa pensaba que llegaría el día en que, solos, tendrían que hacer frente a estos grupos. Y, cuando ese día llegara, tendrían que estar armados.

—Unidad de almacenaje —dijo Joph—. Entendido.

Aunque Ransolm Casterfo se había estado armando de valor para la visita casi toda la noche y toda la mañana, aún sentía el corazón lleno de temor cuando empezó a caminar por los corredores del Senado. Cuando llegó a su destino, se detuvo un momento para acomodar su chaqueta color verde oscuro y su impecable camisa blanca; respiró profundamente un par de veces y dio un paso hacia delante de modo que las puertas se abrieran para hacerlo pasar.

Greer no estaba en su lugar de costumbre en la recepción de la oficina. De hecho, parecía no haber nadie además de C-3PO, quien se veía tan estupefacto como es posible para un droide.

—¿Senador Casterfo?

—Deseo hablar con la Senadora Organa —dijo Ransolm de modo perfectamente formal y correcto. Luego, en voz más baja, añadió—: Si me recibe.

—Le preguntaré directamente, señor —dijo C-3PO, mientras caminaba hacia la puerta de Leia, pero de espaldas, como si creyera que no era sensato perder de vista a Ransolm ni por un instante. Ransolm se preparó para una larga espera o un rechazo inmediato, por lo cual quedó muy sorprendido cuando, sólo instantes después, C-3PO reapareció.

—Parece que su alteza sí está dispuesta a verlo. Aunque, francamente, no me imagino por qué.

—Me parece justo.

Ransolm entró a su oficina, aliviado de que el droide no intentara seguirlo. Leia estaba sentada frente a su escritorio vestida con la ropa que sólo se ponía cuando viajaba: una túnica y pantalones de color gris claro. Su cabello estaba sujeto en un moño desordenado que le colgaba sobre la nuca. Todos sus esfuerzos por mantener la formalidad y la magnificencia senatorial habían sido abandonados; esta era una mujer a la que ya no le importaba un comino lo que los demás pensaran.

No se levantó para saludarlo. Sus palabras fueron cortas y directas:

—No puedo creer que tuvieras el valor de encararme.

—Apenas yo puedo creerlo. —Aunque Ransolm consideraba que lo que le había faltado antes no era valor, sino entendimiento. Durante semanas después de descubrir la verdad sobre su origen, no había sido capaz ni de mirarla directamente a la cara, mucho menos hacer un esfuerzo por verla como algo más que la hija de Vader. Sin embargo ahora, cuando la miraba, veía a la misma persona que había llegado a conocer y a apreciar. Aunque sus acciones habían puesto fin a su amistad para siempre, al menos podía otorgarle el respeto que se merecía.

—Hiciste un gran trabajo en la misión de Sibensko. Después de leer todo el informe, me quedé sumamente impresionado. De haber estado en tu lugar, dudo que hubiera logrado salir con vida.

Ella dobló los brazos frente a su pecho.

—Qué gusto haberme ganado tu aprobación por fin.

Su sarcasmo le dolía, pero no más de lo que él sabía que merecía. No fue ahí buscando su perdón, sólo para al fin darle a Leia lo que merecía.

—Bueno, me alegra que la misión haya sido exitosa y que todos estén bien. Quiero que sepas que planeo dar todo mi apoyo para cualquier investigación que se lleve a cabo.

Él le dirigió un asentimiento de despedida y empezó a caminar hacia la puerta, pero luego ella dijo:

—Ransolm, espera.

—¿Sí?

—No voy a agradecerte por respaldar mi testimonio ayer en el Senado. Nadie debería recibir agradecimientos simplemente por decir la verdad. Pero debo aceptar que me sorprendiste… para bien, esta vez. —Una pequeña e irónica sonrisa apareció en la cara de Casterfo por un instante, y luego se fue—. Pusiste el bien común por encima de tu propio partido político y tus ambiciones. Defendiste lo que considerabas correcto y dijiste la

verdad aun cuando los que te rodean querían que mintieras. Eso te convierte en la clase de político que esta galaxia necesita.

—Ningún senador que se considere digno del puesto debería hacer menos que eso. Como dices, no merezco gratitud por ello.

—Y no obtendrás gratitud. Obtendrás responsabilidades. —Leia suspiró—. Ya no tengo poder en el Senado. Y nunca volveré a tenerlo. Eso significa que tendrás que encontrar otros aliados, tanto populistas como centristas, que puedan trabajar juntos de manera honesta para sacarnos a todos de este desastre e incluso, tal vez, prevenir una guerra.

—Estoy seguro de que la situación no llegará tan lejos.

—Espero que no. Aún creo que podemos buscar un modo de volver a la paz. Pero tú y otros como tú tendrán que ser los que nos guíen hasta ella. Tomará mucho tiempo formar la clase de movimiento que el Senado necesita. Tendrás que aseverar tu independencia y no dejar que te sigan manipulando para hacer el trabajo sucio de otros políticos. También tendrás que mejorar mucho en cuanto a tu juicio cuando se trate de decidir en quién puedes confiar. Y, por mucho tiempo, tendrás que estar solo. —La mirada de Leia parecía atravesarlo, pero Ransolm no podía determinar qué era lo que ella veía más allá de él. Pero luego Leia añadió—: Creo que eres lo bastante fuerte como para hacerlo.

Nada de lo que pudiera haberle dicho podría haberlo hecho sentir más noble y más motivado. Ransolm asintió.

—Siempre cumpliré con mi deber.

—Sí, creo que lo harás.

No tenían nada más que decirse, tal vez para siempre, así que Ransolm se limitó a hacerle una reverencia y se marchó. Regresó a su oficina en un estado de melancolía, no por la labor que se encontraba frente a él, sino por el recuerdo de Leia, agotada y aislada, aún pensando en el bienestar común mientras aprendía a lidiar con su exilio político.

Ransolm sabía que le habían pasado la antorcha. Sólo esperaba ser digno de ella.

Diez días después de su discurso final en el Senado Galáctico, Leia hizo su primera aparición política en público desde que la galaxia se había enterado de que era la hija de Darth Vader. No tenía deseos de enfrentar a una multitud hostil, pero tampoco pensaba pasar el resto de su vida con miedo. Además, como le señaló Varish Vicly, esta era la oportunidad ideal.

—Permíteme ser muy franca —le dijo Varish—. Tienes un historial de guerra glorioso y una larga vida de servicio en el Senado, lo cual significa que la gente no debe percibir que te hacemos a un lado. Tacharían de hipócritas a todos los populistas, incluso si estos aseguraran odiarte. Pero ya no podemos presentarte como una de nuestras líderes. Esto significa que debes venir a las reuniones grandes que estén enfocadas en otros

políticos, sonreír y saludar, y darle al público la oportunidad de volver a acostumbrarse a tu presencia. Una vez que lo hagas, podemos empezar a extender tu papel y a devolverte un poco de tu antigua autoridad.

Aunque Leia estaba segura de que el público nunca volvería a sentirse a gusto con ella, pensaba seguir el consejo de Varish. Apreciaba su lealtad, y quería ver cómo su viejo amigo Tai-Lin Garr recibía la atención que merecía.

Su primer acto de campaña tuvo lugar en uno de los parques más grandes de Hosnian Prime, un lugar muy popular entre los visitantes de toda la galaxia. Tai-Lin había elegido como escenario principal del evento una gran fuente en forma de abanico que su planeta natal, Gatalenta, había donado cuando se fundó la Nueva República. Era un sitio hermoso y simbólico: Tai-Lin estaba dejando muy claro, aunque en silencio, que seguía considerándose un ciudadano de Gatalenta antes que nada.

Leia se sentó en la fila de atrás, detrás del nuevo candidato populista, vistiendo un sencillo y discreto vestido color verde olivo y esperando de todo corazón pasar desapercibida. Los únicos que parecían prestarle atención hasta el momento eran los guardias de seguridad agrupados en el perímetro del evento, uno de los cuales nunca le quitó los ojos de encima. Le habría parecido ofensivo de no ser porque era muy gracioso. Leia aplaudió cuando los demás lo hicieron y sonrió genuinamente al ver a Tai-Lin siendo aclamado por la multitud entusiasta. Con su capa color escarlata, parecía envuelto en su propia bandera de victoria.

Sabía que la candidatura de Tai-Lin para el puesto de primer senador tenía varios puntos débiles fundamentales. Tenía la disciplina y humildad suficientes para resistir la tentación de aprovecharse de su nueva autoridad, en caso de que ganara. Pero, en la práctica, la estrategia que pensaba emplear era auto-sabotaje. Era el equivalente de perder toda la esperanza en la política galáctica, incluso de abandonar la idea de que un solo gobierno podría proteger y servir a todos los planetas conocidos.

Pero Tai-Lin confiaba en Leia. Nunca había dudado de ella cuando se supo la verdad, y era uno de los pocos individuos que entendían cómo era posible que un hombre con gran dominio de la Fuerza (aun del Lado Oscuro) pudiera haber tenido hijos como Luke y Leia. Ella estaba convencida de que él no le daría la espalda después de la elección, incluso si ganaba.

«Tal vez nunca pueda recuperar mi poder político…», pensó ella, «pero eso no significa que no pueda seguir trabajando a favor de lo que pienso que es correcto. Si logro convencer a Tai-Lin de que me escuche ocasionalmente, tal vez redefinamos el papel de primer senador, transformándolo en algo ideal para él y para la galaxia. En vez de una líder, puedo ser una consejera informal. Tal vez aún pueda hacer algo para ayudar a que sigamos avanzando».

—¿Princesa Leia? —dijo una pequeña voz junto a ella.

Se dio la vuelta y se sorprendió de ver a Korr Sella abriéndose paso entre la multitud para acercarse a ella.

—Korr. —Leia se detuvo justo a tiempo antes de llamarla «Korrie» otra vez—. No esperaba verte aquí.

—Porque renuncié —dijo Korr—. Porque me marché justo después de que todos nos enteramos del asunto de Vader. No debí hacer eso. He pasado todas estas semanas pensando en cómo se portó conmigo todo el tiempo que trabajé para usted y en lo mucho que la admiro, y me di cuenta de que sigo estando segura de que es una buena persona. Así que no debí haberle dado la espalda por algo que no es su culpa.

Leia no esperaba que mucha gente le mostrara comprensión, pero sí que los más sabios y experimentados, aquellos a los que había conocido durante más tiempo, fueran los primeros en entender razones. En vez de eso, fueron opacados por una chica de dieciséis años.

—Entiendo —dijo Leia, tratando de mantener su tono más amable, pero suficientemente fuerte para que se oyera por encima de la multitud—. Lo entendí desde un principio.

Korr asintió, parpadeando rápidamente, y dijo con una voz temblorosa:

—Sé que ya no puedo volver a ser su becaria, pero sólo quería decirle que, si alguna vez hay algo en lo que pueda ayudarla, lo haré. Quiero decir, estaría orgullosa de poder hacerlo.

—Gracias, Korr. Eso significa mucho para mí —dijo Leia, mientras apretaba la mano de la chica.

—Y…, si quiere…, puede seguir llamándome «Korrie». No me molesta.

—No, tenías razón. Ya no eres una niña. De hecho, creo que eres más adulta que la mayoría de las personas en este lugar. Korr te queda mejor.

Korr finalmente sonrió, y Leia tuvo la seguridad de que, si algún día la necesitaba, podría pedir su ayuda.

Después de los discursos, desde luego, vinieron los apretones de manos, garras y tentáculos. Mientras la gente se arremolinaba alrededor de Tai-Lin, Leia empezó a alejarse lentamente, con la esperanza de poder desaparecer sin que nadie la viera. Pero una larga extremidad dorada la tomó de los hombros, para asegurarse de mantenerla cerca.

—Oh, no, no lo harás —la reprendió afectuosamente Varish—. No te muevas de aquí. Sin duda Tai-Lin querrá hablar contigo después.

—Si bien recuerdo los detalles de mi última campaña política, lo único que querrá hacer Tai-Lin después será colapsar en su cama. —Leia observó el alboroto por otro momento. ¿Cómo hacía Tai-Lin para mantener su dignidad y su serenidad incluso ante una multitud risueña que esperaba que besara a sus bebés y cachorros?—. ¿Qué oportunidad crees que tiene?

—Una bastante buena. Las encuestas son muy prometedoras, aunque a estas alturas de la contienda es difícil estar seguros, sobre todo considerando que aún no tenemos un candidato centrista para comparar. Pero esperábamos que la facción populista sufriera un gran descenso después de tu pequeño escándalo, y eso no ha ocurrido.

Leia tuvo que reír.

—Eres la única persona en la galaxia que podría describir lo que sucedió como un «pequeño escándalo».

—Y por eso es que me quieres tanto, ¿cierto? —Varish apretó un poco más el hombro de Leia, y luego empezó a dirigirla hacia la multitud—. Al menos despídete de Tai-Lin antes de irte.

—A él no le importará. Y no quiero causar ningún problema.

—No lo harás. Entre más pronto empecemos a actuar como si todo hubiera vuelto a la normalidad, más pronto volverá todo a la normalidad. Además, ni siquiera estoy segura de que alguien te reconozca entre toda esta multitud. ¡Hay tanta gente que apenas alcanzo a ver medio metro frente a nuestras caras!

Eso era cierto. Leia permitió que Varish la siguiera guiando hacia la muchedumbre, cuidándose de no empujar o ver a nadie a los ojos. Si alguien en la multitud la reconoció, al menos no dijo nada que ella alcanzara a escuchar.

Finalmente, llegaron hasta donde se encontraba Tai-Lin.

—¡Tai-Lin! —exclamó Varish—. ¡Estamos aquí!

Se abrió un espacio entre la multitud, lo suficientemente grande como para que Leia pudiera ver a Tai-Lin, de pie, sonriendo y dando la bienvenida a los votantes potenciales que lo rodeaban por todas partes… De pronto, uno de los rostros le resultó familiar.

Pómulos altos. Cabello oscuro con mechas plateadas. Ojos negros intensos. A pesar de que Leia sólo había visto a esa persona durante una noche en Bastatha y en los hologramas de Daxam IV de Ransolm, la reconoció al instante: Arliz Hadrassian.

Y de su larga capa, Hadrassian acababa de sacar un bláster.

Leia ni siquiera tuvo tiempo de gritar una advertencia antes de que Hadrassian le disparara a Tai-Lin directamente en el pecho. Los gritos estallaron entre la multitud y la gente empezó a correr en todas direcciones; la mayoría trataba de alejarse de la asesina, pero unos cuantos corrieron al lado de Tai-Lin. Leia logró llegar hasta él y se puso de rodillas a su lado. Sólo entonces se percató de que Hadrassian aún estaba de pie ahí, sin moverse en absoluto y con el bláster en la mano. Los guardias de seguridad trataban de abrirse paso hasta ellos, pero no habían logrado llegar todavía.

—Leia Organa —dijo Hadrassian. Una lenta y terrible sonrisa apareció en su rostro—. Tienes suerte de que esté pensando estratégicamente.

Y habiendo dicho eso, Hadrassian apuntó con el bláster a su propia sien. Leia tuvo tiempo de apartar la mirada justo antes de escuchar el disparo y el nauseabundo golpe seco del cadáver al golpear el suelo.

—¡Tai-Lin! —Le dio la vuelta y lo puso sobre su espalda para poder revisar la herida—. ¿Tai-Lin, me oyes?

Pero desde luego que no la oía. Le habían dado directamente en el pecho, de cerca, con un bláster programado para matar. La profunda herida que se encontraba donde solía estar su corazón se había cauterizado, dejando sólo un cráter ennegrecido en su lugar. Arliz Hadrassian había vengado a sus guerreros Amaxine.

Esto significaba un desastre para la galaxia. Leia lo sabía muy bien. Pero no podía empezar a pensar en las consecuencias políticas, ni en los efectos colaterales, ni en nada más que en su amigo tirado en el suelo, muerto. Mientras Varish Vicly comenzaba a llorar, Leia se inclinó para tocar la frente de Tai-Lin con la suya. Fue la única despedida que se le ocurrió.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

Todo el Senado declaró, por unanimidad, un periodo de luto oficial por la muerte de Tai-Lin Garr. En sus pensamientos más oscuros, Leia se preguntó si los centristas habían aceptado el duelo sólo por cuestiones de imagen, pero pensó que lo más probable era que la mayoría de los sentimientos fueran sinceros. Nadie, sin importar la facción política a la que perteneciera, quería sentarse a contemplar cómo una asesina radical determinaba el rumbo de las elecciones.

Sin embargo había otra creencia que había sido unánime, algo que horrorizaba a Leia: Arliz Hadrassian había sido identificada como la terrorista, la criminal y la verdadera amenaza. Gracias a la información recolectada en Sibensko, Hadrassian se llevaría el crédito del Bombardeo Servilleta, el ascenso al poder de Rinnrivin Di, todo, tanto en el juicio de los centristas como en el de los populistas. Y, ahora que se había suicidado, ante los ojos del Senado el peligro se había acabado.

—No pueden asumir algo así —imploraba Leia en una pequeña reunión de senadores populistas después del funeral de Tai-Lin en Hosnian Prime—. El dinero de Rinnrivin provenía de Hadrassian, pero ¿de dónde provenía el dinero de Hadrassian? Sirvió en el ejército imperial, y luego se convirtió en una mujer de negocios, negocios pequeños. No es la clase de persona que puede financiar un ejército entero.

—Leia, por favor —dijo Varish con aspereza. Las lágrimas mojaban el pelaje dorado de sus mejillas—. Tai-Lin merece ser velado en paz.

Frustrada, Leia dejó el tema por la paz, al menos por el momento. Si ni siquiera una de las pocas amigas cercanas y aliadas que le quedaban en el Senado la escuchaba, nadie lo haría. Sin embargo, se negaba a creer que la investigación de los grupos disidentes quedaría cerrada para siempre. La gente tenía la información. Les había dado pruebas, y Ransolm había respaldado sus descubrimientos con su propio testimonio. Tarde o temprano, verían la necesidad de revisar el asunto más a fondo, de ir más allá.

¿O no?

La mañana siguiente, mientras Leia caminaba por los pasillos del Senado, vio a un gran grupo de personas amontonado fuera de la oficina de un senador mon calamari júnior. Dentro, se oía lo que parecía ser una transmisión oficial que se reproducía a un volumen alto.

—Parecen noticias de último minuto —susurró mientras se acercaba al grupo.

Al acercarse, oyó algunos murmullos:

—Esto sólo demuestra que no se puede confiar en un centrista.

—¿Puedes creerlo?

—Parece que la Princesa Leia se equivocó en eso…

El último se detuvo cuando notó que Leia se acercaba, se ruborizó en verde y se hizo a un lado. A Leia sólo le importaba que ya tenía suficiente espacio para acomodarse y ver el holograma proyectado dentro de la oficina del senador, y sobre todo para oír lo que estaban reportando:

—… expresó su sorpresa de que un grupo paramilitar pudiera haber estado recibiendo inteligencia y ayuda de un miembro del Senado Galáctico.

Leia se llenó de alivio y de vindicación. Alguien había investigado después de todo; alguien había revisado la información y se había atrevido a seguir el rastro hasta el final. Y, aunque no hubiera querido creer que los centristas estaban involucrados, no le extrañaba escuchar que uno de los suyos había sido partícipe de todo aquello desde el principio.

Luego, la transmisión continuó:

—El Senador Casterfo ya fue puesto en custodia y, de acuerdo con la política del Senado, será llevado a su planeta natal para ser encarcelado, juzgado y sentenciado.

¿Ransolm? ¿Arrestaron a Ransolm?

—No puede ser —murmuró ella, casi entumecida por la impresión.

—Sé que debe ser muy impactante —dijo un oyente más empático, un asistente chandrilan—. Pero obviamente era muy bueno para fingir.

—No, no lo entienden. En verdad no puede ser. Es absolutamente imposible que Ransolm Casterfo sea la persona responsable de esto. —Leia conocía cada momento y cada paso de su investigación de memoria. Mucha de la información más importante había sido proporcionada por el mismísimo Ransolm. Él había arriesgado su vida por ella en Bastatha. Incluso había solicitado que se siguiera la investigación frente a todo el Senado. ¿En verdad todos creían que había hecho todo eso sólo para cubrir sus propias huellas? Sólo un tonto creería eso.

Y entonces, Leia se dio cuenta… La gente que había acusado a Ransolm tampoco lo creía. Le habían tendido una trampa para culparlo de todo.

Greer permanecía sentada en la oficina senatorial casi a oscuras; el día estaba demasiado nublado como para que entrara mucha luz por las ventanas, pero ni siquiera se había molestado en encender la artificial. El datapad en sus manos le iluminaba la cara mientras recorría las grabaciones una y otra, y otra vez, pero las imágenes nunca cambiaban.

La puerta se abrió y la Princesa Leia entró corriendo, casi sin aire.

—Greer, han arrestado a Ransolm…

—Lo sé —respondió ella, con voz temblorosa—. Vine corriendo en cuanto me enteré. Creí que podríamos deslindarlo, que podríamos hacerlo de inmediato.

—Sí podemos. En cuanto vean las grabaciones, lo sabrán. —Leia se sentó junto a Greer y le quitó impacientemente el datapad, luego volteó a verla con una mirada de incredulidad—. Esto no fue lo que pasó.

—Alteraron las grabaciones. Meticulosamente. Completamente. —En la pantalla apareció la imagen de Ransolm Casterfo estrechando la mano de Arliz Hadrassian mientras señalaba los cazas estelares con la cabeza. Dos gestos genuinos que habían sido combinados para crear una ilusión de aprobación. Greer recordaba bien la relación incómoda que Casterfo había tenido con Hadrassian; había tratado de aparentar amabilidad, sin mentir sobre su entusiasmo. Esto lo mostraba como un patrocinador entusiasta y, lo más importante, uno que le había ocultado sus verdaderas acciones al Senado.

Leia sacudió la cabeza.

—¿Alguien se apoderó de nuestras grabaciones?

—Casterfo abrió las grabaciones para todos. Fue fácil para un buen pirata informático trabajarlas y alterar las imágenes para hacer parecer que las originales en realidad eran falsas. —El pulso de Greer se sentía demasiado débil en sus extremidades, pero esta vez no creía que se tratara de la hematoignis, sino de la corrupción responsable de esto; la hacía sentir unas náuseas terribles. ¿Qué clase de gobierno podía permitir algo así?

No…, ¿qué clase de gobierno haría algo así? Porque alguien en el Senado tenía que estar detrás de todo esto, y esa persona probablemente se saldría con la suya. Greer había sufrido frustraciones con el Senado antes, pero siempre había creído que perduraba algo que valía la pena rescatar, algo por lo que valía la pena pelear.

Sin embargo, ahora sabía que el Senado estaba podrido. Oscuro y blando, como una fruta vieja cubierta de moho. No quedaba nada lo suficientemente puro que valiera la pena salvar. Aunque a Greer nunca le había agradado Ransolm Casterfo del todo, había llegado a respetar sus habilidades y su integridad. Más allá de eso, era totalmente inocente de todos los cargos. Nadie merecía pagar de ese modo por un crimen que no había cometido, pero lo único que podía hacer era sentarse a verlo ocurrir.

«¿Esta es la clase de “vida pacífica” que debo llevar si quiero evitar morir a causa de la hematoignis? Esta… ¿mediocridad tranquila al servicio de la corrupción?».

La cara de Leia palideció.

—Se lo llevarán a Riosa hoy. En el siguiente transporte que salga del hangar principal. ¿A qué hora será eso?

Greer cerró la pantalla con la grabación falsa para revisar.

—En… menos de una hora.

—Tengo que ir. —Leia se puso de pie y se dirigió a la puerta.

Un pequeño destello de esperanza se encendió dentro de Greer.

—¿Puede detenerlos? ¿Puede salvarlo?

Leia la miró por encima del hombro, afectada por la culpa y el dolor.

—No.

El hangar principal no tenía mucho movimiento a esa hora del día, tampoco los monorrieles, lo cual le permitió a Leia llegar a la plataforma designada a tiempo…, justo a tiempo. Al entrar corriendo por la puerta, tambaleándose y sin aliento, vio a dos soldados de la Nueva República que escoltaban a Ransolm Casterfo hacia un ominoso transporte para presos en forma de caja. Ransolm seguía con su ropa elegante de siempre, aunque estaba arrugada, y sus manos estaban esposadas frente a él.

—¡Esperen! —gritó Leia. Los tres hombres la miraron. Los guardias se veían confundidos y Ransolm parecía… resignado. Leia corrió hacia ellos, tratando de convocar una sombra de su antigua autoridad.

—Quiero hablar con el Senador Casterfo.

Los guardias se miraron. Y un largo momento después, uno de ellos dijo:

—Tenemos órdenes de llevarlo en este momento.

Leia se enderezó, permitiendo que su mirada se volviera fría e imponente. Al diablo con actuar como una senadora; ella era una princesa y ya era hora de que estos hombres lo recordaran.

—Podrán cumplir sus órdenes a su debido tiempo. Déjennos hablar.

Soltaron a Ransolm de inmediato y retrocedieron unos cuantos pasos. Con eso bastaba. Leia miró a Ransolm a los ojos y sintió una punzada en el pecho cuando él trató de sonreír.

—Tu cara es la primera amistosa que he visto en todo el día. —Su voz era más firme de lo que ella habría esperado—. Puede que sea la última cara amistosa que vea en toda mi vida. Debo admitir que en este momento lamento dolorosamente haber ayudado a restaurar la pena de muerte en Riosa.

El horror invadió a Leia. Los planetas que aplicaban la pena de muerte solían considerar la traición como una ofensa capital. Ransolm no sólo sería injustamente condenado, sino también ejecutado por crímenes que no había cometido.

—Trataré de hacer algo —prometió ella. Su mente ya recorría desesperadamente sus opciones en ese mismo momento, sin encontrar nada más que la esperanza de que en algún lugar, de algún modo, pudiera encontrar una solución para esto—. Cobrar algunos favores, contratar a un investigador independiente…

—Y fallarás. —Él sonrió con inefable tristeza—. Un raro caso de ironía perfecta. Ya no tienes el poder o las conexiones necesarias para salvarme, precisamente porque yo te quité ese poder con mis propias acciones. Caí en mi propia trampa.

—Ransolm… —Leia cerró los ojos por un momento, impactada por la profundidad de su pena y su ira. En ese momento era como si nunca la hubiera traicionado, como si su amistad siguiera siendo tan fuerte como había sido aquella noche en la que compartieron algunos de sus secretos más oscuros—. Esto no sucedió por haberme expuesto, sucedió por haberme defendido.

—Porque me di cuenta de que mi enemiga en realidad podía ser mi única aliada verdadera. Y ahora he comprendido que mis supuestos aliados son mis enemigos después de todo. —Ransolm finalmente perdió la compostura; estiró sus manos esposadas, y Leia

las tomó, aun cuando la sujeción de Ransolm era tan desesperada que le dolía—. Leia, lo siento tanto… Perdí tu amistad de la peor manera posible. Desearía nunca haberle contado al Senado lo de Vader. Desearía no haberte juzgado por sus acciones.

—Lo odiabas. Le temías. Reaccionaste por instinto. —Leia aún creía que eso no excusaba sus acciones, pero era una razón, una que ella podía comprender e incluso perdonar.

—Me alivia pensar que tú seguirás adelante —continuó él—. Saber que le harás frente a la gente del Senado capaz de ser tan corrupta. Tal vez ya no tengas el poder oficial, pero te he visto encontrar otros modos de hacer las cosas, aun si hace falta ignorar algunas reglas.

«No puedo hacer esto para siempre». Exhausta por haber corrido hasta ahí, demacrada por el miedo y el dolor que sentía por Ransolm, Leia sintió cada día de su edad en todo su cuerpo. Los años difíciles, además de todo. El trabajo que había por delante le pertenecía a otra persona más joven y más fuerte; había creído que Ransolm sería esa persona. Pero ese sueño, como muchos otros, había sido destruido hasta volverse polvo.

Uno de los guardias se acercó de nuevo.

—El transporte tiene que marcharse, no podemos retrasarlo más.

—Pero… —Leia ni siquiera pudo terminar de objetar antes de que los guardias empezaran a llevarse a Ransolm. Ella corrió detrás de ellos, sin sentirse avergonzada de hacer un espectáculo—. Una cosa más, sólo una cosa más…

Los guardias no le dijeron nada, pero dejaron de caminar. Ransolm miró hacia atrás, y a ella le pareció más joven de lo que nunca le había parecido antes. Demasiado joven para morir.

—Cuando te vi por primera vez, pensé… Dije que pudiste haber servido al Imperio, de haber vivido durante la guerra. Dije que podía imaginarte claramente con un uniforme imperial. —Leia sacudió la cabeza—. Me equivoqué. No habrías peleado para el Imperio. Habrías estado con nosotros.

—Con ustedes —repitió Ransolm. Y una vez más le esbozó una sonrisa herida—. Espero que eso sea verdad.

Luego los guardias siguieron avanzando, y Ransolm dejó que se lo llevaran. No volvió a mirar hacia atrás.

En ese momento, el enojo de Leia se volvió prácticamente una furia incontrolable. De haber tenido un bláster, tal vez lo habría disparado. Su ira podría haberla orillado a matar a otros, incluso inocentes, sólo para asegurarse de que Ransolm Casterfo no tuviera que morir innecesariamente.

En ese momento se percató de algo que nunca había logrado entender del todo antes. Siempre se preguntó qué había sido lo que orilló a su padre a pasarse al lado oscuro, a convertirse en Darth Vader. Imaginaba que había sido la ambición, la avaricia, o alguna otra debilidad venal. Nunca consideró que podía haber un motivo mejor, como el deseo

de salvar a alguien o vengar un gran mal. Pero, aun si terminó por llevarlo al mal, ese primer impulso pudo haber nacido de la lealtad, el sentido de justicia o incluso el amor.

¿Fue esto lo que pasó con su padre? Nunca lo sabría. Pero, por primera vez en mucho tiempo, tenía cierta noción de quién podría haber sido Anakin Skywalker antes de su caída y de la bondad que pudo haber sobrevivido dentro de él durante muchos años, en medio de la oscuridad.

Leia se quedó en el hangar, sintiendo dificultad para respirar y observando el transporte. No se movió cuando los motores se encendieron, tampoco cuando despegó, dejando a su paso un vendaval de aire desplazado. Sólo se quedó quieta y observó cómo se elevaba el transporte hasta que se volvió tan pequeño y distante en el cielo que nunca podría volver a verlo.

Recordó esa terrible pesadumbre en el pecho, la que sentía en tiempos de guerra cuando enviaba tropas a misiones de las que nunca regresarían. Aunque siempre había estado consciente de la importancia de su causa, el sentido de pérdida y de desperdicio nunca dejaron de parecerle insoportables.

Pero lo había resistido entonces, y lo resistiría ahora. Y la certidumbre que se apoderó de su mente mientras observaba a Ransolm ir rumbo a su muerte era la clase de certidumbre que la cambiaría desde ese día, como sabía bien.

Sólo los centristas podían ser responsables de esta tragedia, pues los populistas no tenían motivos para eliminar a prácticamente el único miembro de la otra facción que de vez en cuando estaba de su lado. Eso significaba que los centristas estaban devorándose entre ellos. No sólo estaban atacando a los populistas por todos lados, también estaban eliminando a los miembros de su propia facción que no compartieran sus ansias de poder. No les servían los moderados, ni la paz. Los centristas buscaban la guerra activamente, tal vez habían estado planeando todo por mucho tiempo, y ahora empezaban a quitar cada obstáculo que se atravesara en su camino.

A pesar de su gran desilusión por el proceso político, Leia apenas se daba cuenta de que el Senado estaba condenado, sin importar lo que ella hiciera.

La guerra se había vuelto inevitable.

Lady Carise Sindian estaba teniendo una mañana excelente.

Hizo las declaraciones indicadas a las fuentes indicadas sobre el impacto que le causó la noticia del arresto de Casterfo. Como buena centrista, se había lavado las manos del asunto. No permitirían que su facción y sus ideales fueran arruinados por los actos criminales de un hombre. No, claro que no; los centristas seguirían adelante.

Y sin que casi nadie lo supiera, ya estaban avanzando más rápido. La única moción que el Senado había aprobado el día anterior era la de posponer el voto para primer senador. En pos del asesinato de Tai-Lin Garr y el arresto de Ransolm Casterfo, la mayoría estuvo de acuerdo en que la situación política era demasiado volátil en esos

momentos como para llevar a cabo una elección próximamente. Lady Carise y sus aliados habían votado por eso, porque a estas alturas habían empezado a urdir una solución mucho mejor: la secesión.

Tomaría unos cuantos meses poner esto en marcha. Necesitaban una estructura firme antes de proceder. Pero, pronto, los planetas centristas dejarían la Nueva República, separándose así del fango en el que se habían hundido a causa de la inacción del Senado para crear y apoyar la Primera Orden. Sólo pensarlo hizo saltar su corazón de alegría.

Lady Carise sonreía al dar vuelta en la esquina que llevaba directamente a su oficina, pero se paró en seco cuando vio quién estaba parada fuera de ella.

—¿Princesa Leia?

—Qué suerte encontrarla por aquí —dijo la princesa, a menos de dos metros de su puerta—. Hace tiempo que quiero tener una charla con usted.

—Como sabrá, siempre estoy dispuesta a escuchar a otro miembro del Consejo de las Casas Reales. —Lady Carise podía darse el lujo de ser generosa después de su triunfo. Tal vez la Princesa Leia finalmente la buscaría a ella ahora que no tenía más aliados y empezaría a comportarse con el respeto debido a otro miembro de la nobleza—. Sí, pongámonos al día. ¿Qué ha hecho últimamente?

La Princesa Leia sonrió.

—Estuve contactando a algunos de mis viejos amigos. Incluyendo, de pura casualidad, a los miembros más antiguos de las casas reales.

—Oh, ¿en serio? —Lady Carise empezó a percatarse de toda la ira escondida tras la sonrisa de la princesa.

—Sí, verá… Había un asunto que teníamos que discutir urgentemente. Me refiero desde luego a la sacralidad del sello real, en relación con la propiedad del supremo gobernante de Birren. —El tono de la Princesa Leia seguía siendo cortés, pero su mirada se afiló—. Imaginé que usted pensó que yo estaría demasiado distraída como para darme cuenta de lo que sucedió y, para ser franca, lo estuve por un tiempo, pero no me tomó mucho percatarme de que el cofre de recuerdos sólo podría haber estado oculto en Birren. Sólo el supremo gobernante podría haber tenido acceso a él. Y el supremo gobernante, usted en este caso, acababa de pasar semanas celebrando rituales relacionadas con la inauguración, en los cuales la futura gobernante prometió en repetidas ocasiones defender la sacralidad del sello real, sin importar nada. Ni siquiera aguantó un mes.

Lady Carise se había preparado para una disputa como esta cuando Casterfo reveló la verdad, pero al pasar las semanas, se había tranquilizado a sí misma pensando que Leia no se había dado cuenta o simplemente lo había ignorado. Así que ahora se encontraba sin palabras.

—Bueno. Supongo. Me vi… en medio de una crisis moral tan extrema que…

—El juramento exige que el supremo gobernante defienda la santidad del sello real incluso hasta la muerte. —La Princesa Leia alzó una ceja—. No se preocupe, no pienso llevar el asunto hasta las últimas consecuencias de la ley. Bastó con ponerme en contacto con los miembros del Consejo de las Casas Reales y convencerlos de aprobar una

resolución, la primera que se han molestado en aprobar en años. Específicamente, la han despojado de sus títulos reales para siempre. El título de supremo gobernante de Birren pasará a la siguiente persona en la línea de sucesión, además usted ya no es miembro del Consejo de las Casas Reales.

¿Podría haber hecho algo así? ¿Acaso era posible? Lady Carise sintió que le temblaban las rodillas.

—¡No puede! Es mío por derecho de nacimiento. La nobleza es sagrada… ¡no pueden quitársela a alguien así como si nada!

La Princesa Leia suspiró y sacudió la cabeza.

—Hace mucho tiempo que la nobleza sólo es sagrada para usted. Es un castigo muy pequeño, por lo que me hizo a mí y en especial por lo que sospecho que le hizo a Ransolm. Pero duele, ¿verdad? Me imagino que le duele hasta la médula. Nunca ha podido convencerse a usted misma de que es superior a todos los demás más que por una casualidad en su nacimiento, lo que, por cierto, es una de las cosas más tristes que puedo imaginar.

La respiración de Lady Carise estaba tan acelerada que podría estar hiperventilando. No podían quitarle sus títulos. ¡No podían!

Pero aparentemente, ya lo habían hecho.

—Este es el único castigo que aún podía hacer que le aplicaran, así que tuve que conformarme con lastimarla…, por ahora. —La Princesa Leia sonrió—. Adiós, Carise.

Carise. Sólo Carise. Desde ese día en adelante, sólo sería Carise Sindian. No podía imaginar una humillación más grande. Así que Carise sólo podía quedarse ahí parada, tratando de recuperar el aliento, mientras veía cómo la princesa se alejaba.

Más tarde esa noche, Leia se quitó su ropa senatorial y se puso un overol sencillo y una de las chaquetas de cuero de Han. Le quedaba grande, pero olía a él, y eso la reconfortaba, a pesar de que se hubiera marchado. Se amarró las botas y se dirigió a un hangar poco utilizado en el límite de la ciudad, el cual había reservado para su uso exclusivo el día anterior.

El hangar no serviría a sus propósitos por mucho tiempo. Tendría que pensar más en grande, buscar un mejor escondite e ir más lejos. Sin embargo, por ahora sólo necesitaban un lugar dónde empezar.

Cuando Leia entró, vio que todos a los que había contactado ya estaban ahí; ella había llegado temprano, pero ellos más. Al fondo, se encontraban aquellos que vinieron desde más lejos para ayudarla: Nien Nunb, Ematt e incluso el Almirante Ackbar, firmemente de pie, listos para trabajar. A su lado estaba Harter Kalonia, quien no dudó ni un instante en aceptar la invitación de Leia, gracias al cielo: siempre era bueno tener un médico a la mano, sobre todo si sabía cómo guardar un secreto. Más allá estaban algunos pilotos jóvenes recien reclutados. Eligió a aquellos con los que había trabajado personalmente,

como Joph Seastriker, parado delante de los demás, o a aquellos que Joph y otros pilotos habían recomendado, como Snap Wexley o Zari Bangel.

Pero había una persona ahí que Leia no había invitado.

—¿Greer? —dijo Leia, colocando sus manos sobre los hombros de su asistente—. ¿Qué haces aquí? No te dije, por tu propia seguridad; es mejor que no sepas más de lo estrictamente necesario.

—Exacto —dijo Greer, con una sonrisa—. Pero, ya que voy a ser una de sus pilotos principales, probablemente sea necesario que sepa todo.

—No. Sabes que no puedes…

—Lo sé, lo sé. Se supone que juegue a la segura y me mantenga calmada y aburrida, para poder vivir una larga vida que no se parece en nada al tipo de vida que en verdad quiero llevar. ¿Se supone que me quede parada en vez de apoyar una causa en la que creo? —Sacudiendo la cabeza, Greer dijo—: Prefiero quemarme en otra clase de infierno.

Aunque Leia sintió una punzada en el corazón, sabía que era mejor no discutir. En vez de eso, se limitó a abrazar a la joven brevemente antes de darse la vuelta y dirigirse al resto del grupo, que esperaba en silencio.

—Gracias a todos por venir esta noche —empezó a decir Leia—. Así sean viejos o nuevos amigos, están aquí porque demostraron su valor y su iniciativa. Vieron el peligro que se aproxima, y están dispuestos a hacer lo que sea necesario para proteger de la guerra a los pacíficos planetas de esta galaxia.

—Estamos listos. —Los ojos azules de Joph brillaban con emoción. La guerra ensombrecería esa alegría demasiado rápido. Leia deseaba poder conservar su entusiasmo juvenil a salvo en alguna parte, poder embotellarlo o esconderlo, pero sabía que era uno más de los sacrificios que reclamaría el conflicto que se avecinaba.

—No hablen demasiado pronto —les advirtió—. Todos los presentes tienen que entender que este movimiento, esta organización, no está autorizada por el Senado Galáctico. Por ahora, y posiblemente para siempre, operaremos más allá del control gubernamental. Eso puede significar ignorar algunas leyes y romper otras por completo.

—Eso nunca nos detuvo antes —dijo Ackbar.

—Ya tenemos unos cuantos cientos de detonadores térmicos. Es un avance —añadió Greer.

Leia recorrió el hangar con la mirada, sin encontrar señal alguna de duda o titubeo en el rostro de los presentes. Estas personas confiaban en ella. Estaban listos. Y finalmente, ella también estaba lista.

—El sol ha comenzado a ponerse en la Nueva República —dijo Leia—. Ha llegado el momento de que salga la Resistencia.

SOBRE LA AUTORA

CLAUDIA GRAY es la autora de *Star Wars: Lost Stars*, así como de *A Thousand Pieces of You* y las series *Evernight* y *Spellcaster*. Trabajó como abogada, periodista, *disc jockey* y como mesera sumamente ineficiente. Entre sus gustos de siempre están las casas antiguas, las películas clásicas, el estilo *vintage* y la historia. Actualmente vive en Nueva Orleans.

claudiagray.com
Facebook.com/authorclaudiagray
@claudiagray